
PRIMER AÑO
KING MAKERS
AUTORA BEST SELLER DEL USA TODAY
SOPHIE LARK
montena

PRIMER AÑO

KING MAKERS

AUTORA BEST SELLER DEL *USA TODAY*

SOPHIE LARK

montena

Este libro está dedicado a cualquiera
que esté enamorada de su mejor amigo

BANDA SONORA

«Love Chained», Cannons
«Best Friend», Saweetie ft. Doja Cat
«Daisy», Ashnikko
«Fire for You», Cannons
«Crazy in Love», Sofia Karlberg
«Wicked Game», Chris Isaak

Los libros de Kingmakers son de temática *dark mafia romance* ambientados en un entorno universitario. Prepárate para la violencia y las conspiraciones que una pandilla de jóvenes intrigantes, hijos de familias mafiosas, cometerán sin remordimiento alguno. Por su contenido violento y sexual, estos libros están pensados para lectoras adultas.

Este libro puede incluir, entre otros, los siguientes elementos potencialmente perturbadores:

- Violencia
- Infidelidad
- Consumo de drogas forzado
- Consentimiento dudoso
- Intento de asesinato

Imagina *Kingmakers* como una serie de televisión que te ves del tirón, pero en forma de libro…

Y en toda serie que se precie, tiene que haber un villano.

Dean Yenin quiere destruir a Leo Gallo y arrebatarle todo lo que ama.

Al final del primer libro, la mitad de vosotras acabará odiando a Dean 😖.

Pero puede que la otra mitad… acabéis enamoradas de él 🤍🔥.

¿Con quién te quedarás tú?

Da igual lo que elijas, porque cuando llegue el tercer año, todo cambiará…

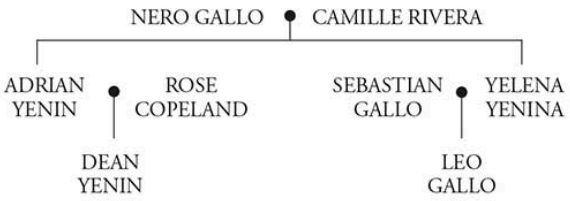
FAMILIA GALLO



FAMILIA GRIFFIN



FAMILIA YENIN



PRÓLOGO

CHICAGO, ILLINOIS

Es la última Navidad que paso en casa. En cuanto me vaya a Kingmakers, solo podré volver en verano.

La Navidad no ha sido nunca mi época favorita —yo soy más de Halloween—, pero como sé que esta es la última vez que estaremos todos reunidos para comer pavo y tirar petardos, tengo más nostalgia de la habitual.

Sin embargo, Leo… no lo parece demasiado.

Claro que él está deseando largarse. Está tan harto del instituto que no sé cómo va a aguantar los cinco meses que quedan de clases, más los exámenes finales.

De hecho, no sé ni cómo ha sido capaz de aprobar alguna asignatura, porque lo suyo no es seguir instrucciones.

En teoría, en este momento tendría que estar ayudándome a poner las tarjetitas con los nombres para que todos sepan dónde sentarse. Pero él se está dedicando a cambiarlas todas para que haya más dramatismo.

—Se supone que debes sentar a cada familia junta —le recuerdo.

Leo se limita a sonreír:

—Ya, pero eso no tiene gracia ninguna.

Menos mal que el comedor de la casa de mis padres se parece al gran salón de un castillo medieval, porque vienen veinticuatro personas. La chimenea es tan grande que cabes de pie dentro, y la mesa mide casi medio kilómetro de punta a punta. Si mi madre y mi padre se sentaran cada uno ante una, no se oirían ni aunque se pusiesen a dar alaridos. Claro que ella siempre se coloca junto a él.

—Ni se te ocurra mover esa. —Señalo la tarjeta que pone «Nessa», escrita con la preciosa letra de mi madre.

—No soy un kamikaze —dice Leo volviendo a dejarla en su sitio, al lado de la que pone «Mikolaj».

Esta noche, Leo está vestido más formal de lo habitual; es decir, que lleva pantalones con la camiseta medio metida por dentro. Pero ese pelo oscuro y ondulado tan suyo está más revuelto que nunca y cuando dobla las rodillas, como los pantalones le quedan un poco cortos, se le ven unos centímetros de los calcetines navideños chillones que tiene puestos.

Sonrío para mis adentros.

—¿Has vuelto a crecer?

Como sea así, más le vale que pare, porque a estas alturas Leo está a punto de entrar en la media de un jugador de la NBA, y eso significa que ya no cabe demasiado bien ni en los aviones ni en los coches pequeños.

—Veamos. —Se acerca al lado de la mesa donde estoy yo y me rodea con los brazos hasta apoyar su barbilla en mi cabeza.

—No. Te sigo sacando justo una cabeza.

—A lo mejor yo también he crecido.

—¿Y cómo voy a poder dar un veredicto si no te quedas igual? —

Me sonríe, pero no me suelta.

Y yo no me quejo, porque Leo da los mejores abrazos del mundo. Nadie abraza como él. Para empezar, es como si su temperatura corporal rondase los 39 grados. Además, te aprieta con fuerza, como si quisiera estrujarte de verdad.

Hasta que entra mi padre y Leo me suelta rápidamente.

—¿Ya estáis terminando? —dice mi padre con sequedad. Casi todo lo dice con sequedad. O con tono amenazante. O las dos cosas.

Hay que conocerlo muy bien para intuir algún indicio de ternura. Porque no tiene un amplísimo abanico de emociones, pero las que tiene le salen de lo más profundo de su ser. Nadie ama con tanta intensidad como él.

Sin embargo, ese amor está reservado casi exclusivamente para mi madre, mis dos hermanos pequeños y para mí. No es precisamente el fan número uno de Leo.

Y Leo lo sabe perfectamente. Me dedica una sonrisa de medio lado.

—Mira qué bonita ha dejado Anna la mesa.

Bien jugado. Leo sabe que la mejor manera de apaciguar a mi padre es elogiarme a mí.

Pero sí, creo que esta es una de las veces que más me he esforzado. He traído del jardín un montón de bayas blancas de Navidad, que inundan el ambiente con aroma a pino y abeto. Las bayas y las velas altas tan blancas contrastan con el mantel negro y los platos de bronce. Queda muy elegante, con un toque gótico. O sea, lo opuesto a los calcetines de Leo.

—Anna casi siempre tiene un gusto exquisito —dice mi padre.

Cuando se aleja lo suficiente como para no oírnos, Leo susurra:

—Lo de «casi» va por mí.

Me echo a reír.

—Estoy segura de que lo decía por mi ropa.

Yo también me he arreglado más de lo normal, pero, al igual que Leo, tengo mi propia definición de lo que es «formal». Me he puesto mi vestido de tul favorito, que tiene muchas capas semitransparentes que llegan al suelo, mangas cortas y abullonadas… y que podría ser perfectamente el atuendo de una vampiresa que hubiese muerto con doce años.

—Pero si el negro es el color favorito de tu padre —me sonríe Leo—. Por lo que yo he visto, el «único» para él. ¿Sabe que hay más colores? ¿Alguna vez lo has visto ir de azul, por ejemplo? O, poniéndonos en lo peor…, ¿de rosa?

Me muerdo el labio para esconder una sonrisa.

—No te burles de mi padre.

—No se me ocurriría en la vida. —Leo se lleva la mano al pecho en señal de fingido arrepentimiento—. Ya te lo he dicho, no soy ningún kamikaze.

—A veces, haces que me lo plantee.

—¡Oye, mira! —Me agarra del brazo y me lleva hasta la ventana.

Ha empezado a nevar con unos copos tan enormes que tapan la vista al frondoso jardín de atrás.

Nos quedamos en silencio, mirando.

Una de las cosas que más me gustan de Leo es que, a pesar de ser un torbellino, también sabe cuándo callar.

—Anda, vamos fuera —dice.

Salimos a hurtadillas por el invernadero, porque, con lo estresada que está mi pobre madre, como nos vea nos mandará otra tarea.

El jardín trasero siempre es una especie de mundo secreto. Pero cuando se encuentra cubierto de nieve, está directamente a otro nivel. Reina un absoluto silencio; el muro de piedra de cuatro metros

de alto y los gigantescos árboles frenan cualquier ruido exterior del bullicio de la ciudad.

Mis padres se enamoraron en esta casa. Mi padre casi se muere en este jardín. Yo nací en una de las habitaciones de arriba. En cuanto pienso que me voy a ir, es como si me estiraran el corazón al límite y lo dividieran en dos.

Mirar a Leo me produce la misma sensación.

No se puede tener todo lo que una desea. Y aún menos cuando lo que quieres a la vez son dos cosas diametralmente opuestas.

Me gustaría que todo lo que amo se quedase así: perfecto, inmutable, como si estuviese dentro de un globo de nieve. Aunque también me siento atraída por ese inmenso «algo más» que hay más allá.

—¿En qué piensas? —me pregunta Leo, como hace muchas veces que no puede deducirlo por mi expresión.

A mí no me importa. No cuando quien lo pregunta es él.

Leo es la única persona que tiene vía libre a mi mente. Le puedo contar cualquier cosa sin tener que transcribir, ni minimizar o cambiar para que sea lo que él quiere oír.

O al menos… así es como solía ser.

Últimamente, cuando miro a Leo, aún siento cómo me invade la calidez y la emoción. Y al mismo tiempo, podría romper a llorar. Como cuando escuchas una canción tan bonita que te duele el pecho y deseas algo a lo que no le puedes ni poner nombre; algo que quizá ni exista siquiera.

No entiendo qué es lo que ha cambiado entre nosotros.

Él está justo aquí. A mi lado.

Me sonríe del mismo modo con que ha iluminado prácticamente todos los días de mi vida.

Solo que, desde no hace mucho, la sonrisa de Leo me genera

tanta tortura como placer. Su gesto no ha cambiado, pero sí el modo en que este me desgarra por dentro.

Algo en lo más profundo de mi ser me susurra: «Díselo».

—¿Qué pasa? —pregunta Leo.

Echa la cabeza a un lado y analiza mis gestos.

Lo miro a los ojos. Los tiene de un color miel, algo rojizo. Pero la intensidad que baila en ellos no se puede describir solo con un color. Porque los ojos de Leo brillan desde dentro, con una luz dorada tan salvaje como lo que vive en su interior.

—Tienes copos de nieve en las pestañas —me dice con ternura.

Y él también. Además, él los tiene en el pelo, como si fueran estrellitas entre los rizos oscuros que se derriten en cuanto tocan su cálida piel morena.

Es como si a Leo le hubiesen tostado más que a los demás, como si ardiera con más calor que el resto.

No hay nadie como él.

Hasta cuando estoy rodeada de gente a la que quiero, Leo es especial para mí, más preciado que nadie. Y es un vínculo tan fuerte que duele.

Si ahora mismo le pidiese algo, lo que fuera, me lo daría.

Pero no sé qué pedirle.

«Prométeme que esta no será nuestra última Navidad».

«Prométeme que nunca cambiarás».

Cosas imposibles y estúpidas. Cosas que nadie puede prometer.

«Prométeme que nunca te perderé».

Ni siquiera eso se puede prometer. Cualquiera de los dos podría morir esta noche si nos alcanzara un rayo. O, en nuestro caso, probablemente por algo un poco más personal.

Así que, me limito a pedirle:

—Prométeme que siempre seremos amigos.

La sonrisa de Leo se le extiende lentamente por toda la cara y le ilumina cada rasgo, hasta llegar a sus ojos y prenderlos.

—Anna. —Lo dice con una voz suave, secreta, que me inunda de calor hasta los dedos de los pies—. Sabes que no podría dejar de serlo, aunque quisiera.

En mi interior se desata una alegría intensa, ardiente y peligrosa.

Y a eso me aferro, como a una resplandeciente gota de oro que me trago mientras aún está fundida. Me aferro a que Leo siempre será mi mejor amigo.

El jardín se empieza a iluminar por las luces de los coches.

Leo se da la vuelta.

—Parece que ya llegan todos.

Ese «todos» engloba a cada uno de nuestros tíos y tías y a todos los primos. Han viajado hasta aquí para celebrar que son nuestras últimas Navidades en casa. Hasta Dante y Simone desde París, y Raylan y Riona, con sus cuatro hijos pelirrojos, desde su rancho en Tennessee.

Simone y su hija Serena son las primeras en llegar, cargadas con un montón de regalos muy bien envueltos. Serena está impresionante y elegantísima con su abrigo parisino y sus botas de tacón alto, así que no me sorprende que los tres hijos mayores de los Boone se peleen por quién le quita los paquetes de las manos.

El único que permanece inmune a los encantos de nuestra preciosa prima extranjera es el pequeño, Teddy, que está mucho más interesado en correr por toda la casa con mi hermano pequeño, Whelan.

Serena no tiene la culpa de ser tan guapa. Al fin y al cabo, su madre es supermodelo. Y tampoco puedo odiarla por ello, porque es

encantadora.

—Te he traído algunos de tus *macarons* favoritos. —Me entrega un paquetito con un papel de regalo increíble y a continuación me da dos besos.

Su hermano mayor, Henry, hace lo mismo y después me coge del brazo para ayudarme a volver por el camino helado.

—¿Y para mí no hay beso? —dice Leo con una sonrisa algo forzada.

—¿Qué tal un abrazo? —Henry me suelta el brazo.

El concurso por ser el miembro más alto de nuestra familia se ha recrudecido desde que Henry superó al tío Seb, y Leo amenazó con pasarle a Henry.

Henry sujeta a Leo por los hombros y lo examina de arriba abajo con una mirada de acero. Nuestro primo mayor acaba por suspirar, resignado:

—Pues sí, es oficial: me has alcanzado.

—¡Te he alcanzado y superado! —se ríe Leo.

—Tampoco te pases. Estamos a la par.

—Ah, ¿sí? Entonces ¿cómo es que te veo la parte de arriba de la cabeza?

—Anda, pellízcate, que estás soñando en colores.

Serena me coge del brazo.

—Tú no tienes por qué preocuparte, porque ya sé que eres más alta que yo —le digo.

—¡Cómo te he echado de menos! —me dice con su voz suave, aterciopelada y melodiosa como una campanita de Navidad.

Totalmente rebosante de alegría, apoyo la cabeza en su hombro. Es maravilloso ver a las personas que quiero y que me gusten todavía más de lo que recordaba.

—¿A mí nadie me abraza o qué? O por lo menos, que me ayude

con los paquetes —se queja el tío Dante, solo y olvidado detrás de nosotros.

La tía Simone se ríe, le da a su marido un beso en la mejilla y le aprieta el bíceps, del tamaño de un jamón.

—Si con estos brazos no puedes llevar paquetes, ¿para qué los tienes?

—Ya sabes para qué —le gruñe él al oído.

—Ay, papá, qué asco —dice Henry resignado.

—Si tu padre no fuese así de irresistible, tú no existirías —le recuerda Simone.

—Sí, pero ahora ya estamos aquí y hasta las narices de ver cómo os morreáis —interviene Dario, el pequeño de Simone.

—No digas «morreáis» —lo corrige Simone—. Es una ordinariez.

Tras echar un vistazo a su padre, que lo mira con el ceño fruncido, Dario agacha la cabeza, suelta un «*Désolé, maman*» y se va a toda prisa para reunirse con Teddy y Whelan.

—Yo quiero oír a Dante decir algo en francés —dice una voz cantarina.

Es la tía Aida, que viene por el camino de entrada con su habitual expresión pícara y la cara colorada y sonriente.

—Su francés ha mejorado mucho —dice Simone al mismo tiempo que Dante ruge «Ni de puta coña».

—¿Cómo sobrevive en París? —pregunta el tío Nero, siempre dispuesto a unirse a su hermana para vacilar a su hermano mayor.

—Seguro que está todo el rato haciendo señas —dice Aida—. O fingiendo, como si en realidad no quisiera algo.

Dante pone los ojos en blanco.

—¿Podríais esperar a que estemos dentro para empezar a meterme caña?

—¡¿Meterte caña?! —exclama Aida, que se pone de puntillas

para darle un abrazo a su hermano que podría rivalizar con el de Leo —. Hasta después del postre, no.

Van entrando el resto de parientes. Los padres de Leo son los últimos en llegar y van con mis abuelos, porque los han recogido de camino.

Para cuando terminamos la ronda de besos y saludos, la temperatura del *hall* de entrada ha debido de subir al menos diez grados, y el sofá ha desaparecido bajo una montaña de abrigos y bufandas.

Mi madre va corriendo de un lado a otro, apilando regalos, trayendo bebidas y separando a Whelan y Dario, que ya han empezado a pelearse. Mi padre la ayuda, al tiempo que intenta no poner mala cara por todos esos niños del demonio que revolotean por la casa y por todos los abrazos que se ve obligado a recibir.

—¿No te chifla este ambiente navideño tan ideal? —se burla Aida de mi padre justo cuando Dario pega un grito especialmente ensordecedor.

Creo que mi tía Aida es la única persona de este mundo con el valor suficiente para mofarse de mi padre.

Claro que tampoco es que esté casada con un angelito.

El tío Callum tiene pinta de estar solo un poquitín menos torturado que mi padre; quien, por cierto, en cuanto cree que ya no va a resultar grosero, le dice que tienen que «discutir algo», o lo que es lo mismo, irse los dos al estudio para beber whisky y que no los moleste nadie.

Es curioso cómo en otros tiempos se intentaron matar el uno al otro, y ahora les une el jazz (que solo les gusta a ellos) y lo que consideran la desafortunada cordialidad de sus respectivas esposas.

—¿Tenemos la familia más rara de la historia o qué? —me susurra Leo al oído.

El tío Nero le está enseñando a mi tía Aida su cuchillo nuevo. Aida, en un movimiento rápido y con suma destreza, lo lanza a través de la cocina dando vueltas, y acaba clavado en el pavo hasta el mango. Los chicos Boone gritan y aúllan como si fuesen una manada de pelirrojos babuinos, pero la tía Riona no parece tan impresionada.

—¡Llevo siete horas preparando el pavo!

—Se llamaba Lawrence —dice Teddy Boone tristón.

—Ya te dije que no le pusieras nombre. —El tío Raylan le pone una mano en el hombro a Teddy—. Todos los años haces lo mismo.

Leo es mi primo. Bueno, algo así. Su tía Aida se casó con mi tío Callum, aunque al principio no fue precisamente por amor: los Griffin y los Gallo eran dos familias de la mafia rivales que llevaban generaciones tratando de destruirse mutuamente. Y ahora comemos tarta de calabaza todos juntitos y solo nos amenazamos de muerte para hacer la coña.

Pero las raíces de nuestro árbol genealógico siguen clavadas a fuego.

Los Griffin y los Gallo decidieron unir sus respectivas ramas antes de acabar quemados para siempre.

Sin embargo, nuestras *vendettas* no han quedado en el olvido. Ni mucho menos.

Una hora más tarde, estamos todos sentados alrededor de la mesa del comedor —menos los primos pequeños, que comen en la cocina —. Sabrina, la hija de Nero, se cabreó tanto por haberla relegado a la mesa de los niños un año más, que pilló una caja de bombones y una botella de vino y desapareció. Lo más seguro es que esté en el desván, que también era mi sitio favorito cuando me enfurruñaba.

Llevo un rato pasándomelo pipa con las consecuencias del intercambio de tarjetitas de Leo: a Serena la ha puesto directamente entre Creed y Marshall Boone, que están a punto de empezar a puñetazo limpio, y a la tía Aida al lado de la abuela Imogen, que observa horrorizada cómo Aida se prepara un sándwich de tres pisos de pavo, relleno y arándanos.

Se suponía que Henry iba a sentarse cerca de mí, pero ahora está tres asientos más allá, junto al tío Dante.

—¿Qué tal te va la residencia? —le pregunta el tío Raylan.

—Fenomenal. —Henry se sirve una generosa ración de maíz y pasa la fuente—. Con la salvedad de que no duermo nada y de que no tengo vida.

—Eso te pasa por ser el listo —le vacila su hermana Serena.

—Yo creía que el listo era yo —comenta Marshall Boone.

—¡¿Tú?! —se burla Creed Boone—. Vamos, no eres ni el sexto más inteligente.

—Me he enterado de que a Leo le han hecho una oferta en Duke —interrumpe la tía Riona para que sus hijos dejen de discutir.

—Sí, pero no voy a ir —dice Leo, sin pensarlo siquiera.

—¿Cómo? —exclama la tía Yelena con un tono algo más brusco de lo esperado.

La mesa se queda en un silencio tan absoluto, que se oye el crepitar de las ramas de abedul en la chimenea.

Leo mira a su madre, que está sentada justo enfrente de nosotros. La tía Yelena es muy alta, más incluso que la tía Simone. Cuando está tranquila y relajada, parece una princesa vikinga. Pero ahora, con los labios pálidos y los ojos violetas haciéndole chiribitas, es más bien una imponente valquiria.

El tío Seb le pasa el brazo por los hombros con delicadeza. Ella se lo quita de encima.

—¿Cómo que no vas a ir a Duke? ¿En qué momento lo has decidido?

Me parece que los acentos rusos dan más miedo que los polacos, porque hasta mi padre levanta la cabeza de golpe.

Que veinte pares de ojos te miren fijamente no es muy agradable, sobre todo cuando un par es el de una madre totalmente iracunda. Pero Leo se pone recto y responde con rotundidad:

—Ya te lo conté. Voy a ir a Kingmakers.

El corazón me da un brinco.

Nunca había oído a Leo decir que iba a ir definitivamente. Ni con tanta certeza.

Quiero que venga a Kingmakers conmigo.

No es una institución al uso. Ni siquiera aparece en las listas de universidades.

A Kingmakers solo van los hijos de las familias criminales de todo el mundo.

Las miradas se cruzan en todas las direcciones alrededor de la mesa. Los dos hijos mayores de los Boone se inclinan hacia delante emocionados. Les chiflan las peleas.

El tío Seb intenta susurrarle algo a su mujer mientras le acaricia lentamente la espalda con su manaza. Sin embargo, Yelena no está dispuesta a calmarse:

—No, *zhizn moya* —le sisea—. Se acabaron las tonterías.

La tía Yelena se endereza en su silla de respaldo alto hasta parecer una reina de las nieves, con los ojos brillantes como trozos de hielo violeta.

—No vas a estar cerca de tu primo ni de broma. Y mucho menos dormir en la misma universidad que Dean.

Leo es hijo único. Yo he presenciado muchas veces cómo Yelena palidece y se calla cuando los más pequeños andan cerca de ella,

cómo se vuelve más tierna con los bebés. Como mis otras tías se quedaban embarazadas en un abrir y cerrar de ojos, solían preguntarle cuándo tendría otro. Yelena se reía y decía: «Cuando Leo dé menos guerra». Pero pronto dejó de reírse, y la gente aprendió a dejar de preguntar.

Leo es su luz y su alegría. Normalmente, le da todo lo que quiere.

Pero, por lo visto, esto no.

Leo duda antes de contestar porque es consciente de la tensión en el ambiente:

—Mamá, no me va a pasar nada. Hace años que no muere nadie en Kingmakers. Me puedo cuidar yo solito.

—Ah, ¿sí? ¿Has estado en muchas peleas callejeras?

La preguntita con sorna la hace el tío Nero de un modo totalmente inesperado, porque él no suele inmiscuirse en movidas ajenas y es el último en criticar cualquier comportamiento imprudente.

Como no se esperaba esta salida de la persona que más le puede apoyar, Leo le responde entre dientes:

—Pues sí, en unas cuantas. No hace falta meterse en cien para demostrar que te las apañas bien, Nero.

Ante semejante falta de respeto, al tío Nero le cambia la cara.

Leo me mira con los ojos llenos de dolor y frustración.

Pero el último golpe, rápido y frío, se lo asesta mi padre:

—¿Y cuántas de esas peleas fueron contra un ruso con un cuchillo?

Leo aprieta los labios y se le tensa la mandíbula. Por muy frustrado que esté, no va a discutir con mi padre.

Tampoco es que importe, porque mi padre no ha hecho más que empezar:

—¿Tú te crees que, esta noche, Dean está sentado a una mesa como esta? —Señala con la mano toda la estancia, repleta de licores, comida exquisita y caras amables. Mi padre preside la mesa en la cabecera, pálido y serio como un fantasma—. Mira lo lejos que ha llegado nuestra familia y cómo ha quedado atrás la *vendetta* entre clanes. Aun estando aquí sentado, tu vida corre peligro, Leo. Si crees que el hijo de Adrian Yenin no ha planeado mil formas de matarte en Kingmakers, es que lo has subestimado. Porque intentará destruir todo lo que tú amas. —Lanza una mirada larga e intensa a mi madre, que desliza su mano de piel blanca en la de mi padre, completamente negra por los tatuajes—. Ha tenido dieciocho años para planear su venganza. Yo también lo haría si fuera él.

El silencio que sigue es tan denso que por dentro estoy rezando por que alguien lo rompa para poder respirar.

Miro a la tía Aida, porque seguro que ella no me defrauda. Pero hasta Aida está seria.

De hecho, está mirando al otro lado de la mesa, directamente a su hermano menor, el tío Seb. El intercambio de miradas entre ellos me desconcierta. El tío Seb articula algo parecido a un «lo siento», y Aida le susurra «yo también».

Todos los adultos de la mesa se miran unos a otros, culpables, hasta mis abuelos.

Y de repente, caigo.

Todos están recordando en este momento las mil formas en que ellos sí la cagaron.

Todos los motivos por los que estamos metidos en esta mierda.

Y aunque tengan razón en que Leo sea un poco imprudente…

No voy a permitir que se unan contra él. En Navidad, no. Ni siquiera a mi padre.

Así que cojo la mano de Leo por debajo de la mesa y se la

aprieto con fuerza. Mi voz resuena, alta y clara, por toda la sala:

—Todos tenéis miedo porque os acordáis de las cicatrices por las malas decisiones que tomasteis cuando erais jóvenes. —Algunas de esas cicatrices son literales, como las seis heridas de bala que tiene el tío Nero en la espalda. Lo miro a él directamente a los ojos; y al tío Seb también—: Leo tiene dieciocho años. ¿Dónde están sus cicatrices? No tiene, ¡porque sabe lo que hace! Toma buenas decisiones. Es el chico más popular del colegio. Le quiere todo el mundo. ¡Puede que arregle las cosas con Dean! —Soy consciente de que cuanto más hablo, más me voy metiendo en terreno farragoso, pero me da igual, porque creo lo que digo. Creo en Leo—. Leo encontrará el modo de arreglarlo. Lo he visto hacer cosas alucinantes. Deberíais confiar en él.

Leo me mira con la boca abierta. Se ha quedado sin palabras por primera vez en su vida.

Yo también.

Creo que nunca había hablado tanto del tirón en una reunión familiar.

Y mi «discurso» es recibido con la dignidad habitual.

Marshall Boone pone los ojos en blanco.

—Cuando se trata de Leo, Anna jamás es imparcial.

Y Creed Boone decide recordarme algo:

—Dormiste con sábanas de Sailor Moon hasta los catorce años.

Y yo que me pensaba que quería a esta gente.

Ahora entiendo por qué hay tantos asesinatos en vacaciones.

Pero me da igual, porque Leo me dedica una sonrisa que lo compensa todo, me aprieta la mano y me dice «gracias» antes de soltarme.

—Además —le dice a su padre con la confianza recuperada—, en realidad Dean no puede matarme. En Kingmakers no se andan con

tonterías con la norma del ojo por ojo.

—¿Qué me estás contando? Que, si él te mata, ¿ellos lo matarán a él? —dice en un bufido el tío Seb—. Nunca te enfrentes a alguien que no tiene nada que perder.

—No seas tan simplista, Leo —suelta Nero—. Hay muchas formas de asesinar a alguien e irse de rositas.

Y lo mejor para Leo sería que esta noche al tío Nero no se le ocurra ninguna si sigue cabreado por la pullita de antes.

Al fin, la tía Aida trata de relajar el ambiente:

—¿Tenemos que esperar a la tarta?

—Yo solo he venido por la tarta —dice Marshall Boone, cogiendo una pila de platos. Quién me iba a decir que lo único que necesita Marshall para ser servicial es una tarta.

Me pongo a recoger las copas, atrapándolas entre los dedos como si fuesen los tallos de un ramo. Leo se levanta y hace lo mismo.

Noto la cabeza ligera, como flotando, llena de burbujas. Me he bebido dos copas de champán. Me pregunto si a Leo le apetecerá volver afuera a ver la nieve conmigo, ahora que ha salido la luna.

Se detiene en la puerta y apoya los dedos en mi cadera.

—¿Querías decirme algo antes?

—¿Qué? —pregunto con la cara acalorada.

—Antes. —Leo me mira a los ojos con los suyos, dorados y cercanos—. Creí que quizá querías decirme algo.

Y el momento regresa, como un susurro en mi cabeza…

«Díselo».

Mis labios se empiezan a separar, como si supiesen qué decir.

—¡Bésala!

El grito hace que nos separemos.

La tía Aida se está cachondeando porque hay muérdago sobre

nuestras cabezas. Ha bebido demasiado. O puede que no, porque sobria también hace este tipo de cosas.

—Que la beses —se burla de Leo con expresión traviesa y burlona.

Y en ese momento, al mirar a Leo a la cara, pienso:

«Ay, Dios mío, que lo va a hacer. Aquí mismo, con todo el mundo mirándonos».

El comedor desaparece.

Lo único que veo son los ojos de Leo, clavados en los míos.

Sus labios carnosos se separan. Inclina la cabeza.

Y me da un beso en la frente.

El tipo de beso que se da a una hermana pequeña. O a una prima a la que conoces de toda la vida.

Noto cómo me invade la humillación, cómo cae en mi interior como una cortina roja, hirviendo. Oigo el «buuu» de Marshall. Daría todo lo que tengo con tal de soltarle un puñetazo en la mandíbula.

Pero Marshall vería entonces cómo me caen las lágrimas por la cara. O Leo podría ver algo mucho peor.

Así que lo único que puedo hacer es dar media vuelta y echar a correr.

Leo me encuentra una hora más tarde, mucho después de que el hielo se haya apoderado de mi alma. Llevo sentada en el cenador un rato largo, machacándome por ser así de patética, joder.

Se quita el abrigo y me lo pone sobre los hombros.

—Dime que no has estado aquí sentada todo este tiempo.

—No. —Suelto la trola con tal soltura que me da hasta miedo lo fácil que me resulta. Sobre todo, porque a Leo no le miento jamás.

—Guay. —Noto cómo se le relajan las facciones.

Dios mío. No se ha dado ni cuenta. Siempre he pensado que sabría si le metía una trola.

—Pero sí que tienes frío. —Leo coloca sus cálidas palmas en mis congelados brazos y los frota con fuerza.

—Tienes el labio hinchado.

Se toca el punto donde tiene el labio inferior partido, justo en el centro.

—Ah, sí. Le he dado una paliza a Marshall.

Me pongo colorada:

—¿Por qué?

—Ya lo has visto. Se lo estaba buscando.

Como me ha dado su abrigo, Leo solo lleva puesta la camiseta, pero no parece tener frío. Se inclina hacia delante, sobre las rodillas, con las manazas cruzadas. Le salen nubes de vapor de los pulmones.

Su aliento me roza la cara. Con su abrigo, que me envuelve desde el cuello a las rodillas, y las mangas colgándome en las manos, me siento como en el interior de un capullo, calentita…, a gusto.

Es la mejor sensación del mundo. La mejor de todas.

Y si no quiero perderla, sé muy bien qué tengo que hacer.

Leo me mira. Se muerde el labio partido, se rasca el corte con la punta de la lengua.

—Siento lo de antes.

—¿El qué de antes? —digo con una leve inclinación de cabeza.

—Lo del muérdago…

—No ha sido nada —le interrumpo, con los ojos fijos en la nieve sin cruzar la mirada con él.

—Ah. —Leo vacila. Ya no muestra tanto aplomo—: Pensé que tal vez…

—No. —Me mantengo firme, aunque por dentro esté pegando alaridos—. Es que me dio mucha vergüenza, con todo el mundo ahí mirando… A veces Aida…

—Ya lo sé. Es gilipollas.

—No importa. —«¡Mentira, mentira, mentira, mentira!»—. De verdad, no te preocupes. Estoy hasta las narices de todos ellos. Estoy deseando largarme.

—Yo también. —Leo suspira aliviado.

Está contento de que yo no le haya dado más importancia. Contento porque podemos fingir que todo eso nunca ha pasado.

Pero, en mi interior, se está rompiendo algo.

De hecho, ya se ha roto.

La parte de mi corazón que se rebelaba, que latía y suplicaba por más… la he arrancado y metido en hielo.

Mi corazón quiere algo que no puede suceder nunca, porque destruiría todo lo que amo.

Así que va a tener que congelarse y morir.

Cuando vuelvo a estar tranquila y calmada, miro a Leo.

—¿De verdad vas a venir conmigo? Aunque Dean…

—Claro que voy a ir. —No aparta los ojos de mí, con esa certeza tan terca que tiene y que tan bien conozco. Significa que Leo va a hacer lo que quiere, aunque toda nuestra familia esté en contra. Pero entonces parpadea y añade—: Si tú quieres.

Sé perfectamente lo que «debería» decirle a Leo. Lo que sus padres querrían que yo le dijera.

Leo podría ser jugador de baloncesto profesional. Duke no es la única universidad que le ha hecho una oferta.

Y la *vendetta* con los Yenin no es ninguna broma. Mataron al abuelo de Leo. A Nero le pegaron un tiro. Aunque solo fuese por su propia seguridad, Leo no debería ni acercarse a Kingmakers.

Pero, para decirle eso, le tendría que mentir otra vez.

Leo aguarda mi respuesta con la cabeza hacia un lado y las manos en los bolsillos. La camiseta blanca, impecable y brillante, parece nieve en comparación con el marrón tostado de sus brazos desnudos.

Lo abrazo con fuerza.

Con la nariz apoyada en las suaves ondas que le rodean la oreja, le susurro:

—No sé si es lo correcto o no, pero yo siempre te querré a mi lado.

CAPÍTULO 1

LEO

Llevamos veintitrés minutos de partido en el campeonato estatal.

Jugamos contra los Wolverines de Simeon, un equipo repleto de gigantes musculosos que parecen haberse empezado a afeitar en segundo de primaria y haber nacido con una pelota de baloncesto bajo el brazo.

Todos y cada uno de sus jugadores son mejores que los chavales de mi equipo.

Excepto yo.

Y yo me basto y me sobro.

Me han emparejado con Johnson Bell, su ala-pívot. Mide dos metros trece, unos cinco centímetros más que yo. Es rápido y fuerte, para qué engañarnos. Y, sobre todo, es un cabronazo de tomo y lomo.

El muy hijo de puta lleva jugando sucio todo el partido. Me golpea en los brazos, me empuja, me araña con esas uñas tan largas que tiene… como si fuera a reencarnarse en el carcayú que

lleva estampado en el pecho.

Él sabe tan bien como yo que el primer entrenador de los Kentucky Wildcats está sentado en primera fila, en el centro de la cancha, sin quitarnos el ojo de encima a ninguno de los dos.

Bell quiere ser una estrella.

Yo ya lo soy, así que me importa una mierda ese ojeador. No voy a ir a Kentucky, ni a ningún otro sitio de este continente.

Pero lo que sí voy a hacer es ganar este partido.

Bell lleva el balón por la cancha intentando dejarme atrás. Hace unos pasos de baile la mar de elegantes con sus enormes pies enfundados en unas Jordan *vintage*. Pero yo ni me inmuto. No aparto los ojos de su ombligo. Como siempre dice mi padre, no se puede ir a ningún sitio sin el ombligo.

Sin ni siquiera mirar el balón, se lo quito con la mano izquierda y lo paso a la derecha. Le dejo atrás y corro hasta la canasta.

El defensa de los Wolverines intenta bloquearme, pero me detengo en seco y lanzo un magnífico tiro en arco por encima de sus dedos. Estoy a más de dos metros de la línea de triple, pero no importa en absoluto: el balón entra en la canasta sin rozar el aro siquiera.

El rugido de la multitud me golpea como una bofetada. Me vibran los tímpanos mientras siento cómo me late el corazón con fuerza en el pecho.

No hay nada como sentir que te adoran mil personas a la vez.

Suena la bocina. Fin de la primera mitad. Me recorro la cancha trotando mientras mis compañeros me dan palmaditas en la espalda. Les sacamos seis puntos a los de Simeon.

Mi equipo se mete corriendo por el túnel de vestuarios al tiempo que sale a la cancha el equipo de baile. Anna y yo nos cruzamos a oscuras en el pasillo.

Está toda peripuesta con la ropa de baile: el pelo rubio en una coleta alta, maquillada y con cada centímetro de su cuerpo cubierto de purpurina. Siempre me hace gracia verla con el uniforme de animadora, porque es brillante y ajustado; todo lo contrario a lo que suele llevar normalmente.

Me da un golpe con el puño al pasar y me dice en voz baja:

—Vas a ganar, Leo.

—Lo sé. —Le devuelvo la sonrisa.

Anna es mi mejor amiga. Crecimos juntos y más unidos que unos hermanos. Nuestros padres dirigen el cotarro mano a mano en esta ciudad. Nuestras madres estuvieron embarazadas a la vez, y Anna y yo nacimos con solo dos meses de diferencia. Ella es mayor que yo, cosa que le encanta restregarme siempre que puede.

Anna es la única persona más intensa que yo con la que me he encontrado. A veces me da hasta un poco de miedo.

Pero, sobre todo, Anna es lo que me mantiene anclado al suelo, mi roca.

En Preston Heights soy el puto amo.

Todo el mundo quiere un pedazo de mí. Todos quieren sentarse a mi lado o hablar conmigo. Todas las tías quieren salir conmigo.

Se piensan que conocen a Leo Gallo.

Pero la única que en realidad me conoce es Anna.

Ella sabe exactamente quién y cómo soy y, a diferencia de mis padres, no intenta cambiar nada en mí.

He visto a mis padres sentados detrás del entrenador de los Kentucky, solo un pelín a la derecha. No se pierden ni un solo partido. Siempre vienen a animarme, y hasta celebran mis victorias más que yo.

Mi padre me enseñó a jugar. De hecho, él era una estrella de la liga universitaria antes de que el tío Cal y él se metieran en una

pelea y se jodiera la rodilla.

Pero eso no significa que no pueda seguir entrenándome en la cancha. Mi padre me enseñó todo lo que sé. Practicaba conmigo, me entrenaba, gracias a él aprendí a conocer a mi oponente, a observar el flujo de ataque en la cancha, a ser más astuto y a jugar mejor que todos aquellos con los que me enfrentaba en los partidos. A destruirlos mental y físicamente. A ganarlos antes incluso de hacer el primer movimiento.

Mi padre es la hostia de inteligente. Es la única manera de llegar a ser el Don de Chicago. Y desde luego, no lo seguiría siendo si fuese idiota.

Sí, él me enseñó a jugar al baloncesto.

Pero yo lo que quiero en realidad es que me enseñe a dominar el mundo.

No aspiro a ser deportista. Aspiro a ser «rey».

Aun así, este partido lo voy a ganar sí o sí. Porque yo siempre lo gano todo.

Volvemos al vestuario para que el entrenador nos suelte cómo la hemos cagado y cómo tendríamos que solucionarlo en la segunda mitad.

Yo prácticamente ni lo escucho. Antes de nacer, yo ya había visto más vídeos de partidos que este tío en toda su vida. Solo es un profe más que, de puta casualidad, acabó teniendo al mejor jugador del país en su equipo.

Me ventilo de un trago un vaso de Gatorade calentorro mientras escucho el ritmo trepidante de «Billie Jean» que retumba desde la cancha. He visto a Anna ensayar este número tropecientas veces, pero aun así me muero por verla en directo, con su uniforme, delante de toda esta gente.

Sus padres están sentados justo al lado de los míos: Mikolaj y

Nessa Wilk, el jefe de la Braterstwo polaca y la princesa de la mafia irlandesa.

Los padres de Anna, como los míos, empezaron siendo enemigos. Y, al igual que los míos, están obsesionados el uno con el otro de un modo asombroso. Supongo que Anna y yo deberíamos alegrarnos por tener padres que se quieran tanto, pero, por el amor de Dios, no se tendría que pedirle a adultos hechos y derechos que se busquen una habitación.

Anna es al baile lo que yo al baloncesto: la puta hostia. Hace que parezca que el resto de las chicas de su equipo bailan con zapatos de payaso. Ella siempre está en el centro, en primera línea. Llama la atención desde el momento en que empieza a moverse y no la suelta hasta mucho después de que acabe la música.

Quiero ir a verla ya, es como si me estuviese llamando. Pero sé que el entrenador se cogerá un cabreo cojonudo como no me quede hasta que no acabe su discurso motivador. Me espero a que llegue a un punto especialmente emocionante para hacer como si yo pensase que ha terminado, me levanto de un brinco y grito:

—¡Eso es, entrenador! ¡Ya son nuestros! ¡Vamos a ganar, joder!

El vestuario estalla en gritos, alaridos y patadas al suelo con cánticos. Parecemos espartanos antes de ir a la guerra.

Volvemos corriendo a la cancha. Yo voy el primero, porque quiero ver el final del baile de Anna.

Su equipo va vestido con una especie de disfraz de esqueleto del Día de Muertos. Se han pintado la cara como calaveras enjoyadas y llevan flores en el pelo.

Anna es la capitana de su equipo de baile y la principal coreógrafa. Cuando veo las rutinas que monta, me siento como en un sueño febril: son salvajes, intensas y muy cañeras. Los bajos de la canción retumban por las gradas, y las chicas parecen poseídas.

Sobre todo, Anna.

Es como si no tuviese huesos. Se mueve por todas partes, con fuerza, con precisión, como un látigo perfectamente sincronizado con la música.

Retiro lo que he dicho de las otras chicas: Anna las ha entrenado como un sargento despiadado, y ellas saben perfectamente lo que tienen que hacer en cada momento. Es solo que… nadie cobra vida como Anna. Cuando hace una pirueta triple y termina con un *spagat* en el suelo, parece de otro mundo. El público grita igual de fuerte que por mí.

El equipo de baile también es campeón por méritos propios. Han ganado el campeonato nacional los tres años que Anna ha estado de capitana. Incluso derrotaron a las, hasta entonces imbatibles, zorras esas de Utah, todas teñidas de rubio y con las sonrisas de oreja a oreja.

Y casi se me olvida que estamos en medio de un partido.

Me olvido de todo menos de la luz tenue y parpadeante, del ritmo estremecedor y de las impresionantes y flipantes bailarinas. Se supone que deben animar al público y mantener vivo el partido durante el descanso. Pero han hecho mucho más que eso: le han dado al espectáculo un nuevo nivel de oscuridad e intensidad. Han hecho que, verdaderamente, este partido parezca una cuestión de vida o muerte.

La canción termina, y se encienden las luces del techo. Solo entonces recuerdo que estoy en el gimnasio de un instituto. Vuelvo a oler el sudor, el caucho y el abrillantador para madera. Veo a mis padres orgullosos pero inquietos, y al tío Miko y a la tía Nessa con su aspecto habitual: Miko sombrío y concentrado; Nessa emocionada e impaciente.

Anna se va de la cancha y me saluda con la mano al salir. Un

chico con una chaqueta de un equipo universitario la para. No lo reconozco, pero debe de ir a Simeon. Le bloquea el paso e intenta entablar conversación con ella.

No sé de qué están hablando, pero por la sonrisa burlona en el rostro de ese tío y la forma en que le agarra el brazo sin permiso, supongo que es algo rollo: «Oye, chavala, qué flexibilidad tienes. Me encantaría que me envolvieras la cabeza con esas piernas».

Es el tipo de cosas que los tíos solían decirle a Anna en nuestro colegio hasta que aprendieron bien la lección.

Sonrío, porque sé exactamente lo que está a punto de pasar.

Anna le quita la mano del brazo y le dobla la muñeca hacia atrás, con toda la presión en el meñique del tío. Oigo los berridos de niña pequeña del gilipollas universitario, aunque esté al otro lado del gimnasio.

Anna pasa por su lado, dándole con la coleta al pasar. El chico se sujeta la mano murmurando entre dientes.

Echo un rápido vistazo al tío Miko.

Él lo ha visto todo, igual que yo. Y ahora ha entrecerrado los ojos azul hielo y tiene la mandíbula rígida de la rabia.

Solo puedo decir que ese tío no es consciente de la suerte que ha tenido al salir con un esguince en la muñeca y nada más. Si le hubiese puesto un dedo más encima a Anna, lo más seguro es que no hubiera llegado a casa esta noche.

Sin dejar de sonreír, corro hacia el banquillo para beber un último trago de agua antes de que el árbitro pite.

Breves instantes después, el partido vuelve a estar en todo su apogeo y corremos más rápido que nunca. Mi equipo está muy motivado, pero los Wolverines también. Están presionando por toda la cancha, supongo que del cabreo que tienen de que el partido esté tan reñido, cuando se supone que son el mejor equipo del estado.

Y sí que lo son, pero no tienen al mejor jugador.

Johnson Bell se lo está currando de lo lindo a ver si le dan a él el título.

Es un tío grande y musculoso, y a los dos minutos del tercer cuarto ya le está cayendo el sudor a chorros por la cara. He de reconocer que es el rival más duro al que me he enfrentado este año. Pero no le va a bastar con eso.

Aun así, no es fácil encargarme de todos estos capullos yo solo. Kelly Barrett falla una bandeja chupada, y Chris Pellie pierde el balón dos veces. Así que, para seguir empatados, tengo que meter cuatro canastas más.

Al final del tercer cuarto, mi equipo va ganando por tres puntos. Estoy yendo hacia la canasta cuando ese cabrón de Bell se me echa encima por detrás. Salto para lanzar, y cuando estoy en el aire, me derriba por los pies. Acabo dando vueltas, me caigo medio espatarrado y me quedo sin aliento.

El público ahoga un grito y empieza a abuchear. Bueno, al menos los del equipo local. Los de los Wolverines se ríen y me abuchean a mí.

Eso es lo que más me cabrea. Odio que se rían de mí. Le pitan la falta a Bell, pero yo quiero que lo expulsen del puñetero partido. No se puede derribar a alguien por los pies: es peligroso y una puta falta de respeto. Me levanto jadeando y me giro para encararme a él. Me sonríe con aire burlón. En su inmensa cara de imbécil lo único que hay es orgullo.

Me encantaría matarlo.

Pero lo único que puedo hacer es lanzar los tiros libres que me tocan.

Anoto los dos. Pero eso no me calma para nada. Noto cómo me late la sangre en las sienes. Lo único que veo es la cara de chulo de

Bell.

Los Wolverines sacan el balón. Su base lo lleva por la cancha y se lo pasa a Bell. Yo defiendo, sin dejarle moverse. Él dribla con cuidado, porque sabe que soy la hostia de rápido y que me encantaría robarle el balón para vengarme.

Lo que no sabe es que tengo planeado algo mejor.

Si quiere jugar sucio, yo encantado de tirarme al barro.

Hago como que le intento quitar el balón, pero en vez de eso, le doy un golpetazo en la cara con el hombro, que se estrella con su nariz. Oigo cómo gruñe y el sonido de la sangre goteando en el suelo a continuación.

—Ups —sonrío.

A Bell ya se le han empezado a hinchar los ojos cuando se coloca en la línea de tiros libres.

Mete el primero, pero falla el segundo. Supongo que está medio cegato del dolor. Me río para mis adentros.

Suena la bocina del final del tercer cuarto.

El entrenador me lleva a un lado inmediatamente y me echa la peta por pegarle a Bell de esa manera.

—¿Cuántas veces te he dicho que no pierdas los estribos? ¿No sabes que el entrenador de Kentucky está ahí arriba, en las gradas, y que no te quita el ojo de encima? ¿Tú te crees que quiere a un loco impulsivo en su equipo?

—Lo que creo es que quiere al mejor. —Aparto al entrenador para poder limpiarme la cara con una toalla.

El último cuarto parece una puta batalla. Si mi equipo está cabreado, los Wolverines todavía más. El balón cambia de manos una y otra vez, y peleamos cada puñetero punto.

El entrenador pide tiempo muerto para preparar la siguiente jugada. Nos junta en un corrillo y dice:

—Barrett, vas a hacerle una pantalla a Brown. Pellie le pasará el balón a Brown, este lo subirá por la cancha y, cuando pase de la mitad, entras tú, Gallo, y le haces una pantalla posterior. Brown irá hacia la canasta y, si ves claro un tiro, lo lanzas. Si te cubren, entonces mejor dale el balón a Miller.

Me tengo que morder la lengua para no contestar a esta soberana gilipollez.

¿Yo, hacer una pantalla? Estará de coña.

He llevado a este equipo hasta el campeonato estatal sobre mis putas espaldas.

Ni siquiera me molesto en discutir con el entrenador. Él es el que se ha puesto nervioso por esa falta y ahora está diciendo tonterías.

Así que, me espero a que Chris Pellie tenga el balón en sus manos y le susurro:

—Olvida lo que ha dicho el entrenador. Pásame el balón a mí.

Pellie abre los ojos como platos y parece un niño pequeño.

—¿Q-Qué? —balbucea.

—Ya me has oído. Pásame el balón o te rompo todos los dedos.

Pellie traga saliva y se coloca detrás de la línea.

Todo el mundo está listo. El árbitro todavía tiene el balón. Yo me muevo despacio, muy recto, tranquilo, como si apenas fuese a jugar.

Suena el silbato. Pellie me lanza el balón apretando los dientes y con los ojos llenos de miedo. En cuanto el balón toca mis manos, adopto una posición de guepardo y salgo disparado como un puto cohete.

Paso como una exhalación por delante de los bases antes de que puedan siquiera pestañear.

Quedan cinco segundos. Cuatro…

Puedo oír al entrenador pegando voces, agitando los brazos desde la banda y la cara encendida del cabreo por haberle

desobedecido. Me da la risa. Eso le pasa por intentar frenarme.

Me marco un *coast-to-coast* como Danny Ainge en su partido de 1981. Vuelo por la cancha en seis zancadas con estas piernas tan largas que no sirven para nada mejor que esto.

Los Wolverines no saben qué hacer. Se supone que no debes tomar las riendas del partido tú solo. No cuando quedan cuatro segundos de partido. Y menos en el campeonato estatal.

No reduzco la velocidad ni un segundo. No puedo joder esta oportunidad.

Tendría que ir a la derecha. Es mi mano dominante, y ahí es donde está el pívot, que es un grandullón pánfilo y también el tío más lento del equipo.

Pero Bell está a la izquierda de la canasta. El hijo de puta que me empujó y me arañó los brazos como un gatito malvado para rematarme con un derribo por los pies.

Y eso lo va a pagar.

Lo embisto como un toro.

Si no se moviese, tendría que rodearlo. Pero no tiene los pies bien plantados. Ha perdido el valor y la concentración y se tropieza hacia atrás.

Doblo las rodillas y salto con una fuerza hercúlea con más altura que nunca. Salto por encima de ese cabronazo de dos metros y pico, impulsado por la adrenalina y el rencor. Lo sobrepaso como a una valla, con las piernas por encima de sus hombros y la entrepierna justo en su cara. Y cae de culo al suelo.

¿Sabes lo que significa «posterizado»?

Piensa en todos los pósters que has visto de Jordan o Kobe haciendo los mejores mates de sus vidas.

En cada póster épico y atemporal, hay algún imbécil que intenta defender a ese gigante del baloncesto, a ese héroe inmortal, con las

manos en alto y la cara contraída por la angustia, mientras el dios del baloncesto vuela por encima de él.

Pues yo «posterizo» a Johnson Bell con mis pelotas en su cara.

Es tan bonito que me dan ganas de llorar.

Encesto un mate fuerte, agresivo y espectacular, rugiendo como un león.

Cuando el balón rebota contra el suelo, suena la bocina.

Casi ni la oigo del grito que resuena en las gradas. Todas las personas del gimnasio se han puesto en pie, con los puños en alto y pegando alaridos.

Mi equipo al completo se abalanza sobre mí, chillando y dándome palmadas en la espalda. Miro a Bell tirado en el suelo y le digo:

—Cuando me den el anillo, pienso grabar en él tu nombre para acordarme del tío que me lamió las pelotas mientras metía la canasta de la victoria.

Bell se levanta de un salto y se tira sobre mí con los puños en alto. Mis compañeros lo empujan hacia atrás, mientras yo me río en su cara.

Estoy eufórico por el triunfo. Me corre por las venas, y me da más subidón que cualquier droga.

Miro a mi alrededor. No busco a mis padres. Ya sé que ellos me están animando. Pero yo quiero ver si Anna estaba mirando.

Es imposible que la encuentre porque los aficionados están por toda la cancha. Mi padre me da una palmadita en el hombro y me abraza.

—Tú sabes que el entrenador del Kentucky estaba mirándote, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, papá, ya lo sé.

Mi madre me da un beso en la mejilla, sin importarle lo sudado que estoy.

—Bien hecho —me dice con ese tono de «tampoco es para tanto» que pone siempre. Todavía se le nota un ligero acento ruso cuando habla. Y lo que sí conserva es ese estoicismo de la Madre Patria, donde, aunque ganes las malditas olimpiadas, asentirían con un «podrías haberlo hecho mejor» a modo de cumplido.

Me limito a sonreír, porque en el fondo sé que mis padres me adoran. Soy el único hijo que tienen, el centro de su universo.

—No está mal —dice una voz grave.

Me doy la vuelta y veo ahí a Anna, que se ha vuelto a poner sus vaqueros rotos y su chupa de cuero. Se ha quitado parte del maquillaje de la cara, así que ya no parece la novia cadáver, pero todavía tiene mucho delineador negro corrido alrededor de sus ojos azules casi transparentes.

Solo ahora es cuando realmente siento que he ganado: cuando veo cómo le ilumina la cara esa sonrisa que no puede contener.

La levanto con un abrazo gigante y la hago girar. Cuando la dejo en el suelo, dice educadamente:

—Hola, tío Seb. Hola, tía Yelena.

—¿Has coreografiado tú ese baile, Anna? —le pregunta mi padre —. ¡Ha sido impresionante!

—Casi todo, sí —responde Anna—. He cogido algunos de los ocho tiempos del número de burlesque de mamá y he cambiado un par de cosillas.

La tía Nessa sonríe.

—Ya me sonaba a mí. No me puedo creer que te acuerdes. Si fue hace muchísimo. ¿Qué tenías? ¿Seis años?

—Anna se acuerda de todo —dice el tío Miko. A continuación, con el ceño fruncido, pregunta—: ¿Quién era ese chico?

—¿Qué chico? —pregunta la tía Nessa, ajena a todo.

—Nadie. —Anna sacude la cabeza con desdén.

—La próxima vez, le rompes la muñeca —le ordena el tío Miko, con los labios todavía pálidos y apretados de la ira.

—«El poder no solo está en lo que hacemos, sino también en lo que no hacemos» —cita Anna con calma.

—No uses mis propias palabras en mi contra. —El tío Miko lo dice muy serio, pero lo conozco lo suficientemente bien como para captarle una sonrisita diminuta en la cara.

—¿Ha habido algún problema? —pregunta mi padre con el ceño fruncido.

—No —le asegura Anna—. A menos que te parezca un problema un padre sobreprotector.

Mi padre le sonríe al tío Miko.

—Si no querías tener hijas así de preciosas, no tendrías que haberte casado con una mujer tan guapa.

—Lo sé —dice el tío Miko arrugando el entrecejo—. Un grave error de cálculo.

—No dejes que Seb se burle de ti —dice mi madre—. Si hubiésemos tenido niñas, él sería todavía peor.

Sé que lo dice de broma, pero yo me doy cuenta de la tristeza en su voz. Mis padres querían tener más hijos. Lo intentaron durante muchos años y se sometieron a cuatro rondas de fecundación in vitro. Al final, se limitaron a darles un diagnóstico superútil: «infertilidad inexplicable».

Tuvieron que conformarse conmigo: el embarazo por sorpresa al que nunca siguió otro.

—Bueno, ¿cómo lo celebramos? —pregunta mi padre con rapidez y tacto para cambiar de tema.

—¡Vamos a cenar! —dice la tía Nessa—. A algún sitio elegante,

para brindar por vosotros, campeones.

Anna y yo nos miramos el uno al otro un segundo.

No es que no queramos ir a cenar con nuestros padres. Pero va a haber unas diez fiestas distintas para celebrar el campeonato y el final del curso.

Mi madre capta nuestra mirada y dice:

—¿Y por qué no vamos a tomar un helado todos, y luego vosotros dos podéis quedar con vuestros amigos?

—Suena genial —sonríe Anna—. Gracias, tía Yelena.

—¿Habéis estado en Pie Cone? —dice mi madre cogida del brazo de tía Nessa—. Todos los helados tienen sabores de tartas. Tarta de lima, tarta de calabaza, *crumble* de moras…

—Madre mía —se ríe Nessa—. Solo con la palabra «helado» ya me habías convencido.

CAPÍTULO 2

DEAN

El club de la lucha clandestino de Moscú está bajo tierra, en lo que antes era una estación de metro abandonada. Ahora lo usan para *raves*, tráfico de drogas y combates de boxeo a puño limpio que organiza la Bratva.

Los gritos de la multitud resuenan por el túnel. Las vías del tren están cubiertas de maleza, obstruidas con jeringuillas usadas. Todavía se pueden ver los restos de pósteres descoloridos pegados en las paredes curvas, anuncios de cosas que no se venden desde que cayó la Unión Soviética. Y encima de ellos, capas y capas de grafitis.

Aquí abajo hace frío, mínimo diez grados menos que en la calle. Me dejo puesta la sudadera con capucha hasta el último momento para que no se me enfríen los músculos.

—¿Contra quién combates? —me pregunta Armen.

Se está fumando un cigarro, aunque se supone que va a salir él a luchar en un minuto.

—Contra Chelovek —respondo.

—Es bastante grande —me comenta Armen.

—Y la hostia de lento también.

Armen da una calada larga, expulsa el humo azul hacia el techo abovedado y luego apaga la colilla con el talón.

—Voy a apostar por ti —dice, como si me estuviese haciendo un favor.

—Pues yo por ti, no —le digo.

Armen se ríe.

—Por eso tú eres rico y yo estoy arruinado.

—¡Dmitry! —grita Boris—. Te toca.

Estoy en el primer combate de la noche. Cuando peleo, uso mi nombre ruso. La verdad es que, cuando estoy en Moscú, lo uso para casi todo.

Me quito la sudadera y me quedo a pecho descubierto a la intemperie. Siento el frío contra mi piel como una corriente eléctrica. Puedo oler el aroma del cigarrillo barato de Armen y del moho húmedo del túnel del metro. También el sudor de los cincuenta hombres que se agolpan en el andén, y la peste a alcohol de las petacas que llevan metidas en las chaquetas.

No hay ring. Los combates son dentro de un círculo de tiza. Si salimos del círculo, los espectadores nos vuelven a meter en él a empujones.

Boris organiza todo el tinglado. No es de la Bratva, aunque trabaja para ellos. Es delgado, tiene la cabeza rapada, dilatadores en las dos orejas y lleva un abrigo largo con cuello de piel. Digamos que su mejor atributo es su voz fuerte y ronca, que se impone al ruido de la multitud sin necesidad de micrófono.

Entro en el círculo y salto un poco sobre los dedos de los pies. Ahora solo llevo pantalones cortos y zapatillas planas. Tengo las

manos vendadas.

Chelovek entra por el otro lado del círculo. Nunca me he peleado con él, pero sé quién es. Tiene una cresta mohawk en la cabeza y el tatuaje de una calavera con serpientes en el pecho. Se hace llamar Ryzhiy Chelovek, que significa básicamente «cabeza de cobre».

Somos más o menos de la misma altura, algo por encima del 1,88 m. Yo soy de complexión delgada y fibrosa, y él es tan corpulento que hasta parece blandurrio. En el boxeo de verdad, este tío estaría muy por encima de mi categoría de peso. En los combates clandestinos, a esto lo llaman simplemente un «gordo versus flaco».

Nos ponemos cara a cara. Él levanta los puños bajo la barbilla con los hombros hacia delante. Yo me quedo igual que estoy, con los brazos a los lados.

Aunque no haya luchado con él, he visto cómo se mueve. De hecho, sé qué tipo de luchador es solo por cómo ha entrado al ring: rollo chulángano, desenvuelto y demasiado confiado.

Y efectivamente, en cuanto Boris toca el silbato, Chelovek se abalanza sobre mí con ambos puños, supongo que con la idea de que, si me da un buen golpe, me caeré al suelo.

Esquivo sus embestidas fácilmente. Izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha, derecha.

Por el amor de Dios, qué predecible es. Soy capaz de ver venir cada puñetazo desde un kilómetro de distancia.

Está empezando a respirar de forma entrecortada. O fuma como Armen o no ha hecho mucho cardio últimamente. Puede que sea lo segundo, y por eso está tan blando en la cintura.

Me agacho y le arreo un puñetazo fuerte en el estómago para probar su tono muscular. Gruñe y exhala con fuerza. Por lo que se ve, tampoco ha hecho demasiados abdominales.

Puedo oír a los espectadores apostando a grito limpio. Los que al

principio apostaron por Chelovek, ahora están intentando cubrirse. Pero las cuentas de mi oponente ya no salen.

Veo a Danyl, el amigo de mi padre, de pie en el límite del ring. Tiene las manos metidas en los bolsillos y sonríe enseñando mucho los dientes. Estoy seguro de que ya sabía que no debía apostar en mi contra.

Por supuesto, mi padre no está. No ha venido a verme ganar, porque nunca viene a mis combates. Se necesita mucho más que esto para que salga de casa.

Le bloqueo otro golpe a Chelovek, y él me asesta un gancho de izquierda en el costado. Siento un dolor poco agradable en las costillas y me encorvo lo suficiente hacia delante como para que su siguiente golpe me dé directamente en la oreja, y me empieza a zumbar la cabeza.

Esto me ha cabreado, pero no permito que la ira se apodere de mí. La echo a un lado, como al carbón de un horno. Quiero que la rabia me impulse sin dejar que se descontrole el fuego.

Espero a que llegue mi oportunidad.

Izquierda, derecha, izquierda, izquierda…

Esta vez, interrumpo la secuencia de Chelovek metiéndole un *uppercut* en la mandíbula. Sus dientes chocan con fuerza y se le va la cabeza hacia atrás. Se tambalea, aturdido y dolorido.

Aprovecho la ventaja y le golpeo dos veces en el cuerpo y otra vez en la cabeza. Seguro que ahora le zumban los oídos más que a mí.

Chelovek escupe un poco de sangre sobre la plataforma, levanta los puños una vez más y se estabiliza.

Ahora se acerca a mí más despacio, con más cuidado. Ha aprendido la lección. O por lo menos, eso piensa.

Podría agotarlo así. Dejar que se canse mientras yo me limito a

esquivar los golpes. No tiene resistencia física para aguantar mucho tiempo.

Pero yo aposté conmigo mismo que tenía que noquearlo en el primer asalto.

Según el recuento que llevo en mi cabeza, solo quedan veintidós segundos.

Si quiero que se quede KO ya, voy a tener que tenderle una trampa.

Chelovek está cabreado… avergonzado. Quiere pegarme. Si le tiento bien, seguro que pica.

Le lanzo un par de *jabs* rápidos a la cara y remato con un golpecito en la nariz para cabrearlo todavía más. Luego levanto los puños, y le dejo despejado el mismo lado derecho donde me metió el gancho de izquierda.

Efectivamente, Chelovek me lanza un golpe muy fuerte en las costillas. Me da en el mismo sitio que antes. Esta vez oigo un crujido, y siento esa quemazón horrible de una costilla al romperse.

Da igual, porque yo ya le he lanzado un cruzado de derecha directo a la mandíbula. Le golpeo en el punto exacto donde la mandíbula se une al cráneo. Noto cómo se separa el hueso. Y observo cómo toda la mitad inferior de su cara se deforma.

Chelovek ya no lo siente, porque se queda inconsciente antes de caer al suelo. Se derrumba como un árbol, recto y tieso, incapaz de levantar siquiera las manos.

Los ganadores gritan exultantes. Ni siquiera los que han perdido las apuestas pueden evitar chillar con ellos.

Me mantengo erguido en el ring. Me niego a que se me note cómo me duele el costado.

Boris me coge el puño y lo levanta:

—¡Una vez más, Dmitry Yenin se lleva la victoria! ¡Seis combates

seguidos invicto!

Boris me mete un fajo de billetes en la mano. Mis ganancias.

Pero los cuarenta mil rublos me la sudan. He ganado diez veces esa cantidad al apostar por mí mismo. Ya iré a pedírselo a Danyl después.

Aun así, me guardo el dinero en el bolsillo de los pantalones cortos.

Hago un pequeño gesto de dolor al agacharme para recoger mi sudadera del suelo.

Armen está fumando otra vez, mientras da saltitos con las puntas de los pies para calentar. Se ha quitado la sudadera y los pantalones de chándal, y ahora se le ven unos pantalones cortos de seda francamente impresionantes con un tigre dorado estampado en la entrepierna.

—Nada mal —me dice—. Me alegro mucho de haber apostado dos mil por ti.

—Seguro que a Chelovek también le habría gustado hacerlo.

—Creo que Chelovek ahora mismo desearía no haber salido nunca del coño de su madre. —Armen suelta una risa entrecortada.

—Buena suerte —le digo.

—¿No te quedas a verme luchar?

—No. Tienes todo lo que necesitas para ganar.

—¿En serio? —dice Armen.

—Sí. Excepto velocidad, resistencia y técnica.

Armen me mira fijamente durante un segundo y luego se echa a reír otra vez.

—Lárgate de una puta vez —resopla.

—Al menos tienes esos pantalones cortos.

Armen sonríe.

—Eso sí.

Vuelvo al túnel y me pongo a caminar por las vías desiertas. Escucho el silbato de Boris dando comienzo al combate de Armen y los gritos de los que han apostado por él. El ruido se desvanece al doblar una curva del túnel.

Dejo atrás la escalera que me llevaría de vuelta a la calle. Prefiero bajar hasta la antigua estación de Park Kultury y subir desde allí. Es una ruta más directa, que pasa por debajo del río Moscova. Además, me gusta estar en los túneles. Son oscuros y silenciosos. En algunos puntos, se puede oír la vibración y el ruido de los trenes que pasan por las vías paralelas que aún están operativas. En otros, se escucha el río que corre por encima.

Saco el teléfono para que la pantalla ilumine lo justo y poder ver las vías que tengo delante. Me pongo «Major Tom» en los auriculares y camino al ritmo de la música.

Pero la apago al oír algo parecido a unos chirridos más adelante. No es una rata. Es algo peor.

Yonkis de los cojones.

Son tres, dos hombres y una mujer. Si es que se les puede llamar así. Tienen una pinta desaliñada y salvaje, y los huelo a seis metros de distancia.

A saber qué coño están haciendo aquí abajo. Han puesto una bolsa de lona en el suelo, en medio de su pequeño grupito, y parece que están sacando cosas de ahí. Seguramente, se las han mangado a alguien en el metro o en una calle atestada.

Si son listos, pasarán de mí.

Dos de ellos hacen lo correcto.

Pero el tercero se pone de pie, nervioso y con los ojos brillantes.

—Eh —dice—. ¿Adónde vas?

Le ignoro y sigo andando.

—¡Oye! —grita un poco más fuerte con voz ronca—. ¡Que te

estoy hablando!

El pelo, largo y sucio, le cuelga sobre los hombros. Lleva una chaqueta sin nada debajo, con el esquelético pecho al descubierto. Tiene costras en la cara y en el cuerpo, y por la forma rígida de andar se nota que tiene los pies hinchados. Son los efectos del krokodil.

El Gobierno ha intentado erradicarlo un montón de veces, pero siempre vuelve a aparecer. Fabricarlo es muy barato. Se puede preparar en cualquier cocina con cosas que se compran en farmacias y ferreterías: ácido clorhídrico, disolvente y fósforo que raspan de las cajas de cerillas.

Es un análogo de la heroína e igual de adictivo. El único pero es que la carne se pudre en el lugar de la inyección, y el cerebro comienza a atrofiarse dentro del cráneo. Y eso no es lo mejor a la hora de tomar buenas decisiones.

Por eso este cabrón cree que hablar conmigo es lo mejor.

—¿El iPhone es nuevo? —pregunta sin apartar la vista de mi teléfono.

Dejo de andar y me giro lentamente hacia él.

—Yo que tú me piraría echando hostias —le digo. Me guardo el teléfono en el bolsillo para tener las manos libres, y al mismo tiempo pongo los dedos alrededor del mango liso de mi navaja.

Sin la tenue luz azul del móvil, el túnel es todavía más oscuro. No importa. Estoy seguro de que veo mejor que estos tres yonquis juntos.

Se han puesto los tres de pie y se han desplegado en silencio para que la mujer se quede delante de mí, mientras los dos hombres intentan rodearme.

—Danos el teléfono —dice entre dientes el segundo hombre.

El problema de pelear con estos tíos es que no tengo ni idea de

qué enfermedades pueden tener. Con que me arañen con una uña sin cortar, igual pillo hepatitis o algo.

Mientras se acercan a mí, planeo cómo acabar con esto rápidamente.

El tío de la derecha ataca primero. Le meto una patada en el pecho y se tambalea hacia atrás. El segundo no tiene tanta suerte. Presiono el botón de la navaja casi a la vez en que se dirige sibilante a su torso. Le apuñalo en el hígado con precisión médica y saco la navaja antes de que me salpique la sangre. Aun así, un poco me mancha la punta de la zapatilla.

Él colega cae de rodillas entre gemidos de dolor.

Eso echa para atrás a los otros dos.

La chica levanta las manos y balbucea:

—No queremos movidas.

Le digo fríamente:

—Pues entonces, largaos, ya te lo he dicho.

Ella coge la bolsa de lona y se pira corriendo por el túnel, en dirección contraria a la que yo iba.

El tío al que he dado una patada mira a su amigo tirado en el suelo y luego a mí. Se va a toda pastilla detrás de la chica, y deja ahí al hombre al que yo he apuñalado.

Yo también le dejo ahí y sigo caminando por el túnel.

Probablemente se desangrará hasta morir, pero pensar en ello no me perturba más que, por ejemplo, saber que todas las mariposas que se ven ahora estarán muertas dentro de un mes. Así es el ciclo de la vida: los yonquis mueren jóvenes, por las drogas, por las malas compañías o por intentar robarle a la persona equivocada en un túnel.

Continúo hasta llegar a la escalera que sube a Krymskiy Proyezd.

La primavera en Moscú es un infierno.

Hay una palabra que los rusos utilizan para describirla: *slyakot*, que significa literalmente «barro fangoso». En parte, por eso me he quedado en los túneles, porque no me apetecía tener que sortear los torrentes de espeso barro marrón endurecido por los cristales de hielo.

Las calles de Moscú siempre están hechas una mierda. Pero, en primavera, hay que estar al loro además para no pisar un charco de nieve derretida, caerte en un socavón y romperte el tobillo. Las aceras están llenas de peatones que se deslizan y resbalan, y el tráfico está peor que nunca. Los montones de nieve derretida están negros por los tubos de escape de los coches.

Como no hay un sistema de drenaje en condiciones, la nieve derretida se va acumulando en charcos estancados. Llegó la *rasputitsa*: la época del año «en la que las calles dejan de existir».

Odio Moscú.

Yo soy americano. Nací en Chicago. Mi madre es americana.

Sin embargo, mi padre me trajo aquí, de vuelta a la ciudad que jamás amó. De regreso al miserable ambiente que llevó a mi madre a beber casi hasta morir… hasta que la única forma de salvarse que encontró fue marcharse.

Yo también me iré pronto.

Me voy al único lugar que a mi padre le parecerá bien; lo único que no considerará un abandono.

Por fin llego a Korobeynikov Lane, donde han retirado meticulosamente el barro para beneficio de la élite de Noble Row. Es un edificio de arenisca muy largo dividido en seis adosados de lujo. Cada uno vale unos veintiún millones de dólares americanos.

Yo vivo ahí con mi padre.

Supongo que las otras cinco casas de Noble Row por dentro serán luminosas y limpias, llenas de candelabros brillantes y

molduras relucientes.

Pero nuestra casa no es así. Por lo menos, en el interior.

Es oscura, está llena de cosas y asquerosa, porque mi padre no permite que haya servicio. Desde que mi madre se marchó, al único que deja entrar en casa es a mí.

Está ahí encerrado como Howard Hughes, y solo sale cuando tiene que ocuparse de sus asuntos en persona. Y últimamente apenas lo hace.

Abro la puerta principal, y una ráfaga de aire viciado y polvoriento me da en toda la cara. Huele como si no hubiesen aspirado las alfombras en seis años, porque así es. Huele como si las ventanas no se abriesen jamás, y las paredes estuviesen llenas de ratones.

El interior es muy oscuro, casi tanto como el túnel del metro. Las pesadas cortinas que cuelgan desde el techo al suelo están todas cerradas. Hay un silencio sepulcral.

Todavía se pueden ver los restos de la decoración que llevó a cabo mi madre cuando nos mudamos aquí, cuando yo era un niño pequeño, y ella aún tenía ganas de hacer proyectos.

La verdad es que yo no me acuerdo de esa época, salvo de algunos retazos, unos cuantos destellos que se han quedado grabados en mi memoria como si fuesen joyas. Mi madre con manchas de pintura en la cara, riendo mientras me decía que no montara en triciclo dentro de casa. Mi padre volviendo a casa bien vestido, con un buen traje, con una bolsita de pan de jengibre de Tula para mí y pidiéndome que adivinara en qué bolsillo la había escondido.

Aún se aprecia el trabajo que hizo mi madre: el papel pintado azul con motivos florales del comedor. La lámpara de araña de oro con forma de cuernos de alce. La chimenea de esteatita con la pila

de leños de abedul blanco que nunca llegaron a quemarse… y que nunca se han vuelto a tocar.

Ahora todas esas habitaciones están llenas de mierda, con columnas de libros apilados más altos que yo, montones de periódicos, revistas, facturas viejas y recibos. Y después, las cajas, claro: cosas que mi padre pidió y que jamás llegó a abrir.

Cajas y cajas. Cajas con telescopios y globos terráqueos. Con tostadoras y prismáticos. Con artículos de papelería, equipos fotográficos, herramientas eléctricas o zapatos. No sabría adivinar lo que hay en la mitad de ellas. No sé por qué mi padre empezó a pedir toda esta basura. Y no sé por qué la amontona encima de mesas y sillas, sin molestarse siquiera en mirar la mayoría.

Subo por la larga escalera curva que llega a su despacho. Siempre espera que le avise cuando vuelvo a casa por las noches.

Llamo a la puerta y espero a que diga «adelante», antes de girar el pomo.

Está sentado detrás de su gigantesco escritorio de nogal, vestido de forma elegante con un traje oscuro con alzacuellos. Lleva peinado el pelo rubio ceniza hacia atrás. Se ha afeitado minuciosamente el lado de la cara donde aún le crece la barba.

Tiene las manos cruzadas delante de él, encima de la mesa: una suave y pálida; la otra roja y llena de cicatrices. Esa mano no le va tan bien como la otra. Tiene el tejido tan rígido y lleno de nódulos que no puede ni sujetar un bolígrafo.

El aspecto de mi padre no deja indiferente a nadie.

Es increíblemente guapo y horripilante a la vez.

El lado izquierdo de la cara es tan bonito que casi podría ser el de una mujer, con el ojo de un azul muy especial que parece violeta, en contraste con su piel clara y el pelo rubio platino.

El lado derecho es una descolorida masa de carne ampollada,

como el lecho seco de un río, reseco y agrietado por el sol. El pelo se le ha quemado, y ha dejado al descubierto una zona de cráneo reluciente. En ese lado no tiene ceja. Hasta el ojo es lechoso y blanquecino. No puede ver por él. La comisura de la boca se le tuerce hacia arriba, como si sonriera, aunque en realidad no lo hace nunca.

Las cicatrices se extienden por todo el lado derecho de su cuerpo. Por el brazo y la pierna también.

Es como una especie de *cíborg* extraño, en parte humano y en parte… otra cosa. No un robot, sino más bien un monstruo.

Solo le he visto sin camisa una vez. Odia que lo vean así. En realidad, odia que lo vean de cualquier manera.

Con el tiempo, se ha vuelto más sensible con el tema de su aspecto.

Cuando era pequeño, me dejaba sentarme en su regazo y tocarle la piel arrugada y áspera de su mano derecha.

Justo antes de que mi madre se marchara, ya no la dejaba acercarse a él. Dormían en habitaciones separadas para que ella ni siquiera tuviera que verlo cuando se cambiase de ropa.

Mi padre es un hombre poderoso. Ocupa un alto cargo dentro de la Bratva: es el *derzhatel obschaka*, o lo que es lo mismo, el contable. El jefe de los contables de todos los negocios ilegales que hay en Moscú.

Tiene un equipo de hombres que trabajan para él. Solo le rinde cuentas a dos hombres de las altas esferas de Moscú.

Y, como cualquier criminal, claro que tiene enemigos. Pero no fueron sus enemigos los que le hicieron esto.

Se lo hizo su familia.

Sus heridas más profundas se las causaron las personas que amaba. Una vez amó a mi madre. Puede que incluso a mí.

Ya no.

Me mira con su único ojo bueno y ese globo ocular blanquecino.

Antes creía que las dos caras de mi padre representaban el bien y el mal que había en él. Los días en que era amable y me traía pan de jengibre, y los días en que entraba en cólera y arrojaba los adornos de mi madre contra la pared, destrozando todo lo que había en el interior de la casa.

Ahora creo que no hay ni demonios ni ángeles dentro de las personas.

Solo existe la apariencia del bien. Y luego, lo que las personas son en realidad: débiles e imperfectas. Destinadas al final a hacerte daño.

Mi padre mira mis pantalones de boxeo.

—¿Has peleado hoy?

Asiento con la cabeza.

—¿Has ganado?

—Por supuesto.

—Por supuesto —me imita mi padre—. Eres un arrogante.

—Si es verdad, no es arrogancia. No me han ganado nunca.

Mi padre resopla suavemente.

—Yo antes hablaba como tú. La estupidez debe de ser propia de esa edad.

Su ojo bueno se fija en la punta de mi zapato, donde la sangre del yonqui ha dejado una mancha oscura en la tela gastada.

—¿Esa sangre es tuya o del otro? —pregunta.

—De ninguno de los dos. Han intentado robarme al volver a casa.

Mi padre asiente sin ningún interés en saber nada más.

—No sabían quién es tu padre.

No está presumiendo. Solo está dejando claro un hecho. Nadie

atacaría al hijo de uno de la Bratva a propósito.

Me desliza algo por encima del escritorio. Un sobre: pesado, caro y de color gris pizarra.

—¿Qué es eso?

—Ábrelo.

Rompo el sello de cera que cierra la solapa, saco las dos hojas de papel y leo por encima la intrincada caligrafía.

—Me han aceptado —digo.

—Danyl Kuznetsov te recomendó.

—Lo llamaré para darle las gracias.

—Vas a hacer más que darle las gracias. Quiere que trabajes para él durante dos años después de graduarte.

Asiento con la cabeza. Es una petición razonable, teniendo en cuenta el favor que me ha hecho a cambio.

La mayoría de los estudiantes a los que aceptan en Kingmakers están ahí por el legado familiar. De familias en las que el padre, el abuelo y el bisabuelo asistieron a la universidad.

Mi abuelo formaba parte de un cuerpo especial del KGB encargado de dar caza a la Bratva. Tuvo que desertar para subir puestos en la organización. Al principio, la Bratva lo odiaba y desconfiaba de él. Logró abrirse camino por la fuerza y ascendió gracias a la violencia y la crueldad.

Kingmakers es una universidad que va más allá de lo exclusivo. Son muy puntillosos a la hora de decidir a quién dejan acceder. Solo se permite la entrada a aquellos en quienes los secretos de las familias mafiosas de todo el mundo puedan estar a salvo.

Vuelvo a leer la carta otra vez:

—Me han aceptado entre los Herederos.

No estaba seguro de que lo fueran a hacer. Moscú está dividida en tres territorios con tres jefes distintos. Mi padre no es uno de

ellos técnicamente. Pero en nuestra sección de la ciudad, el jefe actual no tiene hijos, ni tampoco el que le sigue en la jerarquía.

Si me va bien en Kingmakers, no tendré problemas en ascender a *pakhan* con el tiempo.

Miro el rostro de mi padre en busca de algún indicio de emoción: placer, expectación, orgullo…

Nada.

—Estoy cansado —le digo—. Me voy a acostar temprano.

Él asiente y se pone de nuevo con los papeles esparcidos encima del escritorio.

Recorro el largo y lúgubre pasillo que lleva a mi cuarto.

Me quito la ropa y me meto debajo del chorro de agua hirviendo de la ducha todo el rato que puedo. Luego cojo la esponja exfoliante y me froto con fuerza cada milímetro de la piel; me limpio el sudor de la lucha, la suciedad de los túneles del metro y cualquier pelo o célula de piel que pueda haberme tocado alguno de esos putos yonquis.

Me enjabono una y otra vez, me aclaro y vuelvo a empezar. Siempre me aseguro de acabar impoluto, de no oler a nada que sea más desagradable que el jabón. Yo me hago mi propia colada: lavo mi ropa, mis toallas y mis sábanas cada vez que las uso.

No soporto la idea de que pueda acabar oliendo ni por casualidad a la humedad y dejadez que impregna esta casa.

El olor se pega a todas mis pertenencias.

Odio ese olor.

Odio volver a casa.

Cuando por fin estoy limpio, me meto bajo las sábanas recién lavadas con las que hice la cama esta mañana.

Cojo un libro de la mesilla de noche, el que me estoy leyendo desde hace tres noches: *Hijos de la medianoche*.

Abro el libro y leo hasta que el agotamiento físico de la lucha acaba por vencer a la actividad frenética de mi cerebro. Entonces dejo el libro y cierro los ojos, intentando recordar solo las palabras de la página; tratando de impedir que mi mente divague.

No quiero pensar en nada de mi vida real.

Para eso están los libros.

Para transportarte a otro lugar.

CAPÍTULO 3

ANNA

TRES MESES DESPUÉS

Es la última noche que duermo en mi cama, en mi casa.

Mañana me voy a Kingmakers a pasar todo el año académico.

Cuando estemos en la universidad, no podremos volver hasta el verano próximo. Forma parte de las medidas de seguridad que hacen falta cuando entre tus muros acoges a los hijos e hijas de las familias mafiosas rivales de todo el mundo.

En la isla no están permitidos los móviles. Ni portátiles ni iPads.

Se puede llamar desde un teléfono fijo, o se pueden escribir cartas.

Resulta raro y anticuado. Me hace sentir como si, en vez de a otro país, me fuese a otro planeta.

Nunca he estado lejos de mi familia.

Vivimos en una mansión a las afueras de la ciudad. Esta casa se ha convertido en nuestro propio mundo secreto, un mundo alejado de todo lo demás. Los muros son tan altos y los árboles tan

frondosos que no parece que haya nadie más en un radio de cientos de kilómetros.

Amo nuestra casa con toda mi alma. Tiene todo lo que necesito.

He explorado cada milímetro de ella desde que era pequeña. Es tan antigua que tiene decenas de estancias diminutas y pasadizos. Solía subirme al montaplatos y bajar hasta la cocina. O atravesaba el pasillo secreto que va desde el despacho de mi padre hasta la torreta de astronomía. Hay conductos para la ropa sucia, y una escalera oculta que conecta el salón de baile con la bodega.

Y luego está el desván, repleto de objetos que dejaron las cinco generaciones anteriores que han vivido aquí: espejos de plata sin lustre, vestidos antiguos, discos, joyas, fotografías, cartas arrugadas, manteles de encaje amarillentos, velas derretidas y roídas por los ratones, cunas antiguas y frascos de perfume polvorientos que aún conservan algo de fragancia.

Antes podía llegar a pasar días enteros allí arriba, hurgando entre las cajas con moho, deteniéndome a observar objetos y volviéndolos a colocar en su sitio.

A Cara, mi hermana pequeña, le gusta todavía más que a mí. Le encanta subir con una lámpara y una bolsa de manzanas para escribir en su cuaderno diminuto, en medio de doscientos años de historia.

Cara se piensa que es poeta o escritora o algo así. Siempre está creando algo nuevo. Aunque nunca nos deja verlo.

Seguro que lo que escribe es muy bueno, o todo lo bueno que puede ser lo que se le ocurra a una chica de catorce años. Cara es brillante, aunque la mayoría de la gente no lo sabe porque es muy reservada. No cabe duda de que ha heredado la dulzura de nuestra madre, pero no su simpatía.

Whelan es todo lo contrario. Hace muchísimo ruido, no tiene

pelos en la lengua, es descarado y, a veces, un poco capullo. Sin embargo, a pesar de todo, lo adoramos, porque es el pequeño. Aunque puede llegar a ser demasiado travieso y escurridizo. Sus «incursiones» por la casa suelen terminar con algo roto o con él dando alaridos porque se le ha quedado la cabeza atascada entre las barandillas de hierro de la antigua cochera.

Mi habitación da al jardín amurallado. Es un dormitorio oscuro con ventanales góticos, paredes de un intenso color carmesí, una chimenea gigantesca y un dosel antiguo de terciopelo alrededor de la cama. Era la habitación en la que dormía mi madre cuando llegó aquí.

Mi padre la secuestró. La raptó en plena calle. Después la encerró en esta casa durante meses.

Poco a poco, sin darse cuenta ni quererlo, él se enamoró de ella, y ella se enamoró de él. Un síndrome de Estocolmo simultáneo en toda regla.

Es una historia de amor extraña, aunque todo lo que tiene que ver con mi familia lo es.

Cuando creces como hija de la mafia, te aprendes la historia de tu gente igual que debieron hacerlo los emperadores romanos. Memorizas los triunfos y los fracasos de tus antepasados, sus disputas sangrientas y sus venganzas.

Mis padres nunca me han ocultado la verdad.

Y por eso mismo, siempre he querido ir a Kingmakers.

Mi madre me contó que, antes del secuestro, era una ingenua. La habían protegido de la realidad del mundo criminal adrede.

Su padre era el jefe de la mafia irlandesa, pero ella iba a una universidad normal con chavales normales. No estaba preparada en absoluto para que la secuestraran, la tuviesen de rehén y la usaran como el cebo de una trampa destinada a asesinar a todos los

miembros de su familia.

—No quiero que te pase lo mismo —me dijo mientras me miraba con seriedad y lucidez con sus ojos verdes—. No quiero que seas débil como lo era yo. Ni que estés confundida o desprevenida.

Mi padre me entrenó para defenderme. Para entender el argot, las negociaciones y las estrategias necesarias para moverte por el mundo del hampa.

En el instituto, puede que tuviese el aspecto de una chica normal. Era la capitana del equipo de animadoras e iba a fiestas. Pero a mí me criaron para ser una mafiosa, no una bailarina.

Me deslizo de debajo de las pesadas mantas y me acerco al ventanal. Nunca me molesto en correr las cortinas, así que la luz de la luna lo inunda todo. Puedo ver el jardín cubierto de maleza, con sus estatuas de piedra y sus fuentes, sus empedrados senderos resbaladizos por el musgo.

Una figura alta y delgada, vestida de negro, entra en el invernadero de cristal desde el jardín.

Mi padre.

Salgo de mi habitación, bajo corriendo la gran escalera en curva y atravieso la planta principal, a oscuras, hasta llegar al invernadero.

En la casa hay un completo silencio y solo se oyen los habituales crujidos y chirridos de la madera vieja. A pesar de ser el final del verano, hace frío. Los gruesos muros de piedra y los frondosos árboles que la rodean la mantienen fresca en cualquier época del año.

En el invernadero hace más calor, porque aún retiene el último sol del día. El olor embriagador a clorofila me llena los pulmones. Está muy oscuro, a excepción de unos pocos puntos de luz de las estrellas que penetran a través de las densas hojas. Son las dos de la madrugada.

Oigo a mi padre, aunque casi no hace ruido. Sé cómo escuchar el sonido de la respiración humana.

Así que él también me oye llegar a mí, por muy silenciosa que sea al caminar.

—¿No puedes dormir, *mała miłość*? —dice.

—No es que no pueda, es que no quiero.

—¿Por qué?

—Porque no quiero desperdiciar mi última noche en casa.

He llegado hasta el banco donde está sentado mi padre abriéndome paso entre árboles y enredaderas. Aún lleva puestos el jersey de cachemira y los pantalones que suele vestir para trabajar. Tiene las mangas subidas, así que veo perfectamente los numerosos tatuajes que le cubren los brazos, las manos y los dedos.

Me ha contado lo que significa alguno. Y ha añadido más desde que nací. Ha llenado todo el espacio que le quedaba en el cuerpo con tatuajes con las fechas de nacimiento de sus hijos, tatuajes de cada ballet que mi madre ha coreografiado y tatuajes que inmortalizan experiencias entre ellos dos de las que yo no tengo ni idea.

Yo tengo cinco tatuajes: una golondrina por mi madre, un lobo por mi padre, una cita del libro favorito de mi hermana, una ramita de acónito por mi hermano y un quinto que nunca le he enseñado a nadie.

—¿Estás nerviosa por mañana? —me pregunta mi padre.

—No —respondo con sinceridad—. Pero me alegro de que venga Leo. Me sentiría muy sola sin él.

—Yo también me alegro de que vaya. —Mi padre asiente con la cabeza—. Sé que no necesitas que nadie te proteja. Pero todo el mundo necesita aliados. Durante la primera semana, ten cuidado con a quién dejas entrar en tu círculo. Cada vínculo que forjes puede

abrirte una puerta, o cerrarte otra en las narices.

—Lo entiendo.

—No permitas que Leo te arrastre a nada. No sabe de estrategias.

—Él se mueve por su corazón —digo—. Pero su instinto suele ser bueno.

—Tiene mal genio. —Mi padre frunce el ceño, entrecierra sus claros ojos azules y me mira fijamente a la cara.

—Papá, ya sé cómo es Leo.

—Sé que lo sabes. —Mi padre me rodea con el brazo y me acerca la cabeza a su hombro—. Te quiero, Anna. Y confío en ti.

El corazón me late con fuerza contra las costillas. Hay algo que quiero decirle a mi padre, pero tengo miedo…, algo que vi en la carta de bienvenida a Kingmakers y que apenas me atrevo a creer.

Me lamo los labios e intento aunar valor suficiente.

—Papá…

—¿Sí?

—En mi carta de admisión a Kingmakers, decía que me habían aceptado en los Herederos.

—Pues claro —dice con su voz fría y cortante.

—¿Eso fue…, tú…, se lo pediste tú?

Se incorpora, de modo que nos miramos de nuevo frente a frente. Me parezco más a mi padre que a mi madre. La misma piel pálida sin una sola peca. El mismo pelo rubio. Los mismos ojos azules como el hielo.

Ojos que dan miedo cuando te miran fijamente.

—Eres mi heredera —dice mi padre con rotundidad—. Mi hija mayor. Es tu derecho de nacimiento.

—Pero Whelan…

—Yo soy el que decide si tener en cuenta o no el género o el

orden de nacimiento —dice mi padre—. Tu madre y yo lo acordamos, antes incluso de que vinieses a este mundo.

El corazón se me había parado un momento, pero ahora late el doble de rápido de lo normal, como para recuperarse.

—Vale. —Me esfuerzo en que no se note que me tiembla ligeramente la voz—. Me alegro.

—Si este es tu deseo, todo será tuyo —dice mi padre.

—Sí —susurro—. Lo deseo.

Mi padre asiente con la cabeza. Me pone la mano en la nuca y me acerca a él para darme un beso en la frente.

—Tú conseguirás todo lo que quieras en este mundo, Anna. Lo supe desde el momento en que te tuve en brazos por primera vez. Sabía que podrías coger cuanto quisieras y que no lo dejarías escapar.

Nos quedamos sentados un rato más en silencio. Sin hablar.

Quiero a mi madre. Con toda mi alma. Es imposible no hacerlo. Tiene todas las maravillosas cualidades que a mí me faltan: bondad infinita, una generosidad sin límites, una alegría interior que ilumina e inunda todo cuanto está a su alrededor y que hace que los que la rodean siempre estén bien.

Pero yo no soy así. A veces estoy triste sin motivo aparente. A veces quiero quedarme en silencio para pensar en cómo pasa el tiempo, y en lo doloroso que es recordar cómo los mejores y los peores momentos han sucedido tan rápido.

Así que prefiero estar con mi padre, porque sé que él siente lo mismo. Somos iguales por dentro y por fuera. Para bien o para mal, ni soy dulce ni siempre estoy feliz.

El único momento en que identifico esa parte de mí misma en mi madre es cuando ella coreografía sus bailes. Solo entonces veo que, aunque no hay oscuridad en ella, sí que comprende la tristeza y el

miedo. Detecta la belleza en las cosas rotas y perturbadoras. Por eso entiende a mi padre y lo ama. Y por eso me entiende a mí.

La danza es lo que nos une. Así he canalizado yo mis peores impulsos, los más destructivos. Los mantengo a raya para que no me destruyan.

Pero en Kingmakers no habrá equipo de baile.

No sé qué voy a hacer con todos estos sentimientos que se agolpan en mi interior, que me confunden y me impulsan a hacer cosas de las que sé que me arrepentiré.

—Deberías irte a la cama —me dice mi padre—. Si no, estarás muy cansada en el viaje.

—Ya dormiré en el avión.

—Si estás sentada al lado de Leo, no creo.

Sonrío. Leo siempre está entusiasmado, emocionado, sobre todo cuando hace algo nuevo. Lo más seguro es que se pase hablando todo el viaje hasta Croacia.

—En la universidad habrá momentos duros —dice mi padre—. Sé que puedes con ellos de sobra, pero si algo sale muy mal…

—Te llamaré —le prometo.

Volamos de Chicago a Frankfurt a las diez de la mañana siguiente, después de Frankfurt a Zagreb y luego de Zagreb a Dubrovnik.

Vienen al aeropuerto a despedirnos mis padres y los de Leo.

La tía Yelena está muy blanca, en tensión. Sé que no quiere que Leo vaya a Kingmakers. Cree que es peligroso.

Y ella lo sabe mejor que nadie. Al fin y al cabo, era de la Bratva. Son los que más hijos e hijas envían a Kingmakers.

Se supone que es una especie de refugio «sagrado». Una tregua temporal para los rencores y rivalidades entre las distintas familias.

Pero para los hijos e hijas de los criminales, las reglas están para romperse. Incluso el lema de la universidad, *Necessitas non habet legem*, quiere decir «La necesidad no tiene ley».

En las cartas de admisión venía una lista de normas muy estrictas con sus correspondientes castigos. Nuestros padres tuvieron que firmar el contrato de la ley de compensación, y Leo y yo también, solo que nosotros además estampamos nuestras huellas con sangre en la parte inferior de la página. Eso quiere decir que nos sometemos a la autoridad de la escuela.

Si nos metemos en problemas, nos castigará el rector directamente. Él es juez, jurado y verdugo, todo en uno, y nuestros padres no pueden interceder ni tomar represalias.

Como de costumbre, a Leo parece que todo esto le importa muy poco. Abraza a sus padres, levanta a su madre y le da un sonoro beso en ambas mejillas.

La tía Yelena parpadea como si estuviese conteniendo las lágrimas.

—Ten cuidado, Leo —le dice.

Él se encoge de hombros, sin molestarse siquiera en fingir que al menos lo intentará.

—Te quiero, mamá.

Cara pone los brazos alrededor de mis hombros y me abraza con fuerza. Whelan hace lo mismo con los suyos, pero a la altura de la cintura.

Lo que más me duele es dejar a Cara. Ella no permite que entre demasiada gente en su vida. Sé que se sentirá muy sola sin mí. Y también sé que no se va a quejar nunca.

—¿Y yo por qué no puedo ir? —pregunta Whelan.

—Porque tienes seis años —responde mi padre con calma.

—¡No es justo!

—No hay nada más justo que eso. Tú podrás ir cuando cumplas dieciocho años, igual que tu hermana.

—Pues no es justo que yo no tenga dieciocho años —murmura Whelan entre dientes, porque sabe que a nuestro padre no se le pueden tocar demasiado las narices.

Whelan es el único de los tres que ha heredado las pecas y los ojos verdes de mi madre. Así parece todavía más fiero, porque es un pequeño demonio con forma humana. Siempre tiene el pelo cobrizo despeinado, y no es fácil distinguir qué manchas de su cara son pecas y cuáles, roña. Aunque es bajito y fornido, es rapidísimo y sorprendentemente fuerte.

Cara es igual de delgada que yo, de estatura media y ojos azul claro. Tiene el pelo más oscuro que el resto de nosotros, tan castaño que casi parece negro. No habló hasta los cuatro años, e incluso ahora, hay veces que parece que todavía no ha aprendido a hacerlo.

—¿Puedes llamarme los fines de semana? —me pregunta en voz baja.

—Creo que sí.

—Si no puedes, escríbeme.

—Te lo prometo.

Mi madre también me abraza. Siempre huele a limpio y fresco, como el interior de una flor.

—Ya estoy empezando a arrepentirme —lamenta—. Porque te voy a echar mucho de menos.

—A ver si encuentro algún sitio para ensayar en el campus.

—Siempre he sabido que con eso no tienes problema —me dice negando con la cabeza—. Pero con el tema del sueño…

Sonrío.

—Para eso también intentaré tener tiempo.

Leo y yo subimos al avión y nos sentamos juntos en la segunda

fila de primera clase. No hay nadie más de nuestra edad que vuele de Chicago a Frankfurt. Somos los únicos hijos de la mafia de nuestra ciudad que este año van a Kingmakers.

Ya conocemos a alguien allí: a nuestro primo Miles. Es un año mayor que nosotros y se marchó el septiembre pasado. Ha estado en casa este verano, pero no vamos en el mismo vuelo, porque los estudiantes de primer año empiezan una semana más tarde que los demás.

En teoría, Leo y yo somos primos, aunque no de sangre. La hermana de su padre está casada con el hermano de mi madre.

Es muy lioso, y en el colegio no lo entendía nadie cuando tratábamos de explicarlo. Se limitaban a asumir que éramos parientes, y bueno, eso valía, porque así es como nos ve nuestra propia familia. Yo a sus padres siempre los he llamado tío Seb y tía Yelena, y él a los míos tío Miko y tía Nessa. Quiere mucho a mis hermanos pequeños y con ellos es igual que conmigo: bromista, cariñoso y, a veces, desquiciante.

Sin ir más lejos, ahora mismo en el avión. Después de haber devorado el suyo, Leo me quita el paquete de pretzels y lo abre con los dientes.

—Ni se te ocurra. —Se lo reclamo—. Que yo también tengo hambre.

—Entonces ¿por qué no te los has comido todavía? —sonríe.

—Porque no soy una bestia rabiosa que devora la comida en cinco segundos.

—Si fueses tan grande como yo, lo harías —dice al tiempo que trata de robármelos de nuevo.

Es rápido de cojones, pero yo también. Así que, de milagro, consigo mantener el paquete roto fuera de su alcance.

—Quita las manos —le digo—. Y ni se te ocurra poner el codo

sobre el reposabrazos. Me importa entre poco y nada tu tamaño, pero en este vuelo no vas a ocupar mi maravilloso espacio personal.

—Estarás de coña, ¿no? ¡Mira estas piernas! —Leo extiende sus gigantescos muslos, cada uno del tamaño de un tronco de árbol pequeño. Me empuja con la pierna la parte exterior de la mía, y puedo sentir el calor de su cuerpo a través de mis vaqueros. Me lo quito de encima, totalmente colorada.

—Pues haberte comprado dos asientos.

—Mi padre es demasiado tacaño —dice Leo con amargura. Luego, vuelve a sonreír y añade—: Seguro que papá Miko te habría comprado dos asientos si se lo hubieses pedido con cariño.

—Es muy probable. Pero yo no se lo pediría, porque no soy una niña consentida y mimada como tú.

Intento llevarme un pretzel a la boca. Leo se las apaña para arrebatármelo de la mano y comérselo. Hace mucho ruido al masticar aposta, solo para tocarme las narices.

—Cada vez que intentes dormirte, te pienso dar un tortazo —le advierto.

—¡Sí, hombre! ¡Y una mierda me voy a dormir! —dice Leo—. Estoy demasiado emocionado.

Diez minutos más tarde, tengo su pesada cabeza apoyada en mi hombro, roncando tranquilamente.

Leo y yo tenemos una escala de seis horas en Frankfurt. Como está muy descansadito, me convence para salir del aeropuerto y buscar un *biergarten* para tomarnos dos enormes jarras de cerveza con bien de espuma y una bandeja de salchichas recién hechas servidas con pan de centeno.

De nuevo en el avión, parece que la cerveza me ha afectado más

de lo normal. Tengo una agradable sensación de ligereza, y estoy a gusto y relajada.

Estoy sentada junto a la ventanilla. Es como si el avión fuese un barco que flota entre un mar de nubes, rodeado de montañas teñidas de rosa por la puesta de sol.

—Mira —le digo a Leo.

Se inclina hacia mí para poder mirar por la ventana. Apoya el hombro contra mi pecho, y sus suaves rizos oscuros me rozan la mejilla.

Le huele muy bien el pelo, como a sándalo. Y por debajo, percibo el aroma más intenso y peligroso de su piel. Tiene el mismo efecto en mí que ciertos olores que me resultan excitantes y perturbadores al mismo tiempo: el humo de un incendio, el hierro y la sangre, la gasolina derramada. Hace que se me acelere el corazón.

—Precioso —dice Leo, que ahora me mira a mí, con la cara muy cerca de la mía.

El sol le incide en sus iris y le ilumina cada mota dorada del marrón. Tiene los ojos más claros que su piel bronceada. Está más negro que una tostada, porque se ha pasado el verano entero dando paseos en barco y jugando al baloncesto sin camiseta en las canchas de las orillas del lago Míchigan.

Yo me fijo en los detalles. En todo lo que hace a una persona distinta de las demás. Leo tiene muchas cosas así. Más que ninguno. No hay nadie que se parezca a él.

Le doy un empujoncito para que no esté tan cerca de mí.

—Muy bien. Ponte en tu lado otra vez.

Leo ha traído una baraja. Jugamos a un juego ridículo que consiste en apostar por una carta oculta que tu oponente no puede ver. A Leo se le da muy bien convencerme de lo que tiene, pero mi

cara de póquer es mucho mejor. Cuando las luces de la cabina se atenúan para que la gente duerma un poco, tenemos que hacer un gran esfuerzo para no reírnos demasiado en alto.

En Zagreb hay otro cambio de avión, a una hora intempestiva, y los dos acabamos dormidos encima de las bolsas de viaje. Nos despertamos justo a tiempo para correr por la terminal y pillar el último vuelo.

Cabreados y empapados en sudor, al fin llegamos a Dubrovnik. Es una ciudad portuaria a orillas del mar Adriático, en el extremo sur de Croacia.

La idea es pasar aquí la noche y a la mañana siguiente tomar un barco a Visine Dvorca.

Dvorca es una isla rocosa diminuta del mar Adriático. Hay un pueblecito en la isla, con unos pocos cientos de habitantes que se ganan la vida en las colinas con rebaños de ovejas y cabras y cultivando pequeñas granjas y viñedos. La mayor parte de su producción se la venden a la universidad.

Eso me lo contó mi padre. Él no vino a Kingmakers, porque no tiene legado familiar aquí, pero su padre adoptivo, Tymon Zajac, sí que asistió.

Mi padre visitó Kingmakers dos veces con Zajac para reunirse con el rector. Me contó que nunca había estado en un lugar con tanta historia. La escuela lleva setecientos años en el mismo sitio. Las mentes criminales más brillantes y despiadadas de los últimos siglos han pasado por sus aulas.

De hecho, Kingmakers tuvo mucho que ver en que mi padre comprara nuestra casa de Chicago. Los dos edificios son antiguos, apartados y con estilo medieval. Y ambos se encuentran llenos de secretos.

La isla está flanqueada por altos acantilados rocosos y fuertes

corrientes, así que solo hay un sitio donde pueda atracar un barco. Eso es lo que hace Kingmakers tan fácil de defender. Nadie puede colarse en la isla, ni nadie puede acercarse a la universidad sin previo aviso. Hay que coger la única carretera abierta que lleva a las puertas de entrada, que es lo que haremos mañana.

Porque, de momento, Leo y yo pasaremos la noche en un hotel en el casco antiguo de Dubrovnik. El Grand Villa Argentina está encaramado en los acantilados sobre el mar azul. Por debajo, se extienden los tejados rojos del casco antiguo hasta la puerta de estilo medieval de Ploče, con sus bajas torres de piedra.

—Me pregunto si nos dejarán venir a Dubrovnik con frecuencia —le digo a Leo—. En la isla no hay demasiadas cosas. ¿Y si necesitamos ropa nueva o algo así?

Solo nos permitieron traer una maleta a cada uno.

—No te hará falta ropa —dice Leo muy serio—. Se supone que tenemos que ponernos los puñeteros uniformes.

—Será para evitar que llevemos algún color que identifique de qué banda venimos o algo así. —Me encojo de hombros.

—A ti eso te daría igual, porque siempre vas de negro. ¿Cómo vas a soportar tener que llevar verde a veces? ¿Y gris y plateado?

La mayoría de los uniformes son negros, con algunas prendas en tonos carbón, plateado, salvia y oliva. La verdad es que son tonos bastante apagados, pero, claro, cómo va a perder Leo una oportunidad de meterme caña.

—Yo no llevo solo negro —le informo.

—Los tonos medianoche y ónix también son negros —se burla.

—¿Has tenido que buscar eso antes para cachondearte de mí? Admítelo: no tenías ni idea de qué significaba la palabra «ónix».

Leo resopla. Le chifla intentar sacarme de quicio, pero lo que en realidad quiere es que yo le devuelva el golpe. No me respetaría si

no fuera así, porque para él todo es una competición.

—Probablemente habrá más gente de la universidad aquí, ¿no crees? —dice.

Ojalá hubiésemos podido volar con Miles. Habría sido nuestro guía durante todo el viaje. Nos habría dicho dónde cenar, por ejemplo, ahora mismo. Siempre sabe cuál es el sitio ideal para cualquier cosa.

Por supuesto que Leo y yo le hemos preguntado cómo es Kingmakers, pero no es fácil sacarle una respuesta clara a Miles. Es la hostia de sarcástico y, evidentemente, no es de los que muestran sus emociones. Jamás admitiría si algo le diese mucho miedo o le resultara difícil. Parece que nada le afecta.

—No podemos ser los únicos que hemos llegado hoy —digo.

Después de guardar las maletas cada uno en nuestra habitación, que son contiguas, nos dirigimos al casco antiguo para buscar algún sitio donde comer.

El casco antiguo está amurallado, así que la ciudad se conserva en su estado medieval original, o lo más parecido posible. Está repleta de iglesias barrocas, monasterios y palacios de piedra con muros de medio metro de grosor. Las calles están empedradas y las plazas pavimentadas con losetas planas de mármol. El aire huele a sal, tomillo, naranjos silvestres y el rocío de decenas de fuentes que mantienen así de exuberante la vegetación de la ciudad.

Encontramos un pequeño restaurante con terraza y nos sentamos a la sombra de un laurel en una mesa que se tambalea. El camarero nos trae té caliente y una cesta de pan calentito plano sin que se lo hayamos pedido.

Leo devora el pan como si no hubiese comido en semanas.

—¿Qué me sugiere? —le pregunto al camarero.

Aquí hay tantos turistas, que habla inglés bastante bien.

—Somos famosos por el marisco —dice orgulloso—. Tenemos ostras, mejillones, calamares y *risotto* de sepia, todo fresquísimo. También hay guiso de pescado, lo llamamos *brudet*, o estofado de ternera, la *pašticada*.

—Para mí ostras, por favor —le pido.

—¿Hay algo que no sea pescado? —pregunta Leo. No le gusta el marisco.

—La *peka* es carne asada con verduras —contesta el camarero.

—Suena bien —asiente Leo.

—Ha dicho que hay estofado de ternera —le recuerdo a Leo.

—Tampoco me gusta el estofado.

—¿Nos puede traer algo de guarnición también? —le pregunto al camarero—. Lo que usted piense que más nos gustará.

—Por supuesto. —Y se aleja rápidamente para anotarlo todo.

—Eres un señoritingo de mierda. ¿Qué piensas hacer si solo tienen una opción para cenar en Kingmakers? —le pregunto a Leo.

—Pues morirme de hambre, supongo —responde Leo con una sonrisa de cero preocupación.

Mientras esperamos la comida, Leo se recuesta en la silla, estira sus largas piernas con los brazos cruzados sobre el ancho pecho y se pone a observar con detalle todo lo que nos rodea.

A mí me gusta mirar el cielo y el agua, los naranjos y las fachadas de piedra de los edificios. A Leo lo que más le interesan son las personas.

A nuestra izquierda hay una mesa de chicos riendo y bromeando. Algunos hablan un idioma que no he oído en mi vida, y los otros son rusos. El ruso lo entiendo un poquito, porque se parece lo bastante al polaco como para captar lo esencial. Estoy convencida de que Leo entiende cada palabra.

—¿Están hablando de la competición? —le pregunto.

Él asiente con la cabeza.

—Todos quieren ser capitanes del equipo de primero.

Cada año, en Kingmakers hay una competición llamada Quartum Bellum, o Guerra de los Cuatro. Participan los alumnos de los cuatro cursos, hasta los de primer año. Normalmente, ganan los del último curso, pero no siempre.

Kingmakers está dividido por cursos y también por especialidades. Leo y yo estamos en el grupo de los Herederos. Luego están los Contables, los Sicarios y los Espías. Los Contables se encargan de las cuentas y las inversiones del negocio, los Sicarios se ocupan de la mayoría de las operaciones diarias y de la seguridad, y los Espías dominan el engaño y la subversión del orden establecido.

Y los Herederos están destinados a ser los jefes. Pero nada garantiza que puedas convertirte en jefe o seguir siéndolo, incluso dentro de tu propia familia. El objetivo principal de nuestra formación se centrará en la capacidad de liderazgo, porque incluso después de que te hagan jefe, todavía tienes que convencer a tus hombres para que te obedezcan a ti.

Y para practicar todo eso precisamente existe el Quartum Bellum, donde lo único que se gana es el derecho a pavonearte e igual una placa en la pared.

En el mundo real no implica nada.

Pero todos queremos ganar.

Yo, desde luego.

Y estoy segura de que Leo lo quiere más que nadie.

Parece que los chicos de la mesa están fardando de sus futuras hazañas.

Veo cómo se le iluminan los ojos a Leo. Se muere por intervenir en la conversación.

Sin embargo, el grupo únicamente le presta atención al chaval

que está sentado solo a la mesa de al lado.

Es un chico de pelo oscuro que está encorvado sobre su estofado de ternera, comiendo en silencio. Está despeinado, con la piel muy bronceada y la ropa raída. Las zapatillas que calza, con las suelas casi separadas de la parte de arriba, parece que las ha llevado puestas toda su vida.

—Oye, Ares —le llama uno de los chicos—. ¿En qué grupo estás? ¿Hay uno para chóferes y chicos de los recados?

Ares los mira con los ojos entrecerrados.

—No voy a ser chófer —contesta en voz baja.

Se lo han preguntado en ruso, pero él les responde en inglés, con un ligero acento extranjero.

—Me sorprende que tus padres hayan podido pagar la matrícula —dice otro chico—. ¿Cuántas cabras tuvieron que vender? Espero que la que tienes de novia se haya salvado.

Ares se levanta y echa la silla hacia atrás de golpe.

Los chicos de la mesa también se ponen de pie, rebosantes de mala onda y con ganas de bronca.

A lo mejor no se habían fijado en lo alto que es Ares, porque observo un par de miradas nerviosas cuando se dan cuenta de que es más grande que cualquiera de ellos. Pero siguen siendo seis contra uno.

Hasta que Leo dice en un perfecto ruso:

—V chem problema?

Los chicos se giran, sorprendidos. A lo mejor se pensaban que Leo y yo solo éramos una pareja de turistas americanos.

—Bratva? —le susurra un chico de pelo negro a su amigo.

Este niega con la cabeza:

—Amerikantsy. —«Americanos».

—¿No os habéis leído la lista de normas? —les digo en inglés

muy seria—. No está permitido pelearse.

—Aún no estamos en la universidad —me sonríe el primer chico con aire burlón.

No es uno de los rusos. Él hablaba el otro idioma, uno que yo no había oído jamás. Tiene el pelo negro azabache y una cicatriz que le atraviesa el ojo derecho y, si no tuviese esa cara de chulo, sería guapo.

—Pronto lo estaremos —dice Leo—. Así que deberíamos intentar llevarnos bien.

Leo ha estado en muchas peleas, pero, a pesar de lo mucho que le gusta pavonearse, odia a los abusones. Nunca le han gustado. Él golpea hacia arriba, no hacia abajo. Es una de las cosas que más me gustan de él.

—¿Y tú quién eres? —le pregunta el chico de pelo negro.

—Leo Gallo. Mi padre es Sebastian Gallo, el Don de Chicago.

—Si eres italiano, ¿por qué hablas ruso? —le pregunta, analizándolo de arriba abajo, otro de los chicos.

—Porque mi madre es rusa —responde Leo.

Los chicos se miran entre sí. Uno de ellos susurra «*Dvornyaga*», que creo que es algo así como «cruce» o «mestizo». Veo cómo a Leo los ojos le están empezando a hacer chiribitas de furia y tengo que interponerme entre él y los otros chicos para que no se lance a por ellos.

El chico de pelo negro se burla.

—¿Esa es tu novia? —pregunta con desdén.

—Somos primos —digo antes de que Leo le responda—. ¿Y tú quién cojones eres? *Sagat?*

El chico frunce el ceño, porque no entiende la referencia, pero uno de sus secuaces se ríe por la nariz. El de pelo negro le calla con solo mirarlo y luego posa sus ojos en mí.

—Soy Bram van der Berg, hijo de Bas van der Berg —dice, altivo y orgulloso.

Ah, holandés. Por eso no lo entendía: la mafia Penose de Ámsterdam es autóctona y habla su propio criptolecto, uno rarísimo llamado *bargoens*.

No es de extrañar que Bram sea un creído. Los Penose son famosos por ser inteligentes y despiadados… y por guardar rencor hasta el fin de los tiempos. Por eso nadie les toca los cojones. Porque, si lo haces, te acaban encontrando para clavarte un cuchillo en la espalda, incluso diez años después de que a ti se te haya olvidado que los ofendiste.

No le quiero dar a Bram la satisfacción de reconocer que su familia es tan famosa como él se cree. Pero, claro, tampoco me puedo hacer la ignorante.

—Ah, sí —digo lentamente—. He oído hablar de tu padre. ¿No fabricaba gofres o algo así?

Como la mayoría de las familias mafiosas, los Van der Berg tienen un negocio legal para blanquear el dinero que sacan de fuentes menos respetables. En el caso de Bram, se trata de una cadena de restaurantes con tanto éxito que hasta los he visto en Estados Unidos. El logo es un niño holandés regordete que sostiene con orgullo un plato de gofres empapados en sirope.

—¿Les hiciste tú de modelo para el póster cuando eras pequeño, Bram? —le provoco.

Bram se pone rojo, y ahora son sus amigos los que tienen que impedir que me meta a mí una hostia. Si lo hiciese, me la sudaría, porque, aunque sé que no soy tan fuerte como estos tíos, nunca he conocido a nadie con reflejos más rápidos que los míos. Ni Leo es capaz de cogerme si yo no quiero.

Leo lo sabe muy bien, así que ni interviene. De hecho, le veo

sonreír por el rabillo del ojo.

Si tuviese que adivinar, creo que lo que más le gusta a Leo de mí es que no le paso las gilipolleces a nadie. Y eso les da alas a los deseos de caos de Leo. Además, él es una apisonadora. No puede ser amigo de nadie que se rinda fácilmente, porque en cuestión de días lo masticaría y lo escupiría como a un chicle.

Bram no se lo está pasando tan bien como Leo. Tiene el labio superior curvado y, básicamente, me está gruñendo. Sé que está deseando llevar esto más allá. Pero ya no las tiene todas consigo. Ahora somos Leo, Ares y yo y contra Bram y sus cinco amigos.

Leo es el primero en hablar para romper la tensión.

—¿Por qué no te sientas con nosotros? —le dice a Ares—. Nunca he oído hablar de… ¿De dónde has dicho que eres?

—De Siros —responde el chico en voz baja.

—Pues cuéntame, anda —dice Leo con una sonrisa que le ilumina su rostro delgado y bronceado.

—Sí —se burla Bram—. Vete con los americanitos, que puede que te paguen la cena.

—No tenéis que invitarme a cenar —dice Ares mientras nos sigue de vuelta a nuestra mesa. De un vistazo al lugar donde estaba sentado, veo que solo pidió un platito de estofado y que ya se lo ha comido todo. En el plato no queda ni una mísera migaja. Es imposible que eso le llene a un chaval de su tamaño.

—No te vamos a invitar —le digo para no ofender su dignidad—, pero deberías echarnos una mano con la comida, porque hemos pedido demasiado.

Efectivamente, antes de que nos sentemos, el camarero aparece con una bandeja inmensa hasta arriba de mejillones, la ternera de Leo y media docena de entrantes que parecen ser hojaldres de espinacas, ensalada marinada, verduras encurtidas y arroz aromático

con nueces y pasas. Huele todo que te mueres.

Ares se sienta enfrente de mí, al tiempo incómodo y avergonzado. Es alto, ancho de espaldas, delgado y larguirucho. Tiene la piel aceitunada, pero cuando me mira a los ojos, veo que los suyos son de un tono azul verdoso alucinante, como un mar turquesa.

—No les tengo miedo. —Hace un pequeño gesto con la cabeza hacia Bram y sus amigotes, que se han vuelto a sentar a su mesa, y que, clarísimamente, siguen riéndose y burlándose de nosotros.

—Pues claro que no —dice Leo—. No te hemos ido a rescatar. Solo nos ha llamado la atención lo idiotas que son.

Ares se ríe entre dientes.

—He venido con ellos en el avión. Digamos que mi primer encuentro con estudiantes de Kingmakers no ha sido precisamente agradable.

—¿Conoces a alguien más que venga? —le pregunto con curiosidad.

—No. —Niega con la cabeza—. Yo no conozco a nadie. Lo que dijo Bram es verdad: mi familia es pequeña y pobre. Siros es pequeña y pobre. Lo único que tenemos de mafiosos es el nombre. Mi padre trabaja de guía turístico. Solo me aceptaron porque los Cirillo llevan estudiando en Kingmakers desde su fundación.

—Sois una de las primeras diez familias —digo con interés.

—Sí. —Ares se encoge de hombros—. Aunque somos los menos numerosos e impresionantes.

—¡Me importa una mierda! ¡A mí me sigue pareciendo la leche!

—A Anna le encanta la historia —le dice Leo—. Probablemente sabe más de Kingmakers que todos nosotros juntos.

—Eso no es verdad —le corrijo—. Yo nunca la he visto, y estoy segura de que algunos de los otros sí.

—Bueno, cuéntanos más sobre Siros —le dice Leo a Ares.

—No es nada del otro mundo. —Ares le da un enorme mordisco a un hojaldre de espinacas—. Es una islita griega y nada más. No es tan bonita como Miconos o Santorini. ¿Dijisteis que sois de Chicago?

—Sí. —Leo asiente con orgullo. Ama Chicago más que cualquier otro lugar del mundo.

—¿Has estado allí alguna vez? —le pregunto a Ares.

—Hasta hoy, no me había ni subido a un avión —admite.

No puedo evitar reírme.

—¿En serio?

—Sí. —Sonríe un poco. Tiene una sonrisa bonita, sincera y cálida. Creo que Ares es un amable gigante. Me cae bien enseguida, aunque no tengo claro cómo va a encajar su amabilidad en el lugar al que vamos.

—Seguro que en Siros debe de haber algo interesante —dice Leo mientras pincha con el tenedor un enorme trozo de carne y se lo mete en la boca.

—Bueno, sí que es cierto que tengo una granja llena de cabras —dice Ares—. Pero no por lo que ha dicho Bram. Son cabras miotónicas… Cabras que se desmayan. Si las asustas, se quedan rígidas como una piedra y se desploman. Es algo adorable.

—¿Tienes hermanos? —le pregunto.

—Dos hermanos y una hermana. Soy el mayor. Me siento mal por dejarlos.

—Yo también —digo.

Hablamos de nuestros respectivos hermanos y hermanas durante unos minutos, mientras Leo escucha, algo celoso. Siempre dice que le gustaría tener un hermano, pero no sé yo cómo lo llevaría. A Leo le encanta ser el centro de atención en todo momento.

El camarero se lleva nuestros platos, que han quedado impolutos en un abrir y cerrar de ojos, y luego nos trae unos platos fríos de *rožata*, una especie de pudín de natillas. Bram y sus amigos acabaron por aburrirse y largarse, así que ya no queda nadie que nos mire mal.

Nos bebemos unas cuantas copas de brandy dulce y afrutado, mientras el cielo se va oscureciendo, y las antiguas murallas de piedra brillan con la luz de las farolas que se alinean a lo largo del malecón. El aire de la noche huele a azahar y a sal marina.

Leo y yo vamos un poco pedo, encantados de estar al fin en un país con una edad mínima razonable para beber alcohol.

Ares también se relaja, aunque no bebe tanto como nosotros. Es curioso que se llame como el dios de la guerra, porque no hay nada agresivo en él. De hecho, si la luz de las velas no estuviese iluminándole la cara, tendría un aspecto triste y nervioso. Esto último probablemente por que le toque navegar mañana a Kingmakers, como a nosotros.

—¡Venga, otra ronda! —dice Leo dándole un último trago a su brandy.

—El barco viene a por nosotros a las siete de la mañana —le recuerdo a Leo.

—Razón de más para quedarnos despiertos toda la noche —dice Leo—. Odio madrugar.

—Una lógica aplastante.

—Vamos —me anima Leo.

Miro a Ares, que no parece tener inconveniente en tomarse otra.

—Vale —digo—. Solo una más.

CAPÍTULO 4

LEO

—¡Leo! —grita Anna, que me tira de la manta y me saca a rastras de la cama, así que acabo cayéndome de culo al suelo.

El impacto hace que me retumbe el cráneo. No sé qué había en ese brandy de anoche, pero tengo una resaca que me quiero morir. La brillante luz del sol mediterráneo que entra por la ventana se me antoja unas diez veces más «intensita» de lo que me apetece en este momento. Preferiría sumergirme de nuevo en el silencio encantador y oscuro bajo una pila de mantas.

—¿Qué haces? —le gruño al tiempo que me aparto el pelo de los ojos.

—¡Se supone que debemos embarcar en diez minutos! ¿No me has oído aporrearte a la puerta?

—Anna —refunfuño—. Necesito que me hagas un favor: ¿te puedes callar, por amor de Dios? Hablas muy alto.

—¡Que te levantes! —grita, y mi cabeza resuena como una campana—. ¡Vamos a perder el barco!

—¡Que sí! Por Dios bendito —digo mientras me pongo de pie.

Anna me planta en la mano un vaso de agua del grifo tibia y me lo bebo de un trago. Sabe raro, como le pasa siempre al agua en el extranjero. Se me revuelve el estómago.

—¿Y tú por qué no tienes resaca? —le pregunto.

—Porque no bebí tanto como tú.

—Pero yo peso el doble que tú, así que debería poder beber el doble.

—Fenomenal tu hipótesis. ¿Te ha funcionado el experimento?

—Pues no —admito.

Me quedé dormido vestido. Me saco la camiseta sucia por la cabeza y a continuación me desabrocho los vaqueros y me los quito. Anna se da la vuelta rápidamente y mira a la puerta.

—Ya me has visto desnudo antes —le digo en tono burlón—. Y yo te he visto a ti…

—De eso hace mucho —replica Anna con frialdad.

Antes nos bañábamos los dos en pelotas en el lago Carlyle. Daba igual lo avanzado que estuviese el verano: Anna siempre estaba delgada y pálida y yo morenísimo como una castaña. Pero es verdad, solo éramos unos críos. De hecho, no he vuelto a ver a Anna desnuda desde que…, bueno…, desde que se desarrolló.

—¿Cómo has entrado aquí? —le pregunto. Estoy seguro de que no estaba tan borracho como para olvidarme de cerrar la puerta con llave.

—He forzado la cerradura —dice—. Tampoco esto es Alcatraz.

Anna es una enciclopedia de talentos ocultos. Hace tiempo que aprendí a no competir con ella en cosas que surjan de forma aleatoria. Al menos, no sin saber de antemano que puedo ganarla.

Estoy de camino a la ducha cuando oigo el grito de Anna:

—¡No hay tiempo para eso!

—Que sí, vale —refunfuño, y me pongo a rebuscar en mi bolsa de viaje. Miro como un pánfilo la ropa, porque al poco caigo en que casi todo son camisas blancas, pantalones grises o negros, chalecos de punto gris oscuro y jerséis verde salvia.

Los putos uniformes. Se me había olvidado.

Cojo un par de cosas al azar, me abotono una camisa blanca y unos pantalones grises, los dos arrugados como un trapo, porque los metí en la bolsa sin doblarlos como es debido. Me paso los dedos por el pelo, me cepillo los dientes cinco segundos, me pongo desodorante y un poco de colonia, y en menos de dos minutos estoy listo para salir.

—Me ha sobrado tiempo —le digo a Anna.

Pone los ojos en blanco y se dirige hacia la puerta, con su falda verde a cuadros brincando tras ella. Ya se le ha hecho una carrera en la parte de atrás de las medias y lleva las mismas Dr. Martens grandotas que calza desde que tenía quince años.

—Estás muy *kawaii* —le digo con una sonrisa al verla con falda.

Anna se da la vuelta y me mira con los ojos azul hielo a medio abrir entre la gruesa línea negra del lápiz de ojos.

—No empieces —sisea.

—Solo digo…

—Que no digas nada. Ni una puta palabra.

Supongo que está sensible porque para Anna es muy importante poder expresarse a través de la ropa. Aunque parezca que lleva puesta la misma mierda deprimente todos los días, la conozco lo suficientemente bien como para distinguir entre sus conjuntos fetichistas, su *look* de vampiresa victoriana y su estilo punk-rock gótico. Así es como refleja su estado de ánimo. Por ejemplo, cuantas más cadenas lleva, más consciente soy de que ese día es mejor que no le toque los cojones.

—Mis labios están sellados —prometo. Me echo la bolsa de viaje al hombro y salgo de la habitación detrás de ella.

Tenemos que correr para llegar al muelle en los siete minutos que quedan. Menos mal que el hotel que pillamos está muy cerca del agua.

Nuestro barco sale del último atracadero. Acaban de empezar a embarcar, y el muelle sigue lleno de estudiantes de todo el mundo.

Creo que puedo adivinar de dónde son algunos: un chico tiene un tatuaje tradicional de un dragón que le recorre el brazo desde debajo de las mangas subidas de la camisa hasta alrededor de la base del pulgar, donde acaba enroscada la punta escamosa y rizada de la cola. Probablemente su colega también sea *yakuza*, aunque no muy obediente. Le falta la punta del meñique derecho, lo que significa que ha debido de someterse al *yubitsume*, un ritual para pedir disculpas en el que el infractor tiene que amputarse su propio dedo.

Junto a ellos, hay una chica con rizos rojos como el fuego que se seca el sudor de la cara y dice en voz alta:

—Jesús, hoy hace un calor *cojonutis*, ¿no?

La chica de pelo oscuro con la que está hablando la mira fijamente sin comprender.

—¿Cómo? —pregunta con un acento que no logro identificar. ¿Gallego, quizá?

—¡Que hace un calor de mierda! —repite la chica irlandesa—. ¿Alguien tiene agua mineral?

—Yo pensaba que todos teníamos que hablar inglés —dice la chica de pelo oscuro muy seca.

—¡¿Y yo qué coño crees que hablo?! —exclama la irlandesa con su incomprensible deje.

Miro a Anna para comprobar si está disfrutando de esta

conversación, teniendo en cuenta que ella es medio irlandesa. Creo que ni se ha enterado. Está mirando el barco. Es mucho más grande de lo que esperaba, y no se parece en nada al ferri con forma de autobús que yo me había imaginado. En su lugar, lo que tengo delante es un bergantín de cuatro mástiles con el casco azul marino y dorado y unas velas blancas impolutas.

—¿Por qué es tan grande? —digo en voz alta. No llegan ni a cien los estudiantes de primero, y el trayecto tampoco es tan largo.

—El mar que rodea Dvorca es bravo como un demonio —me responde un chico con el pelo oscuro y muy corto—. Si intentases atravesarlo con un barquito pesquero de tres al cuarto, lo zarandearía como al maíz de una máquina de palomitas. Hay épocas del año que ni siquiera se puede entrar ni salir de la isla.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta otro chaval.

—Tengo cinco hermanos que han pasado por Kingmakers —responde el chico, encogiéndose de hombros—. Así que sé bastante sobre cómo funciona todo.

—¿De dónde eres? —le pregunto.

—De Palermo. Soy Matteo Ragusa.

—¿Católico?

—Ya te digo —sonríe.

—Yo también soy medio italiano. —Le tiendo la mano para estrechársela—. Leo Gallo.

—De Chicago, ¿verdad? —dice.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Porque dos hermanos míos viven en Nueva York. Hay muchos italianos en Kingmakers. Aunque rusos hay más.

—También soy medio ruso —le digo.

Se ríe.

—No te lo tendré en cuenta, aunque no puedo hablar por los

demás. —Señala con la cabeza a nuestros compañeros de clase.

—¿Qué pasa con los rusos? —pregunta Anna.

—Qué no pasa —dice Matteo a carcajadas—. Son bruscos y groseros. Malos como el diablo…, aunque no tanto como los albaneses. Luego están los italianos. Y sí, es cierto que todos somos impulsivos y un poco vagos. Después están los irlandeses…

Se detiene al ver que Anna enarca una ceja perfilada con lápiz oscuro.

—Es broma. —Levanta las manos en señal de defensa—. Hay veinte tipos distintos de familias mafiosas, todas llenas de prejuicios y rencores. Sin embargo, se supone que debemos llevarnos bien entre nosotros al menos cuatro años. Hasta que salgamos al mundo real y volvamos al combate.

—No me preocupa —digo, sobre todo para molestar a Anna—. Yo me llevo bien con todo el mundo.

Anna bufa y echa la cabeza hacia atrás.

Las personas que no me conocen muy bien siempre se quedan alucinadas conmigo. Y a Anna, que es la que mejor me conoce, no la impresiono jamás. He hecho las cosas más descabelladas a ver si así la obligaba a admitir que soy divertido, habilidoso o el puto amo. Pero ella no lo va a admitir en toda su vida.

No sé qué tipo de tío le gusta, la verdad. Yo he tenido al menos una docena de novias, pero ella nunca parece enamorarse de nadie.

Suena un silbato, y uno de los marineros hace una señal a los estudiantes para que empecemos a embarcar.

—Allá vamos —dice nervioso Matteo.

Veo a Ares unirse a la cola, y en lugar de una maleta lleva una pequeña mochila desgastada.

—Buenos días —le digo, tratando de ver en él algún indicio de resaca. Pero, al igual que Anna, Ares tiene un aspecto mucho más

descansado que el mío.

Joder, ¿soy el único que no aguanta el alcohol o qué?

—Lo has conseguido —me sonríe.

—Por los pelos.

—Vamos —dice—. Será mejor que subamos a bordo si queremos un buen sitio en la proa.

Anna y yo nos juntamos con Ares en la cola y subimos los tres por la pasarela del barco.

Los que tienen maletas más grandes las dejan apiladas en el muelle para que los marineros las carguen en bodega. Me quedo mirando a una chica francesa discutir a grito limpio con uno de los marineros, porque ha traído al menos tres maletas de Louis Vuitton a juego, cuando en las cartas de admisión dejaban cristalino que solo se permitía una por persona.

—¿Y cómo se supone que voy a meter todo lo que necesito en «una» maleta? —pregunta, como si la mera idea la ofendiese de verdad.

—Solo voy a meter una en el barco, así que más vale que me digas cuál, o no va a ir ninguna —dice el marinero sin inmutarse.

No alcanzo a ver cómo acaba el drama, porque he llegado a la cubierta del barco, que ya está repleta de estudiantes uniformados. Muchos se han quitado ya los chalecos o las chaquetas, porque bajo este sol abrasador vamos a acabar todos derretidos. Al menos sopla la brisa del mar.

—¿Por qué tenemos que llevar ropa de lana? —le digo a Anna.

—En la isla hará más fresco —dice Ares—. En invierno, en medio del mar hace frío. No como para congelarse, pero casi.

Ares divisa una red tendida entre dos mástiles a modo de hamaca.

—Venga —dice a la par que lanza su mochila a la red—. Vamos a

sentarnos aquí.

Anna y yo lo seguimos. Aunque solo estamos a metro y algo del suelo, efectivamente desde aquí se ve mucho mejor la actividad en la cubierta mientras los marineros se preparan para zarpar. Hay una vista más amplia del puerto y de la inmensa y oscurecida extensión de agua que sale de la bahía.

Cuando han subido todos los estudiantes, los marineros sueltan las amarras que nos unen al muelle y comienzan a desplegar las velas, blancas y enormes, que atrapan inmediatamente el viento. Las botavaras giran para formar el ángulo adecuado que nos llevará a mar abierto.

Todos miramos hacia atrás, al muelle, pero no hay nadie despidiéndose de nosotros. Les pidieron a los padres que lo hicieran en el país de origen. Ya estamos solos. Lo de salir desde Dubrovnik es solo simbólico.

La ciudad me resulta extraña y el lugar al que nos dirigimos todavía más.

No existe un lugar como Kingmakers en todo el planeta. Una universidad secreta que solo unas pocas decenas de familias conocen. De aquí no voy a obtener ningún título o diploma. Aquí se viene a adquirir solamente los conocimientos transmitidos a través de generaciones y generaciones de criminales. Cómo operar en las sombras. Cómo encontrar cuantas lagunas pueda tener la ley. Cómo burlar y derrotar a los gobiernos y las fuerzas policiales. Y cómo negociar y luchar entre nosotros.

El viento empuja las velas con una potencia sorprendente. La madera cruje mientras el barco se desplaza con fuerza por el agua. A pesar de su tamaño, el barco gana velocidad enseguida. Las tablas ya no crujen; se han adaptado a la presión y al cambio de temperatura. Y ahora es como si el barco se transformara en un

pájaro ligero que sobrevuela el agua.

Pronto salimos del puerto y entramos en mar abierto. Los edificios medievales de tejados rojos del casco antiguo desaparecen a nuestra espalda. Nos abrimos paso entre los barcos de pesca y nos alejamos hasta donde ya no hay nadie.

Las gaviotas se elevan desde las redes de los pescadores y vuelan en círculos alrededor del barco, por si acaso alguno de nosotros tiene algo mejor que ofrecerles. Cuando ven la velocidad a la que vamos, abandonan los mástiles y regresan al lugar de donde vinieron.

—¡Mirad! —grita Anna en dirección al agua—. Delfines.

Unas rápidas balas grises corren junto al barco, entrando y saliendo de la estela de espuma.

—Eso trae buena suerte —dice Ares.

—¿Sabes navegar? —le pregunta Anna.

—Sí. Tenía un esquife en Siros.

Al principio, la brisa fresca, las olas y la vista de los delfines me encantan. Pero Anna saca un libro al poco y empieza a leer, y Ares se recuesta contra el mástil con la mochila como almohada y se coloca una camiseta encima de los ojos para echar una siesta.

Lo que era emocionante y estimulante se vuelve repetitivo y aburrido. Estoy harto de las vistas. Quiero ver qué están haciendo el resto en la cubierta.

Me bajo de nuestra hamaca improvisada. Matteo tenía razón: el mar está mucho más picado cuanto más nos alejamos de la costa. Trato de usar todo mi sentido del equilibrio para cruzar la cubierta entre bamboleos.

Algunos estudiantes se han mareado, y varios chavales hacen cola para potar por la borda. Yo tampoco es que tenga el estómago muy fino —sobre todo por los efectos que aún me quedan de la

resaca—, pero no estoy tan mal.

En la proa, hay un grupo de tíos jugando a una especie de juego de dados. Me acerco para ver mejor.

Están Bram van der Berg y dos de sus amigotes de la pasada noche. También hay un par de chicos con pinta de armenios y una chica asiática.

Después de observarlo detenidamente, me doy cuenta de que el juego solo es una variación del craps callejero. No estoy seguro, pero estoy casi convencido de que uno de los armenios está haciendo trampas con un dado trucado, porque no hace más que sacar onces con más frecuencia de lo estadísticamente posible.

Bram y yo nos miramos con recelo a través del círculo. No se ha afeitado y tiene la cara rugosa por la barba incipiente. Seguro que yo también tengo una pinta deleznable, pero ojalá no como si acabara de salir de una condena de diez años en aislamiento. Me doy cuenta de que no me quita ojo, supongo que para ver si pienso reanudar las hostilidades de anoche.

Imagino que habrá tortas las primeras semanas por dejar clarito quién manda en Kingmakers. Todos los tíos que hay aquí piensan que son los machos alfa, y seguramente en sus lugares de origen, vete tú a saber dónde, lo eran. Pero no todos podemos ser el número uno de la universidad. Habrá una nueva jerarquía.

Y, como siempre, mi intención es estar en la cima.

Probablemente Bram piense lo mismo. Entorna los ojos en dirección a mí, y se echa para atrás el pelo largo mientras le susurra algo a sus amigos. Los otros Penose me lanzan miradas envenenadas.

Bram es el siguiente en tirar. Saca el número del punto tres veces antes de obtener un siete, y así acaba la ronda. Recoge sus ganancias con una sonrisa de oreja a oreja y suelta:

—Oye, Dmitry, ¿por qué no juegas?

Le habla a un chico alto y rubio que está de pie junto a la borda mirando el mar y que se ha quitado la camiseta por el calor. Tiene tatuado al estilo clásico un tigre siberiano a la derecha de la columna vertebral, como si le estuviese trepando por su espalda. Como el tío está tan pálido, el tigre parece blanco como la nieve con rayas negras.

Dmitry se gira lentamente hacia donde estamos.

Me mira a mí directamente y parece reconocerme de inmediato.

Yo noto algo parecido.

Me resulta muy familiar, aunque sé que nunca nos hemos visto.

Entorna los ojos, aprieta la mandíbula y frunce los labios con desdén.

—No, gracias —dice fríamente—. No me gusta la compañía.

—¿Qué? —dice Bram mirando del uno al otro—. *Amerikanets?*

—¿Qué tienen de malo los americanos? —digo. Mantengo la voz tranquila, pero miro al chico rubio directamente a los ojos.

Bram y yo ya tuvimos la oportunidad de medirnos anoche, y quedó claro que los dos pensábamos que éramos lo puto más. Aún está por decidir quién es el mejor. Pero con Dmitry es otra movida. No me mira como a un rival. Me mira con odio, como a un enemigo.

—Los americanos, nada —dice con la voz llena de desprecio—. Lo tienes tú.

Hay algo en su voz, en su color de piel y en la familiaridad de sus rasgos… y de repente, todo encaja.

Estoy hablando con mi primo. Le llaman Dmitry, pero estoy convencido de que es Dean Yenin.

No creo que Dean nos considere parientes, la verdad.

Su padre y mi madre son gemelos. De pequeños, eran inseparables. Hasta que mi madre eligió a mi padre en lugar de a su

propia familia.

El abuelo de Dean (que técnicamente tendrá que ser mi abuelo también, aunque al muy cabrón nunca lo conocí) intentó matar a todos mis seres queridos en la boda de mis padres: a mi tío Nero, a mi tía Camille, a mi tío Dante, a mi madrina Greta e incluso a mi padre. Consiguió asesinar a mi abuelo Enzo, al que solo conozco por un retrato que cuelga en el despacho de mi padre.

Y para vengarse, mi padre hizo que corriera la sangre en la familia de Dean. El abuelo de Dean está muerto, lo estranguló mi padre con sus propias manos. Y, por lo que he oído, a su padre Adrian lo dejaron peor que a Darth Vader.

Así que nosotros sí que somos enemigos, puede que más que nadie en este barco.

Sabía que Dean venía a Kingmakers.

Sabía que esto iba a pasar.

Pero encontrarme con él cara a cara sin haber visto en mi vida una foto suya es algo completamente distinto.

Él es el motivo principal por el que mi madre no quería que yo viniese. Ella lleva muchos años intentando ponerse en contacto con su hermano, enmendar su relación para que al menos pudieran perdonarse, aunque nunca volviesen a ser uña y carne como antes.

Él nunca contestó. Ni una sola palabra.

Por la expresión en el rostro de Dean, está claro que mi madre tenía razón. Los Yenin no solo nos evitaban. Es que nos siguen odiando hasta la puta médula.

—¿Es esa forma de hablarle a tu primo? —le digo a Dean.

No le pienso dar la satisfacción de devolverle la mirada. Lo que sí hago es sonreír, como si no lo tomara en serio. Sé que no hay mejor manera de cabrearlo de verdad.

Y así es. Da un par de pasos más hacia mí para acortar la

distancia entre nosotros. El resto, instintivamente, también lo hace. Todos saben qué se siente cuando está a punto de estallar una pelea: la tensión en el aire; la electricidad entre dos personas que están deseando hacerse daño.

—No me llames así —dice Dean.

Qué curioso cómo hasta las palabras más sencillas puedan llegar a herir si se dicen con la suficiente dureza.

Dean no ha levantado la voz, pero me acaba de dejar cristalino que no está de broma. Aprieta los puños a los lados e hincha los hombros mientras su cuerpo adopta una pose más agresiva. Parece un luchador profesional, como si esa fuese su postura habitual. Si yo fuese otra persona, probablemente daría un paso atrás. Me acojonaría como una zorrita indefensa.

Pero yo no soy otra persona.

Yo soy yo. Y yo no retrocedo ante nadie.

—¿Que no te llame qué? —pregunto—. ¿Primo?

Dean da otro paso adelante hasta que estamos a un palmo de distancia. Debo de sacarle unos ocho centímetros, pero él tiene una buena cantidad de músculos en el cuerpo. Le observo con atención, aunque no lo demuestro. Me quedo quieto, tan tranquilo y despreocupado como siempre.

—Tú y yo no somos familia —sisea Dean—. La puta de tu madre vendió a su familia. Ya no es una Yenin. Es solo una traidora de mierda.

Tengo tantas ganas de golpearle que me tiemblan los puños. Esto no puedo dejarlo sin contestar, así que le suelto rabioso:

—Los Yenin rompieron un pacto de sangre. No sé cómo cojones estás aquí. Deberían expulsarte. ¿A quién se la chupó tu padre para que te admitieran?

Nos abalanzamos el uno a por el otro al mismo tiempo. Yo le

lanzo el primer puñetazo, directo a su puta cara. Pero, para mi sorpresa, esquiva el golpe y mi puño apenas le roza la mandíbula. Jamás había fallado así.

Me asesta un izquierdazo que me deja totalmente noqueado. Puede que Dean no sea tan grande como yo, pero es rápido y fuerte que te cagas. Me zumba la cabeza, y el dolor que tenía por la resaca reaparece multiplicado por diez.

Vuelvo a golpearle, y esta vez no puede esquivarlo. Al medir más de dos metros, tengo un alcance mucho mayor de al que está acostumbrado. Le arreo en la mejilla, y le sale una roncha roja debajo del ojo casi al instante.

Me la devuelve con un puñetazo en el estómago, lo suficientemente fuerte como para vomitar todo lo que habría habido en mi estómago de haber desayunado. Dios, ¡tiene un mazo en vez de un brazo!

Los aullidos de Bram y de los demás estudiantes llaman la atención de los marineros. Dos grumetes nos separan antes de que podamos terminar la pelea. Son hombres grandes y fornidos. No les cuesta nada tirarnos al suelo de la cubierta a voces para que dejemos de pelear.

El más grande de los dos, un hombre con un ojo de cristal y dos sirenas tatuadas entrelazadas en el antebrazo, me señala con un dedo como una salchicha de grande y me gruñe:

—Como vuelvas a sacar los puños a relucir, te tiro por la puta borda. En este barco no se pelea.

Y se queda con los brazos cruzados sobre el pecho, sin quitarnos el ojo de encima a ninguno, hasta que Dean se levanta y vuelve a ponerse junto a la barandilla y yo regreso a la proa.

Me subo de nuevo a la red, y Ares se mueve levemente y masculla algo en medio de su siesta. Anna levanta la vista del libro.

—Pero ¿qué leches te ha pasado? —dice mirándome fijamente a la cara.

Me paso la mano por debajo de la nariz, y los nudillos se me manchan de sangre.

—Nada, una pequeña reunión familiar.

—¿Dean? —pregunta Anna, con los ojos muy abiertos.

—¿Quién si no?

—¿Por qué has tenido que irte a pelear con él?

—Empezó él. Yo estaba dispuesto a ser amable.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Dos segundos? —añade Anna con el ceño fruncido.

—¡Dijo que mi madre era una traidora!

—¡Pues claro! Ya sabes lo que seguramente le habrán contado. ¿Intentaste hablar con él al menos?

—¡Yo no tengo por qué hablar con él! —resoplo—. Aquí la que es una traidora es su familia. Como vuelva a insultar a mi madre, le rompo la puta mandíbula.

—Será mejor que no lo hagas —dice Anna con tono sombrío—. Ya conoces las normas.

—Ha sido él quien…

—¡Les dará igual! —me interrumpe Anna—. Esto es exactamente lo que le preocupaba a la tía Yelena.

—Ay, ya está, ¿eh? —refunfuño—. Antes de irme, ya me dieron suficiente la matraca.

Odio cuando Anna se pone del lado de mis padres con lo de ir o no a Kingmakers. Debería estar contenta de que haya venido aquí con ella en lugar de aprovechar la beca completa que me dieron en Duke. ¿Querrá estar sola aquí? Pensaba que estaría encantada de vivir esta experiencia juntos.

La idea de ir a cualquier universidad sin ella me revolvía el

estómago. Es mi mejor amiga. Siempre lo hemos hecho todo juntos.

Sé que Anna se preocupa por mí. Pero a veces creo que no me necesita tanto como yo a ella. Anna tiene hermanos y yo no. No lo admitiría en mi vida, pero a veces estoy celoso de Cara y Whelan. Odio que Anna los quiera casi tanto como me quiere a mí. No quiero que reparta su atención.

Sé que es ridículo, porque solo son dos críos. Pero yo quiero ser el primero para ella, como lo es ella para mí. Somos más que familia.

—Leo, no puedes comportarte así en Kingmakers —dice muy decidida, con sus ojos azules clavados en mi rostro.

—¿Comportarme cómo? —pregunto con terquedad.

—Como lo haces normalmente.

Noto el tono de miedo en su voz, y eso hace que no le suelte la frívola respuesta que tenía preparada. A Anna no le da miedo nada.

—Lo sé —admito—. Sé que ya no estamos en el instituto. Me andaré con ojo.

—¿Me lo prometes? —dice Anna.

—Sí. Lo prometo.

—De acuerdo. —Me sonríe, se recuesta en la hamaca y vuelve a coger su libro.

Está leyendo una copia vieja y maltrecha de *El señor de las moscas*.

—A ver si lo adivino —digo—. Tienes la maleta llena de libros que ya te has leído.

Anna sonríe levemente.

—Toda la maleta no —dice—. Pero sí, más o menos, la mitad.

—Sabes que en Kingmakers hay biblioteca, ¿no?

—No me importa —dice—. Esto le pertenecía a la otra Anna.

Anna lleva el nombre de su tía, que murió mucho antes de que ella naciera.

Anna siente una extraña devoción por esta tocaya a la que nunca conoció. Habla de la otra Anna como si fuera su ángel de la guarda. Como si una parte del alma de esa Anna viviera dentro de esta.

También estoy celoso de la otra Anna. Una chica que murió hace treinta años.

Así de idiota soy.

Nunca he sido capaz de ser racional en lo que a Anna respecta.

—¿Cuánto tiempo falta para llegar a la isla? —pregunta Ares desde debajo de su camiseta.

—No lo sé —respondo—. Lo único que veo es mar.

Tal y como advirtió Matteo, el mar se embravece a medida que nos acercamos a Kingmakers. Mucho antes de avistar la isla, el barco ya empieza a balancearse y sacudirse, y veo cómo la tripulación se aproxima en zigzag, supongo que para evitar las rocas o los bancos de arena del fondo, o quizá solo por la forma de las corrientes.

Cada vez más estudiantes sucumben al mareo, y el olor a vomito me llega hasta donde estoy, encaramado a esta red. Yo también debo de estar poniéndome verde, porque Anna me dice:

—Más te vale que no me potes encima.

A Ares parece que nada de esto le perturbe lo más mínimo.

—Yo salgo a navegar con barcos de pesca todo el tiempo —dice —. Son barcos mucho más pequeños que este. Te meneas de un lado a otro como un corcho.

Cuando por fin vemos la isla, esta emerge del agua como un dedo acusador que apunta hacia el cielo. Los acantilados de piedra caliza se elevan cientos de metros en una pared blanquecina escarpada, donde las olas rompen contra su base y lanzan tanta

espuma que podemos sentirla desde el barco. En lo alto de los acantilados, diviso las murallas de piedra de Kingmakers.

En parte castillo y en parte fortaleza, Kingmakers está construida directamente en los acantilados, por lo que se alza en tres niveles excavados en la roca. La construyeron en el siglo XIV, así que tiene la mayoría de los elementos góticos que cabría esperar, incluyendo seis torres principales, una verja levadiza, portones de estilo militar y un *zwinger* serpenteante que forma una zona de ataque abierta entre las murallas defensivas.

Los muros de piedra caliza son blancos como el hueso, y el techo en pendiente es negro. Los arcos apuntados y las vidrieras también son muy oscuros, como si no hubiera luces encendidas en el interior. Los canalones para desviar el agua de lluvia están tallados en forma de grotescos demonios, gárgolas y ángeles vengadores.

Todos los estudiantes de la cubierta se quedan en silencio al ver Kingmakers, igual que Anna y yo. El edificio nos tiene a todos hipnotizados. Incluso bajo el sol del Mediterráneo, en sus imponentes muros de piedra no hay nada brillante ni acogedor.

Nuestro barco tiene que rodear la isla para acercarse por el lado de sotavento. Aun así, nuestro capitán hace varios intentos, da la vuelta y se adentra de nuevo para atravesar el estrecho paso que da acceso al puerto.

Atracamos en el único muelle, y la tripulación lanza las amarras con alivio evidente. Mientras descargan nuestras maletas, los estudiantes vamos subiendo a unos carromatos abiertos con bancos a ambos lados. Dos inmensos caballos Clydesdale, que me sobrepasan los hombros, con mechones de pelo que les caen sobre cascos del tamaño de platos hondos, tiran de cada carromato.

—¿Vamos a dar un paseo en carro de heno? —pregunta una de las chicas de nuestro carromato entre risas.

—No creo que haya coches en la isla —me dice Anna—. Mira.

Señala con la cabeza hacia la carretera sin asfaltar que serpentea por la pequeña aldea junto a la bahía. Efectivamente: no hay ni una mísera moto por ninguna parte.

En cuanto terminan de cargar, los conductores se suben a sus asientos y les tiran de las riendas a los caballos para indicarles que estamos listos para partir.

Nuestro conductor es un hombre delgado y muy bronceado que lleva tirantes y unos pantalones llenos de remiendos.

—¿Trabaja usted en la universidad? —le pregunto.

—Ajá —responde con un gesto de asentimiento.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando allí?

Me mira, con los ojos a medio abrir por el sol brillante.

—Por lo que a mí respecta, unos cien años.

—¿Usted estudió allí también?

—¿Estás escribiendo un libro o qué, chico? —me bufa.

—Solo es curiosidad.

—Ya sabes lo que le pasó al gato por ser curioso.

—Yo no soy un gato —le sonrío.

—No —dice—. No fui a Kingmakers. Nací en esta isla. He vivido aquí toda mi vida.

—¿Alguna vez va a Dubrovnik?

—¿Qué es Dubrovnik?

Lo dice tan secamente que, hasta que no veo a Anna contener una carcajada, no me doy cuenta de que me está vacilando. Yo también me río, y el hombre sonríe con unos dientes sorprendentemente blancos en contraste con su cara morena.

—Voy de vez en cuando —dice—. Pero prefiero estar aquí.

No tardamos mucho en dejar atrás la aldea y comenzar a ascender por la larga y sinuosa carretera hacia Kingmakers.

Atravesamos huertos y campos de cultivo. Después, el terreno pasa a ser más escarpado, y en él pastan cabras y ovejas. Veo olivares y un viñedo tan atiborrado de uvas que con solo olerlo te podrías emborrachar.

Mientras tanto, la subida no cesa, y nos acercamos a los colosales portones de piedra de Kingmakers.

A un lado de estos hay una figura femenina alada que blande una espada. Al otro, un hombre con armadura sostiene un hacha. Pasamos entre las dos figuras y entramos en los terrenos de la universidad.

De cerca, el castillo es aún más grande de lo que esperaba. Es casi una ciudad independiente, con invernaderos, jardines aterrazados, patios, edificios suntuosos, torres, armerías y mucho más. No sé cómo coño voy a llegar a clase a tiempo.

Anna está sentada a mi lado, en silencio, mirando a todas partes a la vez.

—¿Qué te parece? —le pregunto.

—Es precioso.

Anna ha omitido los adjetivos «extraño», «aterrador» e «intimidante» para definirlo directamente como «precioso». Supongo que, debido a la casa en la que creció, probablemente Kingmakers le recuerda más a su hogar que a ninguno de nosotros.

Como yo me crie en una casa normal y corriente, con luz solar y electrodomésticos de acero inoxidable, Kingmakers me resulta un poco espeluznante.

Cuando los carromatos llegan al patio principal, nos están esperando una docena de estudiantes que creo que son de cuarto. Van todos muy bien vestidos, con la camisa por dentro, la corbata en su sitio y el pelo peinado con pulcritud. Se les ve relajados y cómodos. Parece que tengan diez años más que nosotros en lugar

de solo tres.

Al contrario que ellos, nosotros bajamos de los carromatos en distintas fases de a medio vestir, achicharrados por el sol, sudorosos, y el pelo salado y enredado por la brisa marina. Los alumnos de último año se sonríen con suficiencia entre ellos.

Una chica negra muy alta da un paso al frente. Es delgada y elegante, con el pelo recogido en una trenza gruesa que le cae sobre el hombro izquierdo.

—Bienvenidos a Kingmakers —dice con frialdad—. Soy Marcelline Boucher, Contable del último curso. Estos son Rowan Doss, Pippa Portnoy, Alfonso Gianni, Johnny Hale, Blake Wellwood, Grant McDonald… —Señala a sus compañeros y enumera sus nombres tan rápido, que al cabo de un momento ya no recuerdo ninguno—. Estamos aquí para llevaros a los dormitorios. Para que podáis… asearos. —Nos mira a todos con desdén y una ceja enarcada—. Voy a pasar lista. Coged vuestras bolsas y seguid al guía asignado. ¡Y prestad atención, porque no pienso repetirlo!

Esta última frase se la grita a dos de primero que estaban susurrando entre ellos, que se ponen firmes por la mirada asesina que les echa.

Marcelline saca una lista del bolsillo y comienza a leer nuestros nombres.

Anna está en el primer grupo, que además es el más pequeño: solo hay tres Herederas en nuestro curso, incluida ella. Coge su maleta y se coloca junto a Pippa Portnoy, una chica menuda con expresión astuta y un flequillo oscuro y espeso que le cubre los ojos.

Los siguientes dos grupos son de Sicarios, casi todos hombres, y asignan a cada guía una docena de estudiantes. A continuación, llaman a los Contables, luego a los Espías y, por último, nos toca a los Herederos varones. Marcelline lee los nombres, aunque ya no

sirve de nada porque somos los únicos que quedamos.

—Bram van der Berg, Ares Cirillo, Erik Edman, Leo Gallo, Hedeon Gray, Valon Hoxha, Kenzo Tanaka, Jules Turgenev, Emile Girard y Dean Yenin.

Cojonudo. Voy a estar en los mismos dormitorios que las dos personas más odiosas que he conocido hasta ahora.

Al menos Ares también está. Me da un puñetazo cuando nos ponemos detrás de nuestro guía, un chico polinesio de pelo rapado con una cresta mohicana y varios piercings en las dos orejas.

—Soy Johnny Hale —nos recuerda—. Se supone que debo ayudaros a instalaros. A recordar las normas. A asegurarme de que lleguéis a tiempo a los sitios durante la primera semana. Pero yo no soy vuestro puto canguro y me importan una mierda vuestros problemas. Así que seguid las normas y no esperéis que os saque las castañas del fuego si las incumplís. ¿Alguna pregunta que no sea una gilipollez?

Nos mira con rabia, en plan desafío a ver si le hacemos una pregunta que se ajuste a sus criterios. Nadie se atreve, claro.

—Bien —gruñe—. En marcha.

Nos lleva a través del patio en dirección a las torres de la esquina noroeste del campus. Pasamos por delante de un par de invernaderos y luego por lo que parece una armería.

—El gimnasio está ahí dentro —dice Johnny—. Ahí es donde también se imparten las clases de lucha. Está abierto toda la noche, así que podéis entrenar en cualquier momento fuera del horario de clase. Tiene una piscina cubierta y duchas para que podáis asearos después.

—¿Todos los dormitorios están aquí? —le pregunto con la duda de a qué distancia estará Anna.

—No —responde Johnny—. Están repartidos por todas partes.

Los Sicarios están en la entrada. Los Espías, en las bóvedas subterráneas. Los Contables, junto a la biblioteca. Vosotros estaréis en la Torre Octógona. Las chicas están separadas de los chicos. Está prohibido que entréis en las habitaciones de las chicas, así que, que ninguno vaya de listo. En Kingmakers hay cuatro tíos por cada chica. Se supone que no podéis salir con nadie. Pero no creo que tengáis muchas posibilidades de todos modos, porque es probable que la mitad de las chicas tengan ya firmado algún matrimonio concertado. Y como dejéis embarazada a una, puede que su familia ordene que os castren. Procurad tenerlo en cuenta.

No sé si está de coña o no, pero Bram se ha puesto verde con solo pensarlo.

—Ya hemos llegado —dice Johnny, empujando una pesada puerta de madera con refuerzos metálicos. Tiene pinta de pesar igual que una nevera, pero Johnny la abre sin esfuerzo.

Nos lleva a la segunda torre más alta, situada en la esquina noreste del campus. A diferencia de las demás, que son cilíndricas, esta torre en concreto es octogonal. Su extraña forma crea esquinas muy curiosas en la sala común principal y ángulos muy raros en cada una de las habitaciones. Por lo menos, nuestros cuartos están en las plantas de arriba, bien ventilados y con unas vistas impresionantes a los acantilados de piedra caliza.

—Dos por habitación —dice Johnny—. Elegid a vuestro compañero de cuarto. A mí me importa una mierda a quién.

Es obvio que Ares y yo vamos a compartir una. Solo tenemos que mirarnos a los ojos y sonreírnos para confirmarlo.

Yo me esperaba que Bram van der Berg compartiría habitación con su amigo albanés Valon Hoxha, pero, para mi sorpresa, le hace un rápido gesto con la barbilla a Dean y le dice:

—¿Quieres ser mi compañero de cuarto?

Dean lo mira con recelo.

—De acuerdo —dice—. Siempre y cuando seas ordenado.

—Claro. —Bram asiente con la cabeza.

Cogen la habitación al final del pasillo, junto a la de Ares y la mía. No sé si es bueno o malo que mis dos antagonistas se hayan aliado. Al menos, así están los dos en el mismo sitio y los puedo vigilar a la vez.

A Valon Hoxha no se le ve demasiado contento de que lo hayan abandonado sin pestañear. Se ve obligado a girarse de mala leche hacia el noruego de pelo rubio, Erik Edman, y preguntarle en un susurro:

—¿Ya tienes compañero de habitación?

—No —responde Erik—. Y yo no ronco, así que más te vale que tú tampoco.

Jules Turgenev se vuelve hacia el francocanadiense Emile Girard.

—*Tu veux qu'on soit colocataire?*

—*Pourquoi pas…?* —responde Emile encogiéndose de hombros.

Eso hace que Kenzo Tanaka, el chico del tatuaje del dragón, tenga que compartir cuarto con el sombrío y silencioso Hedeon Gray, que creo que es de Londres.

Ares y yo nos vamos a la habitación al final del pasillo. Es la más alejada de las escaleras, pero tiene las mejores vistas. Ojalá no se oiga tanto ruido como en las habitaciones más cercanas a la sala común.

Es un espacio pequeño con dos camas en lados opuestos, dos cómodas y ningún armario. Tampoco hay escritorios, por lo que supongo que los deberes los tendremos que hacer en la biblioteca. Si es que hay deberes. ¿Hay que escribir trabajos en Kingmakers? No tengo ni idea.

Es entonces cuando por fin caigo en lo extraño que es este lugar.

Me doy cuenta de que no tengo ni puta idea de cómo serán las clases de mañana. Esta no es una universidad normal. No me imagino qué vamos a aprender aquí ni cómo.

—¿Te importa qué cama te toca? —me pregunta Ares.

—No.

—Entonces me quedo con esta —dice, tirando su mochila sobre la cama que está contra la pared derecha de la habitación.

—Guay —digo y me dejo caer en la de la izquierda.

La cama es dura y estrecha. Se me salen los pies por abajo.

—Menuda mierda —suelto al darme cuenta de que no voy a caber demasiado bien en este cuarto, sobre todo con un tío tan grande como Ares—. Quizá deberíamos haber elegido compañeros de habitación más bajitos.

Ares se ríe.

—Eso no te serviría para caber en el colchón.

Por lo menos las habitaciones están limpias: se nota que han barrido el suelo de piedra y que las paredes están recién encaladas para eliminar cualquier marca o garabato que pudiesen haber dejado los antiguos ocupantes.

—¿La ventana se abre? —le pregunto a Ares.

—Sí —responde mientras lo intenta—. Pero ten cuidado. Hay mucha altura.

Se asoma por el cristal con burbujas y mira hacia abajo, a los empinados muros de la torre y al patio.

—¿A qué hora crees que es la cena? —digo.

No he desayunado y no nos dieron nada de comer en el barco.

Me está rugiendo el estómago.

—¿Se lo preguntamos a Johnny? —propone Ares.

Sopeso si el hambre que tengo vale la pena frente al cabreo evidente de Johnny por tener que ocuparse de nosotros, los

novatos.

—Sí —respondo con una sonrisa—. Preguntémosle. Pero prepárate para echar a correr como decida que es una gilipollez.

CAPÍTULO 5

DEAN

Me despierto temprano, antes incluso de que salga el sol. Enseguida me doy cuenta de que no estoy en mi antigua habitación de Moscú. Lo sé porque el aire no está rancio ni viciado, con ese horrible olor continuo a abandono que nunca parecía poder quitarme de encima. En vez de eso, huelo la brisa marina y las hierbas frescas que crecen en el jardín aterrazado de debajo de mi ventana.

Bram sigue roncando en la cama de enfrente. Se me hace raro compartir habitación con otro tío. Sobre todo, con uno al que casi ni conozco. Pero Bram es un aliado, y eso es lo que importa. Acabo de conocerlo en Dubrovnik, pero ya he visto que es duro, agresivo y bastante inteligente. Y eso es lo que busco yo en un amigo.

En Moscú, siempre me levantaba temprano para salir a correr mientras las calles aún estaban vacías. Probablemente podría recorrerme toda esta isla en un par de horas. Pero todavía no me he aprendido las normas tan bien como para saber si se nos permite salir del recinto de la universidad.

Será mejor usar el gimnasio que nos enseñó el guía ayer.

Salgo en silencio de la cama, abro el cajón superior y saco la ropa de gimnasia que compré junto el resto de las cosas del uniforme. Anoche ya doblé y guardé cuidadosamente mi ropa en la cómoda.

Cuando Bram me preguntó si quería ser su compañero de cuarto, le dije sin miramientos que más le valía mantenerla ordenada si quería compartir espacio.

—No quiero ver ni un puto calcetín en el suelo —le advertí.

Él se encogió de hombros y se echó hacia atrás el oscuro pelo que le caía sobre la cara.

—Por mí vale. Supongo que será mejor que aprenda a limpiar lo que ensucie si aquí no hay criadas.

Como la mayoría de los niños mimados de la mafia, entiendo que tendrá servicio a tiempo completo en la casa de sus padres.

Bueno, de momento ha cumplido su palabra. Y si no lo hace, le pienso tirar toda la ropa por la puta ventana. No soporto el desorden. Me pone los pelos de punta y me dan ganas de arrancarme la piel a tiras.

Me planto los pantalones cortos grises y la camiseta blanca que se supone que debemos llevar siempre que hacemos entrenamiento de combate o cualquier otra actividad física. Hasta los calcetines blancos son obligatorios.

En realidad, me la suda. Nunca me ha importado mucho la ropa.

Una vez vestido, salgo del dormitorio y bajo al patio vacío. No hay nadie, solo la primera luz gris que ilumina los cantos de las balaustradas.

Tardo un minuto en encontrar la armería. Me equivoco de camino y acabo en el lado opuesto del edificio, junto a unos naranjos que rodean una plataforma plana y abierta que a lo mejor

en su día se usó para el entrenamiento con armas.

Habría pasado de largo, pero oigo música.

En teoría, los aparatos electrónicos no están permitidos en la universidad, aunque tampoco es que importe mucho, porque en la isla no hay conexión a internet. Aun así, me pica la curiosidad. Me acerco sigilosamente a los naranjos y miro entre las ramas para ver quién está haciendo ruido.

Es una chica. Una chica rubia, vestida con un maillot negro y medias rotas.

Lleva unas zapatillas de punta muy gastadas y baila sobre la plataforma de piedra agrietada. Parece la bailarina de una caja de música en su pedestal.

La música no es clásica; es algo melancólico y deprimente que no he oído nunca.

«Love Chained», Cannons

La chica es alta, así que sus piernas parecen kilométricas, sobre todo cuando se pone de puntillas. Está delgada, pero distingo perfectamente los músculos que se flexionan en sus hombros y en su espalda. Y también en sus muslos y en sus pantorrillas.

Veo cómo trabajan los músculos, pero los movimientos le salen de un modo absolutamente natural. Como si flotara encima de la piedra irregular. Se inclina y desciende como un pájaro en vuelo.

La luz del alba le platea la piel y la larga melena de cabello rubio que se mueve alrededor de su rostro al girar. La espalda abierta de su maillot deja a la vista varios tatuajes en el omóplato, los tríceps y la muñeca.

Tiene los ojos cerrados. Está completamente absorta en la música, inventando los pasos sobre la marcha… o, al menos, eso me parece a mí.

Nunca había visto un baile así. Es vulnerable, puro, emotivo. La canción es triste y nostálgica y habla de un amor no correspondido. No es el tipo de música que yo suelo escuchar. A mí el amor me importa una mierda, y, desde luego, no oigo música sensiblera y amargada.

Pero, ahora mismo, esta chica encarna la emoción de la canción hasta tal punto que soy incapaz de ignorarla. No puedo evitar sentir lo que ella siente.

Me noto un nudo en el pecho. Tengo las manos frías y me doy cuenta de que no he parpadeado ni una sola vez desde que posé mis ojos en esta chica.

Ha estado bailando de espaldas a mí.

Pero ahora se da la vuelta y le veo el rostro por primera vez.

Es impresionante. La chica más guapa que he visto en mi vida. Tiene las facciones muy marcadas, pómulos altos, barbilla puntiaguda y la boca le hace un puchero que se curva ligeramente hacia abajo en las comisuras. El labio superior es igual de carnoso que el inferior.

Lleva demasiado maquillaje: polvos blancos que la hacen parecer aún más pálida de lo que es, pintalabios oscuro y sombra ahumada alrededor de los ojos.

Quizá quiera parecer una tía dura en lugar de guapa. Es imposible. No hay suficiente cantidad de maquillaje capaz de ocultar la belleza de sus rasgos.

Por fin abre los ojos y veo que tiene los iris azules y muy claros, como el hielo. Como un diamante azul.

Incluso a través de las hojas de los naranjos, esos ojos se posan en mí de inmediato, y la expresión soñadora que tenía se desvanece al segundo y la sustituye una furia glacial.

Ya me he echado hacia atrás y me he dado la vuelta, para

alejarme de ella lo más rápido posible. No era mi intención observarla como un pervertido escondido entre los arbustos. No era mi intención mirarla en absoluto. Simplemente ha pasado. Me sentí atraído por la música y luego me quedé paralizado al ver algo tan extraño.

Sacudo la cabeza, como si tratara de borrar físicamente el recuerdo de mi mente.

Es solo una chica ensayando un baile. Y eso es una gilipollez, y en Kingmakers no tiene cabida. Debe de ser una estudiante de primero. De lo contrario, estaría haciendo algo útil en vez de dar vueltas.

Corro hacia la armería, donde quería ir desde el principio. Abro las puertas y me golpea el aroma nada desagradable del sudor, del hierro y de las colchonetas de goma. Me recuerda al gimnasio donde entrenaba en Moscú y eso me hace feliz.

Paso la siguiente hora machacándome el cuerpo sin descanso. Alterno entre golpear la pera de velocidad y el saco de boxeo, saltar a la comba y hacer levantamientos compuestos en series descendentes. El gimnasio está equipado a la perfección. No hay nada que yo quiera que no tengan.

Al salir el sol, se me unen otros estudiantes que quieren hacer ejercicio a primera hora de la mañana, aunque no tan temprano como yo. A estas alturas, yo ya estoy empapado en sudor y me duelen todos los músculos del cuerpo.

Me lo estoy currando más de lo normal, tratando de borrar la imagen de esa chica de mi mente.

No sé por qué sigo pensando en ella. ¿Porque era guapa? Ya me he follado a un montón de tías guapas.

Me bebo de golpe un vaso de agua helada y me voy en dirección a lo que espero que sean las duchas. Me desquicia tratar de

encontrar cualquier cosa en este sitio, porque no hay ni un puñetero cartel, que es lo que habría en una universidad normal. Ni siquiera las puertas de los vestuarios tienen los monigotes esos que indican si es de hombres o mujeres.

Bueno, da igual. De todas formas, soy el único que está aquí ahora mismo.

El vestuario es tan grande que hay eco, con dos filas de taquillas y una docena de duchas en un único espacio abierto.

Me quito la ropa sudada, la doblo con cuidado, la pongo encima de mis zapatillas y dejo de momento la pila en un banco. Luego abro uno de los grifos de la ducha y giro la boquilla hasta que el chorro sale caliente y de manera constante. Estoy a punto de meterme cuando caigo en que se me ha olvidado coger una toalla.

Corro por las baldosas heladas, y me entra el frío ahora que el sudor se me ha secado. Aunque todavía es más verano que otoño, todos los espacios interiores de Kingmakers están bien aislados por los muros gruesos de piedra, así que empiezo a entender lo de los uniformes de lana: en este sitio no hace nunca calor, sobre todo cuando estás en bolas.

Saco una toalla fina y áspera del armario de la ropa blanca y vuelvo deprisa a la ducha. Voy prácticamente corriendo al dar la vuelta a la esquina de la zona de taquillas más cercana con la cabeza gacha.

Creía que estaba solo, y que el fuerte chorro de la ducha ahogaba cualquier otro sonido.

Así que no esperaba chocar de frente con otra persona. El golpe es tan fuerte que me resbalo en las baldosas y me caigo encima de un desconocido.

La otra persona está igual de desnuda que yo. Por las piernas largas y delgadas que se deslizan entre las mías y el pecho suave y

redondo sobre el que aterriza mi mano —por no mencionar el grito de sorpresa e indignación que oigo—, me doy cuenta de que he chocado con una chica.

A pesar de lo enredados que estamos, ella se vuelve a poner de pie enseguida como un gato que se ha caído al agua. Cruza los brazos sobre sus pechos desnudos, pero no antes de que yo pueda vislumbrar un par de tetas blancas como la leche, con los pezones rosa palo duros del susto y la furia.

Creo que no se ha dado cuenta de que al taparse los pechos se ha dejado el coño al aire. Tengo que desviar la mirada hacia su cara para evitar fijarme en esos delicados labios vaginales, bien depilados, del mismo color rosa claro que sus pezones.

Es la chica de antes, la que estaba bailando. Lo sé incluso antes de mirarla bien a la cara.

Ella también me reconoce.

—¿Me has seguido hasta aquí? —pregunta—. ¡Te he pillado espiándome!

—Yo no te estaba «espiando». Eres tú la que estabas bailando en el exterior para que te viese cualquiera.

—Entonces ¿por qué estabas escondido entre los arbustos?

—¡No me estaba escondiendo! Había árboles en medio. Hay una gran diferencia entre estar al otro lado de un árbol y esconderse detrás de uno.

—No lo creo —dice la chica, con su bonito rostro torcido en un gesto de enfado.

—¡Que yo no te he seguido! —Noto cómo me arde la cara y cómo me aprieta el pecho el corazón en una mezcla de vergüenza e incomodidad, dos emociones que creía haber destruido hace mucho tiempo—. Estaba haciendo ejercicio. ¿Qué haces tú aquí, por cierto?

—¿Que qué hago yo aquí? —me grita, entre burla y alarido—.

¡Qué coño estás haciendo tú! ¡Este es el vestuario de las chicas!

—No, no lo es —digo, aunque en realidad no lo tengo del todo claro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta ella.

En realidad, solo lo he supuesto. Sin tener demasiadas pruebas, la verdad. Supongo que por el hecho de que el vestuario pareciese grande y lúgubre y oliese como si un montón de tíos se hubiesen duchado allí.

Estoy a punto de admitirlo cuando veo un destello de incertidumbre en los azules ojos de la chica y me doy cuenta de que ella también lo duda.

—Tú tampoco lo sabes —le digo.

—Yo… esto… —Baja la mirada incómoda, y al hacerlo, inevitablemente me recorre todo el cuerpo desnudo. No me he molestado en taparme, así que mi polla está a la vista, ligeramente hinchada por el inesperado roce contra un esbelto cuerpo femenino.

Se ha puesto colorada y gira la cabeza hacia un lado a una velocidad vertiginosa.

—¿Te vas a poner algo de ropa? —pregunta.

—No —respondo con calma—. Aún no me he duchado.

—Yo también me tengo que duchar.

—¿Y?

—Que no hay duchas individuales.

—Pues vete al otro vestuario.

—¡Si no sabes si es el de chicas!

—Ni tú tampoco.

Nos miramos fijamente, igual de decididos a no bajarnos del burro, igual de inseguros por no saber si tenemos razón o no.

Ninguno de los dos quiere ceder. Pero no nos podemos quedar aquí desnudos para siempre.

—Me voy a duchar aquí mismo —deja claro la chica que, al echar la cabeza hacia atrás, hace que se le balancee la coleta sobre su hombro. Se quita los brazos del pecho, coge la toalla que se le cayó al suelo y se va directa a las duchas.

Me quedo mirándole la espalda, tratando de no fijarme en su trasero, y luego recojo yo mi toalla y voy tras ella.

Que ya se ha metido en «mi» ducha y se está lavando el pelo con una considerable cantidad de champú. La ignoro, abro un segundo grifo y me meto debajo antes de que le dé tiempo al agua a calentarse siquiera.

Me froto con el mismo vigor y la misma actitud de «me la suda» que ella.

El problema es que no es nada fácil no mirar a la chica mientras la espuma se le va resbalando por el cuerpo desnudo. Sus pequeños pechos rebotan mientras se lava el pelo con ahínco. No puedo dejar de pensar en lo suave y resbaladiza que debe de ser su piel, de recordar cómo se deslizó su muslo desnudo entre los míos mientras le presionaba con mi polla su vientre plano y firme.

Me doy la vuelta, de cara a la ducha, para que ella no vea cómo se me pone dura la polla de nuevo.

Apenas llevo un minuto bajo el chorro de agua cuando oigo un ruido que me hiela la sangre: las voces de dos chicas charlando y riéndose mientras vienen hacia aquí.

Me giro justo cuando llegan donde estoy yo.

Las chicas se paran en seco. Tienen pinta de ser un poco mayores que yo. Quizá de segundo o tercero. Llevan toallas alrededor del cuerpo y tienen la misma expresión de sorpresa y diversión.

—Eh… ¿hola? —me dice una de ellas.

—¿Te has perdido? —pregunta la otra.

Joder. Supongo que la bailarina tenía razón.

Cojo mi toalla y salgo corriendo de allí sin responder.

No esperan ni a que doble la esquina para empezar a descojonarse. Sus risitas resuenan en el techo de piedra para dejarme claro lo idiota que soy unas cien veces antes de llegar a la puerta.

Atraigo más miradas divertidas mientras regreso a los dormitorios vestido solo con una toalla, con mi bolsa de deporte colgada al hombro y la ropa de gimnasia bajo el brazo.

Estoy muerto de vergüenza, pero no puedo decir que me arrepienta totalmente de la experiencia.

Desde luego, ha tenido sus buenos momentos.

CAPÍTULO 6

ANNA

No me puedo creer que solo lleve un día en esta universidad y ya me haya restregado en pelotas contra un desconocido.

Hace una hora que me he duchado y todavía me arde la cara.

Espero que ese imbécil no se lo cuente a todos sus amigos, aunque estoy segura de que lo hará. Lo más probable es que lo hiciera adrede. Sé que me estaba mirando, y sí que era el vestuario de chicas. Menudo gilipollas.

No es así como quería empezar el primer día de clases. Ya voy tarde. Aunque, si soy sincera, eso es porque he perdido la noción del tiempo bailando. En Kingmakers no hay clases de baile. Y yo no pienso estar los próximos cuatro años bailando solo en verano, así que ensayaré por mi cuenta.

No lo considero ensayar siquiera. Para mí es una parte necesaria en mi vida, como comer, dormir y caminar. Si no bailo un par de días, estoy como tiesa y ansiosa, como si hubiese descuidado el cerebro y el cuerpo. Necesito bailar para equilibrar mis emociones.

Puede que lo mejor sea que busque un lugar menos público para hacerlo. No pensé que hubiese nadie despierto a esas horas. Pero supongo que en un sitio tan inmenso siempre hay alguien pululando.

Después de cambiarme y ponerme el uniforme limpio, me voy al comedor. Sé que Leo solo estaba de broma, pero lo cierto es que sí que me siento francamente incómoda con la ropa que me obligan a ponerme. Para mí la ropa es muy importante. No por los demás, sino por mí misma.

Me gustan los colores oscuros. Me relajan. Soy muy sensible a los estampados recargados, a los ruidos fuertes y a las texturas incómodas. Y odio llevar cualquier cosa que vaya en contra de mi estado de ánimo. A veces quiero sentirme como si estuviese en un sueño oscuro y fantástico. Otras quiero parecer el fantasma de un cementerio o una mendiga victoriana. Y otras, quiero sentirme como una estrella del rock.

Nunca llevaría nada con pelo ni rosa. No es una crítica a las chicas a quienes les guste, pero a mí no me va en absoluto.

Al menos los uniformes son bastante sobrios: tonos negros, grises y verde oscuro en su mayoría, con algo de plateado o blanco. Podría ser mucho peor. No me quiero ni imaginar si los colores de la universidad fuesen naranja fluorescente y azul.

Podemos llevar los zapatos que queramos, así que al menos no tuve que renunciar a mis botas favoritas. Las he combinado con la misma falda verde de ayer, jersey y medias negros. No está mal. Es algo que quizá habría llevado en el mundo normal.

Pero en Kingmakers no hay nada normal, y eso me encanta. Nunca me vi en un campus universitario al uso, luminoso y soleado, metida en algún club, haciendo amigos o yendo a fiestas de hermandades los fines de semana. Yo siempre quise venir aquí.

Mi padre me contó todo cuanto sabía de este sitio cuando yo era

pequeña. A él, las tradiciones de la mafia le provocan un profundo respeto porque no se crio en ella. Su padre adoptivo fue el que lo inició en la mafia cuando era adolescente.

—Yo no tenía nada, Anna —me dijo—. Absolutamente nada. Era pobre, miserable y estaba desesperado. Intentaba ganarme la vida en Varsovia, pero sabía que seguramente viviría y moriría igual de pobre que cuando empecé, como mis padres. La única persona que me hacía feliz era mi hermana. Era brillante. Como tú. Ella quería ser médica. Yo pensaba trabajar para pagarle los estudios. Soñábamos con comprar una casa en un barrio mejor algún día… Y, en fin, ya sabes lo que pasó en vez de eso.

Sentada junto a mi padre en el borde de una fuente vacía de piedra en el jardín amurallado de casa, asentí con la cabeza. Aunque solo tenía seis o siete años en aquel momento, él ya me había contado todo lo que le había pasado a la otra Anna.

Un día, cuando volvía a casa del colegio, la atacaron y la violaron tres de la Braterstwo. Solo tenía dieciséis años. Esa misma noche se suicidó.

—Yo no tenía armas, ni me había entrenado en nada —continuó —. Pero no pararía hasta vengarme. Me dediqué a acechar a aquellos hombres. Los seguía. Empecé matando al que más fácil me resultó. Era la primera vez que le levantaba la mano a alguien siquiera, y le corté el cuello sin dudarlo. Tú nunca has matado a nadie, Anna. Pero algún día, si pretendes ocupar mi lugar, tendrás que tomar esa decisión. Puede que te llene de horror o vergüenza. O, si eres como yo, cuando creas que tus actos son justificados, puede que descubras que no sientes remordimientos.

Asentí sin apartar la mirada de los ojos de mi padre.

Siempre he querido a mi madre con un amor casi reverencial. Ella es pura bondad, pura luz. Es un ser divino en la tierra, que

transmite alegría a todos los que la rodean.

Pero a mí me crearon a partir de los huesos de mi padre. No tengo ni un ápice de divina. Al revés, soy completamente mortal. Yo soy igual que mi padre. Cuando lo miro a la cara, me veo a mí misma.

Así que ya sabía, incluso con seis años, que algún día querría ser una jefa, como él. Y que cuando llegara el momento de matar, podría hacerlo sin dudarlo. Y creería que estaba justificado.

—También maté al segundo hombre —dijo mi padre—. Pero cuando fui a matar al tercero, fracasé. Me capturaron los de la Braterstwo. Me llevaron ante su jefe, Tymon Zajac. Pensé que me torturaría y me mataría. Era lo que esperaba. Pero, cuando escuchó lo que habían hecho sus hombres, le disparó en la cabeza a su propio lugarteniente y dio por terminada mi venganza.

Mi padre tragó saliva y le tembló un músculo en la comisura de la boca. A pesar de todos los años que habían pasado, comprendí lo que eso significaba para él: que había vengado completamente a la otra Anna. Yo sabía que, para él, de no ser así, el alma de su hermana nunca podría descansar en paz.

Sin embargo, yo pensaba que a lo mejor su alma no descansaba en paz. Creía que quizá me estaba persiguiendo. Murió antes de que yo naciera. Tal vez su alma se había reencarnado en mí.

Y la idea no me asustó lo más mínimo. Es más, de un modo extraño me reconfortaba. Si la otra Anna se había convertido en un espíritu vengativo, me serviría para ser más fuerte.

Mi padre continuó:

—Lo que aprendí en ese momento es que los de la Braterstwo tenían honor. Tenían un código moral. No eran meros criminales, como yo creía. Tymon Zajac me miró y no vio a un niño pobre y delgado. Vio que yo era igual que él. O que algún día podría ser

como él. Me ofreció un puesto a su lado. Me enseñó y me entrenó. Y me contó la historia de la Braterstwo, de la Bratva, de la mafia italiana, de los Penose, de los Yakuza… Cada grupo mafioso tiene su propio origen y evolución. Pero con el tiempo, como cualquier otro ecosistema, hemos crecido, colaborado, luchado y nos hemos alineado. Y, al igual que muchas familias antiguas, tenemos antepasados en común. Muchas de las familias criminales de hoy en día podrían remontarse al gremio de ladrones de la Edad Media. Y ese gremio tenía su sede en Kingmakers.

Solo entonces le interrumpí, demasiado interesada como para seguir escuchando en silencio.

—¿Cómo es? —le pregunté, aunque ya me lo había contado.

Mi padre me describió la isla y la fortaleza del castillo, algo que me había contado muchas veces, pero que yo siempre quería volver a escuchar. Si se le olvidaba algo, yo se lo recordaba.

—Después están las torres… —decía.

—¡Seis torres! —exclamaba yo sin querer omitir ningún detalle.

—Una biblioteca…

—¡En la torre más alta!

—Así es. —Y él sonreía.

La sonrisa de mi padre no es como la de mi madre. La sonrisa de ella es tan cálida que ilumina toda la habitación. Se le arrugan los ojos, se le sonrojan las mejillas y te dan ganas de reírte con ella.

La sonrisa de mi padre es sutil y discreta. No enseña los dientes. Pero te recorre el cuerpo como una descarga. A su manera, es igual de fascinante que la de mi madre. Son Hades y Perséfone: el rey del inframundo y la reina del verano.

Así que, siempre supe que vendría a Kingmakers. Y ahora que estoy aquí, no me decepciona. Es como si cada piedra, cada puerta, estuviese llena de historia e intriga. Quiero conocer cada centímetro

de este lugar. Quiero imprimir en sus paredes mi propia historia para que una parte de mí permanezca aquí mucho después de que me haya ido.

Al entrar en el comedor, veo a Leo sentado con Ares, y cada uno devora un plato gigante de beicon y huevos. Yo también me voy a los calientaplatos de plata que hay a servirme una ración para mí y me pillo una taza de té de menta.

Por lo que he visto de momento, la comida aquí es sencilla pero exquisita, a base de pan recién horneado, carne y productos de las tierras de cultivo que rodean Kingmakers.

—¡Ahí estás! —dice Leo cuando me siento—. Casi te pierdes el desayuno.

—Buenos días —dice Ares, que me pasa una sopera de piedra con nata para mi té.

Ares va impecablemente vestido con una camisa blanca impoluta, metida por dentro de unos pantalones muy bien planchados. Es verdad que sus zapatos no parecen nuevos, pero los ha lustrado con mimo. Me pregunto si le gustarán los uniformes, porque así no se nota tanto que no es tan rico como el resto de los estudiantes.

Leo no solo no ha planchado ninguna de sus prendas, sino que además lleva la camisa medio salida del pantalón. Por el aspecto de sus oscuros rizos, parece que acaba de salir de la cama, y se ha subido las mangas para poder comer con más facilidad, lo que deja al descubierto sus antebrazos desnudos y morenos, con venas que recorren ambos lados, y sus manos grandes de largos dedos.

Al pinchar una salchicha con el tenedor, se le flexiona el antebrazo, y yo siento una extraña sensación de calor. Leo está recostado en su silla, como es habitual, demasiado grande para caber con holgura en un mueble normal. Siempre tendrá las piernas

largas estiradas debajo de las mesas y por los pasillos, y sus anchas espaldas ocuparán más espacio del que les corresponde.

Leo llama la atención. Habla y ríe con tanta energía, que todos los ojos de una estancia se fijan en él. Leo es el sol, y todo el mundo quiere que el sol le ilumine la cara. Las chicas revolotean a su alrededor como polillas. Ni siquiera los chicos pueden negar su encanto. Todo el mundo quiere ser su amigo, estar cerca de él.

He de admitir que es muy halagador ser la mejor amiga de un hombre así. Da igual que la gente quiera pasar tiempo con Leo, porque él siempre me dedica más tiempo y atención que a nadie.

Pero últimamente no soy capaz de disfrutar de nuestra amistad como antaño. Antes todo era muy sencillo. Puro. Leo era mi hermano, mi confidente y mi cómplice, todo en uno.

Hemos navegado por todas las etapas de la vida sin que nada se interpusiese entre nosotros. Cuando llegó la pubertad, yo me reía de Leo cuando le salía un gallo en la voz, que se le iba haciendo cada vez más grave, y él se burlaba sin piedad de mis horripilantes brackets y de lo rápido que yo había crecido, hasta el punto de que él era el único chico de nuestra clase que seguía siendo más alto que yo.

Empezó a salir con chicas de nuestro colegio y luego con chicas de otros colegios. Y yo nunca tuve celos, porque, aunque ellas fueran sus novias, yo era su mejor amiga.

Yo también salí con algún chico que otro, pero nunca sentí eso que se supone que hay que sentir, esa chispa de fascinación. Los chicos a veces eran majos y otras no tanto, pero lo que nunca me gustaba era que me tocaran con esas manos tan torpes. Nunca quise ir más allá de un beso incómodo al final de la noche.

Como nunca he sabido si Leo iba más allá. Yo suponía que sí, porque era un chico y además muy popular: podría acostarse con

una chica diferente cada día de la semana. Pero eso era lo único de lo que no hablábamos. Por extraño que resulte, Leo siempre se mostraba muy reticente, y como yo no tenía ninguna historia sexual que contar, no tenía sentido sacar el tema.

Nuestras familias nos veían como primos, incluso como hermano y hermana. Y yo también creía que sentía lo mismo.

Pero el año pasado, algo cambió.

De repente, noté una tensión que nunca había existido. Empecé a fijarme en cosas de Leo en las que no quería fijarme.

Cuando me rodea los hombros con el brazo, inhalo su aroma y se me empieza a acelerar el corazón. Me fijo en lo cálida y sorprendentemente suave que es su piel. Veo cómo se muerde la comisura de los labios cuando sonríe, y noto una opresión incómoda en el estómago que jamás había experimentado.

Me digo a mí misma que ya parará.

Mis emociones nunca han sido tan estables como las de Leo, y eso es algo que admiro de él. Tiene una confianza y un optimismo sin límites, mientras que yo estoy a menudo triste o ansiosa, a veces sin motivo.

Así que esta cantidad desmesurada de emoción, este impulso extraño que me arrolla como una ola…, se desvanecerá y morirá, igual que surgió de la nada.

Tengo que ignorarla, incluso acabar con ella.

Porque, pase lo que pase, lo que no puedo es poner en peligro mi amistad con Leo.

No hay nada más importante para mí.

—¿Qué te pasa? —dice Leo—. Estás como más gruñona de lo habitual.

—No lo estoy —replico entre mordiscos a un trozo de beicon.

Pero a Leo no le puedo engañar.

—¿Te pasa algo malo? —insiste—. ¿Has tenido una pesadilla o algo así?

Él sabe que tengo pesadillas. Lo sabe todo sobre mí. Bueno…, casi todo.

—No. —Le doy un trago al té de menta caliente—. Es solo que esta mañana me ha pasado algo raro.

No quiero contarle a Leo lo que pasó porque sé que se partirá de risa con solo imaginarme estampándome en bolas contra un tío. Va a estar burlándose de mí hasta que se aburra. Pero, si Kingmakers se parece en algo al instituto, seguro que se acabará enterando. Una historia como esa no permanece en secreto mucho tiempo.

Antes de que pueda decir nada, a Leo le cambia la cara y lanza una mirada asesina al otro lado del comedor.

—Ahí está el cabrón.

—¿Quién? —me giro para verlo.

—Dean Yenin.

Leo no está fulminando con la mirada a un desconocido, sino al mismo chico con el que yo me he topado esta mañana. Lo reconozco enseguida, aunque ahora va completamente vestido con un jersey verde y pantalones.

Vuelvo a girar la cabeza rápidamente. Me arden las mejillas.

—¿Ese es Dean?

Nunca le pregunté a Leo cómo era Dean Yenin. Ese pelo rubio platino, la piel clara, los ojos violetas… Vamos, que soy gilipollas, porque está más claro que el agua que es el sobrino de la tía Yelena.

Si no me hubiese cabreado y avergonzado tanto lo que pasó esta mañana, me habría dado cuenta. Porque, ahora que presto atención, hasta le veo un pequeño moratón debajo del ojo, un recuerdo de su pelea con Leo en la cubierta del barco.

—Sí, ese es —dice Leo muy serio—. Me pregunto si hoy

tendremos clases con él.

—Lo más seguro. Los Herederos estaremos juntos casi siempre.

—¿Qué tenéis primero? —nos pregunta Ares.

Saco el horario de mi mochila. Las clases no las hemos elegido nosotros, sino que las decidieron de antemano y nos las enviaron por correo en uno de esos gruesos sobres gris pizarra que solo pueden significar una cosa: una misiva de Kingmakers.

Las cartas de Kingmakers están escritas siempre a mano. Me pregunto si será porque aquí no guardan nada en el ordenador. Deben de tener una decena de empleados con una caligrafía perfecta, porque mi horario parece que lo han sacado de un manuscrito ilustrado.

No es precisamente fácil de leer. Leo entorna los ojos para observar la enrevesada cursiva, tratando de descifrar qué clase tiene primero.

—Creo que tengo… Historia —dice por fin.

—Yo también —digo.

—Yo «tan bien» —sonríe Ares por su chascarrillo.

—Bueno, entonces será mejor que os deis prisa —sugiere Leo—. Solo tenemos cinco minutos, y no tengo ni idea de dónde está la torre del homenaje.

Doblo otra loncha de beicon, me la meto en la boca y le doy un último sorbo al té.

—¿Crees que tenemos que recoger los platos? —pregunta Ares.

—No. —Leo señala con la cabeza a un hombre con un delantal blanco impecable que está limpiando la mesa de al lado—. Creo que se encarga ese tío.

Ares duda, como si prefiriese quedarse a ayudar, pero Leo y yo ya nos estamos echando las mochilas al hombro.

—Venga —dice Leo—. No sé qué hacen si llegas tarde.

Seguramente, te aten a un potro de tortura o algo así.

Los castigos draconianos de la universidad se detallaban en la lista de normas y reglamentos. Pero, como de momento todo es «en teoría», a Leo le resulta muy fácil bromear al respecto.

Yo no soy tan optimista. Nunca he visto que algo del mundo de la mafia sea una broma.

En las cartas de admisión se describía claramente la ley de compensación. A Kingmakers vienen estudiantes de todo el mundo. Hay una mayor concentración de italianos, irlandeses y rusos, porque esos son los territorios más cercanos a la universidad. Pero con chavales procedentes de tantos países y familias, y muchos más resentimientos que el que hay entre Leo y Dean, tienen que ser muy estrictos con la violencia.

Saben que habrá peleas —es inevitable con tantos exaltados acostumbrados a resolver todos sus problemas a puñetazo limpio—. Lo único que tenemos siempre presente, lo que nos recuerda que nunca debemos cruzar la línea, es la ley de compensación.

Si algún estudiante lesiona, desfigura o mutila a otro, se le aplicará el mismo daño.

No se discute ni se apela. Y para evitar un bucle interminable de represalias entre familias, el castigo se aplica de forma inmediata y rápida.

Si le rompes el brazo a alguien, te rompen el tuyo también. Si le sacas un ojo, te extraen el tuyo de la cuenca. Y si matas a alguien… Bueno, eso será lo último que hagas.

Por eso mi padre estaba preocupado de que Leo viniese aquí conmigo. Sabe que mi primo tiene mucho carácter. Y no sería la primera vez que Leo me mete a mí en movidas por su culpa.

—¡Vamos! —Leo me agarra del brazo, me empuja, porque tardo demasiado en coger mi mochila, y le pregunta a Ares—. ¿Dónde

crees que está el aula?

—Creo que la mayoría de las clases son en la torre del homenaje —responde Ares.

La torre del homenaje es el edificio más grande de Kingmakers. Tiene cinco pisos de altura, con escaleras empotradas en el grosor de los muros de piedra. Sería el último bastión del castillo si el resto de las murallas exteriores cayeran ante algún invasor.

No creo que nadie haya atacado nunca Kingmakers. Está demasiado lejos, en medio de la nada. Pero si alguien lo hubiese intentado, antes de la era de los ataques con drones y bombarderos, habría sido casi imposible escalar los acantilados o atravesar las murallas de la fortaleza.

Encontramos el aula a tiempo. Está en la segunda planta de la torre del homenaje. Es una estancia espaciosa, con las paredes cubiertas de mapas antiguos. La pizarra ya está llena de diagramas de árboles genealógicos y anotaciones escritas con una letra de trazo fino.

Leo, Ares y yo nos sentamos en tres de los pupitres que quedan en la primera fila. La profesora cierra la puerta poco después y se dirige a la parte delantera del aula.

Es una mujer alta de pelo oscuro y unos cuarenta años, que lleva un traje entallado a la perfección y unas elegantes gafas de pasta. Su voz ronca atrae instantáneamente la atención de la clase.

—«Si uno no conoce la historia, no sabe nada» —dice—. «Eres como una hoja que no sabe que forma parte de un árbol». ¿Quién dijo eso?

Nos mira a todos, y la pregunta resuena en una sala que se ha quedado tan silenciosa que casi se pueden oír los latidos de nuestros corazones.

—Eh… ¿Churchill? —pregunta indeciso un chico irlandés con el

pelo castaño despeinado.

—No —responde la profesora Thorn. Esboza una pequeña sonrisa con los labios—. Fue Michael Crichton. Los autores suelen fijarse en los ciclos repetitivos de los acontecimientos. Buscan patrones en el comportamiento, las causas y las consecuencias. ¿Qué hay de este? «Un hombre que no tiene sentido de la historia es como un hombre que no tiene oídos ni ojos».

Espera a que respondamos. Esta vez, nadie se atreve a adivinar.

—Hitler —dice con una maliciosa sonrisa—. Me parece que quien hizo oídos sordos a sus palabras fue él, después de todo.

Se da la vuelta y escribe en la pizarra con esa letra fina y fluida.

—La Cosa Nostra —pronuncia en voz alta al mismo tiempo que salen las palabras de la punta de su tiza polvorienta—. Giuseppe Esposito fue el primer miembro de la mafia siciliana en emigrar a Estados Unidos. Huyó a América con seis de sus hombres después de matar al presidente y al vicepresidente de su provincia, junto con once oligarcas. La mafia italiana se extendió desde Nueva York a Nueva Orleans y más tarde a Chicago. Hubo varias familias que ascendieron para después caer: primero la Mano Negra, luego la Five Points Gang, y después el sindicato de Al Capone.

»Este semestre, estudiaremos la historia de la mafia italiana en Italia y Estados Unidos. A continuación, analizaremos las distintas familias representadas en Kingmakers hasta que hayamos cubierto todas y cada una de ellas al final de vuestro cuarto año.

Nos mira con el ceño fruncido tras notar la emoción de los estudiantes de ascendencia italiana.

—No os alegréis tanto —continúa muy seria—. Todos los semestres, los que suspenden suelen ser los que piensan que ya saben todo lo que voy a enseñarles. Y creedme cuando os digo que no es así. Cada año, los de primero me demostráis lo mucho que

ignoráis vuestra propia historia, la historia de vuestro país y la historia de vuestros aliados y enemigos. Probablemente vuestras familias os hayan contado más leyendas que verdades. La memoria es muy engañosa. Y nadie es más propenso a las reconstrucciones para beneficio propio que aquellos que creen que pueden escribir su destino a voluntad.

A mi lado, noto que Leo está ya inquieto. Ni siquiera tengo que mirarlo para saber que ya debe de estar mirando a su alrededor para ver qué piensan los demás estudiantes de este discurso o tratando de asomarse por las ventanas que hay solo en un lado de la estancia.

Yo sin embargo estoy emocionada con las palabras de la profesora Thorn. Siempre me ha gustado la historia. Cuando conoces la historia de las personas que te precedieron, puedes vivir tú mil vidas y asumir sus lecciones como propias.

Paso los siguientes noventa minutos tomando apuntes como una loca en el cuaderno, mientras la profesora Thorn relata los orígenes de la Cosa Nostra en Sicilia.

Leo no se molesta en tomar apuntes, porque sabe que después me los va a pedir a mí.

No me importa. Lo que me molesta es que Leo sea tan inteligente y logre sacar notazas casi tan altas como las mías sin esforzarse siquiera ni prestar atención en clase.

Ares escribe en su cuaderno escrupulosamente. Su lápiz es tan cortito que desaparece en su manaza, tan encima del cuaderno que la nariz casi le toca la página. No sé si está igual de fascinado por la clase que yo o si solo está muy concentrado.

Detrás de Ares, Hedeon Gray mira a la profesora con cara de cabreo. Creo que todavía no le he visto otra expresión. Es guapo, pero siempre está de mala leche.

La profesora Thorn tiene un estilo narrativo fascinante. Su clase de historia no es para nada aburrida. Pero ¿cómo lo va a ser? ¡Si la historia de la mafia está plagada de intrigas, traiciones y, por supuesto, asesinatos!

Estoy tan absorta que me sorprende cuando la profesora se detiene a mitad de una frase y dice:

—Eso es todo por hoy. Nos vemos mañana por la mañana. —Dicho lo cual, se da la vuelta y sale del aula sin despedirse siquiera.

Leo se levanta prácticamente disparado de su silla.

—Por Dios, pensaba que esto no iba a terminar nunca.

—A mí me ha gustado —digo.

—Pues claro. —Leo pone los ojos en blanco—. A ti te gusta aprender.

Me río.

—¿Eso es un insulto?

—¿Y a ti? —le pregunta Leo a Ares—. ¿Te ha gustado de verdad?

Ares se encoge de hombros.

—No tenía casi ni idea de todo esto. Creo que me va a tocar hincar codos.

Leo resopla.

—Aquí a todo el mundo las notas se la soplan. Lo único que importa es quién gana las pruebas.

Tenemos que cambiarnos de ropa antes de la siguiente clase. Es una clase de lucha, lo que significa que hay que llevar el uniforme de gimnasia y deportivas.

Me aseguro de entrar en el vestuario correcto, y aparto deliberadamente la mirada del sitio donde me choqué con Dean, al lado de las duchas.

El gimnasio está dentro de lo que antes era la armería. Es un espacio oscuro y fresco. El suelo está blandito, tapizado de

colchonetas gruesas. En los ganchos de las paredes cuelgan armas medievales antiguas: hachas de combate, espadas y mazas, y al otro lado de la sala, una selección de katanas asiáticas, bastones *bō* y estrellas ninja. Supongo que son elementos decorativos y que no aprenderemos a usarlas. Pero en Kingmakers no hay nada asegurado.

Solo hay cuatro chicas en clase de lucha, incluyéndome a mí. Nos hemos puesto pantalones cortos, y los tíos nos comen con la mirada. Solo llevamos un par de días fuera de la civilización y ya parecen perros hambrientos.

Paso por delante de Dean y Bram, que están tumbados sobre un montón de colchonetas. Bram me suelta un silbidito, y Dean sonríe con aire de superioridad. Estoy segura de que le ha contado a Bram lo que pasó.

En fin, que les den por culo a los dos.

El profesor Howell viene hasta las colchonetas. No es muy alto, pero está delgado y en forma. Va vestido con una camiseta verde militar y pantalones cargo. Se coloca frente a nosotros, con las manos entrelazadas a la espalda y sonríe amablemente.

—Buenos días, alumnos —dice—. En clase de lucha, aprenderéis varias artes marciales, defensa personal y técnicas con armas. Tendréis lecciones aparte de artillería y explosivos. Este semestre nos centraremos en el Krav Maga. Algunos ya sabréis que es un sistema militar de autodefensa y combate que usan las Fuerzas de Defensa de Israel. Incluye una combinación de técnicas directamente sacadas del aikido, el boxeo, la lucha libre, el kárate y el judo.

Con sus agudos ojos oscuros escudriña a nuestro grupo, deteniéndose en cada uno de los estudiantes.

—Tú. —Señala al chico más grande, un gigantón que parece un

toro, pelo color paja y dos muslos como dos troncos que están a punto de reventarle los pantalones cortos de gimnasia—. Ven aquí.

El chaval obedece, y las colchonetas del gimnasio se van hundiendo según avanza.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta el profesor.

—Bodashka Kushnir —sonríe el chico con una mezcla incómoda de bravuconería y nerviosismo.

—El principio fundamental del Krav Maga es actuar instintivamente en circunstancias impredecibles de gran estrés. —El profesor mira al chico rubio con un brillo burlón en los ojos—. ¿Cómo describirías tu nivel actual de conocimientos de lucha, amigo mío?

Bodashka se lo piensa. Animado por sus amigos, que no le quitan ojo, sonríe y dice:

—Alto.

—Excelente. —El profesor asiente con la cabeza—. Eso he pensado yo con solo mirarte. ¿Por qué no hacemos una sencilla demostración? Atácame y, si puedo, realizaré una defensa.

Bodashka parece ganar confianza por momentos. Levanta los puños, frente al profesor, mucho más pequeño que él. La expectación en el gimnasio se puede cortar con un cuchillo. Sus amigotes de la Bratva le animan, pero el resto sospechamos lo que está a punto de suceder.

El chico se abalanza sobre el profesor, le lanza dos golpes cortos, un cruzado de derecha y una patada a la cara.

El profesor no tiene ni que cambiar casi de postura para bloquear todos los golpes.

Y a pesar de la fuerza con que ha lanzado su ataque, es Bodashka quien se estremece cuando el profesor utiliza los codos, los antebrazos y los hombros para esquivarlos.

Cuando Bodashka intenta su última y desesperada patada

circular en dirección a la cabeza del profesor Howell, este se agacha y le hace un barrido limpio en la pierna al chaval, que se estrella contra el suelo.

El gimnasio resuena con la fuerza del impacto. El chico se ha quedado sin aliento aun habiendo caído encima de las colchonetas.

—Seguro que todos habéis oído la expresión «cuanto más grandes son, más pesados caen» —dice el profesor muy serio—. Hay que tener cuidado con los oponentes más pequeños, porque su centro de gravedad es más bajo.

Luego ayuda a un escarmentado Bodashka a levantarse del suelo y lo utiliza para demostrar varios bloqueos básicos.

Cuando parece que todos hemos aprendido algo, nos divide por parejas para practicar.

—¿Quieres ir conmigo? —pregunta Leo.

No es la primera vez que luchamos. Llevamos haciéndolo desde que tenemos uso de razón.

—¿Por qué no? —le sonrío.

Nos ponemos frente a frente y nos preparamos a que el profesor dé la señal para comenzar. Espero a que Leo haga el primer movimiento.

Me lanza un golpe suave que esquivo con facilidad, porque sé que ni siquiera se acerca a su velocidad máxima. Como tiene los brazos tan largos me va a tocar bailar fuera de su alcance o correr hacia él para golpearlo antes de que pueda alcanzarme.

Leo me asesta otro golpe juguetón y, cuando intento esquivarlo, me barre la pierna igual que nos enseñó el profesor. A pesar de haberlo visto venir, es tan rápido que consigue derribarme de un golpe en la pierna derecha. Me recupero rodando entre sus piernas, salto y le doy un puñetazo en el riñón por detrás.

—Pequeña cabronaza —dice Leo, que me coge por la muñeca y

me retuerce el brazo por detrás de la espalda.

Intento sacar la muñeca de su agarre, pero es imposible. Sin que me dé tiempo a pensar siquiera, me inmoviliza el brazo detrás de la espalda y me rodea la cintura con su otro brazo, apoyando todo el peso de su cuerpo sobre mí.

—Ríndete —me gruñe al oído.

—Ni de puta coña —le susurro.

—No me obligues a romperte el brazo el primer día de clase. —Puedo oírle una risita sin necesidad de verle la cara.

Le doy un pisotón con fuerza y le obligo a soltarme, justo cuando el profesor da por terminada la clase.

Leo retrocede entre risas. Pero alguien nos está observando.

Dean no nos quita ojo de encima, y el brillo que emanan los suyos es la única señal de vida en su rostro rígido y pálido.

Leo sigue mi mirada.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta con hostilidad.

—Ya lo he visto esta mañana —responde Dean con su voz grave y fría.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿No te lo ha dicho? —pregunta Dean con una sonrisa burlona —. Tu novia y yo hemos tenido un encuentro íntimo esta mañana.

—Ah, ¿sí? —se ríe Leo—. ¿A qué hora? Porque me da que tú todavía estabas soñando tranquilamente en la cama.

Pero cuando vuelve hacia mí, ve que tengo las mejillas coloradas.

—¿De qué está hablando? —murmura Leo con el ceño fruncido.

—De nada —respondo negando con la cabeza.

—¿Qué ha…?

Nos interrumpe el profesor, que pide otro voluntario. Después del destino que ha sufrido el último, no levanta la mano ni Dios. Solo

Dean da un paso al frente.

—Yo lo haré.

—Acércate. —El profesor Howell señala el espacio vacío frente a él como si invitara a Dean a sentarse cómodamente en un sofá.

Dean se acerca mirando fijamente al profesor. No muestra ni la bravuconería ni el nerviosismo del primer voluntario, sino que irradia una confianza tranquila que nos obliga inconscientemente a todos a observarlo con atención, sobre todo a Leo.

—Un bloqueo y un golpe simultáneos pueden ser muy efectivos —dice el profesor, que nos lo demuestra con un bloqueo exterior con el brazo derecho y un contraataque con la palma de la mano en dirección a la cara de Dean—. Yo atacaré. Veamos si nuestro amigo aquí presente es capaz de defenderse y contraatacar.

El profesor Howell ataca a Dean sin previo aviso, lanzándole dos puñetazos rápidos y un codazo a la cara. Dean esquiva ambos por los pelos y se agacha y desplaza con movimientos precisos y rápidos.

Cuando el profesor lanza un cuarto puñetazo a la cara de Dean, este lo aparta y consigue golpear al profesor en el pecho con un puñetazo corto y certero. A pesar de la rapidez del golpe, todos oímos el impacto. El profesor se va hacia atrás.

La velocidad y precisión de Dean son impecables. Por lo callado que está Leo, me doy cuenta de que ni siquiera él puede negar que Dean sabe pelear.

—Bien hecho —dice el profesor Howell con aprobación.

Dean asiente con la cabeza y acepta el elogio sin decir ni mu. Pero veo cómo se le contrae un músculo en la comisura de la boca. Está contento.

—Formad parejas para practicar —dice el profesor.

Esta vez, Leo no está en plan juguetón. Nos ponemos a entrenar

contraataques. En realidad, no me está haciendo ni puto caso a mí. Solo tiene ojos para Dean, que está al otro lado del gimnasio.

Como no me presta atención, le doy un fuerte golpe en el pómulo derecho.

—Au. —Se frota el lado de la cara.

—Contrólate —le digo sin compasión alguna.

Me analiza el rostro con la mirada. He visto los ojos de Leo de cerca tantas veces que me sé de memoria de qué color son. En realidad, no son marrones: tienen un anillo exterior oscuro y ahumado, casi tan negro como la propia pupila, pero luego el iris es de un ámbar brillante que me hace pensar en un animal de la selva; un tigre o una pantera. Un depredador capaz de ver en la oscuridad.

Esos ojos pueden ser cálidos y risueños. O pueden ser feroces y salvajes, como ahora mismo, estudiando y examinando cada uno de mis movimientos.

—¿De qué estaba hablando? —pregunta Leo.

—¿Quién?

—Dean —dice con impaciencia.

—Ay. No es nada.

—Sí que era algo. Te he visto la cara. ¿Qué ha pasado?

Suspiro y pongo los ojos en blanco para ganar tiempo, porque realmente no quiero tener que contárselo.

—Esta mañana en el vestuario nos hemos chocado. Solo está intentando tocarme las narices porque me ha visto desnuda.

—¿Que te ha visto desnuda? —sisea Leo.

—Sí. —Me encojo de hombros—. Pero ¿qué más da? No tiene…

Leo no me escucha. Esta vez mira iracundo a Dean, con los puños apretados y la mandíbula contraída. Está completamente en tensión, como si quisiera correr hasta allí, abalanzarse sobre Dean y darle una paliza.

—¡Oye! —digo—. Se supone que tenemos que…

Leo se vuelve hacia mí.

—¿Por qué no me lo has contado esta mañana?

—¿De qué estás hablando?

—En el desayuno. ¿Por qué no me has contado lo que ha pasado?

Me mira fijamente. Tiene las mejillas como dos tomates. Tiene pinta de estar enfadado, pero conozco lo suficientemente bien a Leo como para ver algo más en su rostro. Algo que se parece más al dolor o a la sospecha.

—No lo sé —farfullo—. Ha sido una gilipollez.

—Como te vuelva a tocar… —gruñe Leo.

—Que no me va a tocar. Leo, joder, tienes que tranquilizarte.

Antes de que pueda decir nada más, el profesor vuelve a llamar al orden a la clase.

Leo continúa enfadado y mira constantemente a Dean, que sigue al otro lado del aula.

Y Dean nos devuelve la mirada no tan a menudo, pero sí con una furia glacial que iguala el calor que emana del cuerpo de Leo.

Tengo el estómago del revés. Las clases acaban de empezar, y Leo ya está enfrascado en una especie de *vendetta* con Dean.

No es así como quería empezar en Kingmakers. En absoluto.

CAPÍTULO 7

LEO

Después de la clase de lucha, llega la hora de comer.

Anna está hablando con Ares de contraataques, pero yo sigo obsesionado con el gilipollas ese de Dean, recordando cómo le recorrió el cuerpo con la mirada cuando dijo: «Ya lo he visto». Como si fuera suya solo por haberla visto desnuda.

El mero hecho de que la haya visto me cabrea. No creo que fuese un accidente. Vamos, ni de coña. Y apuesto a que el tío Mikolaj se pondría como un loco si se enterara.

Se supone que debo cuidar de Anna, velar por ella. Y en nuestro primer día, ya hay un puto capullo tratando de excitarse espiándola.

Y no cualquier capullo.

Alguien que quiere hacernos daño. Que nos ha odiado toda nuestra vida.

Camino con el ceño fruncido, sin prestar apenas atención a la conversación de Anna con Ares.

Entonces veo lo único que podría hacer que me anime.

Una figura familiar apoyada contra la pared exterior de la armería, con las manos metidas en los bolsillos. Lleva la misma ropa que el resto, solo que, de algún modo, en él no parece un uniforme.

A lo mejor es porque cada prenda de ropa le queda perfecta, o porque es la única persona que he visto que se compró unos pantalones de color verde salvia en lugar de gris oscuro o negro, y los ha combinado con unas zapatillas de edición limitada que sé que se agotaron a los ocho segundos de salir al mercado. Pero, claro, Miles siempre ha conseguido lo que quiere.

Tiene una mata de rizos oscuros y despeinados que le caen sobre la cara y una expresión aburrida que demuestra que no le está haciendo demasiado caso a la amiga que le habla sin parar al oído.

—Anna —interrumpo su conversación—. ¡Mira!

Anna levanta la vista. Se le ilumina la cara con una sonrisa inmensa que rara veces pone.

—¡Miles! —exclama y corre hacia él.

Miles es primo de Anna y mío a la vez. Su madre es hermana de mi padre, y su padre es hermano de la madre de Anna. Ya, una cadena de conexiones complicadita de desenredar.

Es un año mayor que nosotros, así que ya está en su segundo año en Kingmakers. Eso significa que no tendremos clases con él, pero sí que esperaba verle bastante a menudo en el campus.

Al vernos, esboza una sonrisa lenta y perezosa con la comisura derecha de su boca.

—Hola, Puntitas —le dice a Anna, a la que deja que se meta bajo su brazo para darle un achuchón y hasta un beso rápido en la mejilla.

—Hola, All-Star. —Me saluda con un gesto de la cabeza y chocamos los puños.

—Pensaba que estarías esperándonos en las murallas con una

pancarta de bienvenida —le digo.

Miles suelta una risita.

—Siento decepcionarte.

Si algo sé de mi primo es que le importa una mierda decepcionar a la gente. De hecho, creo que su mayor placer en la vida es joder expectativas. Eso o meterse en problemas para luego salir de ellos con la misma rapidez.

No entiendo cómo Miles llegó a graduarse en Preston Heights sin que lo expulsaran. No le hace falta Kingmakers para aprender a moverse al margen de la ley. Con sede en nuestro instituto, dirigía una cadena de suministro de diez tipos distintos de contrabando, desde drogas recreativas a chuletas para los exámenes. Yo creo que llegó a ganar siete cifras antes de graduarse.

No le hace falta el dinero para nada. Su padre fue alcalde de Chicago durante ocho años, por no mencionar que además era el jefe de toda la mafia irlandesa. Los Griffin nadan en dinero, y Miles creció en una casa junto al lago que parece un prisma de cristal transparente sobre unos pilotes. No hay cortinas, solo árboles que no dejan entrar miradas ajenas y agua a lo largo de la orilla del lago. En algunas habitaciones de la casa, se puede mirar hacia abajo y ver peces nadando bajo los pies.

—Este es Ozzy —dice Miles con un ademán a su amigo.

Ozzy es más bien bajito, está cubierto de tatuajes y tiene piercings en la nariz, la ceja y cada milímetro de las orejas. Lleva un chaleco de punto sin camiseta debajo, por lo que le veo los tatuajes que le cubren ambos brazos, la mayoría de los cuales parecen hechos por aficionados, en el mejor de los casos, y muy posiblemente por él mismo con su mano no dominante.

—Los primos —dice sonriendo y estrechándonos la mano con fuerza—. ¿Por qué coño sois todos tan altos? ¿Qué le echan a la

leche en Chicago? Ya es jodido estar al lado de Miles.

—No nos eches la peta por ese. —Miles señala con la barbilla a Ares—. Él ha crecido por su cuenta.

—Este es Ares —le presento—. Es de Siros.

—¿Dónde coño está Siros? —pregunta Ozzy.

—Es una isla griega —dice Ares sin ofenderse—. Cerca de Miconos.

—Ah, genial. —Ozzy asiente empático—. Yo soy de Tasmania, y a nadie le importa una mierda ese lugar. No nos conocería ni Dios si no fuera por los Looney Tunes.

—No sé qué son los Looney Tunes —admite Ares.

—Hay que joderse —se ríe Ozzy—. Bah, da igual. La cuestión es que prefiero que nadie sepa de dónde soy a que me estén vacilando todo el día con las mismas bromitas una y otra vez. ¡Todo estereotipos! Que si decimos «coño», «bro» y «qué pasa, tron»…

—Tú dices todas esas cosas —señala Miles.

—¡Pero no todo el rato, bro! —exclama Ozzy.

—Literalmente, todo el rato —dice Miles.

Ozzy le ignora y sigue despotricando:

—No sabéis la cantidad de veces al día que alguien me dice «qué pasa, tron», coño. Podría arrancarme el brazo y molerlos a palos con él.

—Sabes que no te hace falta que te lo cortes para eso, ¿no? —suelta Miles.

—Pero no sería igual de dramático.

—Nunca impediría que lo fueras.

—No podrías, aunque lo intentaras —sonríe Ozzy.

—Cuidado —susurra Miles entre dientes, intentando colocarse detrás de Ares para que no lo vean.

Demasiado tarde. Una voz furiosa grita:

—Buen intento, Griffin. Te estoy viendo. ¡Y quiero que me devuelvas mi pluma inmediatamente!

Un profesor viene como un toro hacia nosotros, con su gran barriga por delante del resto de su cuerpo y la cara roja de furia. Viste una chaqueta deportiva de tweed y unos zapatos Oxford perfectamente lustrados. Lleva unas gafas plateadas, casi del mismo color que su barba, en la punta de la nariz. Tiene pinta de ser un hombre muy inteligente que está a punto de volverse loco, con el pelo erizado y la chaqueta abrochada en el ojal equivocado.

Conociendo a mi primo, me juego el cuello a que sé cuál podría ser el motivo de su locura.

Miles sale de detrás de Ares, con las manos aún en los bolsillos y la cara con una pose de confundida inocencia.

—¿Por qué iba a tener yo su pluma, profesor? ¿De qué me serviría? Sabe que nunca tomo apuntes.

—Ni se te ocurra —sisea el profesor, con los ojos claros desorbitados detrás de sus gafas—. No vas a engatusarme ni a hacerte el bueno. He perdido cuatro plumas desde que empezó el semestre, cuatro plumas carísimas, y todas desaparecieron mientras tú estabas en mi clase.

—No creo que sea el único que esté en su clase —dice Miles con calma.

—¡Pero tú eres el único con las manos tan largas y la puta jeta de robarme! —El profesor se le planta delante con la nariz a solo unos centímetros de la de Miles.

—¿No es esa su pluma? —pregunta Miles señalando con la cabeza el bolsillo del pecho de la chaqueta de sport del profesor.

—Esta es «otra» pluma —dice el profesor, que no se esfuerza en disimular su rabia—. De hecho, la última que me queda. ¡Es una estilográfica La Doña de la colección Menagerie numerada, con un

diseño de cabeza de cocodrilo! ¡Una de las ochocientas ochenta y ocho que se fabricaron!

Todos miramos con asombro la parte de la pluma del profesor que le sobresale del bolsillo. No sé nada de plumas, pero el capuchón de filigrana plateada parece caro, sobre todo como las piedrecitas rojas que lo cubren sean rubíes de verdad.

—Como tú muy bien sabes —le espeta el profesor a Miles—, la pluma que me robaste esta mañana era una Romain Jerome, fabricada con materiales recuperados del Titanic. No tiene nada que ver ni en estilo ni en color.

—Sí que suena estupenda, sí —dice Miles—. Pero, por desgracia, yo solo uso Montblanc. Las Romain Jerome son un poco ostentosas para mi gusto.

Creo que estoy a punto de ver cómo el profesor sufre un aneurisma en el acto. Su cara ha pasado de roja a morada.

No le ha hecho ninguna gracia, así que directamente le grita:

—¡Vacíate los bolsillos!

—¿No necesita una orden judicial para eso? —pregunta Miles con ese tono tan cáustico que nunca delata si está de broma o no.

—Cuando pones un pie en este campus, me entregas tu vida a mí, muchacho —sisea el profesor—. Podría hacer que te quitaran toda la ropa y te colgaran desnudo del torreón de entrada si quisiera.

—Profesor Graves —dice Miles enarcando una ceja—, no sabía que esa era la opinión que tenía de mí.

La mano del profesor se crispa, y estoy convencido de que quiere coger a Miles por el cuello y estrangularlo. Yo mismo he querido hacerlo un par de veces, así que hasta cierto punto lo comprendo. Pero ahora mismo tengo que centrar casi toda mi atención en la casi imposible tarea de tratar de reprimir la risa que

amenaza con brotar de mi interior.

El profesor Graves está a punto de estallar. Sería típico de Miles llevarlo al límite, y que al final me comiese yo el marrón porque se me ha escapado la risa.

—Que te vacíes los bolsillos —ordena el profesor entre dientes.

—De acuerdo. —Miles finge una total obediencia.

Se vacía los bolsillos de los pantalones, en los que había solo un par de monedas, un chicle pegado, un trozo de alambre doblado que parece basura… y que tengo la sospecha de que podría usarse para abrir una sencilla cerradura pequeña, como las que se usan para cerrar un escritorio.

—En fin. —Miles se encoge de hombros—. Ninguna pluma, me da.

El profesor Graves entorna los ojos y vuelve a mirar a Miles como si hubiese dicho que llevaba la pluma detrás de la oreja. Me doy cuenta de que no quiere ceder, pero no se le ocurre ningún otro lugar donde podría haberla escondido Miles. Y mi primo jamás se dignaría a llevar algo tan plebeyo como una mochila.

—Esta es tu última advertencia —le dice a Miles, con furia contenida.

—Profesor… —La cara de Miles muestra una expresión de tal sinceridad que hasta yo casi me la creo—. Sé que el año pasado no empezamos con buen pie, pero este año estoy dispuesto a estar a la altura de sus expectativas. Creo que se sorprenderá.

—Lo dudo —dice Graves con frialdad—. Ahora, lárgate de aquí. Este no es un lugar para reunirse.

—Sí, señor. —Miles le hace un pequeño saludo… que va desde su frente directamente hacia el profesor. Graves ya se está dando la vuelta, así que no ve los ágiles dedos de Miles hurgándole el bolsillo del pecho de su chaqueta. Ni yo habría visto el destello plateado en

la mano de mi primo si no lo hubiese estado buscando.

El profesor se aleja con paso firme.

Miles espera hasta que se haya ido del todo, antes de dejar a la vista la última pluma del profesor Graves y darle la vuelta al capuchón de plata para que brille al sol.

—Tiene razón —dice Miles—. Sí que es una pluma cara, sí.

—¿La vas a añadir a tu colección? —me río.

—Ah, pero si no me he quedado con las otras —contesta Miles como si nada. Y sin más, tira la pluma a un montón de hierba al pie de la armería.

Ares la mira con deseo, como si hubiese querido usarla, pero no se agacha para recogerla. Ozzy no tiene tantos escrúpulos: la coge y se la guarda en el bolsillo.

—¿Para qué vienes a la universidad si estás decidido a cabrear a todos los profesores y a no aprender nada? —le pregunta Anna a Miles.

—Ah, pero yo claro que aprendo cosas —responde Miles—. Solo que no las que ellos enseñan.

—¿Y ese profesor qué enseña? —le pregunto.

—Finanzas —dice Miles—. Lo más seguro es que vosotros también lo tengáis. Menos mal que ninguno os apellidáis Griffin, porque si no vais listos.

Eso no lo tengo muy claro. Por otro lado, dudo que Miles sea el único estudiante problemático de Kingmakers.

Y hablando de eso…

—He visto a Dean Yenin —le cuento a Miles.

—Ah, ¿sí? —dice sin mucho interés.

—Es tan gilipollas como cabría esperar.

Miles se encoge de hombros.

—Gilipollas y psicópatas. Así son la mitad de los chavales que

hay aquí.

—El resto no nos la tiene jurada.

—No estés tan seguro —apunta Miles—. De todos modos, a mí me la suda que nos la tenga jurada. Nuestros abuelos querían matarse entre ellos y ¿a quién le importa? Nosotros no conocimos a ninguno de los dos.

En realidad, Miles es el único que sí conoció a Papá Enzo, aunque por entonces solo era un bebé. Además, a él aún le queda su otro abuelo, Fergus Griffin, y el resto de los míos sí que han muerto. Puede que por eso actúe como si le diese igual. O quizá es verdad que a Miles le importa todo un pepino.

Nunca he tenido tanta confianza con Miles como con Anna. No solo porque sea un año mayor, sino porque es el único tío que conozco que me intimida un poco. Es un puto imprudente. Si hay una regla, él la querrá quebrantar sí o sí, solo para ver qué pasa. Para él no hay límites. Ni dejará de hacer jamás algo que se le haya metido en la cabeza.

Me recuerda a mi tío Nero, que puede dar un miedo de la hostia, también.

En realidad, de un modo u otro, la mayoría de mis parientes acojona. El tío Dante es como un búfalo y podría romperte la espalda solo con dos dedos. He oído algo sobre lo que mi propio padre tuvo que llegar a hacer para asegurar el puesto de Don. Hasta mi tía Aida, la madre de Miles, tiene un lado salvaje que jamás esperarías de la esposa de un político con tres hijos. En un viaje a Hawái, la vi lanzarse al océano desde un acantilado de veinte metros, riéndose como una loca y sin saber qué había en el agua. Aunque me reconforta saber que todos comparten ese lado salvaje que a veces brota en mí.

Pero también me asusta, porque es como si fuésemos coches de

carreras que circulan a toda leche por un circuito, sin tener demasiado ensayado el sentido del control.

En Preston Heights, estaba rodeado por una panda de Toyotas y Fiats. Ahora estoy en Kingmakers con un montón de pilotos con ganas de velocidad. Y entre tantos Ferraris y Maseratis, es imposible que ninguno acabe chocando y envuelto en llamas.

Miles y Ozzy se vienen con Anna, Ares y conmigo al comedor. Las mesas están llenas de estudiantes.

Miles señala a algunos de los chicos de familias que conocemos: gente que ya me han presentado o de la que solo he oído hablar de pasada.

—Ese de ahí es Calvin Caccia —dice Miles moviendo la cabeza hacia un chico con cara de mala hostia y un pendiente de diamantes gigante en una oreja, que está devorando a toda leche un plato de pasta recién hecha—. Está en tercero, y es el Heredero de una de las Cinco Familias de Nueva York.

Al lado de Calvin está sentado un chaval delgado y con gafas que le está hablando a su colega al oído como un loro.

—Ese es Damari Ragusa —dice Miles—. No parece gran cosa, pero tiene media docena de hermanos y hermanas en esta universidad, y todos ellos relacionados con las familias italianas de Palermo y Nueva York.

—Creo que conocí a su hermano en el barco —digo.

—¿Matteo? —pregunta Miles, adelantándose a mí—. Sí, es el pequeño. Probablemente es Contable, como todos ellos.

—¿Y esos de allí? —pregunta Ares, señalando a una mesa de estudiantes muy peripuestos. Llevan uniformes como todos nosotros, pero ellos exudan un aire indefinible de estilo y riqueza. Ayuda que la mitad sean todos rubios y guapísimos.

—Son Jules y Claire Turgenev, Neve e Ilsa Markov, Louis

Faucheux y Coraline Paquet —enumera Miles de carrerilla—. Las hermanas Markov son de Moscú, y los Turgenev son de la mafia parisina.

—¿Son hermanos? —pregunta Ares.

Jules y Claire Turgenev se parecen mucho: los dos tienen el mismo cabello rubio ceniza y unos ojos muy peculiares de color verde ahumado. Tienen más pinta de poetas que de mafiosos. Jules tiene el pelo largo con mechones rubios y lleva un crucifijo colgando en una oreja. Claire está como embelesada y muestra restos evidentes de pintura bajo las uñas.

—Son primos —le corrige Miles—. En realidad, su situación es un follón. Claire es un año mayor, pero Jules es el primer varón. Su madre y su padre son medio hermanos. Dirigen la Bratva de París como un triunvirato, y el padre de Claire es el tercero. No estoy seguro de quién se supone que va a heredar o si tienen intención de seguir así. Pero lo cierto es que aquí tanto Jules como Claire son Herederos.

—Jules está en mis dormitorios —digo.

—Es de primer año —asiente Miles—. Claire está en segundo.

—Ahí está Bram van der Berg. —Anna mira hacia la mesa donde está Bram sentado con media docena de amigos, aunque Dean no está—. Lo conocimos en Dubrovnik. Es bastante gilipollas.

—Todos los Penose lo son —dice Miles restándole importancia.

Parece que Miles conoce todo el mundo, y todo el mundo lo conoce a él. Al menos una docena de personas se detienen al pasar por nuestra mesa para chocar los puños con él, hacerle una pregunta o simplemente charlar. Hasta los de tercero y cuarto parecen respetarlo.

En dos ocasiones veo que alguno le pasa dinero a Miles mientras le da la mano, y una vez le veo devolverle un paquetito a cambio.

Parece que mi primo no ha dejado atrás sus hábitos. Estoy seguro de que lo que sea que esté suministrando en el entorno aislado de la isla vale el doble.

—Ese también está en nuestros dormitorios. —Señalo con la barbilla a Hedeon Gray, que se ha sentado con su compañero de habitación, Kenzo, aunque probablemente se esté arrepintiendo, porque todos los amigos de este hablan en japonés.

Hedeon es muy atractivo, con la barbilla partida, complexión atlética y el pelo oscuro recién cortado en degradado. Pero tiene el ceño fruncido permanentemente y el cuerpo en una postura defensiva que le hace parecer inaccesible. Está comiéndose el almuerzo como si lo odiara.

—Le han nombrado Heredero, ¿eh? —Miles arquea una ceja.

—¿Y por qué no?

—Porque es adoptado —dice Miles—. Ni siquiera es un Gray. Ni tampoco es el único adoptado de su familia. Ahí está su hermano.

Miles mueve la cabeza en dirección a una mesa de Sicarios. Ojalá no se refiera al tío que parece esculpido en granito con un cincel sin punta, porque tiene todavía más cara de mala hostia que Hedeon, si cabe.

—¿Ese es su hermano?

—Silas Gray —asiente Miles—. Un psicópata de manual. Los Gray se han gastado más pasta pagándole a las víctimas que va dejando por ahí que lo que él ganará jamás para la familia. Por eso debieron de darle el título a Hedeon.

Me fijo en que Hedeon ni siquiera se ha planteado sentarse a la mesa con su hermano. No deben de quererse demasiado si ni siquiera comen juntos.

—¿Dónde está el rector? —le pregunto a Miles con curiosidad—. Pensaba que a estas alturas ya lo habríamos conocido.

Recuerdo la firma con tinta de Luther Hugo en mi carta de admisión de Kingmakers.

—Créeme si te digo que es mejor que no lo veas —dice Miles—. Porque si te topas con él, significa que te has metido en un buen lío.

—Pero ¿da miedo o qué?

—Sí —afirma Miles sin rodeos—. De todos modos, lo conocerás en cuanto empiece el Quartum Bellum.

—¿Y eso cuándo será? —Intento ocultar el entusiasmo en mi voz.

—En un par de semanas —dice Miles.

—¿Vas a intentar hacerte con el puesto de capitán?

—¿Perdona? Ni de coña, joder. —Miles niega con la cabeza—. Yo no quiero esa mierda a mis espaldas.

—A mí no me importaría —dice Ozzy—. Es mejor ser el jefe que tener que escuchar al otro gilipollas que lo consiga. Es como lo de ser presidente: si alguien quiere el puesto con todas sus fuerzas, seguramente será el que peor lo haga.

—Pero si tú has dicho que sí lo quieres —señala Miles.

—Exacto —sonríe Ozzy—. Y yo soy la peor persona para hacerlo.

—¿Y vosotros dos? —les pregunto a Anna y Ares.

—Puede. —Anna frunce el ceño—. Tendría que estudiarlo más a fondo.

—Yo no —dice Ares negando con la cabeza—. A mí no me interesa nada de eso.

No sé si eso es cierto o si Ares simplemente cree que a nadie le gustaría recibir órdenes de alguien que no está precisamente en lo más alto del orden social de Kingmakers.

—Pues yo sí —afirmo rotundamente—. Porque yo quiero ganarlo todo.

Miles se mofa:

—Pero si los de primero nunca ganan…

—Yo sí.

Miles se limitar a negar con la cabeza y reírse en silencio, antes de decirme:

—No cambies nunca, primo.

Esa noche me pasa algo que nunca me había sucedido.

Estoy tumbado en la cama de mi dormitorio, y Ares duerme profundamente al otro lado de la habitación. Es como si se hubiese quedado inconsciente en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Pero yo sigo demasiado emocionado por estar aquí de verdad, en Kingmakers, en una isla en medio del mar Adriático.

Mi mente está llena de las imágenes y los sonidos del día, por no hablar de las descabelladas fantasías que tengo para el año que viene.

Las fantasías son mucho más que sueños: son una visión del camino que hay que seguir para lograr lo que quieres.

Los atletas profesionales lo saben. La visualización mental es tan importante como el entrenamiento físico en el gimnasio.

Así que, aquí tumbado, no solo estoy disfrutando de sueños muy agradables. También me estoy imaginando el futuro.

Me veo convirtiéndome en capitán; me veo como el primer estudiante de primero en ganar el Quartum Bellum. Y después me veo como el Don de Chicago. Convirtiéndome en el jefe de la mafia más poderoso de la costa este. De toda América.

La fantasía va evolucionando a medida que veo a mi yo futuro alcanzar un éxito tras otro.

Pero, como estoy agotado, al poco pierdo el control de mi cerebro, que empieza a divagar como flotando, y crea visiones que yo no controlo conscientemente. Lo que observo se vuelve mucho

más nítido, lleno de detalles, más real que la habitación que tengo a mi alrededor o el sonido del mar rompiendo contra los acantilados.

Veo la mansión en la que viviré algún día, más grande y majestuosa aún que la casa de mis padres. Veo un yate, un avión privado, una cuenta bancaria con un número infinito de ceros.

Y a continuación veo algo que nunca había visto: a dos niños pequeños corriendo por la casa. Un par de gemelos de la misma altura. Están de espaldas a mí, así que no les distingo las caras, pero oigo cómo balbucean y observo sus rizos oscuros, igual que los míos a esa edad. Escucho sus piececitos corretear por una gruesa alfombra persa mientras se alejan.

Nunca me había imaginado con hijos. Supongo que siempre di por sentado que los tendría, pero solo tengo dieciocho años. No es algo que esté deseando hacer ahora mismo.

Aun así, tiene sentido que una visión de mi futuro incluya a los hijos Gallo que continuarán el linaje. ¿Para qué construir un imperio si no hay nadie que lo herede?

En este estado onírico, noto cómo me doy la vuelta para buscar a mi mujer.

Anna está detrás de mí, con un elegante vestido negro y su larga melena rubia platino cayéndole por el hombro.

Siento una punzada de culpa inmediata, porque se supone que no debo mirar a Anna así.

Cualquier imbécil puede ver que es guapísima, pero se supone que yo no debo fijarme en que además es sexy.

No debería imaginarme rodeándole su cinturita con las manos o apoyando mis labios en la piel suave y sedosa del lateral de su cuello de cisne.

No tendría que imaginarme que le bajo los finos tirantes del vestido desde los hombros para dejar al descubierto esos pechos

perfectos y cubrirlos con mis manos.

Toda mi vida me han dicho que Anna es de la familia. Me criaron para que la tratara como a una hermana o una prima.

Cada vez que me daba cuenta de lo bien que olía su pelo o de lo carnosos que se habían vuelto sus labios, reprimía ese pensamiento, aunque solo fuese para que el tío Miko no me asesinara. Me decía a mí mismo que había más chicas igual de guapas y que tendría que centrarme en ellas.

Y lo he intentado. He salido con muchas tías. Pero muy a menudo, cuando tenía la oportunidad de quedar con una chica por segunda o tercera vez, me surgía algo con Anna: me pedía que fuésemos al cine o que la acompañara a alguna fiesta. Y yo siempre prefería pasar tiempo con ella.

Ahora, en este estado onírico, Anna está frente a mí en su versión más deslumbrante y sensual. Cada línea de su cuerpo es tan perfecta y ágil como un trazo caligráfico.

Sus ojos azul hielo están fijos en los míos; sus labios carnosos se curvan en esa sonrisa burlona a la que nunca he podido resistirme…, una sonrisa que me impulsa a hacer las cosas más peligrosas, aunque solo sea para impresionarla.

Desliza sus dedos por mi pecho, desde el esternón hasta la cinturilla de mis vaqueros.

—Leo —me mira—. ¿Tu polla es tan grande como el resto de tu cuerpo?

Trago saliva.

—¿Quieres comprobarlo?

Anna asiente con la cabeza, sin apartar los ojos de los míos.

—Hazlo tú —le digo—. Desabróchame los pantalones.

Sus manos pálidas y delgadas tardan un poco en soltar el botón de mis vaqueros, pero lo consiguen al segundo intento. Cuando baja

la cremallera, mis vaqueros se deslizan y desaparecen. Y a mi ropa interior, como por arte de magia, le pasa lo mismo.

Mi polla se yergue, más dura de lo que la he visto en mi vida. Palpitante, deseosa de que la toquen.

Anna la mira con los ojos muy abiertos.

—¿Puedo tocarla?

Se supone que debo decir que no. Se supone que debo parar.

Pero, como esto es un sueño, hago lo que quiero.

—Adelante.

Anna se arrodilla frente a mí. Abre esos labios carnosos y rosados y se mete la punta de mi polla en la boca.

Siento una última punzada de culpa, y luego dejo de pensar en ello, porque lo único que soy capaz de sentir es la exquisita sensación de la boca de Anna alrededor de mi polla, su lengua acariciando los puntos más sensibles, sus suaves labios recorriéndola entera.

Nunca había sentido nada tan celestial. Empujo dentro de su boca una y otra vez hasta que me susurra con su voz grave:

—Adelante. Córrete en mi boca.

Esas palabras, en la voz de Anna, provocan en mi cerebro algo diabólico.

Exploto con tanta fuerza que mi semen caliente se derrama sobre el dorso de mi mano como si fuese lava.

Me despierto sobresaltado al darme cuenta de que es mi propia mano la que me agarra la polla y no la boca de Anna. Anna no está aquí. Estoy solo en mi cama, sudando y todo el cuerpo me tiembla por el orgasmo más intenso de mi vida.

La habitación está completamente a oscuras. Tengo la sensación de que he debido de gritar bastante. Me quedo en silencio, con el corazón a mil, muerto de vergüenza y rezando para que Ares no me

haya oído.

Al otro lado del cuarto, su respiración se mantiene lenta y constante. Su espalda es un bulto sólido bajo la manta, inmóvil.

Gracias a Dios.

Tengo la mano hecha un desastre, al igual que mis sábanas.

No me puedo creer que me haya corrido encima como un puto preadolescente.

Nunca había tenido un sueño tan vívido.

Y nunca, pero nunca, había tenido un sueño así con Anna. Mi cara arde en la oscuridad.

Sé que está mal.

A mi familia no le gustaría. A la suya le «horrorizaría».

Pensarían que somos unos guarros. Nos ven como primos. A ver, es que lo somos, aunque no sea un vínculo biológico.

Y por encima de todo, Anna es mi mejor amiga. ¿Qué pensaría si viese el sueño que acabo de tener? ¿Se enfadaría porque ni siquiera yo he sido capaz de resistirme a convertirla en un objeto de deseo?

Me digo a mí mismo que esto no puede volver a pasar.

Pero la polla me sigue palpitando con tanta fuerza que apenas puedo volvérmela a meter en el pijama.

CAPÍTULO 8

DEAN

Las primeras semanas de clase son las más difíciles.

El mero hecho de tenerse que aprender la gigantesca extensión del castillo ya es todo un reto. Los profesores no se apiadan de nosotros si llegamos tarde, y nos cierran las puertas en las narices como no estemos dentro del aula antes de que empiece la clase.

Lento pero seguro, voy aprendiendo qué pasillos llevan a donde necesitas ir y cómo evitar los amplios y luminosos patios abiertos en los días de sol más calurosos, si no quiero llegar a clase sudando como un cerdo por debajo del uniforme.

Los días de calor sofocante no duran demasiado. Al llegar octubre, el aire matutino es fresco, y la brisa marina pasa de ser fresca a gélida. Cada vez son más los estudiantes que utilizan los jerséis y las chaquetas del uniforme.

El plan de estudios es más estricto de lo que esperaba. Menos mal que me gusta leer, porque nos asignan constantemente proyectos que implican tener que pasar por la vasta y cavernosa

biblioteca repleta de libros polvorientos encuadernados en cuero y con más años que Carlomagno.

Para los estudiantes que pensaban que aquí solo aprenderíamos a contar la pasta que tenemos, el exhaustivo estudio sobre venenos y explosivos, los perfiles psicológicos, sobre economía mundial y el interminable análisis de las lagunas legales se convierte en una desagradable sorpresa.

Los estudiantes se dividen en cuatro grupos.

Los Sicarios trabajarán de soldados y *consiglieri*. Son los que más clases de lucha tienen, además de aprender las habilidades prácticas para ser «los que solucionan las cosas». Su plan de estudios incluye clases de negociación e interrogatorios, y también anatomía, para que sepan dónde y cómo golpear con más eficacia y cómo desmembrar y deshacerse de un cadáver si es necesario.

Los Contables se centran en la parte económica: inversiones, blanqueo de dinero, diversificación de activos y estructuras de pago. Eso habría aprendido mi padre si hubiese estudiado en Kingmakers. Pero a él lo formó el tesorero que ocupaba el puesto antes que él.

Los Espías son la división más pequeña y en la que menos se puede confiar. Todo grupo mafioso necesita espías que sean expertos en sistemas de información, piratería informática, contrainteligencia, intermediaciones y seguridad. Pero uno de sus principales objetivos es erradicar a los topos y traidores dentro de su propia organización. Y por eso sus estudios tienen ese rollo inquisitorial.

El plan de estudios de los Herederos es el más exigente de todos. De nosotros se espera que aprendamos liderazgo y control, pero también conocer y comprender las responsabilidades de todos aquellos que estén bajo nuestro mando.

Las primeras semanas entre los Herederos son prácticamente

una lucha de poder. Todos queremos estar en lo más alto, y ninguno está acostumbrado a recibir órdenes. Hasta en mi puñetera habitación de los dormitorios, tengo que lidiar con Bram, macho alfa de su manada. Creo que quiso que fuese su compañero de cuarto con la idea de que acabaría llevándome a su terreno. Sin embargo, quien le he ido doblegando poco a poco a mi voluntad he sido yo.

La jerarquía masculina es una auténtica meritocracia. Para ser el jefe, simplemente tienes que ser el mejor.

Y yo soy el mejor.

Soy el más inteligente, el más fuerte y el más despiadado.

Bram es ingenioso y sabe pelear. Y tiene toda la confianza de un líder. Pero está sucumbiendo a la presión de las clases. Si yo no le ayudase, catearía todas. Y eso significa que me debe favores.

Empieza de una forma bastante sutil: Bram me mira para comprobar si estoy de acuerdo con sus comentarios o si me río de sus chistes. Los demás Penose se dan cuenta, y pronto ellos también buscan mi aprobación.

Luego está el desempeño de cada uno en las clases. Los Herederos están compitiendo entre sí todo el rato. No pasa mucho tiempo para que quede claro quién está en lo más alto de las listas en los exámenes, además de en tiro, lucha e infiltración.

En muy poco tiempo, el que se sienta en el centro de nuestro grupo soy yo, que decido qué hacemos después de clase o los fines de semana.

Y así es como, sutilmente, el poder va cambiando de manos. Al principio, Bram se resiste. Pero al final cede, me convierte en su «mejor amigo» y me cede la última palabra en cualquier asunto importante.

Nuestro grupo absorbe a varios de la Bratva de Moscú, a los armenios y a un par de turcos Arifs. Pronto tengo una pandilla

formada por los doce novatos más duros del campus.

Mientras tanto, Leo Gallo ha creado su propio grupo. Él no tiene problemas en aceptar a los marginados de la universidad. Por ejemplo, a ese donnadie de Ares. Pobre como una rata, sin amigos ni aliados que valga la pena mencionar. Sus padres son mafiosos prácticamente solo de nombre.

Y después, está la mejor amiga de Leo: una puñetera tía. Una persona con dos dedos de frente nunca convertiría a una bailarina en su mano derecha.

Supongo que el hecho de que Anna sea tan sumamente guapa (a pesar de toda la mierda que se pone en la cara) le ha nublado su capacidad de decisión.

Aunque he de admitir que es muy lista. Estamos ahí, mano a mano, a ver quién de los dos saca las mejores notas. Leo podría también entrar en esa lucha, si no fuese así de vago y arrogante.

A veces se juntan con Miles Griffin y ese punki australiano con el que va. Pero Miles en realidad no forma parte de su grupo. Yo creo que no pertenece a ninguna pandilla en particular. Es un lobo solitario, un agente del caos. Sin embargo, resulta de gran utilidad: si quieres algo de contrabando, él te lo consigue. Yo mismo he recurrido a sus servicios, a pesar de que sea familia de la escoria asesina y traicionera que mató a mi abuelo y quemó vivo a mi padre.

Cómo les odio a todos, joder.

Pero tengo cosas más importantes en las que pensar.

Me mato a estudiar durante la semana, y los fines de semana los grupos organizan fiestas secretas, a veces en el campus y otras en rincones ocultos de la isla, que pueden llegar a ser la hostia de divertidas.

Empiezo a sentirme seguro en este sitio. De hecho, está empezando a gustarme.

Nunca me gustó la casa de mi padre. Y odiaba Moscú.

Sin embargo, Visine Dvorca es precioso. Y también el castillo. Es antiguo, pero no está sucio ni lleno de moho como la casa de mi padre.

Aquí huele a piedra y a aire marino limpio y, en ocasiones, a levadura caliente de la panadería y la cervecería. Hay naranjas frescas, hojas de laurel templadas, menta silvestre y acedera dulce plantadas en todo el terreno. El sol siempre sale después de los días nublados, y el castillo está fresco y húmedo, sin un puto ápice de nieve, granizo o hielo.

Ni de mi padre tampoco.

Al principio me preguntaba si lo echaría de menos. Al fin y al cabo, lo veía todos los días. Es la única familia que tengo.

Pero no lo he echado de menos en absoluto.

Apenas pienso en él.

Me envía una carta una vez a la semana. Es fría y formal, me pregunta cómo van mis notas y me dice que espera que aquí esté haciendo honor a nuestro nombre.

Le respondo de la misma manera, con una lista de los exámenes en los que he sacado las mejores notas, y le cuento, con la mayor indiferencia posible, lo que estamos aprendiendo.

El único momento en el que no me siento del todo a gusto es por la noche, cuando soy incapaz de dormir y me quedo tumbado en la cama con los ronquidos de Bram al otro lado de la habitación y las olas rompiendo con fuerza contra los acantilados de piedra caliza.

En esos momentos, pienso en mi madre.

A ella sí la echo de menos. Hasta la puta médula. Supuestamente, no debería admitirlo. No tendría ni que sentirlo. Tengo dieciocho años. Ahora soy un adulto, un hombre hecho y derecho. Me debería importar una puta mierda mi madre. Sobre

todo, una madre que es alcohólica. Una madre que nos abandonó.

Pero la echo de menos igualmente.

Y eso lo detesto todavía más.

Han pasado ocho años desde que hizo la maleta a hurtadillas y se subió a un avión. Cinco años desde la última tarjeta que me envió por mi cumpleaños.

Solo tenía diez años cuando se marchó. Me podría haber llevado con ella.

Sé por qué no lo hizo: mi padre nos habría perseguido. Porque soy su único hijo, su único varón. Su heredero.

Pero ella ni siquiera lo intentó. Y me roe la puta rabia por eso.

Las tarjetas de felicitación llegaban de Barcelona, de Lisboa, de Londres…

Y luego ya no llegaron más.

Mi padre jamás comentaba nada sobre las tarjetas, ni cuando llegaban ni cuando dejaron de llegar. Desde que se marchó, mi padre no volvió a hablar de ella.

Me pregunto si mi padre sabrá dónde está.

Me pregunto si sabrá qué le pasó.

En cuanto los estudiantes de primero se acostumbran al ritmo de las clases, el tema de conversación principal pasa de mencionar por encima el Quartum Bellum a ser la única obsesión. Las expectativas están muy altas. Y a eso contribuye el que los de primero den rienda suelta a sus fantasías de gloria.

No ayuda demasiado que los estudiantes de cursos superiores disfruten atormentándonos con horribles historias de competiciones pasadas. Es imposible saber qué relatos son ciertos y cuáles han decidido exagerar por el mero placer de ver cómo palidecemos. Lo

que sí es verdad es que, todos los años, al menos uno o dos estudiantes sufren lesiones graves. Y que varios han muerto.

—¿Por qué coño tenemos que hacer las pruebas esas? —le pregunto a Bram.

Desde el día uno, está decidido a convertirse en el capitán de los de primero y es el que más habla del Quartum Bellum.

—¡Porque el ganador es una puta leyenda! —dice—. En realidad, las notas no le importan una mierda a nadie. Esta es la oportunidad de demostrar tu superioridad por encima del resto de las demás familias mafiosas; la única forma de hacerlo fuera del contexto de una guerra real. —Me arrastra hasta la sala de trofeos, en el anexo de la armería—. ¡Mira! —Le brillan los ojos con avaricia.

El pasillo está flanqueado por una fila doble de placas en las que figuran los equipos ganadores de años anteriores. En cada placa enmarcada hay una foto del capitán del equipo en blanco y negro, lo que le da un aire de grandeza atemporal.

Bram señala al ganador más reciente: un chico de pelo negro con una violenta expresión de triunfo, cuya foto encabeza los equipos vencedores de los últimos tres años.

—Adrik Petrov —dice Bram en un tono de admiración—. Ha ganado los últimos tres Quartum Bellums; es decir, todos los que estuvo aquí menos el primero. Es una puta leyenda.

—¿Quién es? No he oído hablar de él en mi vida. ¿Un Heredero?

Bram suelta una risita.

—Eso es lo mejor. De Heredero no tiene nada. Estaba en el grupo de los Sicarios. Pertenece a los Petrov de San Petersburgo. Pero es tan salvaje que prácticamente se ha adueñado de la ciudad desde que se graduó. —Bram baja la voz, aunque no hay nadie más con nosotros en el pasillo, y se inclina de tal forma que su aliento me hace cosquillas en la oreja—. Hay quien dice que va a sustituir a

su tío, en lugar del hijo legítimo de Ivan Petrov. Ese es el poder que te da demostrar lo que vales aquí.

Muy interesante.

En Moscú, yo tampoco tengo un puesto asegurado como jefe. Si ganar la competición implica sacar rédito de las paredes de Kingmakers, podría merecerme mucho la pena.

Y hay otra razón por la que lo quiero.

Porque me he dado cuenta de que Leo Gallo también lo está deseando. Es un deportista. Y como todos ellos, tiene esa obsesión absurda de alcanzar cualquier meta, de la naturaleza que sea.

No hay nada en este mundo que Leo desee más que el estúpido puesto de capitán. Y eso significa que no hay nada que no desee más yo que arrebatárselo.

Se cree una especie de dios del Olimpo. Se pasea por el campus como si fuese suyo, y los demás estudiantes le chupan tanto el culo que me dan ganas de vomitar.

Hasta los profesores lo hacen. Se piensan que es muy divertido y encantador. Yo creo que es un blandengue, como todos los americanos. Leo era un pez gigante en un estanque pequeñito. Pronto va a saber lo que es nadar con tiburones de verdad.

Lo que más me cabrea de todo es que Anna Wilk siempre va con él.

Las chicas no abundan precisamente en el campus. Algunas son guapas, pero ninguna se puede comparar con la belleza etérea de Anna.

Algunas chicas me han echado el ojo. Hasta algunas de cursos superiores al mío. Pero a mí no me interesa ninguna. Yo quiero a la mejor o nada. Y Anna es la mejor.

Es la más inteligente y la más guapa. Es la número uno de clase en notas —o lo sería si no fuera por mí—. Vamos alternando los

puestos: a veces el primero soy yo, y a veces ella.

Las clases prácticas son otra cosa. Allí mi principal competencia es Leo Gallo: artillería, lucha, reconocimiento, hasta buceo… Si hay un elemento físico, Leo muestra un talento increíble innato, como si le hubiese venido sin esfuerzo ni práctica.

Cada grupo de edad tiene un capitán: los de primero, los de segundo, los de tercero y los de cuarto. El puesto de capitán se decidirá en función de una combinación compleja de rendimiento académico, recomendaciones de los profesores y votación de los alumnos.

Todavía no tenemos del todo claro en qué consistirá la competición. Lo averiguaremos cuando nos reúnan en el gran salón de la torre del homenaje en la sexta semana del curso.

El gran salón es amplio y oscuro, con unos arcos imponentes que se asemejan a las costillas de una antigua bestia. Si estuviésemos en el vientre de una ballena, su corazón sería el fuego que ruge en la cavernosa chimenea que hay al fondo.

Las paredes están cubiertas con estandartes antiguos de las diez familias fundadoras de Kingmakers. No conozco todos los nombres, pero distingo perfectamente sus escudos en los polvorientos tapices: un par de hachas cruzadas, un oso rugiendo, una cordillera con tres picos, un halcón sobre un campo de estrellas, una calavera dorada apretando los dientes, un taimado zorro rojo, una llama ardiente, un unicornio clavándole el cuerno a un jabalí, un cáliz de vino y un grifo con las alas extendidas.

Me pregunto cuántas de esas diez familias seguirán teniendo descendientes en esta institución. Y cuántos de ellos se acordarán siquiera de los lemas de sus escudos de armas.

Le tengo envidia a los estudiantes con una larga tradición familiar. La única persona de mi familia con honor y ambición era mi

abuelo. Hasta que lo mató Sebastian Gallo.

Sebastian intentó quemar vivo a mi padre.

Miro el estandarte que hay justo encima de mi cabeza: una llama de color rojo intenso. Si tuviese que elegir un emblema, ese sería el mío.

Los Gallo trataron de destruirnos con fuego. Pero yo me he convertido en ese fuego, que ahora arde en mi interior y no se apagará nunca.

La estancia queda en completo silencio cuando entra una figura invisible. Los estudiantes se estiran en sus asientos, deseosos de ser los primeros en ver al hombre que se acerca a grandes zancadas hasta ponerse frente a la chimenea.

Es un poco más alto que la media, de complexión fuerte. Tiene el pelo oscuro como el hollín que le cae hasta los hombros, por debajo de su barba bien recortada. Tiene algunas canas que se entrelazan cual hilos plateados como alambres entre el negro. Tiene el rostro marcado y demacrado. No le hace justicia a la juventud de su cuerpo. Las cejas se le levantan en las esquinas exteriores, y sus ojos se asoman por debajo, brillando como dos gemas engastadas en su rostro ajado.

Cuando habla, su voz retumba, acallando así los últimos susurros entre los estudiantes, que lo miran con caras de asombro.

—Bienvenidos a Kingmakers. Espero que a estas alturas ya os hayáis adaptado. No creo que sea necesario repasar las normas de este lugar, porque ya las leísteis y firmasteis antes de venir. Tampoco creo que tenga que recordaros que la reputación de vuestras familias depende de cómo rindáis aquí, o que vuestro destino podrá verse afectado por lo que aprendáis o no dentro de estos muros. Ya sois todos adultos, aunque sea desde hace poco.

Observa con severidad a la multitud de estudiantes, que parecen

menos adultos que nunca en comparación con este hombre con pinta de haber vivido una docena de vidas.

—Me llamo Luther Hugo —continúa—. Soy el rector de esta universidad…, la última autoridad definitiva de todo lo que ocurre en este campus. Mi antepasado fue Barnabus Hugo. Él colgó el primer estandarte de este salón. —Hugo señala el escudo de armas de la calavera dorada—. De aquellas diez primeras familias, solo quedan siete. No olvidéis nunca que no está asegurada vuestra supervivencia. Podríais ser la generación que desperdicie el legado de vuestra familia. Podríais ser los necios que acaben con un linaje que se remonta a cientos de años atrás.

Este no es precisamente el motivador discurso que los estudiantes tantas ganas tenían de escuchar. Incluso a Bram se le ve un poco inquieto. No creo que yo esté igual de sorprendido que el resto, porque mi familia sobrevivió a duras penas a una extinción semejante.

—Durante las próximas semanas, evaluaremos vuestro rendimiento en clase. —Hugo nos mira fijamente con sus ojos negros y severos—. Como cada año, los alumnos votarán a su capitán. La primera prueba del Quartum Bellum tendrá lugar la primera semana de noviembre. Eso es todo.

Y sin más, Hugo se aleja con paso firme por donde ha venido, con la mano derecha metida en el bolsillo de su traje impoluto de doble botonadura.

Los estudiantes se quedan en silencio durante unos instantes y luego empiezan a cotorrear emocionados.

—Quiero que mi foto esté en ese pasillo —proclama Bram con vehemencia.

Ni le respondo, porque no creo que Bram tenga la más mínima posibilidad de conseguir los votos de los estudiantes, y mucho

menos el respaldo de los profesores.

Pero puede que yo sí.

CAPÍTULO 9

ANNA

Me voy adaptando a Kingmakers.

Lo más difícil fue encontrar un sitio donde pudiese bailar sin interrupciones no deseadas. Probé varios sitios, incluyendo un aula medio abandonada y la antigua bodega que hay junto al comedor. Al final, me decidí por la catedral abandonada en el extremo oeste del campus. Está más lejos que las otras opciones, pero nadie me viene a molestar.

A lo mejor cuando se construyó Kingmakers nuestras ancestrales familias aún albergaban algún tipo de sentimiento religioso. Pero ha pasado tanto tiempo desde que hubo un capellán en la isla que ahora la catedral está medio en ruinas. Las malas hierbas se han abierto paso a través de las grietas del suelo, y ha brotado un granado entero en el centro del presbiterio.

Algunas vidrieras las han roto el viento o los pájaros, pero la mayoría siguen intactas, y la luz que se cuela por ellas llena el suelo de motitas de colores. Oigo el arrullo de las palomas que anidan en

el triforio.

Bailar es lo más similar a una experiencia espiritual que puedo llegar a tener, así que hacerlo aquí encaja a la perfección, en medio de este fresco y aireado silencio. Está lo suficientemente lejos de todo lo demás como para que pueda poner la música día y noche sin molestar a nadie.

La otra pequeña molestia es que no me gusta demasiado mi compañera de cuarto. En primero, solo hay dos Herederas más: Zoe Romero y Chay Wagner.

Zoe es gallega. Es alta, morena, seria y estudiosa. Creo que podríamos haber estado la mar de a gusto, sentadas las dos en silencio, cada una en un lado de nuestra habitación, haciendo los deberes.

Por desgracia, a Zoe le tocó la única habitación privada de nuestra planta, que quizá sea del tamaño de un armario, pero al menos es solo para ella.

Yo tengo que compartir mi bonita y amplia habitación con Chay Wagner, la Heredera de los Lobos Nocturnos de Berlín.

Chay hace mucho ruido, es muy segura de sí misma y siempre está insoportablemente alegre. Si a eso le sumamos su buena dosis de franqueza alemana, me veo en la obligación de tener que escuchar su opinión sobre prácticamente todo lo que hago a lo largo del día.

Chay es menuda, con el pelo rubio rojizo y los brazos llenos de tatuajes. Me cuenta que se los han hecho los mejores artistas de Berlín, cuando se dejaban caer por las tiendas de su padre. Cada uno es de un estilo diferente, desde pop art a retratos hiperrealistas en blanco y negro.

Los Lobos Nocturnos son un grupo mafioso fascinante, una mezcla de forofos del rock ’n’ roll y moteros, de la época en que las

dos cosas eran ilegales en Moscú. Lo que comenzó con conciertos clandestinos ahora se ha convertido en una cadena de locales de tatuajes y clubes de rock por toda Europa, junto con tiendas de motos personalizadas y hasta con su propio equipo de carreras de motociclismo.

Como es la Heredera de la sección berlinesa de los Lobos Nocturnos, Chay es medianamente famosilla en el campus, así que nuestra habitación nunca está en silencio. Dice que una cadena de televisión alemana intentó ficharla para un *reality show*, pero que su padre se lo prohibió tajantemente.

—Cuando me gradúe, voy a crear mi propia línea de ropa —me cuenta—. Chaquetas de cuero, chalecos, ropa de motorista y todo eso, ya sabes… Creo que papá se equivoca al no querer llamar la atención. El noventa por ciento de nuestros ingresos procede de actividades legales. Sinceramente, creo que papá solo sigue con los desguaces ilegales y el dinero que saca de las extorsiones porque no soporta la idea de cumplir la ley a rajatabla.

Está claro que Chay ve Kingmakers como un trámite que debe cumplir para contentar a su padre. No le interesan para nada las clases y se la sudan las malas notas que saca.

—¿Por qué estudias tanto? —me pregunta cuando me ve absorta en un antiguo libro encuadernado en cuero sobre derecho contractual de la biblioteca.

Me encojo de hombros.

—Me gusta leer. Me gusta aprender cosas.

—Y también eres muy competitiva —dice Chay con astucia.

—No creo que tenga sentido hacer algo a menos que lo hagas bien.

—No es solo eso. Quieres ser la primera de la clase. Lo sé.

Dejo de leer y me pregunto si tiene razón. ¿Me pareceré más a

Leo de lo que pensaba?

—Quizá solo trato de demostrar que soy lo suficientemente buena para este trabajo.

Chay se ríe.

—Con todos los idiotas que llegan a ser jefes, creo que tú lo harás muy bien.

Las clases son difíciles, pero a mí me gusta mucho estudiar. Es cien veces más interesante que las chorradas que tenía que aprenderme en el instituto. ¿A quién coño importa el orden cronológico de los presidentes, los logaritmos o la historia del comercio de pieles? Lo que estoy aprendiendo ahora sí que lo usaré algún día cuando me haga cargo del imperio de mi padre.

Leo y Ares están en la mayoría de mis clases, y eso es genial. Odio todo el proceso que conlleva hacer nuevos amigos. Odio la parte en la que tienes que ser educada y hablar de tonterías para «conocernos todos mejor». De Leo ya lo sé todo, y con Ares todo es tan fácil que se integró en nuestro pequeño grupo como si hubiese nacido para estar en él.

Los miércoles, Leo y yo tenemos una clase llamada Adaptación Ambiental. Cuando la vi en el horario, olvidé por un momento en qué tipo de institución estaba y me pregunté si tendría algo que ver con el rollo ecológico.

Pero, por supuesto, no guarda relación con el medio ambiente, sino que se trata de aclimatarse a entornos inesperados. Y en el primer semestre, esto significa que tengo que aprender a bucear.

Nuestro instructor es un tipo llamado Archie Bruce, un Navy SEAL convertido en mercenario a sueldo. Tiene la cabeza rapada, los ojos azul claro y una nariz inmensa que le aporta un aspecto autoritario.

Las clases son en la piscina cubierta que hay debajo de la

armería.

Antes era un sumidero que se había formado de manera natural en la piedra caliza, por donde se filtraba el agua del mar. La han excavado y ampliado, pero las paredes de la piscina actual siguen siendo de piedra blanca y rugosa, y el agua es salada. Es mucho más profunda que una piscina olímpica normal; incluso con las luces que han empotrado en sus paredes, el fondo no se ve.

La caverna subterránea es enorme y tiene mucho eco. El profesor Bruce nos grita para que nos callemos de una puta vez, y añade que no piensa repetir ni una sola palabra de la lección.

Yo observo con detalle cuando nos enseña cada uno de los equipos que necesitaremos y cómo se usan.

Estoy nerviosa, porque, aunque Leo y yo llevamos nadando en el lago Carlyle desde que éramos pequeños, nunca me he sentido cien por cien cómoda en el agua.

La idea de respirar en el fondo de la piscina, con el peso de miles de litros de agua encima de mí, por no hablar de los millones de toneladas de montaña y castillo que hay sobre mi cabeza, me provoca una claustrofobia que no había tenido nunca.

—¿Estás bien? —Leo busca con sus ojos dorados los míos.

—Pues claro —miento—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Por nada, por nada —dice encogiéndose levemente de hombros. Pero, de todos modos, me coge de la mano y me la aprieta brevemente.

Incluso después de soltarme, es como si el calor de su mano me recorriese el brazo, se extendiera por mi pecho y me ralentizara un poco los latidos del corazón.

Una chica con el pelo oscuro está de pie al otro lado de la piscina. Compartimos esta clase con un grupo de Espías, y supongo que ella es uno de ellos. Con la luz que refleja la piscina, su cabello

negro casi parece azul. Cuando la miro, tiene los ojos puestos en el profesor. Pero sé que hasta hace un segundo nos estaba observando a nosotros.

—¡Poneos el equipo! —grita el profesor Bruce—. Os quiero a todos en la piscina en dos minutos.

Leo y yo vamos a por el equipamiento, frío y húmedo de la clase anterior. Yo llevo un bañador de una pieza muy fino y, al temblar, noto cómo se me marcan los pezones a través de la tela.

Leo me mira el pecho. Espero que haga una broma al respecto, pero desvía la mirada bruscamente y tira con demasiada fuerza de la correa de su máscara, hasta que el elástico se rompe.

—Joder —murmura.

—¿Algún problema? —pregunta el profesor Bruce.

—Se me ha roto la banda de la máscara.

—Pues la arreglas —dice el profesor con frialdad—. El objetivo de esta clase es adaptarse y superar cualquier obstáculo.

—Dámela a mí —le susurro a Leo—. Tú tienes la cabeza más grande que yo. Yo puedo hacer un nudo.

—¿Cómo que tengo la cabeza grande? —se ríe Leo al intercambiarnos las máscaras.

—Tienes la cabeza más grande que he visto jamás, en todos los sentidos —le digo con dulzura.

Leo suelta una risita y se coloca la máscara. Es una máscara de esas enteras y me genera inquietud lo mucho que se asemeja a una máscara de gas, como si estuviésemos en medio de una guerra o de una plaga. Hago un nudo en la parte trasera de la mía y me la aprieto bien a la cabeza. Está demasiado ajustada, pero me las puedo apañar.

Cuando todos nos hemos puesto las aletas y las botellas, nos lanzamos al agua.

Y según entro, el corazón me empieza a latir con fuerza. Todavía ni he metido la cara debajo del agua. Leo se da cuenta y se queda a mi lado. Aunque él tampoco había hecho submarinismo en su vida, se le ve la mar de cómodo sumergiéndose y volviendo a salir del agua, como si el equipo no le pesara nada.

El profesor Bruce se mete con nosotros en la piscina. Con las aletas en los pies y las patadas que da para mantenerse a flote, parece una rana gigante.

Se quita el respirador para poder instruirnos a voces:

—En la superficie, vamos a practicar las señales con las manos, cómo limpiar la máscara y cómo recuperar el respirador. Y después nos sumergiremos.

Nos enseña las señales para indicar «todo bien», «para», «mantén el nivel», «asciende», «desciende» y «sígueme». Luego repasa las técnicas de la máscara y el regulador. A mí me parece que va demasiado rápido y me gustaría que lo repitiera. Es como si con cada indicación que nos da, la anterior desapareciese de mi mente. No ayuda el hecho de que no dejo de pensar en los treinta metros de agua que tengo justo debajo de mí.

—¿Lo has entendido todo? —me susurra Leo.

—Creo que sí.

—Tú haz lo mismo que yo —me dice en un tono cálido y tranquilizador—. Yo sé lo que hay que hacer.

Mucha gente opina que Leo es demasiado arrogante. Pero cuando dice que puede hacer algo, casi siempre tiene razón. Y yo confío en él, así que sus palabras me ayudan a mantener a raya el ritmo cardiaco. Me siento segura con él a mi lado.

Llega el momento de descender, en mi opinión demasiado pronto. Me coloco el regulador y voy detrás de Leo cuando el profesor Bruce nos lleva al fondo de la piscina paso a paso. Utiliza

las señales manuales que acabamos de aprender para indicarnos cuándo debemos hacer una pausa, cuándo destaponarnos los oídos y cuándo se puede descender más.

Con cada metro que bajamos, la inmensa presión por el peso del agua que tenemos encima va aumentando. Intento no pensar en lo lejos que está la superficie. Intento no pensar en que dependo casi exclusivamente del pequeño tanque de aire que llevo a la espalda.

Leo se queda junto a mí. Por los laterales de su máscara se le escapan lentamente las burbujas, de forma constante. Trato de imitarlo para no hiperventilar y gastar el oxígeno demasiado rápido.

Nos sumergimos hasta el fondo de la piscina y nos sentamos con las piernas cruzadas en un círculo muy grande. El profesor Bruce se coloca en el centro. La chica de pelo negro y su amiga pelirroja siguen justo enfrente de Leo y de mí. Es difícil averiguar si están sonriendo o no bajo las máscaras. No resulta fácil saber si nos están observando tanto como parece.

Me esfuerzo en sentir la agradable sensación de ingravidez que se supone que esta actividad proporciona. ¿El buceo no debería ser algo similar al baile? Pues a mí no me lo parece. Yo me siento como si estuviese enterrada en cemento húmedo tratando de respirar a través de una pajita.

Qué alivio sentimos cuando el profesor Bruce nos lleva de vuelta a la superficie.

Pero no dura demasiado. Se levanta la máscara para decir:

—Esta vez vamos a practicar cómo compartir aire. Si se os rompe el regulador u os quedáis sin oxígeno, podéis usar el de vuestro compañero. Esta es la señal que significa «no tengo aire». —Nos muestra el agobiante movimiento de la mano alrededor de la garganta—. Descenderemos y a continuación yo os quitaré la mitad de las botellas.

Se me encoge el estómago. No estoy preparada en absoluto para estar ahí abajo sin oxígeno.

Pero no puedo hacer nada más que seguirlo bajo el agua.

Al menos tengo a Leo de compañero. Raro en él, no está haciendo el chorra, seguramente porque sabe que estoy más tensa que la cuerda de una guitarra. Se sienta a mi lado en el irregular fondo de piedra de la piscina, y espera pacientemente a que se acerque el profesor Bruce.

Leo ya se está desabrochando las correas de su botella para dársela al profesor.

Pero él se da cuenta de mi debilidad. Entorna sus ojos azul celeste detrás de la máscara, niega con la cabeza y me señala a mí. Me desabrocho la botella con manos temblorosas y se la doy.

En cuanto me quito el respirador de la boca, empieza a darme una especie de ataque de pánico. Miro hacia la lejana y reluciente superficie de la piscina, inalcanzable, que hay por encima. Es imposible que pueda nadar hasta allí con la única bocanada de aire que me queda en los pulmones.

Leo se quita el respirador y me lo coloca en la boca, con sus manos apoyadas en mis hombros y mirándome a los ojos a través de las máscaras. Espera pacientemente mientras yo doy unas cuantas inhalaciones, sin apartar la mirada de mi rostro.

No necesito que hable para saber lo que quiere decirme. Con sus ojos oscuros fijos en mí, puedo oír su voz en mi cabeza:

«Relájate, Anna. Estoy aquí. Lo tienes todo controlado. No voy a dejar que te ahogues en el fondo de esta piscina. Para empezar, porque tu padre me mataría».

Casi me hace sonreír.

Gracias a la calma absoluta de Leo, yo logro conservar la mía. Si me hubiese quitado el oxígeno demasiado pronto, o incluso si me

hubiese mirado con impaciencia, creo que yo no habría sido capaz de manejar la situación.

Sé cuánto rato puede aguantar la respiración.

Así que me tomo mi tiempo para obtener el oxígeno que necesito y luego le devuelvo el respirador. Él da dos inhalaciones rápidas y me lo vuelve a pasar, siempre con su mirada clavada en mí a través de la máscara. Veo cómo se preocupa. Y sé que nunca me dejaría sin aire.

El profesor Bruce nos hace quedarnos allí sentados, compartiendo respiradores, más de veinte minutos.

Dos de las parejas de estudiantes no aguantan más. Uno de los Espías empieza a pelearse con su compañero y casi arranca el tubo de la botella antes de que el profesor intervenga. En el lado opuesto del círculo, un Heredero albanés llamado Valon Hoxha pierde completamente los nervios y empieza a nadar sin botella hacia la superficie.

Solo llega a la mitad antes de tragar agua y empezar a ahogarse.

Menos mal que el profesor está justo detrás. Sujeta por la cabeza a Hoxha, que patalea, y le introduce el respirador en la boca. El profesor, cabreado, arrastra a Hoxha, que sigue pataleando y forcejeando, hasta la superficie y lo saca de la piscina.

Por último, el profesor Bruce regresa solo y nos hace señas para que vayamos detrás de él.

Yo sigo sin tener una botella de oxígeno propia.

Leo me coge de la mano y empieza a nadar lentamente hacia arriba. Se detiene con frecuencia para que podamos controlar la velocidad de ascenso, y nos pasamos el respirador de uno a otro.

A pesar de toda su ayuda, no puedo evitar sentir un alivio tremendo al sacar la cabeza a la superficie y ser capaz de dar grandes bocanadas de aire sin más problemas.

Leo se sube la máscara a la cabeza y me sonríe:

—¡Lo has conseguido!

—Solo por tu ayuda —le digo con sinceridad.

Él se encoge de hombros.

—Y yo solo apruebo historia gracias a ti. Pero no se lo digas a Ares, porque él cree que lo estudio todo por mi cuenta.

Se me escapa la risa:

—¿Y quién se lo habrá dicho?

—Alguien que no quería tener que ir otra vez a la biblioteca —sonríe Leo.

Me quito el equipo de buceo, mojado y frío.

A mi alrededor, mis compañeros hacen lo mismo.

Me doy cuenta de que Hedeon Gray no se ha quitado la camiseta para meterse en el agua, a pesar de que está en buena forma y que no tiene nada que ocultar.

Pero cuando se quita la botella, se le sube la camiseta y le veo la espalda desnuda.

Está cubierta de cicatrices, unas encima de las otras. Bandas gruesas, retorcidas y superpuestas que se extienden en todas las direcciones.

No quiero quedarme ahí cotilleando, pero estoy paralizada. Jamás había visto nada tan brutal.

Hedeon se baja la camiseta del tirón y me observa con el ceño fruncido.

Me giro rápidamente, tratando de fingir que no lo he visto, aunque ambos sabemos que sí.

—¿Qué? —dice Leo.

—Nada —niego con la cabeza.

Se me ha revuelto el estómago. Esas no son las cicatrices de un accidente o de una herida.

Esas cicatrices se las hizo alguien.

Aunque Leo está en la mayoría de mis clases, nuestros horarios no siempre coinciden.

Los martes y jueves, yo tengo Banca Internacional; y Leo y Ares, Técnicas de Tortura. La mayoría del resto de los estudiantes de mi clase de Banca son Contables.

No me importa. Me gustan los Contables. Son muy metódicos y se les ve muy centrados. No son una pandilla de matones exaltados como los Sicarios, ni taimados y desconfiados como los Espías.

Eso sí, en clase son muy competitivos. Algunos de los chavales más brillantes de primero son Contables. No me ha resultado nada fácil quedarme entre el veinte por ciento de los mejores.

Pero si quiero ser la primera, tendré que superar a Dean Yenin. Él también está en esta clase, aunque, gracias a Dios, sin su acólito Bram. Se sienta dos filas detrás de mí, y siempre noto su mirada clavada en la espalda, sobre todo si respondo correctamente a una pregunta.

He intentado no hablar con él desde que pasó lo del vestuario. Dean también parece encantado de evitarme, aunque le he pillado más de una vez echándome unas miradas que matan.

No sé si me odia porque soy la mejor amiga de Leo, o porque sabe que mi padre ayudó a Sebastian Gallo a afianzar su control en el territorio de Chicago que aún se disputaba con la Bratva.

Mi padre no estuvo directamente involucrado en el asesinato del abuelo de Dean ni cuando mutilaron a su padre, pero sí asesinó a algunos de los hombres de los Yenin, y entre las familias queda mucho resentimiento.

Ojalá pudiésemos dejar todo atrás. Es una enemistad que dura

veinte años, y nadie tiene las manos limpias.

A Leo le gustan la guerra y la rivalidad. Yo solo quiero que me dejen en paz para poder hacer tranquilamente lo que me toque.

No tengo claro qué es lo que quiere Dean. No le he visto buscar peleas, ni causar tantos problemas como su compañero de cuarto, pero no cabe duda de que está rodeado de matones y gilipollas. Y no creo que haya sonreído ni una sola vez desde que llegamos aquí.

No es que yo suela juzgar a alguien por eso. Tampoco es que yo sea muy dada a sonreír.

Hoy la clase va sobre cuentas *offshore*.

El profesor Graves está en la pizarra hablando de las empresas fantasmas. Es el mismo profesor que le gritó a Miles el primer día de clase (con razón), pero por suerte no parece recordar que yo estaba presente cuando le mangó su última pluma. O al menos, conmigo no ha sido más borde que con el resto de la clase. Estoy tomando apuntes, a punto de terminar mi cuarto cuaderno del semestre. Anoto casi todo lo que dice el profesor, pero también me gusta dibujar. Ahora mismo estoy haciendo un diagrama de los paraísos fiscales, con forma de matrioska. Y aunque en realidad no me sirve para nada, le he pintado a cada una de las muñecas un pequeño pañuelo en la cabeza y un delantal con motivos florales.

—Las entidades sin ánimo de lucro pueden ser muy útiles como capa adicional de aislamiento —dice el profesor—. Una fundación privada puede convertirse en propietaria de una corporación, lo que añade una distracción más a su esquema de evasión fiscal.

Estamos en el tercer piso de la torre del homenaje, y desde la ventana veo el cielo lleno de nubes grandes y plomizas que se desplazan con el viento como barcazas en el agua. Hoy no hay sol, solo un cielo gris pizarra y esas nubes, oscuras por abajo, con lluvia que aún no dejan salir. El aire es fresco y huele a tierra mojada.

Dibujo nubes de lluvia encima de mis muñecas rusas.

—Para este trabajo, os dividiré en parejas —dice el profesor.

Levanto la vista de golpe. No estaba prestando atención a los detalles del trabajo, y él no los ha escrito en la pizarra.

—Wilson y Paulie —enuncia el profesor, mirando alrededor del aula—. Kyrie y Nelson. Anna y Dean.

Se me hace un nudo en el estómago. Miro sin querer en dirección a Dean.

Tiene pinta de que le ha hecho la misma gracia que a mí. O sea, ninguna. Pero no duda en recoger sus libros y venir a sentarse conmigo a mi mesa.

—¿Qué parte del trabajo quieres hacer? —pregunta nada más sentarse.

—Bueno…, yo…

No lo he pensado, porque no estaba prestando atención.

Dean mira mi cuaderno abierto, las matrioskas y las nubes de lluvia. Frunce el ceño.

—¿Sabes siquiera lo que estamos haciendo?

—Sí —miento con descaro—. No olvides que tengo la nota más alta de la clase.

Solo desde la semana pasada, porque gané a Dean en el último examen por dos míseros puntos.

Casi llego a escuchar cómo Dean rechina los dientes por detrás de su abultado labio inferior.

La dulzura de los rasgos de Dean no concuerda en absoluto con su personalidad. Su pelo rubio platino, su piel de porcelana, sus pestañas largas y su boca carnosa contrastan por completo con su sempiterna mueca de desprecio y su cuerpo esculpido en mármol.

Me apuesto a que odia ser guapo.

De algún modo, con eso sí me identifico. Mi aspecto exterior no

refleja para nada lo que siento por dentro.

Tengo pinta de ser dulce y delicada. Pero podría degollar a alguien sin pestañear.

Por eso, nunca subestimaría a Dean.

—Cuando se acabe el semestre, no me ganarás en nada —me suelta.

Me limito a encogerme de hombros.

—Eso ya lo veremos. Pero los dos sacaremos la misma nota en este proyecto, así que más vale que me digas cómo quieres que nos lo repartamos.

Dean exhala lentamente con fastidio y luego me explica de qué va el trabajo otra vez, mientras vamos anotando las partes de las que queremos encargarnos cada uno.

—Es un análisis de los bancos caribeños frente a los suizos —dice—. La presentación la tenemos que hacer juntos, así que no podemos hacer todo el trabajo por separado.

—Está bien. —«No está bien, pero puedo hacer que funcione»—. Podemos ir a por los libros de la biblioteca después de clase.

Me resulta muy extraño estar sentada con Dean mientras el profesor termina de hablar. No he estado tan cerca de él desde que nos chocamos en el vestuario.

Tiene el mismo olor a limpio que entonces, a jabón y champú, aunque aún no se haya duchado. Me hace recordar con todo tipo de detalles nuestro primer encuentro.

No aparto los ojos de la pizarra, intentando que no se dé cuenta del color de mis mejillas. No sé por qué eso me sigue dando vergüenza. No es propio de mí quedarme enfrascada con un error tan tonto e insignificante.

Cuando el profesor da por finiquitada la clase, Dean recoge sus libros y se dirige hacia la biblioteca sin molestarse siquiera en ver si

voy detrás de él.

Me cuelgo la mochila al hombro y tengo que dar largas zancadas para alcanzarlo.

Dean oye el ruido de mis botas sobre el suelo de losas y me mira los pies:

—¿También dibujaste todo eso?

Tengo las Docs llenas de garabatos blancos hechos a boli. Lunas, estrellas, dragones, enredaderas, ríos, flores y pájaros.

—Sí.

—Dibujar y bailar —dice Dean—. Quizá deberías haber ido a la escuela de arte.

—Estoy justo donde quiero estar —replico con frialdad—. Soy una Heredera. ¿Tu padre no es Contable?

Si las miradas mataran, me marchitaría y moriría en el acto por la que me echa Dean.

—No importa a qué se dedique mi padre —me suelta—. Yo seré *pakhan* por mis propios méritos.

¡Ajá! No está mal saber que puedo sacar de quicio a Dean cuando quiero.

Hay un trecho largo hasta la biblioteca, situada en la torre más alta de la esquina noroeste del campus.

Las estanterías forman una gran espiral ascendente, como en el faro de Alejandría. Los libros están organizados casi siempre por temas, pero cuando no encuentras algo, siempre le puedes preguntar a la señorita Robin, la bibliotecaria.

Es tímida y callada, pero detrás de sus gruesas gafas es muy guapa. Tiene el pelo castaño rojizo y los ojos color avellana. No creo que tenga más de cuarenta años, aunque se viste como una abuelita que vive rodeada de gatos.

Tengo curiosidad por saber cómo llegó a trabajar en Kingmakers.

Aquí, prácticamente todos los profesores eran mafiosos, pero es obvio que ella no: es tan asustadiza que, como cierres un libro con demasiada fuerza, pega un brinco. Debe de ser la hija o la sobrina de alguien.

Lo más seguro es que le guste trabajar aquí, porque Kingmakers está muy aislado y la biblioteca es tranquila y silenciosa. Además, para cualquiera aficionado a la lectura —y es evidente que este es el caso de la señorita Robin—, esta biblioteca es un sueño. Cada vez que vengo, me la encuentro con la nariz metida en un libro o con un montón de papeles y gráficos esparcidos por su escritorio.

No tengo que preguntarle dónde está la sección de banca, porque ya he venido muchas veces a sacar material para la clase. Dean y yo rebuscamos en las estanterías y encontramos media docena de libros que nos pueden servir. Una mezcla de publicaciones modernas y algunos tomos antiguos más gruesos que una guía telefónica que Dean baja por mí.

Se queda distraído cuando ve una vieja copia de *Meridiano de sangre* ya abierta en nuestra mesa de lectura.

Coge el libro, hojea las primeras páginas, y sus ojos delatan el interés que siente al pasar rápidamente de una a otra.

—¿Ya te lo has leído?

Dean se sobresalta, como si se hubiese olvidado de que yo estaba allí. Deja caer la novela sobre la mesa como si le hubiese pillado con una revista porno.

—Sí —admite—. Me lo he leído.

Interesante.

Supongo que no debería sorprenderme. Después de todo, Dean es uno de los mejores estudiantes de nuestro año. Es obvio que de tonto no tiene un pelo. Lo único es que no me lo imaginaba como alguien que leyera novelas por mero placer.

—¿De lectura para el colegio?

Me mira con el ceño fruncido.

—No. No me lo leí porque me lo mandaran en el colegio.

—Era curiosidad —digo.

—Cormac McCarthy es uno de mis escritores favoritos. —Aprieta los labios y, por un momento, creo que me va a soltar alguna bordería. O, como mínimo, que deberíamos centrarnos en el proyecto. Sin embargo, me dice—: Me gustó más *No es país para viejos*.

—¿Has visto la peli? Es una de las mejores adaptaciones que he visto, quizá incluso mejor que el libro.

—La película nunca es mejor que el libro —se burla Dean.

—A veces, sí —le respondo, y le enumero los mejores ejemplos con los dedos—: *El club de la lucha*, *Perdida*, *El silencio de los corderos*, *Tiburón*…

Dean se me queda mirando fijamente. Es extraño ver su rostro tan de cerca. Tiene los ojos del mismo color que los de la tía Yelena. Es un tono de azul que nunca le he visto a nadie más; es un azul como el de los lirios que crecen en el jardín amurallado de la casa de mis padres.

—Puede que tengas razón —dice Dean de manera totalmente inesperada.

Me quedo boquiabierta. Claro que pensaba que tenía razón desde el principio.

Pero no me esperaba que él lo admitiera.

Nos sentamos uno al lado del otro en la antigua mesa de la biblioteca, toda llena de marcas. A algunos estudiantes les puede resultar extraño vivir en un lugar donde cada piedra, cada aplique, cada mueble tiene siglos de antigüedad. Sin embargo, a mí me recuerda a mi hogar.

Me gustan los objetos con historia. Me gusta imaginarme quién se sentó a esta mesa antes que yo y quién podría sentarse aquí dentro de diez, veinte o cien años. Esta biblioteca está llena de los descubrimientos de miles de personas. Esa es la fuerza de los seres humanos. Que podemos colaborar. Compartir. Si nos juntamos mil, somos infinitamente más fuertes que cualquier persona por sí sola.

Eso suponiendo que nos llevemos bien.

Dean abre su cuaderno y empieza a decirme lo que vamos a hacer para el trabajo.

—Oye —le interrumpo—. Que tú no mandas.

Él frunce los labios.

—¿Y te crees que tú sí?

—Es un trabajo en equipo —digo—. ¿No has oído nunca hablar de eso?

—No —dice Dean muy serio—. Siempre he pensado que tiene que haber un líder. Una persona al mando. Y por norma habitual, lo mejor es que esa persona sea yo.

—Pues, por si no te has dado cuenta, todos los Herederos piensan lo mismo.

Dean arquea una ceja.

—Una cosa es querer ser el hombre que lo controle todo, y otra muy distinta es serlo de verdad.

—Yo prefiero ser la mujer.

Dean se ríe. No es una risa burlona. De hecho, es bastante sincera.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Quizá yo también lo preferiría, si me pareciese a ti.

Él ya se ha vuelto a centrar en el montón de libros que tiene delante, pero yo aún le estoy dando vueltas a lo que acaba de decir.

¿Ha sido un cumplido?

No lo voy a averiguar, porque durante la siguiente hora Dean se muestra de nuevo frío, estirado y profesional mientras repasamos los materiales de lectura, lidiando con comparaciones de sistemas bancarios y tomando apuntes.

En contra de lo que ha dicho, Dean sí que sabe trabajar bien en equipo. Es inteligente, meticuloso y organizado. Solo tenemos una leve discusión sobre si debemos sopesar los beneficios históricos de cada sistema bancario o centrarnos en sus fortalezas y debilidades actuales.

Cuando llega la hora de la cena, la tensión entre nosotros se ha disipado lo suficiente como para que Dean me suelte:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Le hago un ligero gesto con la cabeza.

—Adelante —le contesto con cautela.

—¿Por qué te maquillas así?

Es una pregunta que detesto y que me hace perder al instante cualquier sentimiento de bondad que pudiese estar experimentando gracias a nuestra exitosa colaboración.

Lo miro con el ceño fruncido.

—Porque me gusta.

—Ya, pero ¿qué significa?

Me mira con verdadera curiosidad. No me lo ha preguntado para molestarme ni para hacer alguna puta bromita al respecto.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Sí —dice Dean—. Si no, no te lo preguntaría.

—La ropa, el pelo, el maquillaje…, para mí todo forma parte de tu marca personal. Lo que te representa. Cómo quieres que te perciban los demás.

—Entonces ¿quieres que te perciban como… oscura y

aterradora? —aventura Dean.

—No. Es más bien cómo no quiero que me perciban. No quiero que la gente me vea como alguien que busca aprobación o pertenecer a un grupo. No quiero formar parte de tendencias o de estilos. Y no quiero dar la impresión de querer atraer a nadie.

—¿No quieres atraer a nadie? —me pregunta Dean, incrédulo.

—Pues no, no quiero.

—¿Por qué no?

—Porque no hay nadie a quien quiera atraer. No me gustan las citas para ver qué surge.

Dean me mira con una expresión inescrutable. Me espero a que me pregunte si Leo y yo estamos saliendo juntos. O tal vez a que me pregunte si me gusta liarme con alguien. Esa suele ser casi siempre la siguiente pregunta: «Si no quieres salir con alguien, ¿al menos quieres follar?».

Pero no. En vez de eso, me dice:

—Yo sé lo que te gusta.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es?

—Te gusta bailar.

—Eso no es ningún misterio. Me viste ensayar.

—Sé que bailas todos los días. En la catedral.

Noto cómo se me empiezan a poner coloradas las mejillas. Ojalá no fuera así. Soy capaz de mantener el resto de mi rostro inmóvil y sin expresión cuando quiero, pero nunca consigo evitar que me inunde la cara ese puñetero rubor rosado.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto muy seria.

—No eres la única que no puede dormir. Yo camino por todas partes aquí.

Me resulta extraño saber que Dean deambula por los jardines en mitad de la noche, igual que yo, cuando casi todo el mundo duerme.

Para cambiar de tema, le digo:

—Mi madre es bailarina.

—¿Te enseñó ella?

—Sí.

—Debéis de estar muy unidas —dice Dean.

Ahora soy yo la que veo algo en su cara que no creo que quiera que vea. Dolor. Y envidia.

—Me quiere mucho —digo—. Pero tampoco estamos tan unidas. Al menos, no como deberíamos estarlo. Yo no soy como ella. Y aunque quisiera, no podría serlo.

No sé por qué le he dicho eso. Supongo que porque suelo ser sincera. Estoy demasiado acostumbrada a pasar tiempo con Leo, y con él siempre digo lo que pienso y siento en todo momento, sin tener que reprimirme nunca. Bueno, casi nunca.

—¿Y por qué ibas a querer ser como tus padres? —pregunta Dean con la cara lúgubre—. Yo odio cuando…

Se detiene en seco y se traga el resto de las palabras.

Ojalá hubiese terminado la frase. Me encantaría saber cuál habría sido el final.

En cambio, se aleja de la mesa, cierra su cuaderno y lo guarda en su mochila.

—Tengo hambre —dice—. Ya es suficiente por hoy.

Sin esperar mi respuesta, se cuelga la mochila al hombro y sale de la biblioteca con paso firme.

Yo me quedo donde estoy, pensando en la decena de cosas diferentes que podría haber estado a punto de decir.

No creo que Dean haya dejado de hablar porque no haya querido que yo lo oyera. Creo que se detuvo porque se sorprendió a sí mismo con lo que estuvo a punto de salir por su boca.

No estoy segura, pero me pareció que estuvo a punto de decir:

«Yo odio cuando me parezco a mi padre».

CAPÍTULO 10

LEO

Anna y yo nos hemos ido a hacer senderismo por la parte este de la isla. Es sábado, así que no hay clases y tenemos tiempo de sobra para explorar. Los fines de semana, todo el mundo aprovecha para salir del campus, visitar la aldea que hay junto al puerto o pasear por los campos, granjas, viñedos y playas.

En la aldea no hay muchas cosas interesantes —o al menos no las habría si hubiese otras opciones para entretenerse—. Pero en la isla cualquier cambio de aires resulta emocionante. Por eso, Anna, Ares y yo solemos bajar a tomar un café y bollos en el pequeño bar del puerto o a comer *fish and chips* recién hecho en el restaurante aún más diminuto que solo tiene ese plato en la carta.

Lo admito, es el mejor *fish and chips* que he comido nunca, con lubina que han pescado por la mañana y que sigue fría del mar cuando la echan a la freidora. Es la única forma en que me gusta el pescado: rebozado, frito y sin que se note el sabor.

Estoy pensando en ir a comer algo en cuanto terminemos la

excursión. Necesito muchas calorías para mover este cuerpo gigante, y me muero de hambre, joder.

A Anna le gusta hacer senderismo por los acantilados que hay justo encima de la bahía. No son tan empinados como los que están justo debajo de Kingmakers, pero hay muchas partes del camino en las que la pendiente es tan pronunciada que hay que escalar con las manos por las rocas.

Veo a Anna tres metros por encima de mí, trepando por la roca blanca y ágil como una cabra montesa. Siempre camina como si estuviese en una carrera, tratando de avanzar lo más rápido posible. Yo seré más rápido y fuerte que Anna, pero ella tiene una especie de batería. No parece agotarse nunca, o al menos jamás me lo deja ver.

Sonrío mientras subo un poco más rápido, a ver si la alcanzo.

Por la mañana temprano, cuando salimos, llevábamos sudaderas con capucha, porque el cielo estaba nublado y el viento era frío. Pero ahora que ha salido el sol, estoy sudando.

Cuando me acerco a Anna, se le resbala el pie. Le agarro el talón con la mano y le subo la zapatilla para que pueda recuperar la postura.

—Te he salvado —le digo.

Anna me mira y echa por encima del hombro su larga coleta rubia.

—No iba a caerme —replica muy altiva.

—Claro que no. Porque yo estaba aquí para salvarte.

Emite un gruñido de desaprobación y sube todavía más rápido. Pero sé que está sonriendo. Siempre consigo hacer sonreír a Anna, quiera ella o no.

Cuando llegamos a la cima del acantilado, Anna se sienta en el saliente de roca que asoma sobre el mar. Este es el objetivo, la recompensa a la escalada: una de las vistas más bonitas de la isla.

Se pueden ver los barcos pesqueros en el agua y las olas rompiendo contra las rocas al pie del acantilado, donde forman una espesa espuma blanca. A nuestra izquierda está la aldea, dispuesta como una media luna alrededor del puerto, con cada uno de sus perfectos y uniformes edificios en miniatura como si fuesen parte de una maqueta.

Anna mira hacia el agua con sus ojos azul claro, emocionada y atenta. Quiero saber en qué está pensando. Yo siempre quiero conocer todos los pensamientos que se le pasan por la cabeza.

Sé que en su mente hay algo fascinante, nunca se queda en blanco ni divaga. Anna es brillante. Es una de las pocas personas que me cuenta todo el rato cosas que a mí ni se me habían pasado por la cabeza.

Antes de que pueda preguntarle en qué piensa, se saca el jersey por la cabeza para refrescarse con la brisa marina. Debajo lleva un maillot gris oscuro, sin espalda, con una malla de tiras finas que se entrecruzan sobre su columna vertebral.

Anna tiene la piel más clara que he visto. Es suave y perfecta en los hombros y en la espalda, y le brilla con el sol. Las únicas marcas que tiene son los tatuajes dibujados con mano experta que representan a todas las personas que ama: su madre, su padre, su hermana y su hermano. Sin embargo, no hay ninguno para mí. Me pregunto si se haría uno conmigo si se lo pidiese.

Tengo la necesidad de pasar el dedo por la inscripción que tiene en la parte posterior del brazo. Lo necesito tanto que mi mano ya se está moviendo, antes de darme cuenta de que sería muy raro, así que me limito a quedarme con el puño apretado en el regazo.

—¿Qué te pasa? —dice Anna.

—Nada —respondo—. Un calambre.

Anna me coge la mano y me masajea la palma con los dedos.

Presiona con fuerza sus pulgares sobre mi piel, encuentra todos los músculos cansados y les devuelve la vida.

Qué bien me sienta. Pero que muy bien. Tiene las manos suaves y firmes al mismo tiempo.

—Nunca pienso en ti como si fueras una chica —suelto de repente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Anna, que interrumpe el masaje.

—¿Sabes cómo algunas personas son una especie de cliché de sí mismas? Nunca pienso en ti como solo una chica o una bailarina o cualquier otra categoría. Tú eres sencillamente… tú misma. Tu propia combinación.

—Bueno, gracias, supongo —dice Anna.

No me mira a los ojos. Creo que la he insultado sin querer.

—No hay nada malo en ser una chica —digo a ver si puedo explicar mejor lo que quiero decir.

—Ya lo sé —dice Anna.

—Solo quería decir…

—No pasa nada, Leo. Te entiendo.

Y sé que lo entiende, porque siempre lo hace. Pero la veo preocupada. Como si, de repente, no estuviese feliz del todo.

—¿Qué tal la clase de banca? —le pregunto. Es una de las clases en las que no estamos juntos.

—Bien.

—¿Un poco rollo con todos esos Contables?

—No, no es un rollo. A mí siempre me han gustado los números.

Nos quedamos en silencio cuando intento evitar hacer la pregunta que en realidad quiero plantearle. Anna se pone tensa, porque se lo huele. Al final, con un tono lo más casual posible, le digo:

—Espero que Dean no te esté tocando las narices.

No me gusta que estén en esa clase juntos sin mí.

No debería importarme, pero me pone de los nervios, como si algo se me hubiese quedado entre los dientes.

Cuando Anna está en esa clase y yo en Técnicas de Tortura, no puedo dejar de pensar en ese gilipollas y en ella metidos en la misma aula.

He visto cómo la mira. Como si ella fuese un trozo de carne y él tuviese mucha hambre.

Saber que la está mirando de forma lasciva durante toda la hora es casi peor que las técnicas de tortura reales que nuestro profesor demuestra de vez en cuando con algún voluntario «forzoso».

—No, no me molesta —dice Anna.

Veo que se le sonrojan las mejillas, y sé que hay algo más, pero ella no quiere contármelo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Esto… Estamos trabajando juntos en un proyecto —me dice, y enseguida se apresura a añadir—: Fue el profesor el que asignó los grupos.

—¿Solo vosotros dos? —le pregunto muy seco. No sé por qué me late tan rápido el corazón. Solo es un trabajo para una asignatura.

—Sí —contesta Anna haciéndose un poco la loca.

Yo trato de disimular también, como si no me importara:

—¿Y qué tal va?

—Para mi sorpresa, bastante bien.

Siento un nudo en el estómago. Esto es una gilipollez: no quiero que Dean sea un capullo con ella. No quiero que le joda el trabajo. Las notas para Anna son muy importantes. Pero, de alguna manera, el hecho de que vaya «bastante bien» me hace sentir aún peor y más ansioso.

—Bueno, él es… listo —admito a regañadientes.

—Sí, sí que lo es —coincide Anna.

Me da la razón demasiado rápido. Con demasiado entusiasmo y facilidad. El nudo del estómago se aprieta aún más. Me noto la cara caliente, y el sol me parece demasiado brillante. Me quito el jersey con una agresividad innecesaria.

—El tiempo de aquí es una mierda —refunfuño—. En un momento te estás congelando y al siguiente te están sudando las pelotas.

—A mí no —dice Anna, con un tono extraño en su voz—. Porque yo no tengo pelotas. Porque, de hecho, soy una chica.

—Ya lo sé.

—Venga —me anima, poniéndose en pie de golpe—. Vayamos por el camino largo para poder ir al pueblo. Quiero comprar más sellos.

Les escribe constantemente a sus hermanos pequeños. Lo más seguro que a sus padres también.

Mi madre está deseando que la llame todas las semanas, y mi padre se pone al teléfono una buena parte del tiempo. Tiene verdadera curiosidad por Kingmakers. Las preguntas de mi madre siempre tienen como objetivo principal asegurarse de que aquí no me va a pasar nada espantoso.

Mientras Anna y yo descendemos por la suave pendiente hacia la aldea, acabo detrás de ella otra vez para poder observarla sin que se dé cuenta.

Observo su andar suave, sus largas piernas al bajar por la colina. Su melena rubia platino balanceándose hacia delante y hacia atrás como un péndulo. El contorno de su rostro de perfil cuando se gira para mirarme.

Por un instante muy breve, recuerdo el sueño que tuve sobre

Anna en nuestra primera semana en la universidad. Y luego vuelvo a guardar ese recuerdo en mi interior, como he intentado hacer cada vez que me viene a la mente.

Apenas hemos puesto un pie en la calle principal del pueblo, cuando vemos a Ares salir de la oficina de correos. Lleva un par de cartas en la mano. Cuando nos ve, se las guarda en el bolsillo, sin importarle que se le arruguen.

—¡Hola! —le digo—. Pensaba que esta mañana te ibas a quedar estudiando.

—Ya he terminado.

—Creo que solo te estabas intentando escaquear de la excursión. No te culpo. Perseguir a Anna por el acantilado es inhumano. No todo tiene que ser cardio, Anna, ¿sabes?

—Pues debería —dice ella con una sonrisa.

—Eres una masoquista.

—¿Y eso a ti en qué te convierte? —pregunta Ares.

—En un hedonista —respondo con otra sonrisa—. Llevo babeando con *fish and chips* durante todo el trayecto hasta aquí abajo. ¿Quieres venir?

—Acabo de desayunar —dice Ares pensativo—. Pero qué coño, sí. Quiero patatas fritas.

Esperamos a que Anna compre los sellos y luego nos dirigimos a la diminuta taberna que, desde fuera, podría ser perfectamente del tamaño de una cabina de teléfonos. No hay mesas ni sillas donde sentarse una vez que has pedido. Tienes que coger tu paquete caliente y grasiento, envuelto en papel de periódico, y buscarte una roca o un bordillo cómodos para devorar la comida.

Se lo pedimos al lugareño que siempre nos mira con el ceño fruncido como si estuviese de muy mal humor, pero que aun así nos sirve el pedido en menos de cinco minutos, siempre caliente,

crujiente y perfecto.

—No tiene pinta de mago —digo mientras muerdo un trozo dorado de lubina—. Pero yo creo que ahí detrás hace brujería o algo.

—El delantal siempre lo tiene limpio —apunta Anna—. Y las manos también. Seguro que tiene la cocina como una patena.

—¿Tú crees que los lugareños nos odian? —pregunta Ares en voz baja—. A veces me da que nos miran con malos ojos.

—Esta aldea ni existiría sin Kingmakers —dice Anna, y se encoge de hombros—. La mayoría de la gente de la isla trabaja para la universidad de una manera o de otra.

—¿Y qué más da? —digo yo—. Mientras cocinen así de bien para nosotros…

Ares se abalanza sobre su pescado y sus patatas fritas como si no hubiese desayunado en meses, y mucho menos hace una hora. Ha engordado un poco desde que estamos aquí, pero sigue bastante delgado. Yo creo que necesitaría un gotero intravenoso de mantequilla pura para estar realmente gordito.

Anna moja sus patatas fritas en vinagre de malta hasta que se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Qué tiene de malo el kétchup? —le pregunto.

—Me gustan así —me responde.

—Así se hace en Europa —me informa Ares—. El vinagre es mejor que el kétchup.

—Ah, ¿sí? —digo—. ¿Y la salsa para patatas fritas?

—¿Cuál es la salsa para patatas fritas? —pregunta Ares con interés.

—Mayonesa y kétchup mezclados.

—Puaj. —Lo rechaza de plano—. Los únicos que les echan mayonesa a las patatas fritas son los alemanes.

Empiezo a animarme un poco, aquí sentado al sol con dos de

mis personas favoritas. Ares y Anna son una compañía muy relajante. Ares es tan tranquilo que creo que se mantendría calmado aunque se despertara con su habitación en llamas. Y Anna es simplemente… alguien con quien podría estar toda la vida.

Mientras comemos, dos chicas de la uni pasan por allí, cada una con una bolsita de la tetería en la mano.

—Buenos días —dice al pasar la chica más cercana a mí. Tiene el pelo negro azulado y las cejas rectas hacia arriba como las de un vulcano de Star Trek. Está en nuestra clase de Adaptación Ambiental. Creo que se llama Gemma.

—¿Qué lleváis en la bolsa? —le pregunto.

—Cristales. —Se detiene para enseñármelos. Saca varios cristalitos, envueltos cada uno en papel de seda. Uno parece cuarzo rosa, otro podría ser amatista, y los demás no los reconozco.

—Muy bonitos —le digo.

—Gracias. —Me sonríe como si le hubiese hecho un cumplido a ella personalmente, y no solo a los cristales.

—¿Para qué son? —pregunta Ares.

—Tienen poderes curativos.

Oigo a mi lado a Anna soltar un pequeño suspiro, que sé que es un bufido muy disimulado. Anna no cree demasiado en todas esas cosas místicas.

Gemma cambia la atención a Anna y entrecierra sus ojos oscuros antes de romper el silencio:

—¿No eres creyente?

—No —responde Anna con frialdad.

—No pasa nada. —Gemma echa la cabeza hacia atrás—. La mayoría de la gente no lo entiende.

—Es difícil entender cosas que se han inventado —coincide Anna con una calma exasperante.

La amiga pelirroja de Gemma interviene rápidamente:

—¿Vais a venir todos a la fiesta de esta noche?

—¿Qué fiesta? —pregunta Ares.

—Vamos a ir unos cuantos a la playa de la Luna cuando oscurezca.

—Deberíais venir —dice Gemma, con los ojos puestos solo en mí.

—A lo mejor sí vamos —respondo.

—Bueno, pues nos vemos esta noche. —Gemma me hace un gesto con los dedos.

—Adiós —se despide su amiga de Ares con la mano.

Anna arruga el periódico que tenía sus últimas patatas fritas.

—Tú también vienes —le digo.

—No creo.

—¿Qué pasa? ¿No te caen bien esas chicas?

—Me cae bien Shannon. Está en mi clase de contratos. —Noto cómo ha evitado mencionar a Gemma.

—Venga ya —trato de convencerla—. Si te encantan las fiestas.

Anna me mira con sus ojos azules claros y firmes y me susurra:

—¿Tú quieres que vaya?

—Pues claro que sí.

Se queda en silencio un momento y luego me dice:

—Iré.

—Bien. —Sonrío—. Ares seguro que va. La irlandesa te ha invitado a ti.

Él sonríe y niega con la cabeza.

—Solo estaba siendo amable.

—Sí, claro —resoplo—. Creo que quiere ser muy, pero que muy amable contigo.

Anna no dice nada durante el camino de regreso a la uni, y Ares va hablando sobre el próximo examen de Sistemas de Seguridad.

—Yo me creía que iba a ser sobre seguridad en general, pero casi todo es sobre electrónica y sistemas informáticos —dice con tristeza.

—Vas a aprobar fijo —le tranquilizo—. Pasas más tiempo en la biblioteca que nosotros dos juntos.

—Porque tengo que hacerlo —suspira Ares—. No leo algo una vez y lo retengo para siempre como vosotros dos.

—Eso dilo por Leo —dice Anna—. Yo sí que estudio.

—Oye, que yo también estudio. —Me siento herido.

Anna resopla.

—Cinco minutos antes del examen.

—Eso cuenta.

Mientras atravesamos las pesadas puertas de piedra del campus, oigo a los estudiantes reunidos en la zona común: todo son susurros emocionados y quejas de enfado.

Antes de que pueda acercarme al tablón de anuncios para ver qué han publicado, una pesada mano me da una palmadita en el hombro.

—Enhorabuena. —Hedeon Gray hace una mueca como si le doliese decírmelo.

—¿Por qué?

—Han hecho públicos los capitanes.

Voy para allá corriendo, porque necesito ver con mis propios ojos si Hedeon dice la verdad. Y sí, efectivamente hay un papel clavado en el tablón con cuatro nombres recién escritos con tinta azul:

Capitanes de equipo:

Estudiantes de primer año: Leo Gallo

Estudiantes de segundo año: Kasper Markaj

Estudiantes de tercer año: Calvin Caccia

—Lo has conseguido —dice Anna con auténtico placer.

—Pues claro que lo he conseguido —respondo fingiendo indiferencia.

Lo cierto es que no las tenía todas conmigo, y ver mi nombre escrito ahí me emociona de verdad.

Quería ser capitán. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Obviamente, pensaba que yo era el indicado para el puesto, pero la competencia era bastante dura. No tenía las mejores notas de mi promoción, así que se ha debido de decidir por el rendimiento en las prácticas o por el voto de los alumnos.

—Qué bien. —Ares me choca el puño—. No quería que fuese un gilipollas como Bram.

Yo lo único que quería es que no fuese Dean. Era mi mayor rival.

Miro a mi alrededor con alegría, con ganas de verle la cara de rabia cuando lea la lista. Aunque, por desgracia, no está por aquí.

No pasa nada. Se lo pienso restregar muy pronto.

Ojalá empezara hoy la competición. Estoy la hostia de preparado. Voy a ser el primer novato que gane.

—Parece que la mayoría de los capitanes de equipo son Herederos —reflexiona Anna al leer el resto de la lista.

Apenas les había echado un vistazo a los otros nombres. Ahora los leo con más atención, y me empiezo a plantear con quién me enfrento.

Sé quién es Pippa Portnoy, porque fue la guía del campus de Anna el primer día de clase. Es la que menos puede intimidar físicamente, porque mide solo metro y medio y parece un duendecillo. Pero no me voy a dejar engañar por eso. Anna me dijo que Pippa es la que mejores notas saca de su curso y que es igual

de astuta que inteligente. Siempre está rodeada de amigos, y es evidente lo mucho que la respetan a pesar de su estatura.

—¿De dónde es Pippa? —le pregunto a Anna, con la idea de averiguar un poco más sobre con quién voy a competir.

—Es la Heredera de la mafia de Liverpool —dice Anna—. Y está prometida con el Heredero del IRA Auténtico, Liam Murphy. Su familia está especializada en el tráfico de drogas y en los asesinatos a sueldo, así que no pienses que es un cielo solo porque se parezca a Audrey Hepburn.

—«Cielo» no es algo que piense de nadie de aquí —le aseguro.

—Calvin Caccia es al que Miles nos señaló en el comedor —dice Ares.

—Eso es —asiento con la cabeza—. El de Nueva York. ¿Y el otro? Kasper Markaj. ¿Alguno lo conocéis?

—Es el único que no es un Heredero —me dice Anna—. Es un Sicario de los albaneses. Un tío enorme, con el pelo largo…, el que siempre está jugando al fútbol fuera del recinto.

De repente, la competición se me hace mucho más real. Sobre todo, ahora que el resto de los novatos me está mirando, midiéndome, con el deseo de haber elegido a la persona adecuada para liderarnos. Por no hablar de algunas miradas resentidas de los que también querían ser capitanes.

Voy a tener que esforzarme por que me apoyen todos, de un modo u otro. O no habrá ninguna esperanza de ganar.

Miro a Bram van der Berg al otro lado de las zonas comunes, que me observa con odio de verdad y los brazos cruzados sobre el pecho.

Necesito a todos y cada uno de los soldados. Incluso a aquellos que me detestan.

CAPÍTULO 11

DEAN

Estoy tumbado en mi cama leyendo un libro cuando entra Bram como una exhalación. Bram tiene un carácter de mierda y siempre se enfada por cualquier cosa. Probablemente se hayan quedado sin el pan que le gusta en el comedor.

—¡Me cago en la puta! —grita al tiempo que se tira encima de su cama. El peso hace que los muelles crujan de forma alarmante, y no parece que le importe que sus botas sucias le manchen la manta. Creo que también tiene un vendaje nuevo alrededor del antebrazo.

—¿Algún problema? —le digo pasando la página del libro.

Bram me mira iracundo.

—¿Qué coño haces leyendo? Pensaba que ya habías terminado el trabajo ese que tenías con Miércoles Addams.

Bram se cree que es muy gracioso. Llamar a Anna «Miércoles Addams» es lo más fácil.

De todos modos, eso a Anna no le pega nada. No es ni sombría ni sarcástica. Si tuviese que compararla con alguien de una película

o de una serie, sería… Dark Phoenix, la de *X-Men*. Poderosa y sobrenatural.

Pero eso, evidentemente, no se lo voy a decir a Bram.

No pienso contarle nada de Anna.

Tiene razón: hemos terminado el trabajo y nos pusieron un diez, además de darnos créditos extra por el gráfico ilustrado que hizo Anna para la presentación oral.

Desde entonces, estoy aburrido. Se acabaron las visitas a la biblioteca.

—Leo por placer —le digo a Bram—. ¿Has oído hablar de eso?

—Solo si se trata de una revista porno. —Se ríe entre dientes.

—En eso no te puedo ayudar. —Paso otra página.

Bram se queda un momento con el ceño fruncido, en silencio. Sé por experiencia que me va a lanzar otra pulla. No puede dejar de intentar que todos seamos igual de infelices que él cuando está de mala hostia.

Lo que no me esperaba es que la pullita me doliese tanto, joder.

—Han nombrado capitán a Leo Gallo.

Dejo el libro lentamente.

—¿Qué?

—Acaban de publicar la lista en la zona común. Ese cabrón arrogante me lo ha arrebatado.

Me gustaría decirle a Bram que no tenía ninguna posibilidad de que le dieran el puesto de capitán. Había al menos otras tres personas y yo mucho más cualificadas. Pero ¿cómo cojones lo ha conseguido Leo?

—Yo saco mejores notas que él —susurro, porque no lo quiero decir en voz alta.

—Yo lo hice igual de bien que él en Tiro —dice Bram.

—¿Han sido los profesores? ¿Quién tuvo la última palabra?

Tengo la incómoda e impotente sensación de que los profesores han puesto a Leo por delante en lugar de a mí. Porque, claro, él es encantador y convincente… Y porque su apellido tiene más peso que el mío.

Bram se encoge de hombros.

—A lo mejor fue por votación de la clase.

—¿Esto qué es? ¿Un puto concurso de popularidad?

Estoy que me hierve la sangre de la rabia. El puto Leo Gallo, el chico de oro, logra tooodo lo que quiere. Parece ser que a los profesores no les importa que sea un gandul y un engreído, porque, haga lo que haga, le adulan.

Da igual a donde vaya en este puto campus, que la gente siempre anda gritando su nombre, para ver si se sienta con ellos o para que se una a las conversaciones. Las chicas se arrancarían las bragas con que él solo las mirara.

Y a la única chica, la única persona que me importa, la única que desearía que fuese capaz de ver más allá de las gilipolleces de Leo Gallo…, a ella le gusta más que a nadie. Mucho más que yo. Es su mejor amiga. Y mientras yo estoy aquí sentado lloriqueando con el puto Bram van der Berg.

Leo me ha arruinado la vida desde antes incluso de nacer. Él lo tiene todo, y yo no tengo nada.

Unos padres que le quieren. Una casa preciosa y limpia. Amigos y familia, sus primos aquí mismo, en esta universidad. Y a la mujer más guapa e inteligente que he conocido en mi vida junto a él.

¿Por qué lo tiene todo? ¿Por qué él se lo merece y yo no?

Es que no se lo merece.

Debería perderlo todo, igual que yo.

—No pienso ayudarle a ganar —dice Bram de mala hostia—. Le voy a sabotear hasta que me aburra.

—Si los de primero fracasan, nosotros también quedaremos en ridículo.

—Me importa una mierda —grita Bram enfurecido—. ¿Te imaginas lo insoportable que se pondrá como logre que su nombre acabe en la pared?

—Los de primero no ganan nunca.

Descarto lo del sabotaje, pero, en realidad, quizá Bram no vaya tan desencaminado.

Con todo el caos que habrá en el Quartum Bellum, podrían surgir muchas oportunidades de joder a la futura estrella de la universidad.

Si Leo es el capitán, será él quien quede peor si todos sus planes fracasan estrepitosamente.

—¿Vas a venir a la fiesta? —dice Bram, con el tono de alguien que intenta animarse.

—No lo sé.

Me dan igual las fiestas que surgen cuando alguien roba, obtiene de contrabando o soborna a un lugareño para que nos proporcione el alcohol suficiente como para emborracharnos a todos. Por lo general, Miles Griffin está en todo el meollo, porque parece que es capaz de conseguir lo que sea, y tiene pinta de que se la suda si lo expulsan. Es como si se lo estuviese buscando.

Pero si Leo va, voy a tener que verle disfrutar de la euforia de haber sido elegido; ver cómo se hace el modesto cada vez que alguien le felicite.

Como tenga que estar así toda la noche, prefiero ahorcarme.

—No sé si me apetece salir.

—Como quieras —dice Bram, que sale de la cama y se quita la camiseta. Bram tiene la espalda musculosa, y en ella hay varias cicatrices muy desagradables a juego con las de su cara. Le he oído contar muchas historias sobre cómo se las hizo, pero ninguna

coincide. Así que dudo que haya dicho la verdad.

Se marcha después de cambiarse de ropa. Me quedo leyendo durante otra hora o dos y, cuando ya no puedo ignorar más los rugidos de mi estómago, bajo al comedor.

Hoy hay pollos asados, cada uno partido por la mitad y relleno de romero y tomillo de los jardines del castillo. De acompañamiento, patatas enteras tan crujientes y doradas que están a punto de reventar.

No he comido así de bien…, bueno, casi nunca. Echo de menos las cosas raras que solía tomar en Moscú. Me encanta una buena sopa *borsch*. Pero, en general, la comida de Kingmakers es mucho mejor que cualquier cosa que me comprara en las tiendas de barrio y en las cafeterías.

Me siento con Bodashka y Valon, que están debatiendo los méritos de sus equipos de fútbol favoritos; algo bastante inútil, porque ninguno hemos podido ver un partido en dos meses. Intento no escucharlos, por lo que puedo oír fácilmente la conversación de las dos chicas de la mesa de detrás de la mía.

—¿Me prestas tu blusa de seda, la lencera?

—Sí, si quieres.

—Me queda sexy, ¿no crees?

—Sí…, pero no sé si te servirá de algo.

—¿Por qué?

—Bueno… porque él irá con ella, ¿no?

—Que ella vaya no significa que él la lleve como pareja. No están saliendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Son primos.

Eso me hace aguzar el oído. Están hablando de Leo y Anna, lo sé. No hay muchos primos en Kingmakers. O al menos, no muchos

de los que merezca la pena hablar.

Miro por encima del hombro discretamente, para que las chicas no se den cuenta. Hay una de pelo negro azabache y una pelirroja cotilleando con la cabeza muy cerca.

La chica de pelo negro es Gemma Rossi. Puede que parezca una princesita con su blusa perfectamente planchada y su diadema, pero Valon tiene clase de Artillería y Tiro con ella y dice que tiene muy buena puntería.

A la otra no la conozco. Creo que es irlandesa.

A Gemma se la ve intensa y decidida. La pelirroja arruga la nariz y pone cara de saber que a su amiga no le va a gustar lo que está a punto de soltarle:

—Lo que quiero decir es que… es bastante evidente que le gusta. ¿Son primos de verdad? Marina Voss me dijo…

—¡Que no están saliendo juntos! —la interrumpe Gemma—. Nunca los he visto cogidos de la mano ni nada. Y a él le gusto yo. Dijo que esta noche vendría en cuanto se lo pedí.

Vuelvo a centrarme en mi pollo y le doy un mordisco grande al muslo para no tener que decirle a Gemma que se está haciendo putas ilusiones. No sé qué pasa entre Leo y Anna, pero tengo clarísimo que ningún tío con ojos en la cara elegiría a Gemma Rossi si tiene a Anna Wilk delante.

Aun así…, saber que Anna va a ir a la fiesta tiene cierto efecto en mí. Me entran ganas a mí también de pasarme por allí, aunque eso signifique ver a Leo sonreír y agradecer que le den cien palmaditas en la espalda.

Anna se pondrá su ropa, no el uniforme, probablemente se soltará el pelo y se pintará la cara como la reina de los muertos vivientes. Y eso es algo que quiero ver, aunque sea a treinta metros de distancia.

Tomo una decisión, aparto el plato y me levanto, lo que hace que Bodashka y Valon peguen un brinco en medio de una frase.

—¿A dónde vas? —me pregunta Valon.

—A darme una ducha.

La fiesta es en la playa de la Luna, una de las únicas partes de la isla con playa de arena blanca. La playa es pequeña, tiene forma de luna creciente y en realidad no se puede nadar allí, a menos que quieras que la intensa resaca que se forma a solo unos metros de la orilla te arrastre y te acabes ahogando. Pero es un lugar al que van mucho los estudiantes para pasear o tumbarse a tomar el sol cuando hace buen tiempo.

Para combatir el frío de la noche, algunos chavales han encendido una hoguera que llena el aire de chispas y baña la arena con una luz anaranjada.

He venido con Bram. Se ha recuperado lo suficiente de la mala leche como para robarle inmediatamente una botella de vino polvorienta a uno de sus Penose y bebérsela de un trago.

—¿Dónde está la puta música? —grita.

—Yo tengo un altavoz —dice Chay Wagner.

Ya la conocía antes de llegar al campus: los Lobos Nocturnos son algo así como famosos. Pero, de todas formas, habría sabido perfectamente quién es, porque comparte habitación con Anna. Es una chica guapa, menuda pero fuerte, vestida como una estrella de rock con pantalones ajustados de cuero y una camiseta de Guns N' Roses rasgada con estilo.

El altavoz que coloca sobre un montón de madera que ha acabado aquí por la marea es el mismo que utiliza Anna cuando baila.

Empieza a sonar la música con fuerza, retumbando en los acantilados de piedra caliza: «Daisy», de Ashnikko.

Se me ha olvidado cuánto tiempo hace que no veo una peli o un programa de la tele, o que escucho música con los auriculares. Kingmakers es un castillo congelado en el tiempo. Con todo el mundo de uniforme y dedicado en cuerpo y alma a estudiar o a machacarse en el gimnasio, lo mismo podría ser hoy en día, que hace veinte años o cien.

La compañera de cuarto de Anna tiene su altavoz, pero Anna no está. No tenía pensado beber, pero después de una hora hablando con los mismos compañeros de clase con los que hablo todos los días y sin la única persona a la que realmente quiero ver, me empiezo a cabrear, le quito a Bram la media botella de vino que le queda y me la bebo de un trago.

—Así se hace —dice él con aprobación.

No suelo beber con él. No bebo demasiado ni me drogo. Ya me cuesta bastante controlarme sin quitarme el freno. Quién sabe lo que podría hacer si estuviese completamente desinhibido.

—¿Quieres bailar? —me pregunta nerviosa una chica de pelo rizado.

Creo que está en mi clase de lucha.

—No.

Yo no bailo. Me sentiría como un idiota si lo hiciese en público.

—Vale. Lo siento —murmura y se aleja a toda pastilla con la cara encendida.

—¿Qué te pasa? —dice Bram—. No está mal.

—Pues fóllatela tú.

—Si puedo, no lo dudes —dice Bram con una sonrisa. Pero se queda donde está, con su cubata en un vaso de plástico. Recorre con la mirada de lobo que tiene a los cincuenta estudiantes o por ahí

dispersos alrededor del fuego. Al igual que yo, él no quiere a cualquier chica. Quiere a la mejor que pueda conseguir.

Y al fin veo lo que llevaba esperando todo el rato: Anna Wilk.

Camina con paso firme por la arena, elegante como siempre, mientras todos los demás resbalan y tropiezan sobre el irregular terreno. Lleva suelta su larga y rubia melena, tal y como esperaba. Cuando no se la recoge en un moño o en una coleta, le llega hasta la cintura.

Se supone que no debemos vestir ropa normal, ni siquiera los fines de semana, pero todo el mundo lo hace en cuanto pone un pie fuera del campus.

Anna lleva unos vaqueros con más agujeros que tela, y su pálida piel se ve a través de los cortes. Le brilla con un tono dorado a la luz del fuego. La parte de arriba también es una intricada combinación de tirantes y hebillas. Lo único que me importa es lo ajustadísimo que la lleva, cómo le levanta sus pequeños pechos redondos y cómo le resalta la imposible circunferencia de su cintura diminuta.

Ya tengo la polla dura como una roca dentro de mis vaqueros, y eso que Anna solo ha dado cinco pasos por la arena.

Bram sigue mi mirada y se le escapa una risita.

—Aaanda…, conque eso es lo que estabas esperando.

Ni le contesto. Justo detrás de Anna, pegado a ella como si estuviesen unidos por un cordón invisible, está el puto Leo Gallo. Camina a grandes zancadas detrás de ella, igual de alto, igual de en forma que Anna, brillando a la luz del fuego como un león dorado.

Pero él no está hecho para ella.

Yo sí.

Si Leo es el sol, yo soy la inmensidad del cielo nocturno. Y ahí es donde Anna debe estar, donde pertenece, entre mis brazos como la diosa de la luna que es.

Tengo una necesidad por ella tan fuerte, tan intensa, que puedo saborearla en mi boca como si fuese ácido.

Tal y como esperaba, los lacayos de Leo se agolpan a su alrededor, animados con la conversación sobre las próximas pruebas. Lo rodean, tratan de llamar su atención, y él deja de prestarle la suya a Anna.

Pero a Anna no le importa. Se hace a un lado para que los demás hablen con Leo. Al ver a Chay junto al fuego, se va con su compañera de cuarto, y las dos se ponen a hablar y a reírse de algo que no alcanzo a oír. Chay coge el altavoz, y Anna lo manipula un momento, sube el volumen y pone otra lista de reproducción.

«Daisy» desaparece y, en su lugar, comienza a sonar la canción favorita de Anna. Sé que es su favorita porque la pone una y otra vez cuando ensaya en la catedral vacía.

Ella no tiene ni idea de cuántas veces me he colado en la iglesia para escuchar esa canción. A Anna no la observo durante mucho tiempo, porque no me quiero arriesgar a que me pille. Pero siempre, al menos un breve momento, la miro desde la esquina para que su imagen se me quede grabada en la mente; de puntillas en perfecto equilibrio bajo los rayos de luz multicolor, en medio de una pirueta o un salto, y con sus largas piernas estiradas en el ángulo más imposible.

«Love Chained», Cannons

No me puedo sacar esa canción de la cabeza. Para mí, esa canción es Anna. La observo hablar con Chay. Recorro las emociones que se reflejan en su rostro, sutiles y fugaces como sombras sobre el agua. Anna es un misterio. Y yo apenas he arañado la superficie de lo que guarda a cal y canto en su interior.

Levanta la vista y se cruzan nuestras miradas.

No puedo ocultar el hecho de que la estaba observando. Ni quiero ocultarlo.

Dejo a Bram solo y me acerco a ella, abriéndome paso entre cualquiera que se interponga entre nosotros.

—Hola —saluda con cautela.

—Te estaba esperando —le respondo.

Se sonroja y mira a Chay, que nos observa con los ojos muy abiertos.

Me importa una mierda su compañera de cuarto.

—Baila conmigo —le digo a Anna.

Yo no bailo jamás. Pero eso es lo que sale por mi boca, y no me retracto.

Ahora a quien mira es a Leo, que está hablando y riendo con una docena de amigos distintos. A él no le importa que ella esté aquí. Pero ella lo observa de todos modos.

—No creo que sea una buena idea —dice Anna en voz baja.

—¿Por qué no? —le pregunto.

Sus ojos azules, claros y directos, se encuentran con los míos.

—Ya sabes por qué.

Yo respondo con desprecio:

—¿Por él?

—No quiero que haya movidas entre vosotros dos.

—Él no tiene nada que ver con esto. —Le agarro la muñeca con la mano.

Es la primera vez que la toco desde que nos chocamos en el vestuario. Tiene la piel ardiendo por la cercanía al fuego.

Anna duda. Luego gira rápidamente la muñeca y se libera de mi agarre, antes de que mis dedos hayan terminado de cerrarse alrededor de ella.

—No —dice.

Se da la vuelta y se aleja de mí, en dirección a Leo.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que creo que se me van a romper.

La rabia que siento hacia Leo Gallo quema cien veces más que esta hoguera. Podría prenderle fuego tan solo con que me mirara.

Chay me observa con curiosidad, sin tapujos, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de cuero.

—Estás lleno de sorpresas —me dice.

Reprimo lo que me gustaría contestarle y me escabullo hacia Bram.

—No has tenido suerte, ¿eh? —me suelta con una desquiciante mezcla de lástima y suficiencia.

Aprieto los puños. Estoy tan enfadado que podría darle un puñetazo en toda la cara.

Antes de que yo pueda hacer nada, añade:

—Toma. —Y me pone algo en la palma de la mano.

Es pequeño y duro. Una pastilla redonda, amarilla y más pequeña que la uña de mi meñique.

—Hay otras formas —dice Bram, con los ojos brillantes a la luz del fuego.

—¿Qué cojones es esto?

—Échasela en la bebida. Con esto, ni de coña te rechazará.

Un puto Rohypnol.

No quiero que Anna esté inconsciente e indefensa. Quiero que se monte encima de mí con su larga melena como una cortina a nuestro alrededor, y con una expresión salvaje en su preciosa cara porque mi polla está entrando y saliendo de ella.

Estoy a punto de tirar la pastilla a la arena.

Entonces miro a Leo y Anna, y se me ocurre otra idea.

—Gracias —le digo a Bram.

Encuentro el improvisado chiringuito de bebidas en el límite de la arena y preparo un buen cóctel: poco alcohol y mucho ponche de frutas. Echo la pastilla dentro y agito el vaso para que se disuelva.

Luego busco a mi presa.

La veo de pie junto a su amiga pelirroja, con una camisola de seda. Se nota que se ha esmerado mucho con el pelo y el maquillaje. Qué patético. Todo para nada. Dudo que Leo la haya mirado siquiera una vez.

Me acerco a ellas con la bebida en la mano con naturalidad, como si fuera mía.

—¿Qué? ¿Disfrutando de la fiesta?

Gemma parece sorprendida de que le hable.

—Supongo —dice indecisa.

—¿Y tú? —le pregunto a su amiga.

—Sí. —La pelirroja muestra un poco más de entusiasmo.

—Oye, ¿no ganaste tú la última competición de tiro? —le digo a Gemma.

—Sí. —Frunce el ceño—. Pero ¿cómo lo has sabido?

—Me lo contó Leo. —Es mentira: me lo ha dicho Valon. Pero es demasiado tonta como para darse cuenta de que Leo y yo no hablamos de nada en absoluto, y mucho menos de ella.

—¡Oh! —dice y casi aplaude de alegría—. ¿Te lo contó él?

Gemma le lanza a su amiga una mirada triunfante. La pelirroja frunce ligeramente el ceño, pero no dice nada.

—Hablando de Leo —le digo a Gemma—. ¿Ya lo has felicitado?

—No.

—Pues deberías. —Le pongo la bebida en la mano—. Dale esto. Es su favorita. A ver si quiere brindar contigo.

—¡Vale! —me contesta impaciente y deseosa.

Cruza la arena a toda leche, con su propia bebida y la que yo le

he preparado. La observo con atención para asegurarme de que le da a Leo la correcta.

Se la pone en la mano y le dice algo. Leo la escucha un tanto desconcertado, luego sonríe, se encoge de hombros y levanta el vaso para brindar. Su grupito compacto de amigos lo anima, y luego todos se llevan los vasos a los labios. Leo se bebe el suyo del tirón.

La pelirroja lo observa todo, igual que yo. Luego se vuelve hacia mí, sin apartar de mi cara sus ojos verdes claros, con el ceño más fruncido que nunca y me dice:

—No te lo contó Leo.

La miro con frialdad y le suelto:

—¿Y tú cómo lo sabes? —Y me alejo de ella.

Al pasar junto al altavoz de Anna, le doy un golpe con el codo como por accidente y le echo un poco de arena con el talón mientras sigo mi camino.

CAPÍTULO 12

ANNA

—¿Quieres que vayamos juntas a la fiesta? —me pregunta Chay.

Ya se ha puesto unos pantalones ajustados de cuero y media docena de collares unos encima de otros. Está nerviosa y emocionada. Sé que le gusta un Sicario inglés muy cachas y que espera ir a por él esta noche.

—Ve tú —le digo—. Yo todavía no estoy ni medianamente lista.

La razón verdadera es que quiero ir con Leo. Solo nosotros dos. Pero no quiero decírselo a Chay.

—¿Te importa si te cojo prestado el altavoz? —pregunta—. Queremos poner música.

—Claro. Tú misma.

—Yo también tendría que haberme traído uno a escondidas —refunfuña—. Me daba miedo romper las reglas. La carta de admisión daba miedo. Ojalá hubiese traído más ropa.

—Solo te dejaban llevar una maleta. ¿Dónde la habrías metido?

Chay ya trajo el doble de ropa que cualquier otra persona. Su maleta estaba a punto de reventar. No ha traído ni un solo pijama, pero sí decenas de camisetas *vintage* de grupos de rock y ocho pares de zapatos de tacón diferentes. Todos los días va a clase con tacones de aguja y una variedad de pulseras con tachuelas y cinturones de cadena que tintinean cuando anda.

—Podría haber llevado al menos cinco conjuntos más si me hubiese puesto capas —dice Chay con pena—. Podría haber subido al barco envuelta como una cebolla.

—Te habrías muerto de un golpe de calor —le recuerdo—. El primer día el calor era insoportable.

—¡Habría merecido la pena! —afirma Chay con vehemencia—. Bueno, que me bajo con esto ya, si te parece bien.

—Sí, adelante.

Coge el altavoz, y yo me dirijo a las duchas.

Tardo mucho más de lo normal en arreglarme para la fiesta.

Me lavo y seco el pelo, lo que me lleva una puta eternidad. Mide un metro de largo, es liso como una tabla y fino como los hilos de una tela de araña. Pero merece la pena, porque cuando está limpio y suelto, se desliza por mi piel y brilla como el metal cuando le da la luz.

Me pinto los ojos con una sombra ahumada translúcida que hace que mis iris parezcan más grises que azules. Luego me oscurezco las cejas, me hago la raya con efecto ojos de gato y me dispongo a aplicar el pintalabios negro.

Dudo.

No sé muy bien por qué, pero vuelvo a guardarme el pintalabios en el bolso y me dejo la boca sin pintar.

A continuación, me echo bien de perfume y me pongo mi collar favorito.

Leo me lo regaló cuando solo teníamos ocho años. La cadena es tan fina que sobre mi piel apenas se ve. El colgante es una pequeña luna creciente.

Él solo lleva una joya: un medallón de oro de san Eustaquio que le regaló su padre.

Cuando al fin estoy lista, me dirijo al olivo de tronco retorcido que hay en la esquina noroeste de la torre del homenaje. Leo y yo siempre quedamos allí, porque está exactamente a mitad de camino entre nuestros dormitorios.

Él ya ha llegado y está charlando con Miles y Ozzy. La cara le brilla de contento. Seguro que le está contando a Miles que le han elegido capitán. Aunque no creo que eso sea una novedad para Miles, porque siempre es el primero en enterarse de todo lo que ocurre en el campus. Probablemente ya sabía que el puesto era de Leo incluso antes de que lo anunciaran en el tablón.

—Hola, Cisne Negro —dice Miles al tiempo que me desliza algo en la mano. Miro hacia abajo y veo mi chocolatina favorita: Dairy Milk Marvelous Creations. Es la golosina más rara que se haya inventado jamás: peta zetas y gominolas mezcladas con chocolate. Me chifla.

—Pero ¿cómo coño la has conseguido, Miles? —me río—. Si no las encuentro ni en Chicago…

—Mejor no lo sepas —dice Miles con un tono sombrío.

—Si has tenido que matar a menos de tres personas, ha valido la pena. —La abro inmediatamente y le doy un gran mordisco—. Ay, Dios mío —gimo a la chocolatina—. Cómo te he echado de menos.

Leo sacude la cabeza con cara de asco.

—Esa chocolatina es un crimen de guerra. Es lo peor que nos ha hecho Inglaterra.

—A lo mejor ahora te gusta. —Se la acerco a la cara para

vacilarle—. Ya no eres tan exigente como antes. De hecho, esta semana te vi comiendo salmón.

—Estaba desesperado —admite resignado—. Pero nunca voy a estarlo tanto como para comer chocolate explosivo.

—¿Lo puedo probar? —pregunta Ozzy con mucha curiosidad.

—Claro. —Se lo paso.

Le da un mordisco y mastica como con precaución. Al cabo de un momento, cuando el chocolate se derrite en su lengua y los peta zetas comienzan a estallar, se estremece como si le recorriera la columna vertebral una corriente eléctrica.

—¡Dios, no! —grita mientras me devuelve el resto de la tableta.

—Está buenísimo, ¿verdad?

—Lo odio… y me encanta a la vez. —Sonríe con picardía y pone los ojos en blanco.

—¿Vienes a la playa con nosotros? —le pregunta Leo a Miles.

—Puede que más tarde —responde este—. Tengo que hacer unas cosas antes.

Leo ni se molesta en preguntar qué tipo de cosas. A Miles le encanta dar evasivas.

—Pues nos vemos entonces después —dice Leo.

—¿Y Ares? —le pregunto a Leo.

—No ha querido venir. Dice que está estudiando.

—¿Tú crees que eso es lo que está haciendo de verdad?

—No lo sé —responde Leo encogiéndose de hombros—. Quizá únicamente quiera estar solo en la habitación. Kingmakers no se lo pone fácil a las personas introvertidas.

—Y que lo digas —reconozco al recordar lo cotorra que es Chay. Cuanto más tiempo compartimos habitación, más me gusta. Es sincera, directa y divertida, y no es en absoluto rencorosa. Pero ojalá no sintiese la necesidad de contarme todo lo que le pasa a lo largo

del día.

No puedo decir que me disguste que los únicos que bajemos a la playa de la Luna seamos Leo y yo.

Hace tiempo que Leo no me ve con otra cosa que no sea el uniforme de la uni. Al pasar entre las dos figuras gemelas que custodian los portones de piedra del campus, le pillo mirándome la piel desnuda que no cubre el corsé que me he puesto.

Vuelve a fijar la vista rápidamente en el abrupto camino que tenemos delante, pero sé que me estaba observando de un modo con el que jamás solía hacerlo en Chicago.

Ninguno de los dos dice nada. Hay una tensión extraña en el aire, como una brisa que se oye, pero que aún no la sientes en la piel.

Algo va a pasar esta noche. Estoy convencida.

No tengo ninguna razón para afirmarlo, pero igualmente me late el corazón a toda velocidad. Leo tiene un aspecto esbelto y poderoso, sigiloso por el camino a la luz de la luna. Exuda tanta energía que casi vibra.

Debería estar acostumbrada a su belleza, porque lo conozco de toda la vida. Pero es todo lo contrario: Leo es todo lo que para mí debe ser un hombre. Alto, musculoso, que camina con la elegancia de un león. Sus ojos color ámbar y su piel tan bronceada le aportan un aspecto exótico. Podría ser de cualquier parte del mundo. La piel y el pelo le brillan saludables y llenos de vida. Y cada vez que sonríe, le relucen los dientes entre esos labios carnosos.

—¿Qué estás mirando? —pregunta.

—Te estoy mirando a ti —respondo con sinceridad.

—¿Por qué?

Respiro hondo, a ver si me armo de valor para decir lo que pretendo.

—Me da la sensación de que las cosas han cambiado desde que llegamos a Kingmakers.

Leo me mira, esta vez muy serio.

—¿Que han cambiado entre tú y yo?

—Sí.

Sigue un largo silencio en el que el corazón me late tan fuerte contra las costillas que me parece que me va a salir un cardenal por dentro.

—Creo que tienes razón —admite Leo en voz baja.

Hemos dejado de caminar y estamos parados en medio del sendero, uno frente al otro. Solo hay unos treinta centímetros de distancia entre nosotros. De repente, la temperatura de la noche parece haber subido veinte grados. Lo suficiente como para que la piel me haya empezado a sudar ligeramente.

Nunca había visto a Leo mirarme así. Es como si estuviese… casi asustado. Y a Leo no le asusta nada jamás.

Se humedece el labio inferior con la lengua y abre la boca, como a punto de decir algo. Entonces alguien grita: «¡Leo!».

Matteo Ragusa y Emile Girard vienen corriendo por el camino, seguidos de cerca por un par de chicas de nuestro curso.

—¿Has visto el numerito que ha montado Bram porque no le han nombrado capitán? —dice Matteo alegremente—. Le ha dado un puñetazo a una ventana y se ha cortado el brazo, el muy gilipollas. Ha tenido que ir a la enfermería a que le pusieran puntos.

Leo me acerca a él un momento y me susurra al oído:

—Quiero terminar nuestra conversación después. —Luego me suelta, se ríe a carcajadas y dice—: Dios, lo que pagaría por que eso estuviese en vídeo.

—De todos modos, no lo iba a conseguir —dice Matteo—. Saca unas notas de mierda.

—Es buen tirador y en las clases de buceo le fue bien —dice Emile.

—Pues es obvio que no lo suficiente —se ríe Matteo.

Seguimos descendiendo en grupo por el camino. Matteo y Emile flanquean a Leo, y yo voy detrás sola, entre los chicos y las chicas. Leo me mira varias veces, pero Matteo y Emile no dejan de hablarle por ambos lados.

Estoy medio decepcionada, pero aliviada a la vez. Estaba tan nerviosa que casi me dieron ganas de vomitar. Quizá sea mejor tomar algo primero, antes de intentar retomar el tema.

Tardamos casi media hora en llegar a la playa. Hay que atravesar un viñedo y luego bajar por una empinada pendiente para volver al camino. No hay farolas en ninguna parte de la isla, así que todo esto lo hacemos a oscuras y nos tropezamos todo el rato con piedras y matojos que no hemos visto.

Oímos la música mucho antes de llegar. Chay ha puesto mi altavoz con una de mis listas de reproducción. Escucho el crepitar de una hoguera y el constante batir de las olas en la orilla. Algunos ya están gritando y riendo a carcajadas y, aunque la fiesta acaba de empezar, tienen pinta de estar ya un poco pedo.

En cuanto pisamos la arena, varias personas gritan el nombre de Leo y se acercan corriendo a él para hablar de la competición. Los de primero están emocionados. Si alguien es capaz de lograr que ganemos, ese es Leo. Los de segundo y tercero que están en la fiesta se ríen sin tapujos de nuestras expectativas.

—Os van a dar una puta paliza —nos comenta Damari, el hermano de Matteo.

—Puede —sonríe Leo—. Pero me gustan más mis posibilidades que las vuestras.

Calvin Caccia cruza los brazos sobre el pecho y frunce el ceño.

Lo han elegido capitán de los de tercero. Y seguramente sienta una rivalidad adicional con Leo, ya que él también está en camino de convertirse en Don, solo que en Nueva York en vez de en Chicago. En el pasado, los Gallo y los Caccia hicieron negocios juntos. Es probable que Calvin y Leo tengan que competir fuera de Kingmakers. Y el resultado en el Quartum Bellum podría marcar la pauta de esos encuentros.

—¿Y eso por qué? —pregunta Calvin con su voz grave.

Leo se encoge de hombros y sonríe con naturalidad.

—Yo siempre apuesto por mí mismo.

—¿Te gustaría apostar en la primera prueba? —dice Calvin, con su rostro cuadrado muy serio.

Sin inmutarse, Leo le contesta con una sonrisa:

—¿Qué tipo de apuesta?

—Si mi equipo queda por delante del tuyo en la primera prueba —dice Calvin—, el perdedor va desnudo a desayunar al día siguiente.

Leo se ríe.

—Esa es una apuesta en la que solo puedes ganar, Calvin. O me vences en la prueba o me ves desnudo.

La comisura de los labios de Calvin se curva en una leve sonrisa y alarga su mano grande y callosa para estrechársela a Leo, que le devuelve el apretón con la misma fuerza.

—Como si necesitases más presión —le digo a Leo después de que Calvin se haya alejado para rellenar su vaso.

—Me gusta que el interés no decaiga. —Leo abre la boca para decir algo más, pero varios compañeros de clase recién llegados le interrumpen al segundo para elucubrar sobre lo que está por venir.

Les dejo ahí y me dirijo a la hoguera para tomar una copa.

Chay está toqueteando mi altavoz a ver si consigue cambiar la lista de reproducción.

—Está repitiendo las mismas seis canciones todo el rato. ¿Cómo hago para que…?

—No te has metido en la lista completa. Estás en la de más escuchadas. Anda, déjame…

El sistema es antediluviano. Me fue casi imposible encontrar un equipo de música que funcionara con pilas. Kingmakers tiene un generador enorme para la luz eléctrica y otros sistemas que necesiten energía, pero apenas hay enchufes en todo el campus. Eso lo hacen para disuadir a los estudiantes y que no metan móviles, tabletas o demás de extranjis. Todos los trabajos los tenemos que escribir a mano, y las únicas noticias que recibimos son gracias a las llamadas de teléfono y las cartas que llegan de casa. Hasta los teléfonos son una hilera de cabinas que solo se pueden usar para llamar los sábados y domingos. No se pueden recibir llamadas, excepto a través de la oficina principal.

—Ya está —digo en cuanto logro cambiar la lista de reproducción.

Y al segundo, comienza a sonar mi canción favorita. La he escuchado mil veces, pero nunca me canso.

—¡Gracias! —dice Chay.

—No hay problema. ¿Llevas aquí mucho tiempo?

—Como una hora. Sam aún no ha llegado. —Chay pone morritos.

—¿Dijo si vendría?

—Sí. Viene a todas las fiestas. Fue él el que montó el fiestón en el torreón de entrada la semana pasada.

—Ah, qué bien —digo intentando ser educada. No entiendo el atractivo de Sam Underhill. Es el típico payaso de la clase, siempre dispuesto a hacer el ridículo a cambio de unas risas. Sin embargo, a Chay parece que le encanta, así que supongo que ha tenido efecto.

Noto que alguien me mira y levanto la vista pensando que es Leo.

Pero a quien veo es a Dean Yenin al otro lado de la hoguera, que no aparta sus ojos de mí. En cuanto cruzamos miradas, empieza a caminar hacia mí. Me dan ganas de salir huyendo, pero no me muevo.

Dean no se detiene hasta que está justo delante de mí, con el pecho a pocos centímetros del mío, así que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Cuando Dean no sonríe, tiene cara de rabia, así que me doy cuenta de que Chay nos observa con curiosidad para saber si Dean quiere ligar conmigo o pelearse.

—Te estaba esperando —dice con su franqueza habitual.

Siento cómo me pongo roja, por mucho que trate de evitarlo. Odio que Dean tenga la habilidad de sacarme los colores. Suelo controlar muy bien mis reacciones.

—Baila conmigo —me exige.

—No voy a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Ya sabes por qué.

Los dos podemos ver a Leo a nuestra derecha, todavía rodeado de amigos, riendo y bromeando. Como Dean intente bailar conmigo delante de sus narices, no creo que Leo siga mucho más tiempo a su bola. Sé que Dean odia a Leo. Y no pienso permitir que me utilice para iniciar una pelea.

—Él no tiene nada que ver con esto.

Dean extiende la mano y me coge de la muñeca con esa velocidad alarmante que tiene. Tengo que girar la muñeca con fuerza para liberarme de su agarre y, en cuanto lo consigo, me alejo rápidamente de él antes de que me vuelva a agarrar. Antes de que monte una escena delante de toda esta gente.

Me arde la cara, y no entiendo qué coño cree que está haciendo. Pensaba que Dean y yo habíamos llegado a una especie de entente cordial. Terminamos el trabajo de banca sin discutir apenas. De hecho, sacamos un diez. Pensé que eso era la demostración de que, si bien no podíamos ser amigos, al menos no teníamos por qué ser enemigos.

Pero ahora intenta volver a crear movidas con Leo.

Y en ese momento, recuerdo por qué.

El puesto de capitán. Lo han anunciado hoy. Dean debe de estar cabreado porque se lo han dado a Leo y no a él. Es lógico. No me imagino a Dean recibiendo órdenes de Leo con ilusión. Lo mismo le pasa a Bram.

Leo lo va a tener jodido para ganar con la mitad de su equipo amotinado.

Me gustaría hablar con Leo de esto. En realidad, quiero hablar con él sobre muchas cosas, pero hay tanta gente a su alrededor que solo logro captar su mirada, que me devuelve con una cálida sonrisa de disculpa.

En cualquier otra ocasión, no me importaría que Leo fuera tan popular. Quiero que reciba todo el amor y la atención del mundo. Pero ahora mismo me noto ansiosa por ese momento tácito e inconcluso que hemos tenido y que me corroe por dentro.

—¡Todo son juegos de guerra! —dice Matteo moviendo los brazos con tanta fuerza que se le derrama la bebida y le moja la manga—. Los mayores tendrán más experiencia, evidentemente, pero si nosotros podemos…

No llego a oír el brillante plan de Matteo, porque Gemma Rossi se abre paso hasta el centro del grupo, con dos vasos de plástico rojos en las manos.

—¡Leo! —dice—. ¡Me han dicho que te han nombrado capitán!

¡Enhorabuena! ¡Seguro que contigo al mando, ganaremos!

Ella le mira con un intenso batir de pestañas. Al pasar me ha pisado, y ahora mismo me estoy arrepintiendo bastante por no haberle puesto la zancadilla después, como tenía pensado. Se habría caído de morros por tener las manos ocupadas.

—¡Un brindis por Leo! —dice alegremente mientras le planta a Leo una de las bebidas en la mano.

Leo me mira, porque sabe que estoy a punto de poner los ojos en blanco. Pero no lo hago. En este momento, no tengo ganas de ser sarcástica ni divertida. Solo estoy… nerviosa.

Todos levantan sus bebidas improvisadas: las polvorientas botellas de cerveza artesanal que se fabrica en el castillo y que se supone que son para los profesores, pero que los estudiantes a menudo roban; el vino que elaboran en el viñedo al sur del campus, cuyas botellas lucen una etiqueta de Visine Dvorca; y los cubatas mezclados con alcohol de contrabando que los estudiantes traen a escondidas en las maletas o que les compran a precios exorbitantes a los pescadores que van y vienen con suministros para la isla.

Yo no tengo copa. Leo me ofrece la suya, pero yo niego con la cabeza. Así que choca él solo su vaso con todos los demás y se bebe de un trago lo que Gemma le ha traído con una sonrisa, mientras el resto brinda por él.

Leo baja el vaso y se relame los labios con agrado.

—Que ya te lo digo: todo se reduce a la teoría de juegos —dice Matteo.

—Que no, que es pura aptitud física —argumenta su amigo.

En ese momento, la música se corta de golpe. Vuelve a sonar poco después, pero como apagada y distorsionada.

Miro a mi alrededor para ver si Chay me está jodiendo el altavoz otra vez. O tal vez sea el tan ansiado Sam, que al fin ha llegado y se

dedica a lanzar un balón de fútbol con Kasper Markaj de un lado a otro por la arena, sin importarle quién o qué se interponga entre ellos.

Chay no está por ninguna parte, y el equipo de música tampoco. El montón de madera donde estaba apoyado, ahora no sostiene nada.

Me acerco hasta la hoguera cagándome en todo para ver qué coño ha pasado.

Sigo los chirridos que hace hasta dar con el altavoz medio enterrado en la arena. Algún idiota debe de haberlo tirado. Seguro que ha sido Sam.

Recojo el altavoz, paro la música para poder quitarle la carcasa exterior, saco las pilas y trato de quitarle la arena. No tendría que habérselo dejado a Chay. Como se haya roto, a ver cómo demonios ensayo por las mañanas.

Tras veinte minutos de minuciosa limpieza, estoy bastante convencida de que he sacado hasta el último grano de arena. Con la uña vuelvo a atornillar la carcasa y después compruebo si sigue funcionando.

La lista de reproducción se reanuda exactamente en el mismo punto, gracias a Dios. Lo bueno de los aparatos electrónicos antiguos es que los fabricaron como si fueran tanques. A prueba de golpes y zambombazos.

Me pongo de pie triunfante y me quito la arena de las manos.

Han venido muchos más a la fiesta, y ahora la playa está llena de gente. Están todos lo suficientemente borrachos como para creerse que saben bailar, así que se ponen a gritar y a silbar cuando vuelve a sonar la música.

Las parejas se escabullen entre los matorrales que rodean la playa, y arrastran mantas con ellas para poder tumbarse en la arena

y quitarse toda la ropa que quieran.

Algunas de las parejas no son parejas, sino dos tíos con una tía bastante borracha. Ya me he acostumbrado a esta imagen en Kingmakers, porque el equilibrio de género no puede ser peor.

Se supone que no podemos liarnos entre nosotros. Algunas de estas chicas ya están comprometidas para casarse con otras familias de la mafia. Algunos chicos también. Pero, como aquí no hay nadie que los detenga, está claro que han decidido jugársela.

Los días en los que se esperaba que llegaras virgen al día de tu boda han quedado muy atrás. En la época de mis padres, algunas familias de la vieja escuela todavía exigían un examen médico para demostrar que la mujer estaba «intacta». Ahora solo hay que someterse a una prueba de embarazo. Lo único que les importa a las familias es que sus herederos sean parientes consanguíneos de verdad.

Hasta mi tío Callum tuvo un matrimonio concertado con la tía Aida. Cualquiera lo diría, con lo obsesionados que están ahora el uno con el otro.

Yo me puedo inspirar en muchos ejemplos que tengo a mi alrededor de felicidad conyugal. Como la tía Riona y el tío Raylan, en Tennessee con todos sus hijos. Son una pareja muy curiosa: ella es una implacable abogada, y él es puro encanto sureño. Sin embargo, está claro que se adoran.

Por no hablar de mis padres, que están más enamorados que cualquier otra pareja que conozca.

A lo mejor tengo el listón demasiado alto, porque, si algún día me caso, lo único que quiero es una devoción absoluta por parte de mi futura pareja. ¿Quién podría estar a la altura?

En mi vida, solo hay una persona que nunca me ha decepcionado.

Busco a Leo entre la multitud de la playa, pero es como si hubiese desaparecido.

A Leo y a mí nos criaron como primos hermanos, aunque no lo somos. Nuestros padres nos veían como familia, y se daba por sentado que nosotros nos veríamos de la misma manera.

Lo conozco desde que nací. Y sí que crecimos juntos, por lo que debería verle como a un hermano…

Pero no es así.

Y cada día lo tengo más claro.

Estos sentimientos que tengo…, estos impulsos…, no se van. Cuanto más lucho por reprimirlos, más fuertes se vuelven, una y otra vez, como una hidra con cien cabezas. Corto una y le vuelven a crecer dos más.

Creo que Leo también lo siente. Al principio, pensaba que no. Pero renunció a la beca de Duke para venir conmigo a Kingmakers, a pesar de que a su madre no le hacía ni la más mínima gracia. Y desde que llegamos, las cosas han cambiado. He visto cómo me mira. Me fijo en lo celoso que se pone cuando me habla Dean.

Esta noche he sentido algo entre nosotros. Y sé que él también.

Quiero terminar nuestra conversación. Miro a mi alrededor. ¿Cómo ha podido desaparecer tan rápido? ¿Y dónde? Camino hacia el agua, pero a nadie con dos dedos de frente se le ocurriría nadar aquí, aunque estuviese borracho como una cuba.

Regreso a los acantilados y aguzo la vista hacia el empinado sendero para ver si por alguna razón ha regresado por allí.

Doy toda la vuelta a la hoguera, y me pregunto si no lo habré perdido de vista con tantos estudiantes aquí. Es difícil abrirme paso entre la gente, sobre todo cuando Chay no dejar de intentar arrastrarme para que baile con ella, y Matteo trata de preguntarme una gilipollez sobre un examen de historia que tenemos en breve.

El único lugar en el que no he comprobado si está Leo es en los matorrales y árboles que rodean la playa.

Se me están llenando las botas de arena. Me las quito, las vacío y me las cuelgo al hombro por los cordones. Camino descalza, y me asomo a los matorrales para ver si está aquí.

Lo único que veo son parejas restregándose encima de mantas o dándose el lote apretadas contra los árboles.

Estoy a punto de dar media vuelta cuando oigo un gemido que me estremece.

Aunque nunca le he oído emitir un sonido así, reconocería la voz de Leo en cualquier parte.

Me giro y miro a través de la oscuridad hacia un grupo de árboles particularmente poblados.

Ahí está Leo, recostado contra el tronco de un almendro, con la cabeza hacia atrás y los ojos medio concentrados en las hojas de arriba.

Gemma está de rodillas delante de él, chupándole la polla con ahínco. Oigo los sonidos húmedos de su boca y veo cómo se le balancea el pelo oscuro mientras su cabeza se mueve arriba y abajo.

Se me revuelve tanto el estómago que casi me pongo a vomitar ahí mismo, en la arena. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para tragar saliva y reprimir el llanto que quiere brotar de mi interior.

Lo único en lo que puedo centrarme es: «Que no me vea. Que no me oiga».

Así que todo lo que siento —este dolor tan intenso, tan denso, tan frío, tan envenenado— tengo que guardármelo en mi interior, donde sangra por cada parte de mi cuerpo y se extiende a cada célula.

Nunca me había sentido tan decepcionada.

A cada paso que doy por el largo y oscuro sendero hacia el castillo, lucho por no llorar.

CAPÍTULO 13

LEO

Ahora mismo tengo un sueño alucinante.

He ganado la prueba final del Quartum Bellum. Estoy rodeado de todos los estudiantes de Kingmakers, que me suben en hombros y corean mi nombre.

Oteo por encima de la multitud y veo a Anna allí de pie, mirándome. Sus ojos azules brillan como estrellas. Me sonríe; qué orgullosa está de mí, joder.

Me abro paso entre la multitud para llegar hasta ella, la levanto y la hago girar. Su larga melena se arremolina a su alrededor como cuando baila.

La vuelvo a poner en el suelo, y ella me mira como lo hizo cuando estábamos en el sendero a oscuras, de camino a la fiesta. Tiene la misma expresión en su rostro: asustada pero esperanzada. Y me doy cuenta de que me quiere. Siempre he sabido que me quería. Pero esto es algo más, no el cariño de una prima o de una amiga. Es el amor de un alma gemela. De una mujer que me desea

tanto como yo a ella.

La beso, tal y como me he imaginado que haría al principio de la noche. Toco esos labios suaves y cálidos con los míos y saboreo su dulzura.

Deslizo mi mano por su espalda y la rodeo con mis brazos.

Y entonces, a nuestro alrededor todos desaparecen, porque Anna me lleva de la mano y me arrastra en dirección al bosque. Me recorre el pecho con los dedos, que bajan por mi vientre y tocan ligeramente el botón de mis vaqueros. Está haciendo lo que fantaseé aquella noche en mi cama. Esta vez, no tengo que sentir vergüenza ni culpa, porque soy consciente de que solo es un sueño, aunque parezca tan real.

Me empuja contra el árbol y se arrodilla delante de mí. Siento cómo sus suaves manos juguetean con el botón de mis vaqueros y me bajan la cremallera para liberar mi polla. Y a continuación, me envuelve la polla con esa boca cálida y húmeda.

Miro hacia arriba, a un entramado de hojas y ramas, con estrellas diminutas entre ellas. Pero las estrellas no están quietas. Dan vueltas y vueltas alrededor de mi cabeza, y me mareo, con ganas de vomitar.

Tener la boca de Anna en mi polla me sienta bien, pero el resto de mi cuerpo no le acompaña para nada. Me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto. Es como si no controlara ni mis brazos ni mis piernas. Mis manos cuelgan a los lados y se me cae la cabeza hacia el hombro.

Oigo un sonido húmedo y repetitivo, como si un perro me estuviese lamiendo. Ya no tengo la polla dura. Me encuentro demasiado mal.

—¿Te pasa algo? —pregunta una voz.

Echo la cabeza hacia delante para poder mirar hacia abajo.

Me mira una cara extraña. No es la cara de Anna. Esta chica tiene el pelo negro, no rubio, y sus ojos son más oscuros que los de Anna. Son planos y brillan en la penumbra. Agachada ahí, mirándome con la cara toda mojada y el maquillaje hecho una mierda, tiene un aspecto espeluznante.

—¿Qué estás haciendo? —murmuro.

—¿Cómo que qué estoy haciendo? —se ríe la chica—. ¿Tú qué crees?

Me coge la polla flácida y se la vuelve a meter en la boca. La chupa y la sorbe, a ver si le devuelve la vida. Pero me siento como si me estuviesen devorando vivo.

—Déjalo ya. —Intento apartarla.

Me noto la mano como un guante vacío en el extremo de un fideo. No puedo controlarla.

Y tengo la voz pastosa. «Déjalo ya» suena más bien como «deloyá».

Parece que no me ha oído y continúa. El movimiento de su cabeza hace que mi cuerpo se balancee. Me marea.

—Para —le digo con menos fuerzas todavía.

Esta vez me entiende, o al menos lo suficiente como para apartarse y sentarse sobre los talones.

—¿Qué te pasa? —dice.

Ahora que puedo moverme, me alejo del árbol. Pero subestimo lo mucho que necesitaba estar apoyado ahí. Me caigo de rodillas y me pongo a cuatro patas. Es demasiado movimiento para mi estómago. Empiezo a vomitar en el suelo.

—Pero ¿cuánto has bebido? —pregunta la chica, entre cabreada y preocupada.

No sé cuánto he bebido. No me acuerdo.

El principio de la noche se me desvanece. No sé cómo he llegado

aquí ni qué está pasando. Si me concentro mucho, puedo recordar que la chica se llama Gemma y que vamos juntos a clase de buceo. Pero todo lo que ha pasado justo antes de este momento está en una neblina oscura y punzante.

—Tengo que irme —le digo.

—No creo que llegues muy lejos —asegura Gemma.

Abro la boca para responder, pero lo único que me sale es más vómito.

CAPÍTULO 14

DEAN

Sigo a Anna de vuelta a Kingmakers.

Mantengo una buena distancia entre nosotros para que no me oiga.

Sinceramente, ahora mismo no creo que oyese ni una banda de música, aunque la tuviese detrás. Va dando tumbos, sin su elegancia habitual.

No me gusta verla así. Me duele hacerle daño. Pero me duele más pensar que está triste por el puto gilipollas ese de Leo Gallo. Él no se merece la devoción que siente por él. Solo tardó treinta minutos en largarse a los árboles con Gemma Rossi. No hay una droga en el planeta que a mí me pueda distraer de Anna.

La observo en todo momento, desde la playa hasta el castillo. Sube por el sendero como un pájaro blanco, con el pelo ondeando tras ella. Y yo la persigo como un cazador con la flecha preparada.

Cuando atraviesa los portones de Kingmakers, me fijo en qué dirección toma.

Tal y como esperaba, gira a la izquierda y se aleja de los dormitorios. Sé perfectamente a dónde va.

Pasa entre el torreón de entrada y los invernaderos, y luego se mete por el espacio entre el comedor y la fábrica de cerveza. Gira de nuevo bruscamente a la izquierda, pasa por delante de la torre de la biblioteca y corre hacia la catedral, en el extremo oeste del campus.

La catedral parece un esqueleto, y resulta espeluznante a la luz de la luna.

El gran rosetón encima de las puertas dobles nos observa como un ojo siniestro.

Anna no lleva el altavoz. Se lo ha olvidado en la fiesta. Pero ha venido aquí de todos modos, porque este es su santuario.

Ella ya está en el interior cuando yo llego a las puertas. Al entrar, me espero oír sus sollozos resonando en las paredes de piedra.

Sin embargo, solo hay silencio.

Camino sin hacer ruido por la nave y busco con la mirada cualquier rastro de Anna entre los espacios en penumbra. Hace tiempo que sacaron todo el mobiliario de la catedral: no hay bancos, ni altares, ni sagrarios. Hasta las palomas están calladas, dormidas en las vigas.

Por fin veo a Anna, sentada en el suelo de piedra del presbiterio con las rodillas recogidas contra el pecho, los brazos alrededor de las espinillas y su melena rubia platino como un sudario a en torno a ella.

—Anna —digo.

Mi voz resuena en el espacio vacío, aunque lo haya dicho en voz baja. Alza los ojos para encontrarse con los míos. Pero incluso en ese momento veo que en realidad esperaba a Leo. Pensaba que era él quien había venido a buscarla. Y en su rostro aparece una dolorosa decepción cuando ve que soy yo.

Se pone de pie de un salto y se echa el pelo hacia atrás por encima del hombro. Me parece increíble que, incluso ahora, trate de mantener la compostura.

Siento una admiración desbocada por esta chica que se niega a mostrar ni una sola grieta en su coraza, hasta cuando yo sé que está a punto de desmoronarse.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Y a continuación, lo oigo, aunque ella se esfuerce en ocultarlo: le tiembla ligeramente la voz.

Cruzo la estancia en tres pasos y la abrazo.

La acerco a mi pecho y le acuno la cabeza en mi mano, apoyando su mejilla contra mi corazón. Ella intenta alejarse, pero la tengo fuertemente inmovilizada con el otro brazo alrededor de su cuerpo.

La obligo a buscar consuelo en mí.

Ella se resiste, pero no demasiado. Está destrozada por lo que ha pasado. Ha perdido todas sus fuerzas.

Pasado un momento, se rinde.

Deja de resistirse y permite que la abrace.

Inhalo el aroma de su cabello, humeante por el fuego, pero aún fresco y limpio por debajo.

La abrazo con energía para que sienta el calor de mi cuerpo, la fuerza de mis brazos, el temblor de mis músculos, que delata cuánto tiempo y con qué intensidad he deseado hacer esto.

Entonces ocurre algo mágico, algo que no podía prever: Anna empieza a llorar.

Llora como si se le estuviese rompiendo literalmente el corazón. Sus lágrimas me empapan la parte delantera de la camisa, y le vibra todo el cuerpo. Cuando me mira, tiene los ojos brillantes y húmedos, y le tiemblan los labios.

Veo la oportunidad y la aprovecho sin dudar. Beso esos labios suaves y devastados.

CAPÍTULO 15

ANNA

A la mañana siguiente, me salto el desayuno porque no quiero ver a nadie.

Da igual, porque Leo me acorrala fuera de la torre de mi dormitorio en cuanto salgo por la puerta, como si llevara horas esperándome allí.

Tiene muy mal aspecto. Está despeinado y con ojeras. En cuanto me ve, corre hacia mí y me inmoviliza contra la pared con su corpulencia para que no pueda escapar.

Intento escabullirme:

—Ahora no puedo hablar. Tengo que ir a la biblioteca. —Es una excusa de mierda, que Leo no se traga ni por un segundo.

—Anna, por favor —me suplica—. Anoche no sé qué pasó.

—Yo sí.

No quería tener esta conversación, pero ahora que me obliga a tenerla, los recuerdos de la noche anterior regresan a mi mente con más intensidad que nunca. Le veo apoyado contra ese árbol, con la

cabeza echada hacia atrás por el placer, y escucho, como si los tuviese en mis oídos en este momento, los ruidos que hacía Gemma al chupársela.

Anoche, solo sentía dolor. Pero esta mañana, ese dolor se está convirtiendo en amargura.

Sé que Leo y yo no estamos saliendo. Sé que nunca nos hemos dicho nada al respecto el uno al otro. Pero, con la misma claridad, sé que había algo: que nos entendíamos, que había una intención de algo más. No era solo cosa mía.

Y también sé que a Leo le importó una mierda. En cuanto tuvo la oportunidad de irse al bosque con Gemma, la aprovechó. Ni se paró un instante a pensar en mí.

—Te vi —le digo sin apartar los ojos de él—. Vi cómo le dejaste a esa zorra que te chupara la polla.

En realidad, no me parece bien llamar zorra a Gemma. Al fin y al cabo, ella no tenía ni idea de la fantasía que yo me había montado en la cabeza sobre cómo iría mi noche. No tenía ninguna responsabilidad conmigo. Ni siquiera somos amigas.

Es Leo el que me ha hecho daño, no ella. Pero, en mi estado iracundo, empleo las palabras más crueles que se me ocurren y se las dedico mentalmente tanto a Leo como a ella.

Leo sí que es una puta. Le encanta llamar la atención siempre que puede. Desconoce por completo qué es la fidelidad o el amor.

Tartamudea y se le traban las palabras. Nada que ver con su aplomo habitual.

—Estaba muy borracho —dice—. Te juro que no quería hacerlo. No sé ni cómo sucedió.

Lo miro como si ni siquiera le conociera.

—Menuda excusa más patética.

—¡Ya lo sé! —exclama—. ¡Sé que lo es! Nunca había perdido el

control de esta manera. No entiendo nada.

Los intentos que hace por explicarse me cabrean todavía más.

—No quiero oírlo —le digo furiosa—. Te puedes follar a quien te dé la gana. Pero a mí me dejas al margen.

—Anna… Lo sé… Yo quería…

Balbucea sin saber qué decir, incapaz de expresar lo que quiere en realidad. Ya sé lo que trata de contarme: se arrepiente de no haber tenido más tacto, de no darse cuenta del daño que me haría.

Pero ese es el problema de Leo: lo desconsiderado que es, joder.

Trato de apartarlo de nuevo, y él, desesperado, me grita:

—¿Dónde fuiste anoche?

—Me largué.

—¿Volviste sola?

Todas esas preguntas no hacen más que tocarme las narices. No soporto que Leo se ponga en plan protector después de haberme destrozado el corazón.

Además, una parte diminuta pero horrible de mí quiere que él también sufra. Así que le suelto:

—No. No estaba sola.

Leo percibe en mi voz la amenaza. Frunce el ceño.

—¿Y con quién estabas?

En realidad, no dudo que quiera saber la respuesta.

Miro su hermoso rostro. El rostro que he amado toda mi vida. El rostro al que jamás, ni una sola vez, he intentado arrastrar de la felicidad a la tristeza.

Sé que debería tranquilizarme y pensar un día o dos en todo esto. Por eso no bajé a desayunar: porque quería evitar esta conversación hasta poder tenerla en un estado mental más racional.

Pero la otra parte de mí, la parte que llamó zorra a Gemma, la parte enfadada, vengativa y autodestructiva…, esa parte sí que

responde a Leo, y las palabras brotan de mis labios antes incluso de que se hayan formado en mi cerebro.

—Estaba con Dean Yenin.

Leo se me queda mirando fijamente.

Me arrepiento. Me arrepiento de haberlo dicho. Me arrepiento de haberlo hecho. Me arrepiento de todo lo que está pasando.

«Demasiado tarde», pienso.

Cuando lo asimila, su rostro se nubla como si estuviese detrás de una nube oscura que pasa por delante del sol.

—Con Dean…

Lo dice en voz baja y ronca. Se parece demasiado al ruido que emitió anoche cuando estaba con Gemma. Cuando giré la cabeza hacia él en la oscuridad, porque reconocería el sonido de Leo en cualquier lugar.

Ira, miedo, tristeza, arrepentimiento… Me siento invadida por ellos una y otra vez hasta que ya no sé ni lo que quiero ni lo que siento.

Arrepentimiento, tristeza, miedo…, ira.

Levanto la barbilla de forma salvaje y desafiante:

—Así es.

—¿Qué quieres decir con que estabas con él?

—¿Qué crees que quiero decir? —Las palabras salen sin control de mi boca—. Puedo hacer lo que me plazca. Soy libre, igual que tú. ¿O no, Leo? Al fin y al cabo, solo somos «primos».

Escupo esta última palabra como si la odiase.

Quizá sí la odio.

Quería asestarle un pequeño golpe a Leo, para vengarme por cómo me hizo sentir. Pero no sopesé lo furioso que se pondría. Los ojos le arden como fuego amarillo, y ahora me tiene contra la pared de piedra al pie de la escalera, con los puños apretados a los

costados y su largo cuerpo temblando de pies a cabeza.

—¿Estás loca? —me susurra—. No vas a salir con Dean Yenin.

—¿Y a ti qué te importa con quién salgo? —le informo—. No eres mi jefe.

Leo está más pegado a mí que nunca en toda nuestra vida. Su pecho me aplasta y su muslo me clava la cadera contra la pared. Se le contrae la mano, y está tan enfadado que creo que podría agarrarme del cuello. Está desesperado y se está desmoronando. En este momento, ninguno de los dos somos nosotros mismos, y mucho menos las personas que normalmente somos el uno con el otro.

Leo me grita con la cara a escasos centímetros de la mía:

—¡Es nuestro enemigo! ¡Y solamente te está utilizando para vengarse de mí!

Me río en su cara.

—¿En serio te piensa que todo el mundo gira a tu alrededor? ¿Tan imposible de creer te resulta que le pueda gustar a alguien?

—¡No seas ridícula! —dice Leo—. No tiene nada que ver con eso. Se trata de Dean. Es repugnante, manipulador, intrigante…

Le interrumpo.

—No quiero oírlo. Estoy harta de esa estúpida rivalidad. Y estoy harta de que creas que puedes controlarme cuando tú haces lo que te da la gana.

Trato de escabullirme por debajo del brazo de Leo, y él intenta agarrarme para que no me mueva.

Esta vez le empujo con más fuerza que en toda mi vida. Esta no es una pelea de broma; es mi forma de decirle que, como no me quite las putas manos de encima, le romperé la muñeca.

Los dos respiramos con dificultad. Nunca había visto esa expresión en la cara de Leo. Es un extraño para mí. No lo conozco, y él no me conoce a mí.

—Para —le susurro.

Él duda. Por primera vez en su vida.

En este momento, parece un niño pequeño confundido.

Me alejo de él y, en esta ocasión, no intenta detenerme.

Esa tarde de domingo es larga y solitaria. Normalmente, Leo, Ares y yo hacemos los deberes en la biblioteca o bajamos juntos al pueblo, jugamos a las cartas con Miles y Ozzy o robamos frambuesas del invernadero.

Hoy no me apetece hacer nada de eso. Ni siquiera puedo bailar porque me he olvidado el altavoz en la habitación, y Chay lleva durmiendo todo el puñetero día después de volver a las cinco de la mañana. Tenía arena en el pelo y la camiseta del revés, así que supongo que Sam dejó de jugar al fútbol el tiempo suficiente como para fijarse en ella, o Chay se fijó en alguien igual de interesante.

Antes de que aparezca nadie más, me aseguro de llegar al comedor en cuanto empieza el servicio de cena. Cojo un bollo recién hecho y dos manzanas para poder largarme a comer a otro sitio. No solo trato de evitar a Leo: tampoco soporto la idea de ver a Dean.

Ni de coña me creo lo que Leo dijo sobre que Dean me estaba utilizando para acercarse a él. Dean no me ha preguntado ni una sola vez ni por Leo ni por nadie de la familia que podamos tener en común. Más bien es al contrario: evita el tema. Y le he pillado mirándome las veces suficientes como para saber que lleva un tiempo interesado en mí.

En todo caso, soy yo quien lo usó anoche a él para sentirme mejor. Y he sido yo la que lo ha usado para poner celoso a Leo esta mañana. Me siento culpable por eso. No sé cómo decirle a Dean que solo fue un momento de debilidad y que él y yo no vamos a salir

juntos. Si es que eso es lo que él quiere.

Me como el bollo y una de las manzanas de camino a la torre de la biblioteca.

Ni me hace falta atravesar las puertas para saber que la biblioteca estará vacía. Hace un tiempo cálido y agradable, y los demás estudiantes aprovechan la oportunidad para jugar bajo el sol o recuperarse de la resaca con la brisa marina.

Mientras subo las escaleras de caracol que llevan al interior de la torre, prácticamente puedo sentir el peso de diez mil libros que crujen y rugen en las antiguas estanterías que tengo encima de mí. En el ambiente se respira la acumulación de los pensamientos de tantas personas que murieron hace mucho tiempo y que dejaron sus palabras susurrando entre las páginas.

Me paseo por la alfombra persa y veo a la señorita Robin en su posición habitual detrás del mostrador principal, con la cabeza inclinada sobre media docena de planos arquitectónicos desplegados, con la tinta tan descolorida que bien podrían haberlos escrito con té derramado.

Entorna los ojos para mirar el papel amarillento, con la nariz a apenas unos centímetros de la página, y recorre con su dedo largo y delgado una pequeña inscripción mientras trata de leer una anotación minúscula.

Me aclaro la garganta para no asustarla.

Pero da igual, porque da un respingo igualmente y sus gruesas gafas se le deslizan por la nariz.

—¡Anna! —chilla—. No te he oído llegar.

—¿En qué estás trabajando?

—Ah, en nada. —Enrolla el largo pergamino—. Nada interesante.

—Siempre estás trabajando en algo.

—Bueno… —La señorita Robin duda, como si le diese vergüenza

decirlo—. Estoy haciendo una tesis sobre los planos de los antiguos monasterios. Tengo una teoría sobre los sistemas de acueductos construidos según el modelo romano.

—¿Por eso has venido a trabajar a Kingmakers?

—Sí —responde ella—. Los archivos que hay aquí contienen mapas y documentos que no se pueden encontrar en ninguna otra parte del mundo. Y prácticamente nadie del mundo académico estándar los ha estudiado. En realidad, da mucha pena. Todo el conocimiento que hay aquí es secreto, por razones obvias. Pero hay tanta riqueza en él. No voy a poder publicar demasiado del tema, aunque soy muy afortunada de poder acceder a todo esto. No es fácil conseguir un puesto aquí. ¡El bibliotecario anterior ocupó este puesto treinta y siete años! No sé si yo estaré aquí tanto tiempo, pero ¿quién sabe? El sitio es tan tranquilo que nunca había trabajado tanto.

Sonríe con una hilera de dientes blancos muy bonitos. Nunca había mirado tan de cerca a la señorita Robin, y lo que sospechaba es cierto: por debajo del pelo rojo despeinado, las gafas gruesas y el cárdigan que parece que le ha tejido una novicia, es muy guapa.

—¿Es el primer año que estás aquí? —le pregunto.

—Sí. Empecé en otoño, igual que tú.

—¿Tu familia tiene alguna relación con Kingmakers?

—Luther Hugo es mi tío —dice—. Fue él quien me consiguió el trabajo. Solo que no me dijo qué tipo de institución era esta exactamente. Ahora me siento como una idiota por no darme cuenta. Supongo que no se me da muy bien captar las indirectas.

Se sube las pesadas gafas por el puente de la nariz y sacude la cabeza con desaprobación.

—No te preocupes —le digo—. Muchos de los que están aquí crecieron sin saber a qué se dedicaban sus familias. Yo no, pero

muchos sí.

—¿Y tú lo supiste siempre? —Me mira con la cabeza ligeramente inclinada.

—Sí. Pero mi madre, por ejemplo, no. Ella se pensaba que su padre era un hombre de negocios y que su hermano era, «principalmente», un político.

—Y es ese «principalmente» lo que nos atañe —se ríe con una risa suave y melodiosa.

La señorita Robin tiene un carisma extraño, que no se aprecia a primera vista. Pero cuanto más te acercas a ella, más te atrae.

—En fin —dice—, estoy segura de que no has venido hasta aquí un domingo por la tarde para que te cuente mi vida. ¿En qué puedo ayudarte?

Le pido el libro que necesito para mi clase de Contratos y Negociaciones, y ella me ayuda a localizarlo. Está en lo alto de la torre, en uno de los estantes a los que hay que llegar con una escalera rodante.

—Me sorprende que ya sepas dónde está todo —le digo.

—Bueno… —sonríe—. Es que vivo literalmente aquí. Ahí arriba. —Señala al techo, a una trampilla que parece conducir a un ático situado bajo el pico puntiagudo de la torre.

—¿Duermes ahí?

—Las mejores vistas de la isla.

—Un poco solitario, eso sí —suelto sin pensar.

Mi intención era solo decirle que era la parte más lejana y aislada del castillo. Pero cuando veo la pequeña sombra de dolor en el rostro de la señorita Robin, me arrepiento al segundo de mi comentario.

—Sí —admite en voz baja—. A veces lo es.

Vuelvo a mi dormitorio con los brazos llenos de libros, y no me molesto en intentar no hacer ruido, porque Chay debe de estar despierta ya. Al abrir la puerta, veo la silueta de alguien de pie junto a la ventana.

Dejo caer los libros sobre la cama y digo:

—Gracias por acordarte de traerme el altavoz, a pesar de que esté al veinte por ciento de lo que era.

—Chay no está aquí.

Me doy la vuelta al oír la voz masculina. Dean está justo detrás de mí, recién duchado y afeitado, con una camisa y unos pantalones impecablemente planchados. Tiene las manos metidas en los bolsillos y el cabello rubio platino le cae sobre el ojo izquierdo mientras me observa con timidez.

—Soy yo —dice innecesariamente.

—Ya. —Ojalá todavía tuviese los libros en la mano para ponerlos como barrera entre nosotros—. Ya lo veo.

—Te llevo buscando todo el día —dice—. Y al final pensé que tarde o temprano tendrías que volver aquí.

—No deberías estar en los dormitorios de las chicas —le recuerdo—. Vas a meterte en problemas.

—Creo que ya estoy metido en ellos —dice Dean con su voz grave. Esa voz, mitad intrigante, mitad aterradora, me produce un escalofrío que me recorre la columna entera.

—Dean…

—Sé lo que vas a decir —me interrumpe.

—¿Qué voy a decir?

—Me vas a decir que lo de anoche fue un error. Que solo pasó porque estabas enfadada con Leo.

Lo miro, con los labios entreabiertos y la lengua paralizada. No pensaba que ya lo supiera.

—No me importa —dice—. Yo quiero estar contigo igualmente.

Trago saliva.

—Leo cree que solo te intereso porque quieres vengarte de él.

Dean me mira fijamente.

—Leo es un puto gilipollas. Te ha tenido a su lado todos esos años y no ha hecho nada al respecto.

Después del golpetazo que mi ego recibió anoche, las palabras de Dean surten efecto en mí. Pero no puedo aceptarlas solo porque me hagan sentir bien. Tengo que ser sincera con él.

—Dean —le digo en voz baja—, lo que siento por Leo… no es un capricho. No es algo que pueda olvidar. Ni siquiera cuando estoy así de furiosa con él.

—No me importa —repite.

Entonces cruza el espacio que nos separa, recorre la distancia antes de que yo pueda pestañear y me coge de la mano. La sostiene entre las suyas frente a su pecho. Noto los callos en sus palmas, fruto de las horas interminables que se pasa saltando a la comba en el gimnasio. Le veo los nudillos, magullados e hinchados por golpear el saco de boxeo con ese fuego frío y silencioso que vive dentro de él.

—Dame una oportunidad. Solo una —dice—. Una cita. Eso es todo lo que pido. Si no quieres estar conmigo, no puedo obligarte. Pero al menos dame una oportunidad.

Me mira con esos ojos que tiene, más que azules, de un violeta oscuro. Su rostro es severo y vulnerable a la vez. Es una combinación dolorosa, que cuesta mirar sin tener que apartar la vista.

—Lo que hay entre Leo y tú… —le digo.

—No voy a fingir que me parece bien lo que sus padres le hicieron a mi familia —dice Dean—. Pero eso no tiene nada que ver

contigo y conmigo.

—No quiero peleas.

Aprieta los labios hasta formar una línea muy fina. Se queda en silencio un momento, dándole vueltas. Por fin dice:

—Está bien. Mientras esté contigo, no le haré nada a Leo.

—Pero no estamos juntos —le digo—. Solo será una cita.

Dean me coge la mano y se la lleva a los labios. Me mira a los ojos con determinación e intensidad.

—Va a ser más que una cita.

CAPÍTULO 16

LEO

Imagina que estás en el borde de un acantilado, pero que no te has dado cuenta de que es un acantilado. Te crees que estás en suelo firme… hasta que, de repente, te resbalas. Y empiezas a caer. Después de esa aterradora sacudida inicial, comienzas a agitar los brazos en círculos, tratando de recuperar el equilibrio, pero sigues precipitándote al vacío sin remedio. Y te dices: «Me voy a estampar contra el suelo de un momento a otro. No voy a sobrevivir». Pero sigues cayendo, y cayendo, y cayendo. Y, al final, te das cuenta de que la caída no termina nunca, de que nunca llegarás al suelo. De que estás zambulléndote en el infierno.

Así me sentí al perder a Anna.

Es una caída que no termina nunca.

Sigo cayendo y cayendo.

Cada día que pasa es peor que el anterior.

Ojalá no hubiera sido tan imbécil el día siguiente de la puta fiesta. Ojalá le hubiera pedido disculpas, ojalá le hubiera suplicado y

me hubiera arrastrado.

Pero me desperté con la cabeza todavía dolorida y abotargada. Salí de la cama sin ni siquiera estar seguro de cómo había llegado hasta ella. Tenía un recuerdo vago de una chica arrodillada delante de mí que levantaba la vista para mirarme, una chica con el pelo y los ojos oscuros. Una chica que, sin lugar a dudas, no era Anna.

Sabía que lo había jodido todo, pero no acababa de sentir que fuese mi culpa. Todo me parecía un sueño, como si le hubiera ocurrido a otra persona.

Así que la esperé en la puerta de su dormitorio para pedirle disculpas, pero fueron unas disculpas poco convincentes. Me dolía la cabeza y el estómago me daba vueltas. Pensaba que Anna tendría tan claro como yo que lo que había ocurrido la noche anterior no era más que una estupidez, un lío, que no había significado nada. Pensaba que sabía lo que sentía por ella.

Pero estaba equivocado.

Debería haber sido consciente de cuánto daño le había hecho.

Llevaba el dolor escrito en la cara. Si no me hubiera dolido la cabeza como si me estuvieran dando un martillazo tras otro, me habría dado cuenta.

Pero, en lugar de eso, perdí los estribos.

Me dijo que había vuelto a su cuarto con Dean y me sobrevino una oleada de ira y celos. No sabía si lo había besado, si se lo había follado o si se había limitado a caminar a su lado, y me daba igual. Sentía que era mía, y que Dean había tratado de robar una de mis posesiones.

Echando la vista atrás, me entran ganas de darme un puñetazo.

Yo no había hecho nada para asegurarme de que Anna fuese mía. Me limité a dar por sentado que me pertenecía y que siempre me pertenecería. Pensaba que la poseía sin habérmela ganado

antes.

Así que le grité. La insulté. Hice que se alejara de mí en el único momento en el que tal vez podría haberla convencido de quedarse.

Y ahora, en lugar de conmigo, está con Dean. Al que odio a muerte, joder.

Pero ni por asomo tanto como me odio a mí mismo.

He perdido a la persona que más me importaba en el mundo entero.

Y esto es lo más irónico de todo. Sí, ardo de putos celos solo de verlos juntos. De verlos pasear de la mano por las zonas comunes. De ver cómo él descansa la palma de la mano en la parte baja de su espalda, o cómo le acaricia la mejilla con los dedos. Y cuando la besa… Nunca me he sentido más cerca de cometer un asesinato.

Sin embargo, a quien más echo de menos es a mi mejor amiga.

Nunca me había percatado de lo mucho que mi día a día giraba en torno a Anna. Era la primera persona a la que le contaba cualquier cosa que me pasara, la persona a la que más quería impresionar. Cuando contaba un chiste, la miraba a ella para ver si se reía. Si quería salir a correr, a comer algo o a explorar, ella siempre estaba a mi lado. Si necesitaba consejo o consuelo, era la única en quien confiaba. Me conoce. Conoce toda mi historia y sabe exactamente quién soy. Sustituirla es imposible.

Ahora paso casi todo mi tiempo con Ares. Y es un buen amigo, que no se me malentienda. Pero no es Anna.

Nunca me había percatado de cuánta soledad puede sentirse en un solo día. Estoy rodeado de amigos y de compañeros de clase, pero no son más que eso. Nada más.

Ahora, Anna se sienta con Dean o con las dos otras Herederas de primer curso, Chay y Zoe. Come y cena con ellas.

No somos enemigos. Es educada con Ares y conmigo cuando nos

ve, pero que me trate con educación es casi peor que si lo hiciera con desprecio, porque no hay ninguna pasión en ello. No parece que le importe. Ahora hay un muro entre los dos; la veo, pero no logro sentirla. Y tenerla tan cerca y a la vez tan lejos duele de cojones.

Mis padres se han dado cuenta de que algo no va bien. Cuando los llamo durante el fin de semana advierten que en mi voz no hay ni una gota de alegría. El domingo, mi padre tuvo que ausentarse un momento porque habían llamado al timbre y, cuando se fue, mi madre me dijo:

—Leo, *milyy*, cuéntame qué te pasa.

—No me pasa nada, mamá —le contesté—. Las clases me van bien. Mis notas están mejorando y estoy levantando pesas casi todas las mañanas. Hasta como ensaladas. Estarías orgullosa de mí.

—Yo siempre estoy orgullosa de ti, cariño —me respondió ella—. Pero te conozco, Leo. Sé cuándo me escondes algo.

—No pasa nada —mentí. No era capaz de contarle lo que había hecho.

Pero mi madre es lista. Quizá incluso más que mi padre.

—¿Ha pasado algo con Anna? —preguntó con astucia.

Solo con oír su nombre se me hizo un nudo en la garganta tan grande que casi me deja sin aire.

—No —mentí otra vez—. Tengo que colgar, mamá. Hay gente esperando para llamar.

Corté la llamada sin darle tiempo a responder, y me juré que esperaría al menos dos semanas para volver a telefonearla, con la esperanza de que, para entonces, hubiera dejado el tema.

La primera competición es a principios de noviembre.

La verdad es que estoy aterrorizado. Me da la sensación de que he perdido esa confianza que siempre he tenido en mi interior,

encendida como una luz piloto que nunca llegaba a apagarse, una llama siempre preparada para convertirse en cualquier momento en un incendio descontrolado en cuanto la necesitaba.

La prueba es muy sencilla: es una versión adaptada del juego de capturar la bandera. Cada equipo tiene una base situada en su propia zona de la isla y una bandera que proteger: la de los de primero es blanca; la de los de segundo, plateada; la de los de tercero, verde, y la de los del último curso, negra.

—¿Por qué la nuestra es la que más se ve? —protesta Bram.

—¿Qué más da eso? —replica Dean con frialdad. Se muestra sereno y alerta. Estamos en la base de operaciones de nuestro equipo, que no es más que un corral de ovejas vacío en el lado este de la isla.

Cómo odio esa cara de satisfacción y petulancia. Me atormenta casi más que la presencia misma de Anna. Ella está apoyada en la valla con los brazos cruzados y una expresión seria y sombría. Nos hemos mirado a los ojos un instante cuando el equipo se ha reunido, pero han pasado semanas desde la última vez que tuvimos una conversación de verdad, y salta a la vista que ahora sale con Dean, aunque no estén haciendo nada muy obvio en este momento, como ir cogidos de la mano.

Sé que Dean sería incapaz de estar aquí, escuchando alegremente cómo yo trazo el plan, si no sintiera que la capitanía ha dejado de tener importancia. Que ya ha conseguido algo mejor.

Miro a Anna y me pregunto si me estará echando de menos tanto como yo a ella. Tal vez solo sienta pena por mí, porque se da cuenta de que estoy sufriendo. Que ya no sea mi mejor amiga es como tener unos agujeros vacíos en el lugar en el que antes tenía los dientes, o como tener un muñón en lugar de una mano. Se me ocurre algo gracioso que decirle o una pregunta que hacerle mil

veces al día. Y entonces me acuerdo de que casi ni nos hablamos.

He perdido el hambre por primera vez en la vida. Los pantalones cortos se me han quedado grandes, y me cabrea ver que Dean tiene un aspecto más sano, que tiene la piel tan luminosa como Anna. Odio lo bien que quedan el uno al lado del otro, que haga mejor pareja con ella que conmigo, porque los dos son rubios y de tez clara. Me siento como si me estuvieran chupando la vida; yo estoy cada vez más débil y él, más fuerte. Anna era mi fuerza vital y él me la ha robado.

Todos llevamos el uniforme deportivo, los pantalones cortos y una sudadera gris, ya que hay viento y está nublado. Las aves marinas graznan con fuerza mientras tratan de emprender el vuelo desde los acantilados rocosos, arrastradas de lado a lado por las ráfagas de viento.

Tengo a los setenta estudiantes de primero desplegados a mi alrededor, como si fuese un general dirigiendo mis tropas. Sé que he de hablar con claridad y seguridad en mí mismo. Es la primera vez que los lidero. Todo lo que pase depende de mi capacidad de convencerlos de seguirme sin cuestionarme y sin vacilar.

Es evidente que no puedo esperar eso de Dean. Mi única esperanza es que se aguante las ganas de sabotearme. Teniendo en cuenta eso, supongo que debería sentirme agradecido por que tenga a Anna para distraerse. Bram esté de un humor de perros y a él parece que le da igual. De hecho, da la sensación de que nada le importa.

Yo, en cambio, cargo con el peso del mundo entero.

Todos los participantes llevamos una especie de banderín blanco metido en la cintura de los pantalones, como en el fútbol bandera. Los jugadores de los equipos contrarios te lo pueden robar en cualquier momento, y entonces vas directo a la cárcel. Puedes

ayudar a tus compañeros de equipo a escapar, pero, si lo haces, te arriesgas a perder más hombres. Y, al mismo tiempo, tienes que proteger tu propia bandera mientras intentas robar las de los equipos rivales.

La nuestra está atada a una asta de tres metros. Podemos moverla, pero no esconderla por completo, ya que no está permitido bajarla del palo.

—Deberíamos llevar la bandera al rincón más remoto de nuestro territorio, para que tengan que cubrir la mayor cantidad de terreno posible para atacarnos —propone Jules Turgenev en tono arrogante.

Los demás Herederos de primero no se han tomado muy bien que yo esté al mando. Jules está en el mismo dormitorio que yo y hasta ahora no habíamos tenido ningún conflicto. En general, se limita a relacionarse con los demás franceses, ya sea su compañero de habitación, Emile, o la Bratva de París. Sin embargo, como la mayoría de los Herederos, está en forma, es guapo y altivo, y, por lo tanto, está acostumbrado a decirle a los demás lo que tienen que hacer.

—No —respondo, tratando de hablar con calma pero también con autoridad—. La vamos a subir a la colina. Estará a la vista, pero nadie podrá acercarse sin ser visto.

Jules intercambia una mirada dubitativa con Hedeon Gray, pero yo hago caso omiso de los dos. Soy yo quien está al mando. Mientras mis órdenes tengan sentido, nadie se atreverá a desafiarme a las claras.

Divido enseguida a los de primero en varios grupos, antes de que nadie más pueda proponer otra estrategia. Necesitamos carceleros, guardias que mantengan a salvo la bandera y escuadrones de ataque que vayan a buscar las demás. Estoy dividido, porque sé que el puto Dean es muy rápido, pero no sé si

puedo confiar en él lo bastante para mandarlo a capturar las banderas enemigas. Puede que lo más seguro sea nombrarlo carcelero, donde el peor daño que puede causar es dejar escapar a los prisioneros con demasiada facilidad, lo que creo que su orgullo no le permitirá.

Al final, mi necesidad de conseguir la victoria pesa más que la precaución. Encomiendo a Dean, Bram, Valon Hoxha y a tres más de su grupo la tarea de capturar la bandera de los de segundo. Y, aunque tengo que apretar los dientes de la rabia, meto a Anna en ese mismo equipo. Lo último que quiero es lanzar a Anna a los brazos de Dean, pero sé lo mucho que quiere impresionarla. No se dedicará a joderme si ella está delante.

Mi otro dilema es si me centro en atacar a un equipo en concreto o trato de robar varias banderas a la vez. Conocemos los territorios de los demás equipos, pero no sabemos exactamente dónde tienen sus banderas. Los de tercero están al norte, más cerca de la universidad, en una zona rocosa llena de peñascos, grietas y olivos raquíticos. Los de segundo están a nuestro oeste, en los viñedos, y los de cuarto tienen la zona más fácil de defender de todas: el lecho del río.

Decido enviar una segunda unidad contra los de tercero, pero dejar a los de cuarto en paz, al menos al principio. Quizá sea cobarde por mi parte, pero algo me dice que robar la bandera de Pippa Portnoy no va a ser una tarea fácil.

Quien dirige la prueba es el profesor Howell. Anuncia el inicio tocando una bocina que resuena por toda la isla, a todo volumen, probablemente asustando hasta a la última oveja y cabra a kilómetros a la redonda.

Mis primeros dos escuadrones de ataque echan a correr hacia el norte y hacia el oeste, en dirección a las bases de los equipos de

tercero y de segundo. Dean sigue aquí, mirándome de reojo.

Me estoy reservando al equipo de Dean. No se lo he dicho a los primeros dos grupos, pero son peones, por decirlo de algún modo. No quiero poner en riesgo a mis corredores más rápidos primero, así que he enviado a los equipos de reserva a sabiendas de que tal vez los intercepten. Mientras tanto, coloco a mis jugadores defensivos a lo largo de un perímetro, apostando a varios de ellos en sitios estratégicos y ocultos para que puedan advertir a los demás.

Y así es como empieza una batalla sudorosa y sanguinolenta de seis horas, aunque parece no terminar jamás. Tenemos que cubrir un territorio enorme, y pronto nos queda claro que se trata más de una batalla de resistencia y desgaste que de incursiones temerarias.

Dos de nuestros escuadrones de ataque son capturados, uno por Kasper Markaj, que ha puesto a la mayoría de sus jugadores en posiciones defensivas y se está dedicando a dar caza a los rivales para meterlos en su cárcel, que es casi inexpugnable, y el otro por Pippa Portnoy, cuyos jugadores parecen fundirse con las sombras y brotar de los campos de hierba a una velocidad sobrenatural.

No tardo en darme cuenta de que los alumnos de cursos superiores tienen mucha más experiencia que nosotros. Durante los primeros veinte minutos estamos a punto de perder nuestra bandera cuando el equipo de Calvin Caccia, de tercero, lanza un ataque relámpago contra nuestra colina. Si yo mismo no hubiera robado seis o siete banderines, cercenando el grupo por la mitad, no habríamos logrado contenerlos.

He de estar en un centenar de sitios al mismo tiempo. Tengo el rostro cubierto de sudor que me se me mete en los ojos, y, mientras tanto, trato de coordinar a una docena de grupos distintos, cambiándolos y moviéndolos como piezas sobre un tablero de ajedrez. Con cada nueva oleada de ataques de nuestros enemigos,

he de modificar mi estrategia.

Y, durante todo ese tiempo, no puedo dejar de mirar a Anna. Sigue mis instrucciones al pie de la letra, pero no puedo evitar sentir que no estamos trabajando juntos, como hacíamos antes. No se enfrenta a mí, pero tampoco me da consejos. Se limita a obedecer. No encuentro ninguna satisfacción en esta nueva dinámica. Me siento vacío.

Creo que podría ayudarme más si quisiera hacerlo.

Al menos, en lo que respecta a azuzar a Dean para que se esfuerce al máximo, está cumpliendo su cometido. Ha vuelto dos veces del territorio de Markaj, mugriento y empapado en sudor, con su equipo reducido solamente a Valon y él. La tercera vez, ha recuperado a Anna y al resto de sus hombres tras haberlos liberado de la cárcel. Hubiera preferido que volviese con la bandera, pero menos es nada.

Oigo de nuevo la bocina del profesor Howell y una nube de humo plateado se eleva desde el territorio de los del último curso. Eso significa que han capturado la bandera de los de segundo. El equipo de Kasper Markaj ha quedado fuera de la competición.

Me alegro de que no hayamos sido nosotros, pero lo siento por él de todos modos. Es un tipo decente, y la verdad es que en las pruebas siguientes habría preferido enfrentarme a él que a Calvin Caccia, que es mucho más agresivo, o Pippa Portnoy, que es más retorcida.

Un Espía delgaducho llamado Casey Pope gime desde el interior de nuestra cárcel.

—¿Qué? —se lamenta—. ¿Nos han eliminado los primeros? ¡Joder! ¡No puede ser!

—O soy daltónico, o ese era justo nuestro tono de gris —contesta Ozzy con una carcajada. Está en la cárcel, sentado al lado

de Casey, pero no parece muy disgustado. Me da la sensación de que Miles y él se toman el juego más o menos tan en serio como se tomarían una partida al Monopoly.

Hedeon Gray, en cambio, se lo está tomando como si fuera la batalla de Stalingrado. Empieza a perfilarse como un segundo al mando excelente, una vez superada la decepción de no haber sido elegido capitán.

—¡Me da igual que estéis cansados! —les grita a un par de Contables de nuestro equipo—. ¡Moved el puto culo y proteged la bandera!

Me alegro de tenerlo al mando de nuestras defensas, porque cuanto más se alarga el juego, más ruines son los ataques de los de tercero. La violencia no es necesaria; lo único que tenemos que hacer es quitar banderines y meter a gente en la cárcel. Sin embargo, los de tercero han empezado a placarnos y a darnos codazos en la cara para intimidarnos y desmoralizarnos.

Como respuesta, Hedeon y su hermano, Silas, están reforzando nuestras defensas, aunque entre ellos dos no se dirijan la palabra. Hedeon organiza grupos de estudiantes para que se escondan y ataquen desde los laterales mientras los de tercero tratan de hacerse con nuestra bandera, y Silas se enzarza en una pelea bestial con dos de los más violentos. A Silas tengo que vigilarlo, porque es pura brutalidad, y no deja espacio ni a la reflexión ni a la estrategia. Ha derribado a uno de los nuestros mientras atacaba a los del equipo de Pippa y le ha torcido el tobillo de una forma tan bestia que el pobre se ha tenido que ir cojeando a la enfermería.

Y, mientras nuestro compañero abandona el campo, lo mira con el rostro desprovisto de toda emoción.

Hedeon me mira a los ojos y niega suavemente con la cabeza antes de volver a concentrarse en lo que tiene entre manos.

Había enviado a Ares con mi mejor escuadrón de ataque a capturar la bandera de los de segundo, pero ahora que he visto el humo gris, sé que ha sido en vano, porque eso significa que ya se la han robado. Espero que Ares también lo haya visto y haya dedicado sus esfuerzos a otro propósito.

Técnicamente, si los de segundo están eliminados, ya nos hemos asegurado nuestra participación en la siguiente ronda. Si seguimos peleando es solo para luego poder presumir. Sin embargo, también está el asuntillo de mi apuesta con Calvin Caccia. No me apetece mucho bajar mañana a desayunar desnudo.

Así que tengo que hacerme con esa puta bandera. O la de los de tercero o la de los de cuarto.

—¿Tienes esto cubierto? —le pregunto a Hedeon.

—Sí. —Asiente—. A nuestra bandera nadie le va a poner ni un dedo encima.

Miro a mi alrededor, al resto de mis compañeros. Mi ejército está cada vez más mermado. Han capturado a demasiados jugadores que no hemos logrado liberar.

No tengo muchas opciones. Me planteo llevarme a Matteo Ragusa, pero enseguida descarto la idea. Es torpe de cojones; es más probable que se tropiece a que me ayude. Y entonces veo a Jules Turgenev, que está sangrando profusamente por la nariz gracias a uno de los gorilas de Calvin.

—Jules —le grito—. Te vienes conmigo.

El francés acude enseguida, corriendo sin problemas sobre el terreno desigual. Está muy sucio, lleno de sangre y de barro, pero eso no le ha borrado la altivez de la cara, como si fuese un príncipe que se hubiera visto obligado a juntarse con la plebe.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

Vacilo.

El objetivo más obvio serían los de tercero, ya que sé exactamente dónde está su bandera: encima de un saliente rocoso, lo más adentro posible de su territorio.

En cambio, Pippa ha estado moviendo su bandera continuamente. No la deja en el mismo lugar durante más de diez o veinte minutos, lo que significa que no siempre está completamente protegida, pero que también es más difícil planificar un ataque por adelantado, ya que no sabemos dónde estará.

La bandera de los de tercero está muy protegida, y ahora mismo solo cuento con Jules. Es poco probable que lo logremos los dos solos. Además, es posible que Ares haya cambiado de estrategia al ver que los de segundo ya han perdido y haya decidido atacar a los de tercero en su lugar.

—Vamos al lecho del río —informo a Jules.

Este enarca una ceja, pero no protesta.

Los del último curso tienen el mejor territorio: la zona que rodea el único río que cruza la isla, que pasa por una de las zonas más boscosas. Es perfecto para la estrategia de movilidad y acciones furtivas de Pippa.

—¿Cómo vamos a encontrar la bandera? —me pregunta Jules.

—Llegando a un punto más elevado. —Señalo con la cabeza un pino que se mueve, azotado por el viento.

Empiezo a trepar por el árbol y Jules me sigue a regañadientes. Subimos y subimos, a pesar de que el tronco se balancea con violencia bajo nuestro peso. Cuando hemos trepado todo lo posible sin arriesgarnos a que las ramas, que son cada vez más finas, se rompan, me apoyo bien en el tronco y miro a mi alrededor, en busca de signos de movimiento. Jules se sienta, igual que yo, se aparta la melena rubia y despeinada de la cara y extrae un paquete de tabaco del bolsillo.

—Al menos nos da tiempo a fumar. —Saca un largo cigarrillo y se lo lleva a los labios como hacen los europeos, cogiéndolo entre el índice y el pulgar.

Se lo arranco de la mano antes de que lo encienda.

—No quiero que nadie vea el humo.

Jules cierra el mechero, molesto.

Eso me da una idea. Dudo que Jules sea el único estudiante que fuma, y ya llevamos seis horas jugando. Por mucho miedo que le tengan a Pippa, seguro que sus soldados empiezan a estar aburridos de esconderse con la bandera.

Así que, en lugar de buscar un retazo de tela negra, empiezo a buscar una suave nube de humo entre los árboles. No tardo en atisbarla: está a un kilómetro al oeste de donde nos encontramos nosotros.

—Están ahí —susurro.

Jules mira hacia donde señalo con el dedo.

—Ellos son seis —me recuerda—. Y nosotros solo dos.

Sonrío.

—Pero nosotros contamos con el factor sorpresa.

Jules y yo bajamos del árbol rápido y con sigilo y nos acercamos poco a poco a los de cuarto. Dos de ellos están compartiendo un cigarrillo mientras un tercero se mira el reloj.

—Tenemos que movernos otra vez dentro de cuatro minutos —les advierte.

En un susurro casi inaudible, le digo a Jules:

—Atácalos desde atrás. Arranca todos los banderines que puedas y lo más rápido que puedas.

Asiente. Jules es rápido. Por eso lo he traído conmigo.

Se aleja para ponerse a sus espaldas y sale de repente de su escondite. Roba dos banderines antes siquiera de que los de cuarto

hayan tenido tiempo de darse la vuelta. El que se estaba mirando el reloj intenta atraparlo, pero Jules lo esquiva enseguida.

Es mi momento. Ese segundo de distracción antes de que caigan en la cuenta de que no es posible que Jules haya venido solo. Dos de ellos ya han empezado a comprenderlo, y están a punto de volverse para buscar a los demás atacantes. Sin embargo, yo echo a correr a toda velocidad hacia ellos antes de que tengan la oportunidad de hacerlo.

El del reloj se abalanza sobre Jules, pero no lo alcanza, y cae de rodillas. Yo le planto el pie en mitad de la espalda y lo utilizo para darme impulso, como si fuera un escalón, para saltar y arrancar la bandera del asta.

Echo a correr a toda velocidad casi sin tocar el suelo. No me detengo a mirar atrás para ver qué le ha pasado a Jules. Lo entenderá. El objetivo es conseguir la bandera, sean cuales sean los daños colaterales.

Los de cuarto me persiguen, aullando de rabia, pero yo tengo las piernas largas y el camino despejado. Ese es el punto débil de la estrategia de Pippa: sus defensas están en mitad de la nada, y ahora yo voy por delante de todos ellos.

Me separan casi seis kilómetros de mi base, pero corro sin parar, para que no tengan la oportunidad de recuperar la bandera. A Jules no lo vuelvo a ver. Espero que los de cuarto no le hayan pegado una paliza para desfogar su rabia.

Cuando me acerco a nuestra base, me recibe una imagen espantosa: en nuestra asta no ondea ninguna bandera blanca.

Hedeon se está paseando de un lado a otro al lado de nuestra asta vacía, dudando entre ir a por la bandera o esperar a que vuelva yo. Cuando me ve correr con la bandera negra en la mano, su rostro se divide entre expresiones que van desde la culpa a la incredulidad.

—¡Corre! —brama—. ¡Corre, joder!

No hace falta que me lo diga dos veces. Y, aunque tengo un flato horroroso en un costado y el rostro empapado en sudor, doblo la velocidad, tratando de llevar la bandera a nuestra base para detonar nuestra bomba de humo negro.

Pero es demasiado tarde…

Se oye una explosión: los de tercero han detonado su bomba blanca. Nos han robado la bandera y han llegado a su base antes que yo, con menos de treinta segundos de ventaja.

Suelto la bandera negra y hago una mueca, contrariado. Uno de los soldados de Pippa llega para recuperarla y, veinte minutos después, veo un estallido de humo verde que se eleva desde el lecho del río. Se han hecho también con la bandera de los de segundo.

Poco después, llega Ares con las manos vacías y un corte en la mejilla que tiene bastante mala pinta. Dean y Anna lo siguen de cerca.

—Liam Murphy ha robado la bandera diez segundos antes de que llegáramos —dice, furioso—. Estábamos a punto, joder.

Dean se mete las manos en los bolsillos con una expresión inescrutable. No sé si está molesto porque el perro de presa de Pippa los haya ganado o si está tratando de contener una sonrisa.

CAPÍTULO 17

DEAN

Anna está resultando ser dura de roer.

Tras mi éxito inicial lanzando esa granada en forma de droga entre Leo y Anna, y, por lo tanto, dinamitando su amistad, y aprovechándome del momento de debilidad de Anna para besarla, pensaba que sería pan comido. Sin embargo, su vínculo con Leo está más arraigado de lo que imaginaba.

Intenta esconder lo mucho que sufre, pero salta a la vista. Me vuelve loco que siga buscándolo en cada habitación en la que entra, que levante la cabeza cada vez que abre la boca.

Necesito rematar la faena con nuestra cita.

Esta vez pienso ir a por todas. Voy a orquestar una puta sinfonía del romance.

Leo no tardará mucho en darse cuenta de lo estúpido que ha sido al perderla. Y tengo que ser rápido, antes de que se las arregle para ganarse su favor otra vez.

Me paso una semana entera planeándola. Estudio a Anna todo lo

que puedo; pregunto a su compañera de cuarto y a sus compañeros de clase, me devano los sesos tratando de recordar cada dato que se le haya podido escapar, por insignificante que sea, e intento dar con la que será la cita perfecta para ella.

Su compañera de cuarto, Chay, no es de mucha ayuda. No le caigo bien, así que se niega en redondo a hablar de Anna a espaldas de ella. Y nuestros compañeros de clase son todavía más inútiles: no conocen a Anna mejor de lo que la conozco yo.

Las únicas personas en todo Kingmakers que podrían haberme aconsejado son Leo Gallo, que preferiría cortarme el cuello a ayudarme, y Miles Griffin, cuyos primos son lo único que no está dispuesto a vender por dinero en efectivo.

Al final, opto por algo bastante turbio.

Me cuelo en su habitación otra vez y me leo todas las cartas que le ha enviado su hermana.

Me salto la clase de lucha para hacerlo, ya que sé que a esta hora Anna está ocupada. Entro en su habitación y me leo las catorce cartas, una por cada semana que llevamos en la universidad.

Las cartas son un cofre del tesoro repleto de información. Ojalá tuviera acceso también a las que Anna le contestó. Me contó que con su hermana pequeña tiene una relación más cercana que con casi ninguna otra persona, y que a ella le gusta escribir. Eso queda claro en las largas cartas, a medio camino entre el ensayo y un diario, que están llenas de reflexiones, descripciones y reminiscencias.

Esto último es lo más útil. Cara recuerda experiencias compartidas con Anna que podré utilizar en mi beneficio.

Devoro las cartas. Es como ver escenas de la infancia de Anna a través de los ojos de su hermana.

¿Te acuerdas de cuando nos bañamos en aquellas cuevas en Belice? Era muy claustrofóbico y me daba mucho miedo nadar en el agua en la oscuridad. Me dijiste que cerrara los ojos, que sería mejor así, si solo utilizaba los oídos. Me dijiste que estábamos en el corazón de la tierra y que no había lugar en el mundo más seguro que aquel...

A mí todo me da miedo, y a ti no parece asustarte nunca nada. Ni las alturas, ni los perros, ni los cementerios, ni la sangre...

Ver lo valiente que eres me hace más valiente a mí.

Te echo de menos, y mamá y papá también. Hasta Whelan te echa de menos, aunque no quiera reconocerlo. ¿Te he contado que se cuela a hurtadillas en tu habitación y se queda allí sentado sin más? Ni siquiera se pone a revolver tus cosas. Supongo que resulta que, escondido debajo de toda esa energía demoniaca, tiene su corazoncito.

No te preocupes. No ha tocado tus pájaros. Me estoy encargando yo misma de cuidarlos y no lo dejo entrar en la pajarera.

Es una pena que mamá sea alérgica y que nunca podamos tener un gato o un perro. Algún día tendré un cachorrito. Seguro que tú preferirías un gato. Ja, ja, qué va, sería demasiado dócil para ti. ¿Igual un leopardo de las nieves?

Creo que, esta semana, papá ha tenido problemas en el trabajo. las noches del martes y el viernes las pasó enteras fuera de casa. Mamá lo esperó levantada, y ya sabes que solo lo hace cuando hay algún problema.

¿Cómo te van las clases? ¿Todavía estás aprendiendo a bucear?

Se me pasan dos horas en un abrir y cerrar de ojos. He perdido completamente la noción del tiempo, y solo me doy cuenta de cuánto rato ha pasado cuando oigo las voces de unas chicas al otro lado de la puerta.

Me quedo paralizado, consciente de la magnitud de mi cagada.

Gracias a Dios, solo es la Heredera gallega, que está hablando con Pippa Portnoy. Espero hasta que pasan de largo y luego salgo a toda prisa, antes de que Anna vuelva de verdad.

Es adictivo descubrir cosas sobre Anna que ella no me ha contado. Cosas que habría tardado meses o incluso años en contarme.

Utilizo toda esa información para planificar nuestra cita. No puede ser algo tan prosaico como dar un paseo por la isla o ir a la cafetería del pueblo. Tengo que impresionarla. Tengo que lograr que sienta algo, algo que logre traspasar ese cenagal que es su apego a Leo Gallo.

La espero en la puerta de su dormitorio. Baja con unos minutos de retraso, vacilante, como si hubiese contemplado la posibilidad de no presentarse. Sin embargo, es evidente que se ha preocupado de arreglarse, y no necesito más aliento que ese.

Ya no me disgusta esa extraña forma suya de vestir. Creo que está teniendo en mí un efecto pavloviano. En cuanto veo sus medias rotas o ese grueso delineado negro en los ojos, se me pone la polla dura y se me acelera el corazón. Me entran ganas de terminar de romperle las medias. Quiero verle ese maquillaje corriéndosele por la cara cuando tenga mi polla entre esos labios carnosos.

Pero todavía no…

He de ser paciente.

La llevo fuera del campus, porque sé que no se sentiría cómoda entre los muros de Kingmakers, donde Leo podría vernos juntos.

—¿Adónde vamos? —me pregunta.

—Ahora lo verás.

Bajamos por la calle principal de la isla, larga y serpenteante, que va desde la universidad hasta el puerto. Camino despacio, porque quiero tener tiempo de sobra para que Anna se suelte con una conversación sobre sus libros preferidos. Ya sé, gracias a una de las cartas de su hermana, que le encantan las novelas de Jane Austen, y esta semana me he leído una de ellas a propósito sentado en uno de los mullidos sillones de la biblioteca. La menciono como si nada y a ella se le ilumina la cara.

—¡Me encanta *Persuasión*! —exclama—. Todo el mundo dice que la mejor que tiene es *Orgullo y prejuicio*, pero *Persuasión* traza un arco precioso desde la melancolía a la felicidad.

No considero que sea engañarla. Creo que es una prueba de adónde estoy dispuesto a llegar para hacerla feliz. De lo que estoy dispuesto a hacer para proporcionarle la conversación que merece, centrada en sus gustos e intereses y no en la basura de la que le habría hablado Leo Gallo, sea cual sea. Él no se habría leído un libro solo para comentarlo con ella. No se habría pasado toda la semana planificando la cita perfecta.

Cuando llegamos a la granja ovina, llevo a Anna al pequeño establo que vi hace unos días.

—¿Qué vamos a…? —empieza a preguntar de nuevo, pero se interrumpe enseguida, en cuanto ve lo que la he traído a ver.

Tres corderitos acurrucados y hechos un ovillo, dos blancos y uno negro.

Su madre, que parece exhausta, está de pie a su lado.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta Anna maravillada.

—A veces, en invierno, nacen prematuros —le explico—. Esta oveja ha tenido tres, así que el granjero los está alimentando con

biberón. Me ha dicho que podemos ayudarlo, si queremos.

En realidad, para poder traerme a Anna a esta pequeña excursión, lo he sobornado con una cantidad nada desdeñable de dinero. Gracias a la carta de su hermana, deduje que le encantan los animales.

Y, por supuesto, coge de buen grado el biberón de leche caliente que traigo del interior de la granja y se arrodilla en la paja para dárselo a los hambrientos corderitos. A la oveja le da igual; de hecho, parece aliviada de que estemos aquí para compartir su carga.

Los corderitos solo tienen tres días, así que todavía tienen las rodillas inestables y las piernas temblorosas, y su lana está limpia y esponjosa. Se tropiezan los unos con los otros, peleándose por hacerse con el biberón. Anna se ríe, encantada, y les da de beber por turnos, poniéndoselos uno a uno en el regazo. El negro le mordisquea los dedos y uno de los blancos intenta comerse su pelo. Anna presiona la nariz entre sus orejas e inhala el aroma a limpio de la lana.

A mí los corderos me importan un pimiento. Yo observo a Anna. Veo cómo se le suaviza la expresión, cómo se le entreabren los labios, y sé que está bajando la guardia.

En Kingmakers se empeña en mostrarse dura y fría, pero aquí, a menos de cinco kilómetros de distancia, donde solo podemos verla los animales y yo, atisbo a la verdadera Anna. La misma que vi la noche de la fiesta. La que tiene un corazón vulnerable.

—¿Quieres darles tú? —me pregunta Anna, levantando la vista para mirarme.

—Claro —contesto, aunque lo que quiero es una excusa para sentarme en el heno junto a ella.

Cojo uno de los corderos blancos y le pongo el biberón en la boca. El animal se acurruca junto a mí; su corazoncito late a toda

prisa contra mi mano. Me sorprende lo suave que está la lana y lo reconfortante que me resultan su calor y su peso, a pesar de su diminuto tamaño.

—No soy vegetariana, pero no sería capaz de comer cordero —dice Anna—. Creo que merecen un poco de tiempo para vivir, aunque acaben matándolos.

—Creo que aquí crían ovejas por la lana.

—¿Has visto las fotos de ese carnero que se escapó y se pasó seis años escondido en una cueva? —Se ríe—. Cuando por fin lo atraparon, le había crecido tanto la lana que, cuando lo esquilaron, ¡sacaron treinta kilos!

—¿Treinta kilos? —arrugo la nariz, incrédulo.

—¡Sí! En Nueva Zelanda. Se hizo famoso.

—Te lo estás inventando.

—¡Qué va! Salió en la tele. Escribieron cuentos para niños con él de protagonista. Hasta conoció al primer ministro.

Me entran ganas de volver a besarla en ese preciso instante, ahora que tiene la guardia baja y la oxitocina disparada gracias a los corderitos.

Pero espero. Paciente y estratégicamente.

Después paseamos hasta la playa. No es la playa de la Luna, porque no quiero que piense en Leo. Quiero que concentre toda su atención en mí. Así que, en lugar de eso, la llevo al lado oriental de la isla, donde las olas han tallado unas cuevas en la piedra caliza. Paseamos a través de ellas, contemplando las estalactitas que sobresalen del techo como pálidos témpanos de piedra y el agua de mar que forma piscinas verde claro entre las rocas.

He traído una mochila llena de comida que he robado de la cocina: llevo naranjas, pan, queso y dos botellas de la cerveza local. Abro las botellas y le tiendo una a Anna.

Ella la coge. Luego pelo una naranja y también se la doy.

—Dean… —empieza a decir, y sé de inmediato, por su tono de voz, que va a hablarme de Leo—. Me lo he pasado muy bien, pero…

—Sé que te gusta estar conmigo —la interrumpo.

—Sí —admite.

—Y también sé que sientes algo por Leo.

No contesta. Se queda sentada bajo la luz verde y mortecina de la cueva, que hace que sus ojos parezcan también verde azulado, como el agua del mar del Ártico.

—Él ha tenido toda la vida para quererte, Anna —añado con ferocidad—. Y nunca movió un solo dedo. Yo te deseé desde el momento en que te vi por primera vez.

Anna guarda silencio y se muerde la comisura de la boca. Tiene la naranja en la mano; ni siquiera la ha tocado todavía.

—No puedo dejar de sentir lo que siento —confiesa en voz baja —. Lo he intentado.

—No pretendo que dejes de sentirlo. —Eso es mentira. Pienso cercenar cada uno de los lazos que la unen a Leo, uno detrás de otro, pero tengo tiempo de sobra para hacerlo. De momento, lo único que necesito es que Anna me abra la puerta, aunque solo sea una rendija—. Lo único que te pido es una oportunidad, para ver si tú también puedes llegar a sentir algo por mí.

Aprieta los labios, y creo que está a punto de negar con la cabeza, así que la cojo de la mano y tiro de ella para levantarla de la suave piedra caliza.

—Ven —le pido—. Ven a ver esto.

Me adentro en la cueva con ella hasta llegar al lugar donde la marea trae el agua del océano. Aquí está oscuro; la negrura es casi completa, y ella entrelaza los dedos con los míos sin darse cuenta.

—¿Qué quieres enseñarme?

—Espera y verás.

El agua empieza a entrar oleada tras oleada, oscura y fría. Y entonces, mientras las mareas se agitan y entrechocan en los oscuros recovecos de la cueva, las piscinas empiezan a resplandecer. Al principio la luz es muy tenue, apenas unos destellos turquesa en las aguas negras. Pero luego el color empieza a extenderse hasta que toda la piscina queda iluminada con unas luces vivas, cambiantes, orgánicas e irreales. La luz se refleja a su vez en las paredes de la caverna y resplandece también sobre la piel suave de Anna.

Ella me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es eso?

—Dinoflagelados. Son bioluminiscentes.

Son como un millón de luciérnagas diminutas que resplandecen bajo el agua. Cada nueva ola que rompe desde el océano los hace más numerosos y los vuelve más agitados. Poco después, toda la cueva está iluminada, y Anna contempla la escena asombrada, con la boca abierta.

Y es entonces cuando vuelvo a besarla. Ya tiene los labios entreabiertos, así que le deslizo la lengua en la boca para saborear los suaves resquicios de la cerveza y el sabor dulce propio de ella.

La apretujo contra mí. Estaba tratando de contenerme, pero es imposible, porque su sabor no hace sino aumentar las ganas que tengo de ella, y el tacto de su cuerpo esbelto y terso contra el mío hace que me invada el impulso de arrancarle cada prenda de ropa que lleva encima de la piel, para poder ver por fin la carne desnuda con la que llevo obsesionado desde el primer día de clase.

Le acaricio un lado del cuello con la mano, y luego me permito deslizar los dedos hacia su clavícula y la parte alta de su pecho. Meto el dedo bajo la tela ajustada del top y recorro la carne cálida

de su pecho, pero, cuando apenas le he rozado el pezón con el dedo anular, Anna pone su mano sobre la mía para detenerme.

—Espera —me pide.

Me quedo quieto, a pesar de que no es lo que quiero. Todavía tengo una mano bien aferrada a su cadera; la otra aún descansa sobre su pecho perfecto. Quiero volver a apretujarla contra mí, bajarle el top de golpe y meterme ese pezón duro en la boca.

—Yo… —balbucea Anna—. No tengo mucha experiencia. Tendrás que ir despacio.

Y, en ese momento, comprendo que Anna es virgen. Nunca, ni en mis sueños más salvajes, se me habría ocurrido que una chica tan preciosa pudiera llegar a la universidad con la virginidad todavía intacta. Daba por hecho que, como mínimo, Leo y ella se habrían enrollado en alguna ocasión. No me entra en la cabeza. ¿Cómo es posible que él haya tenido esa flor en la palma de la mano sin haberle arrancado los pétalos?

Si ya me parecía que estaba prendado de Anna, esto no es nada comparado con la obsesión que se acaba de adueñar de mí.

Me juro para mis adentros que le robaré la virginidad a Anna o moriré en el intento. Seré su primer amante. Y eso es lo que la unirá a mí. Lo que Leo intente hacer después ya no importará.

Estoy salivando solo de pensarlo. He de tragar saliva con fuerza antes de responder.

—Vale. Lo entiendo.

Si Anna dice que tengo que «ir despacio» significa que me va a permitir intentarlo. Que va a seguir viéndome. Lo que también significa que tendré que ir con cuidado de no meter la pata y de no asustarla. Aunque se me antoje imposible. Aunque me suponga una tortura no tocarla.

Así que eso es lo que hago. La beso de nuevo, despacio y con

suavidad. Y luego la llevo de vuelta a Kingmakers, a los dormitorios. No intento presionarla más, para que crea que soy respetuoso. Para que vuelva a salir conmigo.

Y, mientras tanto, trazo un plan para ser la primera persona en este planeta en follarse a Anna Wilk, para poseer un pedazo de ella para siempre. Para que sea mía.

Durante las semanas siguientes, intento ganarme a Anna sin descanso. Aprovecho cada oportunidad que se me presenta para mantenerla alejada de Leo. La invito a sentarse conmigo en las clases que tenemos juntos y durante las comidas e intento ocupar su tiempo en todo momento con citas y actividades en las que él no esté implicado.

La primera prueba del Quartum Bellum es lo mejor de todo, porque Leo se ve obligado a emparejarme con Anna para que yo tenga niñera. Eso me impide sabotearlo, es cierto, pero también me brinda un montón de oportunidades de recordarle a Anna que hacemos un equipo fantástico los dos juntos y de rescatarla de la cárcel en una dramática escena.

Me molesta que Kasper Markaj se las arregle para quedar fuera de la competición tan rápido, pero al menos los de primero quedamos últimos entre los tres equipos clasificados. Y lo mejor de todo es que Leo pierde esa estupidez de apuesta que hizo con Calvin Caccia.

Y al día siguiente tiene que bajar a desayunar desnudo.

Esperaba que se rajara, o, como mínimo, que fuera por el comedor acobardado, con un mínimo de vergüenza. Todo el mundo estaba enterado de cuáles eran las condiciones de la apuesta, así que no hay ni un solo asiento libre. Los alumnos están esperando

expectantes para reírse y mofarse de ese engreído de primero que va a tener que bajar al comedor en pelotas.

Sin embargo, cuando Leo aparece en el comedor a las ocho en punto, tan desnudo como el día en que nació, está como si tal cosa. Aparece con una sonrisa de oreja a oreja, recién duchado y solo con unas chanclas, y saluda a sus amigos con la mano. Se toma su tiempo para seleccionar un plato caliente de huevos con beicon y luego elige un asiento justo en mitad del pasillo, donde ataca su desayuno con un entusiasmo visible.

Aunque algunos de los de tercero y los de cuarto siguen gritándole y mofándose de él, es imposible encontrar gran cosa para insultarle, teniendo en cuenta que es innegable que Leo es un espécimen de físico impresionante.

Lo odio a muerte, pero hasta yo he de admitir que su altura, su piel bronceada y su corpulencia dejan poco margen para las burlas. Es más, creo que la apuesta lo ha hecho más popular que nunca, sobre todo porque las chicas pueden echar un vistazo al paquete que cuelga entre sus piernas.

Gemma Rossi se inclina hacia delante y, casi salivando, se come su polla con los ojos. A Anna no se le pasa por alto.

Yo esperaba disfrutar de la humillación de Leo, pero, en lugar de eso, estoy hirviendo de ira antes incluso de que se siente. No me ayuda ver perfectamente que a Anna, que está desayunando al lado de Chay, se le van los ojos una y otra vez, por mucho que intente pasar de él.

Antes de que Leo termine de desayunar, los gritos de burla se transforman en una especie de cántico iniciado por los de primero y por un buen número de los de segundo, a los que no parece importarles que los hayan descalificado de la competición.

—¡Leo! ¡Leo! ¡Leo! ¡Leo!

Sus voces resuenan por todo el salón, acompañadas por el repiqueteo de los platos, que se une al coro cuando la gente empieza a aporrear la mesa con los puños.

Yo agarro el cuchillo con tanta fuerza que casi lo doblo por la mitad.

¿Cómo cojones se las arregla Leo parta convertir cualquier mierda que toca en oro?

—¡Leo! ¡Leo! ¡Leo!

Se pone de pie y dedica un pequeño saludo a la multitud. Luego hace una profunda reverencia, apuntando con el culo desnudo hacia la mesa donde está sentado Calvin Caccia. Todo el salón estalla en carcajadas mientras a Calvin se le tiñe la cara de color morado.

Aparto mi plato de delante, furioso y disgustado.

No puedo evitar mirar a Anna de nuevo. Ella tiene la vista fija sobre Leo, y una diminuta sombra de sonrisa amenaza con curvarle los labios.

Ardo de envidia. Leo está desnudo, caído en desgracia y avergonzado públicamente. Y aquí estoy yo, celoso de él otra vez.

CAPÍTULO 18

ANNA

La Navidad en Kingmakers es deprimente. No nos permiten volver a casa con nuestras familias, y tampoco podemos mandarles regalos, aunque ellos sí que pueden enviarnos un paquete a nosotros.

Recibo el mío la semana antes de las vacaciones. Contiene cuatro novelas nuevas que seguro que ha elegido mi madre, porque todas son de tapa dura, con unas cubiertas preciosas y detalles dorados.

Mi padre me ha enviado un colgante nuevo para el brazalete que me regaló hace seis años. Es una brújula dorada diminuta que hasta se abre y se cierra gracias a una bisagra minúscula. Me pregunto si simboliza que debo encontrar el camino de vuelta a casa en algún momento o si me estará señalando hacia dónde debo ir.

Cara me ha mandado un estuche de correspondencia muy bonito para que siga escribiéndole cartas y Whelan me ha hecho un dibujo en el que sale él montado a lomos de un dragón, prendiendo fuego

alegremente a un pueblo que hay debajo. Lo cuelgo encima de mi cama.

Las clases siguen adelante como de costumbre, pero, para que el ambiente sea un poco más festivo, los profesores han organizado una fiesta de Nochebuena, la primera fiesta oficial del curso escolar. Y se supone que tenemos que ir bien arreglados. Le digo a Dean que no quiero que vayamos juntos, al menos, no como pareja, pero sí que acepto bailar con él.

Zoe Romero nos promete que vendrá con nosotras. Nunca se apunta a las fiestas clandestinas que organizan los estudiantes por miedo a que alguien se chive a sus padres, que son muy estrictos.

Zoe es la tercera Heredera de primer curso de nuestro dormitorio. Desde que mi relación con Leo ha dejado de estar en su mejor momento, estoy pasando más tiempo con ella. Zoe, Chay y yo hemos formado un trío un poco extraño. Al principio, a Chay no le caía bien Zoe porque le parecía demasiado seria y una estirada, y yo estoy segura de que a Zoe le molestaba la colección de amigos que Chay no hace más que invitar a nuestra sala común, que está justo delante de la puerta de su cuarto.

Zoe se pasa la mayoría del tiempo estudiando porque sus padres son muy estrictos y exigentes. Quieren estar informados sobre sus notas en todo momento y han dado instrucciones a sus primos, que también son alumnos de Kingmakers, para que la vigilen de cerca, por si se atreve a transgredir los límites del restrictivo acuerdo de matrimonio que firmaron cuando Zoe tenía solo doce años.

Zoe está comprometida con un alumno de segundo, un Heredero alemán llamado Rocco Prince. Chay ya lo conocía; habían ido juntos a un internado. Eso fue lo que hizo que Zoe y ella empezasen a llevarse bien: el odio que ambas sienten por Rocco.

—Le cortó la oreja a un niño pequeño del pueblo en el que

estaba nuestro colegio solo porque sí —dice Chay—. Hasta los profesores le tenían miedo.

—Lo aborrezco —contesta Zoe en silencio.

Su familia no quería que viniese a Kingmakers. Si cedieron fue solo porque Zoe dijo que si no le daban permiso se negaría a casarse. Ya le han puesto fecha a la boda: será una semana después de nuestra graduación.

Chay y yo nos hemos enterado de todo esto porque Miles me ha traído una botella de Ballantine's que ha colado en el campus y yo he invitado a Zoe a beber con nosotras. En nuestra habitación, donde nadie puede verla, puede tomarse una copa tranquilamente, y es evidente que lo necesita. Lleva toda la semana pálida y con una expresión sombría.

—¿Alguna vez ha sido Rocco una persona decente, aunque sea mínimamente? —le pregunto a Zoe.

—Nunca —contesta, estremeciéndose—. Es demasiado inteligente para hacer nada a las claras. Pero las cosas que he oído…, los rumores… Me pone enferma. Me mira como si tuviera ganas de arrancarme la piel desde que era pequeña. Y no tiene sentido del humor ni nada que se le parezca. Nunca lo he oído reír.

Como Zoe es una de las personas más serias que he conocido nunca, casi no puedo ni imaginarme a alguien todavía menos risueño que ella.

—¿Y por qué sigues adelante con esto, entonces? —pregunta Chay. ¿No eres la Heredera? Tienes otras opciones.

—Mi padre me mataría si no lo hiciera —contesta Zoe—. Ya me odia por haber nacido mujer. Cada vez que me pone metas imposibles o tiene expectativas inalcanzables, me las arreglo para estar a la altura con la esperanza de que así, por fin, me lo ganaré, pero lo único que consigo es que me desprecie todavía más. Al final

se le ocurrió una forma de convertirme en lo que quiere: en una persona impotente y desgraciada.

—¿Y si te escapas? —sugiero.

No es un plan muy brillante, simplemente, es el primero que se me ha venido a la ya achispada mente. En los bajos fondos no es fácil esconderse. Las familias que pertenecemos a la mafia tenemos demasiada práctica descubriendo el paradero de traidores, ladrones y testigos.

Zoe niega con la cabeza, pero la razón que alega es distinta.

—Tengo una hermana. Catalina solo tiene un año menos que yo. Si yo consiguiese escapar, es posible que mis padres se limitaran a tachar mi nombre del contrato de matrimonio y escribir el suyo en su lugar. Lo único que lograría sería dejar mi carga sobre sus hombros.

Llegados a este punto, está bastante borracha, aunque nadie lo diría. Sigue sentada en su silla, bien erguida, y habla con voz medida y cortante, sin arrastrar las palabras en absoluto. Solo sé que está ebria porque la he visto beberse diez chupitos con mis propios ojos. Por eso y porque he descubierto más cosas sobre Zoe en una hora que en todo el semestre.

—¡Eso es una locura! —exclama Chay. Su borrachera es bastante más obvia: tiene las mejillas sonrosadas y cuando ha gesticulado con un poco más de entusiasmo de la cuenta al contarnos la historia de su primera moto se le ha saltado un botón de la blusa del uniforme—. ¿Qué vas a hacer? ¡No puedes casarte con ese tipo y ser una desgraciada toda la puta vida!

—No lo sé —responde Zoe en voz baja—. Quizá me convierta en pájaro y escape volando.

Una lágrima le rueda por la mejilla, pero Zoe, que está contemplando el mar tempestuoso a través de la ventana, no se da cuenta. Quizá se esté imaginando a sí misma sobrevolando las aguas

con las alas extendidas. O, quizá, saltando desde los acantilados, pueda volar o no.

Pongo una mano sobre la suya, ya que soy incapaz de dar con palabras que le puedan ser de utilidad.

A la mañana siguiente, las tres nos despertamos con un terrible dolor de cabeza tras habernos quedado dormidas en posturas de lo más incómodas. Yo me dormí en mitad del suelo con un zapato a modo de almohada.

Creo que Zoe alberga la esperanza de que estuviéramos lo bastante borrachas para olvidar todo lo que nos dijo.

Sin embargo, veo cómo se estremece cada vez que Rocco la arrincona por los pasillos y se acerca a ella para susurrarle Dios sabe qué al oído.

Observo como se queda quieta como una estatua mientras él le acaricia la mejilla con un dedo, disfrutando visiblemente del obvio desagrado que su prometida siente por él.

No tardo en empezar a odiar a Rocco Prince tanto como Zoe y Chay.

La noche del baile de Nochebuena, Chay, Zoe y yo nos arreglamos juntas en el cuarto que la primera y yo compartimos.

Nuestro edificio es el más pequeño de todos, pero se podría decir que es también el más bonito del campus. Está en los que eran los aposentos privados del señor y de su familia. Esa es la razón por la que la habitación de Chay y mía es mucho más grande de lo habitual, y por la que tiene una chimenea que funciona y un gran ventanal que da a los acantilados.

La habitación de Pippa Portnoy debía de pertenecer al mismísimo señor, porque es la más grande y majestuosa de todas, aunque yo

prefiero la nuestra, porque la suya da a la armería. Pippa no tiene que compartirla con nadie, porque consiguió a base de acosarla que la otra Heredera de su curso se quedase con una habitación que estaba muy por debajo de la suya. Claire Turgenev y Neve Markov, las Herederas de segundo, comparten cuarto en la planta de abajo.

Nuestra habitación es mucho más acogedora ahora que cuando llegamos. Chay y yo hemos llenado las paredes de dibujos nuestros. Los míos son casi todos de paisajes, plantas y flores, pedacitos de la isla que he visto mientras la exploraba. Los de Chay son casi todos diseños de tatuajes que tiene intención de hacerse, aunque no sé muy bien dónde va a encontrar espacio.

Su madre le ha enviado una manta hecha a mano en su paquete de Navidad, así que su cama está cubierta ahora de los verdes y azules del mar en lugar del adusto gris habitual. Hasta mis zapatillas de ballet, que están colgadas del armario por los lazos, le añaden un toque personal al espacio.

Chay está rebuscando entre su ropa mientras trata de decidir qué ponerse. Me lanza un vestido *ombré* en colores oscuros encima de la cama.

—Eso te quedaría bien.

No se me ocurrió meter ningún vestido elegante en la maleta y, de todos modos, tampoco me habría cabido. Me gusta el que me ha ofrecido Chay. Es negro en la parte del busto y los hombros y luego el color se va difuminando a medida que baja hasta el final, que es de color esmeralda.

—¿Me maquillarás también? —le pregunto.

—¡Claro! —Le encanta que Zoe y yo accedamos a ser sus muñecas Barbie.

Me hace un ahumado en los ojos con sombras brillantes, como de sirena, y me dejo el pelo suelto, recogido a la altura de las sienes

con un lazo de terciopelo negro. El maquillaje de Zoe es más discreto, porque sabe que a ella no le gusta ir muy pintada. Tampoco lo necesita: tiene la piel clara y resplandeciente; parece que lleve pintadas con tinta las cejas y las gruesas pestañas negras.

Chay está guapísima: se ha puesto un vestido rojo fuego con una raja lateral que deja toda la pierna al descubierto, y lo ha combinado con un par de pulseras que parecen dos esposas y unos tacones con los que podría cargarse a alguien. Ya no está saliendo con ese idiota de Sam, y salta a la vista que va en busca de un nuevo amante.

Pero la que más guapa va es Zoe, que se ha puesto un elegante vestido azul marino de manga larga que, aunque la cubra del cuello a los tobillos, no esconde la despampanante figura que hay debajo. Lleva la melena oscura recogida en la cabeza a modo de una corona y parece una reina. Si en la fiesta pudiera bailar con quien ella quisiera, tendría una ristra interminable de chicos haciendo cola para acompañarla en la pista.

El gran salón de la planta baja de la torre del homenaje está decorado para la fiesta con lucecitas doradas colgadas por toda la estancia. Forman una especie de techo, como si estuviéramos en una tienda de campaña luminiscente. Pegada a la pared, han dispuesto una mesa a rebosar de comida, y ofrecen copas de vino y champán, pues parece que en Kingmakers se siguen los estándares europeos en lo que respecta al alcohol y les importa un bledo que la mayoría no seamos mayores de edad según las leyes de Estados Unidos.

Bram nos intercepta en cuanto cruzamos el umbral de la puerta. Me hace un gesto con la cabeza que, para él, es amistoso. Es mucho más educado conmigo desde que estoy saliendo con Dean, aunque no estoy muy segura de que pueda considerarse una mejoría. He de

admitir que está casi guapo con su esmoquin negro, el pelo largo peinado hacia atrás y el rostro afeitado como es debido. Sin embargo, no tarda ni un segundo en estropear la buena impresión causada, porque desliza un brazo sobre los hombros de Chay y se inclina exageradamente sobre ella para intentar mirar por su escote:

—Guárdame tu primer baile, princesa —le dice.

—Qué sorpresa, Bram —contesta Chay alegremente—. ¡Nunca había visto a un cerdo que supiera bailar!

Bram tensa los voluminosos músculos del brazo, que no ha apartado de los hombros de Chay, pero ella ni se inmuta. Él la agarra de la barbilla y la obliga a mirarlo a la cara, hasta que las narices de ambos están a punto de tocarse.

—Algún día, esa bocaza tuya te va a meter en algún lío —le espeta—. A no ser que aprendas a dedicarla al propósito para el que fue concebida.

—¿Te refieres a chupar polla? —responde ella con serenidad—. Seguro que puedes darme algún consejo, teniendo en cuenta que siempre tienes la de Dean en…

Antes de que pueda terminar la frase y sacar a Bram de sus casillas por completo, Dean la interrumpe.

—¿Quién está hablando de mí?

Se me ha acercado por detrás, en silencio. Me pone una mano en la parte baja de la espalda y un escalofrío me recorre toda la espina dorsal.

—Nadie —contesto—. Bram ya se iba.

Este me mira con el ceño fruncido, pero, ahora que Dean está aquí, no se atreve a contestar. Suelta a Chay y se larga indignado, dejando tras de sí una estela de furia.

—¿Qué le pasa? —pregunta Dean.

—Que le dieron el pecho demasiado tiempo o demasiado poco,

eso le pasa —replica Zoe con voz cortante.

Dean se ríe por la nariz.

—¿Es eso lo que lo causa?

Está de un humor inusualmente bueno, y también está inusualmente guapo. Lleva una chaqueta de traje con una flor violeta claro en la solapa. Me pregunto de dónde la habrá sacado. Supongo que de alguno de los invernaderos del castillo.

Al ver que la miro, me dice:

—No te preocupes. También he traído una para ti. —Engancha una flor idéntica a la cinta de terciopelo que llevo en el pelo.

Y, mientras lo hace, miro hacia el otro lado del salón y veo que Leo nos está observando.

Si Dean está más guapo, descansado y arreglado que nunca, con Leo ocurre lo contrario. Nunca lo había visto tan desaliñado. Hace semanas que no se corta el pelo y los rizos oscuros están descontrolados. Tampoco se ha afeitado ni se ha arreglado para el baile. Lleva los pantalones del uniforme y una camisa que ni siquiera se ha molestado en planchar.

Pero lo que más me tortura es su rostro. Ha perdido peso, tanto que tiene las mejillas hundidas y el cuerpo entero parece un poco más pequeño. Aunque quizá solo me dé esa sensación porque va con los hombros encorvados. A Leo siempre lo iluminaba una luz tan brillante que podía incluso resultar cegadora. Pero esa luz ya no está. Se le ve desolado, exhausto y, simplemente… triste, joder.

Me mata verlo así.

Debe de ser por el estrés del Quartum Bellum. Conseguimos superar la primera prueba, pero por los pelos. Sé que, para Leo, eso no basta. Para él, es todo o nada. Es ganar o morir intentándolo.

Leo y yo casi no hemos hablado desde entonces. Sé que odia que esté saliendo con Dean.

Tal vez me eche de menos. Sé que yo a él sí; lo echo de menos terriblemente, constantemente. Pero no quiero engañarme pensando que esa es la razón por la que se le ve tan abatido. Dean tenía razón en una cosa: Leo ha tenido toda la vida para dar el paso conmigo, si eso es lo que quería. Nunca lo hizo. Y cuando yo intenté que ocurriera algo, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para hacer saltar todo por los aires.

Es la conclusión a la que he llegado después de lo que ocurrió esa noche. Tuviera intención de hacerme daño o no, Leo saboteó cualquier oportunidad de que estuviéramos juntos. O no estaba preparado o no quería.

Sea como sea, no pienso perseguirlo. Me abrí, me mostré vulnerable, y mira lo que conseguí: la peor noche de mi vida. No quiero volver a sentir un dolor como ese nunca más.

Así que miro a Leo desde el otro extremo del salón y levanto una mano para saludarlo en silencio. Para hacerle saber que no le guardo rencor. Que podemos seguir siendo amigos. Sin embargo, de momento es mejor que seamos amigos a una distancia prudencial. Hasta que consiga matar a esa parte de mí que todavía anhela ir corriendo a su encuentro y sentir el calor de sus brazos a mi alrededor.

Cuando me pongo recta de nuevo, veo que Dean me observa en silencio. Sé que me ha visto saludar a Leo.

—¿Quieres ir allí? —pregunta, con el rostro rígido y pálido, igual que siempre que Leo se interpone ente los dos.

—No. —Niego con la cabeza.

Una parte de mí está desesperada por ir junto a Leo, por tratar de sanar esa sima que se ha abierto entre los dos. Por hacer lo que sea necesario para que las cosas se arreglen y podamos charlar, reír y estar cómodos el uno con el otro, como antes.

La otra parte de mí sabe que es imposible.

Las cosas no podrán volver a ser como antes, así que no serviría de nada intentarlo.

Esta es mi nueva realidad. Leo está allí y yo, aquí. Y, entre nosotros, un abismo tan grande como el Gran Cañón.

Cojo una copa de champán de la mesa más cercana y me la bebo de un trago, tratando de convencerme de que me lo estoy pasando bien. Accedo a bailar con Dean y dejo que me guíe por la pista, obligándome a no apartar la vista para comprobar si Leo sigue observándonos.

Dean huele a limpio y fresco, como siempre, y se mueve con naturalidad y seguridad en sí mismo. Su mano descansa con firmeza en la parte baja de mi espalda.

Bebo más champán y luego, un vaso de vino. Dean se ofrece a ir a buscarme un plato del buffet de comida, pero niego con la cabeza. Tengo el estómago demasiado revuelto para comer.

Chay está bailando con Thomas York. Él parece perplejo, como si no pudiera creerse la suerte que tiene. Ya ha bailado con la mitad de los chicos de la fiesta y no parece que tenga pensado bajar el ritmo.

Zoe no ha bailado con nadie.

—Supongo que no tardaré en irme a la cama —me dice, tapándose la boca para bostezar.

Se pone rígida al ver que Rocco Prince se acerca. Lleva el pelo peinado hacia atrás, lo que le confiere a su rostro un efecto macilento y cadavérico. Los labios se le ven amarillentos bajo la tenue luz.

Zoe se pone de pie para recibirlo, aunque no me parece que sea por emoción, sino más bien porque no quiere sentirse vulnerable, sentada mientras él se cierne sobre ella.

—No sabía que venías —le dice, nerviosa.

—¿No sabías que venía o tenías la esperanza de que no viniera? —replica Rocco con su voz grave y queda. Cuando pronuncia las «s», emite un siseo muy desagradable.

Zoe no responde. Es demasiado sincera para mentir.

—Ven —ordena, cogiéndola del brazo. No es una petición. La arrastra a la pista de baile, apretándole el bíceps con la mano, y luego la obliga a seguir sus pasos, como si él fuese un titiritero y ella su marioneta.

—Qué asco me da —le digo a Dean mientras contemplo la escena.

—No deberías decirlo tan alto —replica él—. Los Prince son poderosos. Es un buen partido para ella.

—¿No ves que a ella se le ponen los pelos de punta?

Dean se encoge de hombros.

—No en todas las alianzas hay amor.

Lo miro con los ojos entornados, molesta por su tono autosuficiente.

—Tu madre era enfermera, no mafiosa. Tu padre se casó con ella porque la quería.

—Sí —responde con frialdad—. Y mira cómo terminó.

Cojo otra copa de champán y me la bebo.

A medida que la noche avanza, la música se va volviendo cada vez menos formal. La lista de reproducción deja atrás la música clásica y se abandona al pop, y los estudiantes ocupan toda la pista de baile para perrear en lugar de bailar el vals. Incluso algunos de los profesores bailan. Veo que la profesora Thorn, que va mucho menos abotonada que de costumbre y luce un vestido negro y brillante, se ha soltado el moño tirante. El profesor Howell le da vueltas y más vueltas, una hazaña nada desdeñable, teniendo en cuenta que ella le saca una cabeza.

El profesor Bruce parece querer bailar, pero el profesor Graves, que tiene la cara como un tomate, no hace más que parlotearle al oído. Se está bebiendo la que debe de ser su tercera o cuarta copa de vino. Echo un vistazo al bolsillo de la chaqueta de Graves y no puedo evitar que se me escape una risilla cuando veo que solo asoma de él un triste bolígrafo Bic.

Hasta el rector Luther Hugo hace un breve acto de presencia. Está sentado en los sillones que hay frente a la chimenea junto al espeluznante profesor Penmark, que enseña Técnicas de Tortura, bebiendo un vaso de vino de oporto. No tarda en irse tan rápido como ha venido.

Al rector casi nunca se le ve por el campus. Ni siquiera sé si está en Kingmakers a tiempo completo. Es posible que evite a los estudiantes para conservar esa aura de peligro y autoridad, aunque también puede que, simplemente, esté ocupado con tareas administrativas.

A la única miembro del personal a la que no veo es a la señorita Robin. No me sorprende. Es muy tímida; una fiesta es el último lugar en el que me esperaría verla. Casi nunca baja al comedor, aunque muchos de los profesores comen con los estudiantes.

Ojalá hubiese venido. Aunque no sea una profesora, es mi persona preferida de entre todas las que conforman el personal. Seguro que estaría guapísima tan arreglada.

Empieza a sonar un remix de «Candy Shop», una de nuestras viejas canciones favoritas, una que Leo, Miles y yo siempre nos poníamos.

Esta vez no logro contenerme. Busco a Leo con la mirada, convencida de que no dejará pasar la oportunidad de bailarla. En nuestra familia, a todos nos encanta bailar. Miles está en mitad de la pista, rodeado de gente pero con un pequeño espacio a su

alrededor, porque como baila de puta madre todo el mundo quiere mirarlo. Sin embargo, Leo no está a su lado. Lo descubro sentado a un lado de una mesa, en compañía de Ares, Matteo, Hedeon y varios amigos más, aunque no está hablando con ninguno de ellos.

Para animarme, me uno a Miles y empiezo a bailar una coreografía muy tonta que nos inventamos cuando teníamos unos diez años. Es de hip hop de la vieja escuela, con movimientos explosivos, ondulaciones y ochos. Miles me sigue el ritmo de inmediato y, durante unos segundos, vuelvo a ser feliz. Casi estallo en carcajadas, porque Miles es el mejor bailarín del puto mundo, y tiene estilo y mucho rollo, y no hay nadie con quien me divierta más bailar.

Ozzy nos silba y se ríe mientras intenta copiarnos, y poco después hay un montón de personas a nuestro alrededor tratando de aprenderse la coreografía.

Estoy cada vez más sudada. Es agradable; por fin vuelvo a notar esa sensación de plenitud, como si, de algún modo, todo fuese a funcionar. Levanto la vista con la esperanza de que, tal vez, Leo se una a nosotros. Sin embargo, ya no está sentado a la mesa. Miro a mi alrededor, tratando de encontrarlo entre toda la masa de cuerpos, pero no está por ninguna parte. Ha desaparecido.

Me siento decepcionada. Cabreada, casi. No sé por qué estoy enfadada. Quizá porque esa burbuja de felicidad ha reventado con la misma rapidez con la que se había formado.

Después de eso, dejo de bailar, pero no de beber. Pierdo la cuenta de la cantidad de copas de champán que vacío de un trago. Dean casi tiene que llevarme en brazos a mi dormitorio, una hora más tarde.

Allí, me estampa contra la puerta y me ataca con los labios, metiéndome la lengua en la boca, mordiéndome y succionándome el

cuello. Me da vueltas la cabeza; apenas puedo mantenerme en pie. No sé por qué estoy tan triste, tan confundida. En el baile no ha pasado nada malo. Debería haber sido una noche divertida.

Estoy intentando pedirle a Dean que pare, que deje que me vaya a la cama. He bebido demasiado y tengo miedo de que estos besos tan agresivos me acaben haciendo vomitar.

Pero, antes de que yo pueda dar voz a las palabras, me abre las piernas con un muslo y me mete la mano por debajo de la falda. Mete los dedos por debajo del elástico de la ropa interior y empieza a frotarme el coño con ellos.

Estoy apoyada en su hombro con todo mi peso, pues no soy capaz de mantenerme en pie. Si no me estuviera sujetando contra la pared con su cuerpo, me caería. Me siento fláccida y fuera de control; soy incapaz de cerrar las piernas porque me aguanta el muslo con la rodilla y tengo los brazos atrapados entre su cuerpo y el mío.

—Dean, no… —intento decir, pero me silencia con su boca. Mientras tanto, me acaricia el coño con los dedos de arriba abajo, rozándome el clítoris con el del medio con cada pasada.

Tiene los dedos cada vez más mojados, y sé que él lo nota con la misma facilidad que lo noto yo. Cada vez que mueve la mano, mi clítoris está más sensible, y las calientes palpitaciones se me extienden por los muslos y el vientre.

Ahora me abre los labios con los dedos. Sé que está buscando la entrada, que quiere penetrarme hasta el fondo con los dedos.

Intento girar la cabeza, pero él sigue atrapando mis labios con los suyos, metiéndome la lengua en la boca, e impidiéndome hablar.

Me mete un dedo y luego otro. Mientras tanto, sigue frotándome el clítoris con el pulgar, y el coño se me contrae irremediablemente contra sus dedos.

Noto su erección bajo sus pantalones. Me la restriega con fuerza contra la cadera. Y siento también sus ganas, su avidez, su aliento caliente y el violento deseo que despierto en él. Estoy excitada, lo quiera o no. Me invade una mezcla incómoda de culpa, miedo y deseo.

Dean se separa de mis labios y empieza a succionarme el cuello mientras me penetra bruscamente con los dedos.

No puedo evitarlo. No logro contenerme. Empiezo a correrme con sus dedos dentro de mí y, mientras tiemblo y contraigo los músculos, me susurra al oído:

—Me vas a dar lo que quiero, Anna. Tarde o temprano me lo vas a dar.

Pronto llega enero, frío y gris. Por primera vez, siento lo solitaria y aislada que está Kingmakers, situada en mitad del mar. De noche, el viento ulula como si estuviera tratando de arrojar el castillo acantilado abajo, y la espuma de las olas se congela en las balaustradas, convirtiéndose en un hielo grueso y negro.

Todos damos buen uso a los abrigos y los jerséis que venían con los uniformes. Las chicas se quejan por tener que llevar falda, y empieza a ponerse de moda pedir prestada una sudadera grande al chico que te gusta, ya que las suyas son más gruesas y, si el chico en cuestión es lo bastante corpulento, la sudadera te tapará las manos y te llegará casi hasta las rodillas.

Dean me ofrece la suya, pero no me la pongo. Estoy molesta con él. Me ha pedido que coma con él solo para que, cinco minutos después, Bram van der Berg y otros de su grupo se sienten con nosotros.

Bram no me cae bien, y tampoco me gusta especialmente cómo

se comporta Dean cuando él anda alrededor. Le hace sacar ese lado más insensible, e incluso un poco cruel.

Parece que a Bram no le están gustando mucho sus guisantes con jamón, porque se los está lanzando a Matteo Ragusa y Paulie White. Paulie finge no darse cuenta de que los guisantes le están golpeando en el brazo, pero empiezo a notar cómo se le ruborizan las pálidas mejillas pecosas.

Sé que Dean ha advertido lo que está ocurriendo tanto como yo, pero decide pasar del tema y sigue hablándome sobre nuestra clase de Contratos y Negociaciones de esta mañana. Le importan una mierda tanto Matteo, que es amigo de Leo, como Paulie, que es empollón, un poco torpe y un simple Contable de una familia mafiosa de poca monta.

Bram lanza el siguiente guisante con más fuerza que antes y le da a Paulie en la oreja.

—¿Puedes parar? —le digo a Bram de malos modos, interrumpiendo a Dean a media frase.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —responde Bram en tono perezoso mientras coloca otro guisante en la cuchara, preparándose para lanzarlo a la mesa de al lado.

—Porque pareces un puto crío.

—Controla a tu novia —le dice a Dean.

Antes de que este pueda decirnos nada a ninguno de los dos, le vuelco a Bram el plato de un manotazo, tirándole lo que le queda de guisantes, jamón y salsa directamente en las piernas. Él se pone de pie de un salto. Tiene la entrepierna manchada de grasa y las manos cerradas en dos puños apretados.

Dean y yo también nos levantamos. Él se pone entre los dos, enfrentándose a Bram a la vez que me empuja tras él.

—Ni se te ocurra —le advierte.

—Te está ablandando —le espeta Bram entre dientes—. Ten cuidado o acabarás como tu padre.

Dean le agarra entonces del cuello de la camiseta y, por un segundo, creo que van a empezar a pelearse a puñetazo limpio. Pero, en ese momento, uno de los Penose suelta un suave silbido y señala con la cabeza la puerta, donde varios miembros del personal de la cocina, todos ellos bastante corpulentos, están de pie observando. El comedor no es un buen lugar para pelearse.

Dean suelta a Bram a regañadientes. Los dos respiran con dificultad y se fulminan con la mirada. Bram da un paso atrás, le hace un gesto a su Penose con la cabeza y ambos se marchan del salón, dejándonos solos en la mesa junto a la Bratva de Dean.

Este espera que yo también vuelva a sentarme, pero he perdido el apetito.

—¿Adónde vas?

—A mi clase siguiente.

Me sigue y, al llegar al pasillo, trata de cogerme del brazo, pero me aparto.

—No necesito que me hagas de escolta.

—Solo te estoy acompañando —protesta él. Me coge del brazo con más fuerza, obligándome a parar—. ¿Qué te pasa? Te he defendido con Bram.

—Pero no le has dicho nada por ser un gilipollas con Matteo y con Paulie.

—¿Por qué debería importarme a mí lo que les haga? —Dean me observa con atención con sus ojos violáceos. Parece confundido de verdad.

—Porque es un abusón.

—¿Y qué? No hemos venido aquí a divertirnos. Esto es Kingmakers. Bram es un Heredero y ellos no son nadie.

—Eso no quiere decir que tenga derecho a ser un capullo solo porque sí.

Intento seguir caminando, pero Dean me detiene de nuevo y me empuja contra la pared. Ahora sí que está empezando a cabrearme.

—Tú también eres una Heredera —me recuerda mirándome a los ojos—. Tendrás que dar órdenes a hombres como Bram. No te vas a ganar su respeto si eres dulce y sentimental.

—De dulce no tengo nada —le espeto—. Y no necesito que vengas tú a decirme cómo ser una líder. Controlaré a mis hombres de la Braterstwo porque me respetarán. Porque tengo honor y disciplina, y les pediré lo mismo a ellos. Le cortaré el cuello a quien tenga que cortárselo, pero no pienso atormentar a nadie por diversión.

Y, dicho esto, lo aparto de un empujón y me largo a mi siguiente clase.

Estoy enfadada con Dean por haber sido condescendiente conmigo, pero también porque me da miedo que tenga razón. Mis hombres siempre estarán atentos por si distinguen en mí signos de debilidad. Tendré que ser más despiadada que todos ellos para demostrarles que soy fuerte, que tengo lo que hay que tener para ser jefa.

CAPÍTULO 19

LEO

Las semanas siguientes a la primera prueba son una extraña mezcla de elogios por parte de mis compañeros de primero y de una hostilidad sutil y velada por parte de los de los cursos superiores.

Para mi sorpresa, Kasper Markaj es el único que no parece resentido. Se me acercó justo después de la prueba, me dio una palmadita en la espalda y me dijo:

—Lo has hecho bien. Tu equipo confía en ti.

—Qué mala suerte que os hayan eliminado —le respondí yo.

Él negó con la cabeza. Tenía la resignación escrita en el rostro ancho y amable.

—En una competición no existe la suerte. Solo las estrategias buenas… y las estrategias mejores.

En la prueba solo quedamos en tercera posición, pero nos las arreglamos para robarle la bandera a Pippa Portnoy, una afrenta que no ha pasado desapercibida. Ahora, a menudo la descubro observándome con los labios curvados en una sonrisilla perpetua. Y

cuando no está por aquí es casi peor. Es como cuando pierdes de vista a esa araña que se te había colado en la habitación. Prefiero saber dónde anda, para poder al menos ver qué tiene entre manos.

Allá donde voy, me gano miradas asesinas y murmullos por lo bajo, además de un par de amenazas que no suenan muy divertidas. A Miles, en cambio, le parece desternillante. A él no podría importarle menos que su propio equipo, el de los de segundo, esté descalificado.

—No tienen ni idea de que eres un pequeño psicópata desesperado me dice alegremente—. No saben que prefieres morirte antes que perder.

—Ya —contesto con voz apagada.

Para mí, ganar siempre ha sido lo más importante del mundo. Cuando llegamos a Kingmakers, no había nada que deseara más que conseguir la capitanía y ser el primer alumno de primero en ganar el Quartum Bellum en la historia de la universidad.

Sin embargo, a medida que pasan las semanas, cada vez que pienso en la prueba siguiente me cuesta más sentir un mínimo entusiasmo.

Mis competidores no sufren del mismo tedio.

Calvin Caccia ha pasado de ser un rival amable a un enemigo declarado. No le gustó el numerito que le dediqué en el comedor, que cumplió con los términos de nuestra apuesta pero, al parecer, no con el espíritu adecuado.

Y, para mí, ese fue el último día en el que sentí algo remotamente parecido a la felicidad. Los vítores y las palmaditas en la espalda de mis compañeros de primero me hicieron disfrutar de un subidón de triunfo, pero este se desvaneció casi de inmediato, y volví a sumirme en la amargura que lleva ya dos meses asfixiándome.

Me siento agotado y apático. Me cuesta conseguir que me importe lo que está por venir.

—La primera prueba fue una especie de calentamiento —dice Matteo—. La próxima vez no nos lo pondrán tan fácil.

—¿Te pareció fácil? —protesta Ares—. ¡Estuvimos a punto de perder!

—Sí, bueno, pues la cosa se va a poner mucho peor —responde Matteo con el semblante sombrío—. El año pasado, en la segunda prueba, uno de mis hermanos se rompió la pierna. Fue tan grave que casi tuvieron que amputársela.

—¿Por qué cojones hacemos todo esto? —Ares niega con la cabeza, asombrado.

—¿Por qué vinimos a Kingmakers, para empezar? —Matteo sonríe—. Para vivir una vida menos corriente.

—La vida corriente no estaba nada mal —replica Ares con nostalgia.

Como he estado tan bajo de ánimo, empiezo a ser más consciente de que Ares no está siempre tan alegre como pensaba. Lo que en un principio había interpretado como una actitud relajada ahora empieza a parecerme una fachada de serenidad cuidadosamente construida bajo la que esconde emociones más turbulentas. Pensaba que Ares se refugiaba en nuestra habitación o en la biblioteca porque se cansaba de la socialización constante necesaria para vivir, comer, dormir y estudiar en el campus, pero ahora empiezo a creer que tal vez haya otra razón. Creo que quizá esté deprimido. Cuando me lo encuentro de forma inesperada, cuando cree que nadie lo ve, parece desanimado, disgustado, incluso.

Pero, cuando intento hablar con él sobre ello le quita importancia, sonríe y me dice que veo cosas donde no las hay.

—Solo estoy cansado —insiste, apartándose el pelo de los ojos de un manotazo—. Es que tenemos muchos deberes. Nunca fui muy buen estudiante. Creo que nunca en mi vida había escrito tantas palabras como el semestre pasado.

Es evidente que Ares no va a abrirse conmigo. No quiere contarme cómo se siente. Y eso me hace pensar que no soy tan buen amigo para él como pensaba.

Quizá no sea un buen amigo para nadie.

Iba arrasando por la vida, conmigo en el centro de mi propio universo y con todos los demás orbitando a mi alrededor. Daba por hecho que todos eran tan felices y estaban tan satisfechos como parecían, y nunca me molesté en mirar qué había bajo la superficie. Me consideraba la estrella del espectáculo y, si soy sincero, Ares no era para mí más que un compinche. No me había parado a pensar en él como en una persona independiente, con unos problemas y dificultades tan graves y complejos como los míos.

Y lo mismo ocurría con Anna. Daba por hecho cuáles eran sus objetivos y sus sentimientos. No tuve el cuidado de descubrir lo que de verdad quería. No la aprecié como merecía.

No creo que pueda recuperarla, pero, al menos, puedo tratar mejor a Ares. Hago todo lo posible por ayudarle con los deberes, le presento a chicas guapas y le hago cientos de preguntas sobre su familia y su hogar, con la esperanza de comprender qué es lo que le preocupa. Y supongo que termino pasándome un poco, porque al cabo de una o dos semanas, Ares me pregunta:

—¿Necesitas que te done un riñón o algo así? Estás demasiado amable. Empieza a darme un poco de miedo.

—No, no —contesto avergonzado—. Lo siento. Solo estaba intentando… No sé, ser un buen amigo.

Ares se ríe en voz baja y me mira negando con la cabeza.

—Eres el mejor amigo que tengo aquí.

—¿De verdad? —Sonrío—. Vale. Voy a tratar de relajarme un poco, entonces.

Intento bajar el ritmo y aplicarme en las clases. Es el único modo de no estar constantemente mirando a Anna, que tiene casi las mismas asignaturas que yo y suele sentarse a unas mesas de mí.

Cada vez que se ríe o que habla con cualquiera de sus amigos, incluso las chicas, como Chay y Zoe, ardo de celos. Y cuando la veo hablar con Dean me entran ganas de prenderle fuego a la universidad entera. Dean es como una especie de doble malvado que se las ha arreglado para ocupar mi lugar. Ahora sé exactamente cómo se sentía los primeros meses del curso, cuando era yo el que se sentaba junto a Anna, cuando éramos Anna y yo los que intercambiábamos una mirada cuando el profesor decía algo gracioso, cuando éramos Anna y yo quienes cruzábamos juntos la zona común.

Ha ocupado mi lugar, y ahora es él quien disfruta de la luz de la chica más bonita del campus mientras yo me he quedado fuera, encerrado, mirando muerto de envidia con la cara pegada al cristal.

El 17 de enero, llamo a mis padres, como hago cada fin de semana. Mi madre coge el teléfono al primer tono.

—¡Leo! —me saluda. Parece muy emocionada, lo que no es muy propio de ella—. ¿Cómo estás?

—Bastante bien… Cansado, pero estoy bien.

—¡Tenemos que contarte una cosa! —dice mi padre, con la voz llena de expectación.

—¿Qué pasa? —Se me encoge el estómago. La verdad es que ahora mismo no estoy de humor para sorpresas.

—¡Vamos a tener un bebé! —me suelta mi madre de golpe—. ¡Vas a tener un hermanito!

—¿Qué…? ¿Cómo…? —balbuceo.

Mis padres pasaron años tratando de tener otro hijo. No hubo forma. Mi madre ni siquiera logró quedarse embarazada, así que mucho menos llevar un embarazo a término.

Ahora que ya tiene cuarenta y tres años, pensaba que ya habrían dejado de intentarlo.

—¿Cómo? Pues de la manera habitual —contesta mi padre echándose a reír.

Se nota que está que no cabe en sí de alegría, pero es a mi madre a quien escucho con más atención. Reparo en su respiración entrecortada, en que está tratando de contener las lágrimas. Había deseado esto con todas sus fuerzas y durante muchísimo tiempo.

Y se lo merece. Ha sido la mejor madre del mundo para mí. Soy absolutamente incapaz de sentir nada que no sea felicidad por ellos y, como he comprobado hace poco a qué sabe la decepción, no pienso decir nada que desinfle su alegría.

—Felicidades, mamá. ¡Qué buena noticia!

—¿Te alegras, Leo? —me pregunta.

—¡Claro! —insisto—. No veo la hora de conocerlo.

Eso no es totalmente cierto. He sido hijo único toda la vida, y la idea de tener un hermano a esta edad me resulta más extraña que atractiva. Además, teniendo en cuenta que Anna me acaba de sacar de su vida para sustituirme por Dean, no puedo decir que sea agradable imaginar a mis padres centrando toda su existencia en un nuevo bebé adorable.

Pero no se trata de mí. Ninguna de estas cosas trata de mí.

Estoy intentando dejar de ser egoísta e inmaduro.

Así que voy a apoyar a mis padres y ver si puedo ser un amigo

mejor para este niño de lo que lo fui para Anna.

Tres días después es su cumpleaños. No pensé en traer un regalo para ella a Kingmakers, así que le pago al jardinero una cantidad obscena de dinero por una maceta con una orquídea y se la dejo junto a la puerta. Sé que sabrá que se la he regalado yo a pesar de que no lleve tarjeta, porque sé que las orquídeas son sus flores preferidas.

No sabría qué escribirle en una tarjeta. Ni siquiera sabría cómo firmarla. «Con amor, Leo» ya no me parece adecuado.

Esa tarde, cuando la veo en clase de química, me dedica una tímida sonrisa, pero no menciona el regalo.

Yo tampoco saco el tema.

La última semana de enero es la más fría hasta el momento. Cae aguanieve y la hierba se congela, convirtiéndose en un bloque en el suelo.

A pesar de eso, el profesor Knox nos exige que salgamos al exterior a hacer prácticas de tiro.

—¿Cómo vamos a disparar con los dedos congelados? —protesta Hedeon.

—No todas las batallas tienen lugar cuando el clima es perfecto —replica el profesor Knox sin piedad alguna.

Salimos todos juntos en dirección al campo de tiro que hay al sur del campus. El trayecto es terrible, y la cosa empeora todavía más cuando nos tenemos que tumbar en la tierra congelada para preparar los rifles de francotirador.

El campo de tiro no es más que un descampado cualquiera al final del cual se ve una hilera de dianas metálicas con forma

humana. O, al menos, eso parecen una vez apuntas a través de la mirilla del fusil. Porque a simple vista, no son más que unos cuantos débiles destellos plateados.

En la primera ronda, Ares me hace de observador. Luego cambiamos de sitio. Anna está a mi derecha, asistiendo a Chay. Y Dean no va a esta clase, gracias a Dios.

Me sabe mal por las chicas, que están tiradas en el suelo frío con sus falditas cortas de cuadros y las rodillas desnudas. Anna lleva medias en lugar de calcetines, pero tiembla de frío de todos modos, a pesar de estar abrazándose a sí misma.

—Velocidad del viento de ocho a doce —me informa Ares tras echar un vistazo al anemómetro.

Hago los ajustes necesarios y aprieto el gatillo con suavidad, sin cerrar los ojos en ningún momento. Veo un destello cuando mi bala roza el borde de una de las dianas.

—Un poco más a la izquierda —me indica Ares, a pesar de que no hacía falta.

—Ya lo sé —gruño.

A mi lado, Chay suelta un gritito de júbilo al acertar en el puto centro de la diana.

Cuando le he acertado a la diana cuatro veces, Ares y yo cambiamos de sitio. Me pongo de pie y me sacudo las piernas agarrotadas.

Anna todavía está esperando su turno, dando saltitos para intentar mantener el calor. Se le están amoratando los labios. Sin pensármelo dos veces, me quito la sudadera y se la pongo en la mano.

—No seas tonto —me dice. Le castañetean los dientes—. Si te quedas en camiseta te vas a congelar. Yo tengo la americana.

—Esa americana no abriga una mierda —contesto malhumorado.

Levanta la vista y me mira. Es la primera vez que nos miramos a los ojos en varios días. Es la primera vez que estamos tan cerca el uno del otro en semanas. Veo un destello dorado en su cuello que me resulta familiar: la delgada cadenita con el colgante diminuto en forma de luna que le regalé hace mucho tiempo, cuando no éramos más que un par de críos. Todavía lo lleva puesto.

—¿Seguro que no tendrás frío? —me pregunta con su voz grave y cristalina.

Y en ese momento, con Anna apenas a centímetros de mí y sus ojos azules fijos en mi rostro, no siento nada de frío. Es más, me siento abrumado de calor. El viento que nos azota ya no existe para mí.

—Sí, estoy seguro.

—Bueno…, pues gracias. —Me sonríe por primera vez en mucho tiempo y se pone la sudadera. Le queda tan grande que parece una niña pequeña, con esas botas tan pesadas, el pelo alborotado por el viento y esos ojos tan grandes y tan azules con los que me mira. Me despierta una ternura incalculable.

He de darme la vuelta de golpe, antes de que se me escape algo que no sirva más que para humillarme.

—¿Estás bien? —me pregunta Ares cuando vuelvo a mi posición.

—Pues claro —contesto, apretando los dientes de frío.

La calidez de Anna ya se ha desvanecido, y es evidente que los próximos treinta minutos de clase van a ser agónicos.

—¿Quieres mi sudadera? —me pregunta Ares, tratando de contener una sonrisa.

—No —replico—. Y cierra la puta boca.

Ares se ríe y acerca el ojo a la mirilla.

—Ese es mi Leo.

CAPÍTULO 20

DEAN

Pensaba que había logrado atrapar a Anna en mi trampa y que, de ahora en adelante, todo fluiría de forma progresiva desde nuestra primera cita hasta que por fin la poseyera por completo.

Pero, en lugar de eso, ocurre algo de lo más perverso y desagradable.

Cuanto más insisto en tratar de retenerla, más intenta ella escapar de mí.

No es algo consciente por su parte, pero me doy cuenta de que, cuanto más intento acercarme, más se aleja ella. Nunca me rechaza a las claras, pero no hace más que rehuirme, que apartarse deliberadamente hasta quedar justo fuera de mi alcance.

Mantenerla alejada de Leo es un esfuerzo constante, y requiere de previsión y planificación.

Sabía que él intentaría hacer algo por su cumpleaños, así que madrugué para merodear cerca de los dormitorios de las chicas.

Y, por supuesto, apareció con una orquídea del invernadero justo

antes del desayuno. Se la dejó delante de la puerta, supongo que porque pensaba que todavía dormía, aunque en realidad estaba en la catedral, al otro lado del campus.

En cuanto se fue de allí, corrí escaleras arriba, cogí la orquídea y la tiré a la basura, con el tiesto y todo. No había dejado tarjeta. Una pena, porque me habría gustado leer qué es lo que se atrevía a escribirle Leo exactamente.

Yo le compré una caja de tofe casero de la tienda de dulces del pueblo. Anna me dio las gracias, pero en lugar de probarlo de inmediato se lo guardó en el bolso. Pasa cada vez más tiempo con Chay y Zoe, y eso me hace pensar que está evitando quedarse a solas conmigo a propósito. Al mismo tiempo, cada vez que Bram o mis demás amigos se nos unen, ella se va a toda prisa, como si no soportase tenerlos cerca.

Puede que eso sea así de verdad. Bram es desagradable de cojones y, por alguna razón, se la tiene jurada a Chay. Se odian mutuamente, así que nuestros grupos no pueden convivir en un mismo espacio durante más de cinco minutos sin que alguien empiece una pelea o discusión.

Supongo que tiene algo que ver con el hecho de que ninguna de estas personas tiene un filtro entre el cerebro y la boca.

Nos cruzamos en la zona común y Chay, sin perder el tiempo, le suelta a Bram:

—¿Has visto que te he superado en el ranking de las prácticas de tiro?

—Hay un puto tornado ahí fuera —replica Bram con el gesto avinagrado.

—Y aun así yo me las he arreglado para acertar ocho veces en la cabeza de la diana —informa Chay con altivez. Dentro de los muros del castillo no hay tanto viento como fuera, pero tiene los brazos

cruzados por encima del pecho y las manos bajo las axilas.

Anna entra a toda prisa por las puertas con la cabeza gacha, así que no nos ve hasta casi darse de bruces contra nosotros.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿También has batido récords?

Anna levanta la vista, sobresaltada. Veo que lleva puesta la sudadera de otra persona. Una persona muy corpulenta, porque le llega por debajo de las rodillas y las mangas le tapan las manos, así que parece que no lleve nada de ropa debajo.

No me hace falta preguntarle para saber a quién pertenece. El rosa que le pinta las mejillas no es solo debido al frío.

Los celos que creía haber conquistado resurgen con furia, como un dragón escupiendo fuego. No estaba muerto, sino dormido.

—No —responde ella—. Hacía demasiado frío.

«¿Hasta con esa sudadera puesta?», quiero preguntarle, pero me muerdo la lengua para que no se dé cuenta de lo enfadado que estoy.

Odio que tenga clases con Leo sin que yo también esté.

Odio que tenga dieciocho años de historia compartida con él.

Odio que Leo Gallo tuviera que venir a este mundo.

—Necesito verte esta noche —le digo abruptamente.

—Yo… tengo deberes. —No me mira a los ojos.

—Necesito verte —repito. No es una petición.

Esta vez sí me mira. Sus gruesas pestañas negras ascienden como un abanico y esos ojos pálidos como el hielo me atraviesan.

—Está bien —accede—. Nos vemos después de cenar.

Coge a Chay del brazo y se van corriendo a su siguiente clase.

Bram me mira con una ceja enarcada. No sonríe. Su idea de lidiar con una mujer consiste en doblegarla hasta que se pliegue a su voluntad. Cree que Anna me tiene comiendo de su mano. Y puede que tenga razón.

Anna me ha arrebatado el alma. La tiene atrapada entre esas manos pequeñas y pálidas.

Es hora de que yo le arrebate algo a ella.

CAPÍTULO 21

ANNA

Sentía que estaba haciendo progresos en mi empeño por superar lo de Leo. Había conseguido ir a clase sin sentir que enfermaba de terror cada vez que entraba en un aula. Había empezado a divertirme de verdad con Chay y Zoe. Y también me había relajado un poco con Dean, había intentado concentrarme en él como persona sin compararlo constantemente con Leo.

El único problema es que no estoy muy segura de que me guste Dean.

Hay cosas de él que me atraen, de eso no hay duda. Sobre todo su inteligencia. Su disciplina. Y ese interés tan intenso que siente por mí es halagador, claro.

Pero tiene otras cosas que no me gustan. Da igual lo que diga sobre la jerarquía entre los Herederos y todos los demás; su elitismo no me gusta, y punto. En el mundo de la mafia hay dos tipos de jefes: los que se valen del miedo que despiertan en sus subordinados y los que se valen de la lealtad. Yo tengo muy claro

cuál de esos dos quiero ser, y no creo que Dean piense como yo.

Y luego está la presión constante. Le he dicho un millón de veces que quiero ir despacio, que no estoy preparada para tener una relación seria, pero él no hace más que insistir para que le dedique más tiempo, para que interactúe más con él y sobre todo para que haya más contacto físico.

Esa parte es culpa mía.

Supongo que es un error salir con alguien a quien no quiero follarme. Cualquier chico esperaría que hubiera sexo.

Y no es que yo esté en contra del sexo. Nunca he estado en contra. Es solo que nunca he sentido que fuese el momento adecuado. Es como si hubiese una barrera que me impide dar ese último paso hacia la adultez.

Ojalá pudiera estrenarme como si nada, como parecen hacer los demás. La verdad es que preferiría quitármelo de encima de una vez por todas. No sé por qué me da tanto miedo, pero así es. No quiero darle tanta importancia, pero la tiene.

Y luego, encima, justo cuando empezaba a sentir que estaba recuperando un poco el equilibrio, viene Leo y me derriba de nuevo.

Solo es una puta sudadera. Ni siquiera tenía por qué aceptarla.

Pero hacía mucho frío, y Leo me estaba mirando con esos ojos de color ámbar que parecían más fogosos que cualquier llama, que parecían prenderme desde dentro, que me hacían débil y me derretían.

Así que cogí la sudadera y me la puse.

Y ay, joder, se me inundaron los pulmones de su aroma. Leo huele mejor que ningún otro ser humano que haya sobre la faz de la tierra. Tiene un olor cálido, dulce y picante a la vez. Se me sube enseguida a la cabeza, hace que me martillee el corazón y me palpite la piel. Es un olor que está unido a miles de recuerdos

felices, casi todos los más felices de mi vida. Parpadearon ante mis ojos hasta que incluso ese descampado gris y baldío parecía de oro. Me han entrado ganas de llorar de lo mucho que deseaba dejar de sentirme así. Pero no tengo ningún control sobre esos sentimientos. La atracción que siento por Leo es una fuerza sobrenatural. Se adueña de mí en un instante y borra de un plumazo meses enteros de avances.

Y luego me he encontrado con Dean, todavía con esa maldita sudadera puesta, y sé que se ha dado cuenta. Yo estaba roja y tenía cara de culpable, así que me ha exigido que nos veamos esta noche. Y he tenido que claudicar.

Ahora estoy de camino a su encuentro, preguntándome qué coño voy a hacer con todo esto.

Es de noche, son más de las diez y es uno de los días más fríos del año, así que los pasillos del castillo están casi desiertos. Paso por los vastos espacios que hay entre las torres y los muros, inhóspitos y azotados por el viento. Solo los invernaderos siguen brillantes y frondosos, con las ventanas empañadas por el calor de las plantas que viven en su interior y los verdes que asoman tras los cristales entelados.

Por encima, se extiende la cúpula negra de un cielo sin estrellas.

Me siento triste.

Aunque haya intentado luchar contra ella con todas mis fuerzas, siento que una horrible depresión se ha ido adueñando de mí.

Es algo contra lo que he luchado toda la vida. Creo que lo heredé de mi padre. A menudo, y no siempre por una buena razón, me embarga una tristeza insoportable contra la que me veo obligada a luchar activamente. He de tratar de concentrarme en las cosas bonitas y estimulantes del mundo, en aquello que despierte mi interés; de lo contrario, la depresión me rodea con sus tentáculos y

empieza a arrastrarme hacia el abismo.

Mi madre es lo opuesto. En su interior alberga una felicidad resplandeciente que jamás puede extinguirse, y eso es lo que la ha convertido en la estrella polar para mi padre, en su guía, en la persona que siempre logra sacarlo de la oscuridad cuando esta amenaza con engullirlo.

Estoy empezando a darme cuenta de que Leo también cumplía esa función para mí. No sabía lo mucho que dependía de él en este sentido, porque lo veía con mucha frecuencia. No me había dado cuenta de que era su alegría, su encanto irreprimible, lo que me levantaba el ánimo día tras día.

Ahora que ya no lo tengo, mis pensamientos se tornan cada vez más oscuros, mis sueños, más violentos y perturbadores, y las cosas que suelen hacerme feliz ya no tienen el mismo efecto.

Hasta la danza ha perdido su magia.

Era lo único que pensaba que jamás me decepcionaría. El único lugar al que siempre podía escapar.

Pero esta mañana, cuando me he despertado temprano, he ido a la catedral y me he atado las zapatillas, me sentía pesada, apagada. Me costaba moverme, y lo hacía sin gracia. La música no me vibraba a través del cuerpo, como se suponía que debía hacer. La coreografía no fluía por mi mente como un río. De hecho, no hacía más que trastabillar, insegura de cuál era el paso siguiente.

Me sentía perdida y muy muy sola.

Me dirijo al rincón más remoto del campus, donde está ubicado el viejo nevero del castillo. Es una especie de cabaña de piedra; no se usa y está lejos de todo lo demás. Y por eso se ha convertido en el rincón preferido para los alumnos que quieren «estar a solas».

Sé muy bien lo que significa que Dean me haya ordenado que nos encontremos aquí.

Porque ha sido una orden. Saltaba a la vista que, si me negaba, provocaría una discusión seria entre nosotros, y yo no tenía energía para eso. En ese momento, sentía el cansancio hasta en lo más profundo de mis huesos.

La puerta no está cerrada con llave.

Tiro de ella y se abre con un gemido de las bisagras oxidadas.

Dean me está esperando, como ya imaginaba. Tiene una manta, unas bebidas y unos aperitivos preparados sobre un viejo colchón, y ha encendido algunas velas. No todos los edificios de Kingmakers tienen luz eléctrica, en especial aquellos en los que se supone que nadie debe acceder por la noche. Incluso ha puesto algo de música, un remix de «Crazy in Love» que nunca había escuchado. No es tan animada como la original, y tiene un tono lúgubre y casi amenazador que hace que me estremezca de pies a cabeza.

El vello de los brazos se me pone de punta, y siento que se me endurecen los pezones, pero no por la excitación, sino por un sentimiento mucho más inquietante.

La mirada de Dean se desliza por la parte delantera de mi blusa. Malinterpreta mi reacción. Veo una chispa en sus ojos al tiempo que su lengua asoma para humedecerse los labios. Es como si le hubieran prendido fuego; los tendones se le marcan bajo la piel de los antebrazos desnudos, pues lleva la camisa arremangada hasta los codos.

Sin mediar palabra, recorre el espacio que nos separa de una sola zancada. Alarga la mano tras de mí para cerrar la puerta y entonces tira de mí hacia él.

Y lo único que siento yo es pánico. El corazón me martillea contra el pecho; me tiembla el cuerpo entero. Tengo las manos frías y sudadas, y me invade esa sensación tan desagradable que he de soportar siempre en las clases de submarinismo, cuando siento que

me hundo, y he de caer, caer y caer hasta el fondo de la piscina mientras el brillo de la superficie del agua se va desvaneciendo, quedando a una distancia imposible de mí.

No sé qué estoy haciendo.

Ya no tengo a mi estrella polar.

Dean me agarra la cara con ambas manos y me inmoviliza, obligándome a mirarlo a los ojos. En ellos brilla una especie de locura, y siento que me precipito en ella, que pierdo todo el control.

Me besa con ferocidad. Me muerde los labios, me arranca el aire de los pulmones. Y me quedo allí quieta, dejando que esto me suceda.

Me abre la blusa de golpe y los botones caen al suelo de piedra, rodando en todas direcciones. Y entonces me agarra del sujetador y me lo rompe también, dejando mis pechos expuestos al aire frío.

Yo emito un sonido a medio camino entre un grito ahogado y un sollozo.

Dean me tira sobre el colchón con un movimiento tan abrupto que una de las velas se apaga y la habitación se queda casi a oscuras, iluminada únicamente por una llama mortecina y parpadeante.

Me besa y se restriega contra mí, apretándome tanto que mi cuerpo se hunde en el colchón como si este estuviera hecho de arenas movedizas. Casi no puedo respirar, y mucho menos moverme.

Noto su polla, más dura que el hierro. Se me clava en el muslo; solo me separan de ella sus pantalones, porque ya tengo la falda arrugada alrededor de la cintura.

Esta noche no piensa parar. Lo sé bien.

Y también sé que apenas ha logrado contenerse durante todo este tiempo.

Si quiero que pare, he de pedírselo ahora mismo.

—Dean… —empiezo a decir, pero él me tapa la boca con la mano.

—No —gruñe.

Me mete la otra mano por la ropa interior y empieza a acariciarme otra vez, tratando de forzarme a alcanzar su mismo nivel de excitación, tratando de conseguir lo que quiere de mí a través de la coerción física.

Me gusta. Lo quiera o no, me gusta.

Pero no me hace feliz. Es más, me provoca un pánico enfermizo que se me clava en las entrañas. Me siento atrapada, presa de la desesperación. Sé lo que Dean está intentando hacer. Me desea. Cree que si se adueña de mi cuerpo, logrará que mi corazón y mi alma también le pertenezcan a él.

Pero ya le pertenecen a otra persona. He tratado de hacer caso omiso de esa certeza, he intentado incluso matarla. No funciona. Jamás funcionará.

Crecí al lado de Leo. Él me ha hecho como soy durante toda mi vida, día tras día. Nunca aprendí cómo amar a alguien que no fuera él.

Aparto la mano de Dean de mi boca.

—No puedo, Dean —grito—. Sigo enamorada de él. He intentado que se me pase. Te juro que lo he intentado todos los días. Pero no lo consigo. No puedo.

Me mira a los ojos y veo que rechina los dientes, que aprieta los labios. En su rostro se arremolina un sinfín de emociones distintas.

Estoy convencida de que se pondrá furioso conmigo. O volverá a besarme.

Pero jamás habría podido anticipar lo que hace.

Me pone encima, de forma que quedo a horcajadas cobre él, y

entonces apaga la última vela de un soplido, sumiéndonos a ambos en la oscuridad. Lo único que se oye es la insistente melodía de la música y los golpes de mi corazón desbocado.

—Finge que soy él —dice Dean.

—¿Qu… qué?

—Que finjas que soy él —repite, con voz grave y apremiante—. Te deseo, Anna. Te necesito. Si no puedes olvidarlo a él, no lo olvides. Piensa en él mientras me follas. Piensa en él mientras saltas encima de mí, finge que es él quien te la mete. Grita su nombre mientras te corres con mi polla dentro. Me importa una mierda, mientras te tenga a ti.

Es una locura.

Y una tentación.

Este anhelo lleva mucho tiempo instalado dentro de mí. No puedo acabar con él; no puedo hacer nada al respecto.

Si hago lo que me pide Dean, tendré al menos un instante de alivio.

¿Quién sabe? Quizá esto sea lo que necesito para exorcizar esta fijación de una vez por todas.

Me inclino hacia delante para besar a Dean, presionando los senos desnudos contra su pecho firme y cálido.

Y, antes de que nuestros labios se encuentren, aspiro el aroma a limpio de su piel. Es fresco y agradable. Pero no es Leo.

Me aparto de él tan rápido como si me hubieran electrocutado.

Corro hacia la puerta sin molestarme siquiera en buscar mi ropa en la oscuridad.

—¡Espera! —me pide Dean.

Pero no espero. Ni un solo segundo.

CAPÍTULO 22

LEO

Estoy preocupado por Anna.

No tiene buen aspecto. Parece estar encogiéndose sobre sí misma, como una estrella que colapsa. En clase está aún más callada que de costumbre y no hay ni un vestigio de sonrisa en su rostro.

Creo que ha roto con Dean. Ya no los veo sentarse juntos a la hora de comer ni pasear por el campus. Aunque, a decir verdad, apenas veo a Anna, porque parece esfumarse en cuanto terminan las clases, y debe de estar comiendo a deshora, porque tampoco la he visto por el comedor.

Me da vergüenza preguntar a sus amigas, y, aunque lo hiciera, quizá tampoco sepan qué le pasa. Anna siempre se ha mostrado reticente a hablar de su vida sentimental.

La razón principal por la que creo que es posible que Anna haya roto con Dean es porque este último está de un humor de perros. Lo vi lanzarle un gruñido a Bram en el desayuno de tal manera que

tenía pinta de que iban a acabar a puñetazos, y al día siguiente tenía los nudillos hinchados y amoratados de tanto darle al saco de boxeo. Además, va paseándose como una furia por el campus con la esperanza de cruzarse con alguien lo bastante estúpido para interponerse en su camino.

Hace unos meses, lo más probable es que hubiera aprovechado la oportunidad para hacer exactamente eso. Pero ya no estoy tan interesado en enfrentarme a él.

Lo que quiero hacer es hablar con Anna. Quiero hablar con ella como solíamos hacer, cuando nos comunicábamos incluso antes de abrir la boca y todo nos parecía una broma privada entre nosotros dos, algo que solo nosotros dos comprendíamos.

Me cuesta encontrarla; me da la sensación de que está evitándome. O quizá esté evitando a todo el mundo.

Este semestre ya no tenemos tantas clases juntos, y el programa del curso se complica cada vez más. Cada noche he de pasarme varias horas haciendo deberes.

Sin embargo, tenemos Tiro a la vez, aunque no hay mucho espacio para charlar cuando todos llevamos gafas y orejeras protectoras y estamos tratando de acertarle a las dianas. En Técnicas Psicológicas de Interrogatorio, los asientos están previamente asignados y estamos en lados opuestos del aula, así que creo que donde tengo más oportunidades de hablar con ella es en Química.

Nuestra clase de Química es más bien un laboratorio. El semestre pasado estudiamos venenos indetectables. En este hemos pasado a los explosivos.

Las mesas son escritorios rectangulares en los que caben dos personas. Normalmente, Anna se sienta con Zoe, pero esta ha caído en las garras de la gripe que circula últimamente por la universidad,

así que aprovecho la oportunidad y me siento en la silla vacía al lado de Anna mientras el profesor Lyons todavía está escribiendo un listado de ingredientes en la pizarra.

Anna da un brinco al verme. Empieza a apretar los puños compulsivamente en su regazo.

—Hola —digo.

—Hola —murmura.

—¿Zoe sigue enferma?

Es una estupidez de pregunta. Ya sabía que seguía enferma antes de sentarme, porque se lo he preguntado a Chay durante el desayuno.

—Sí. Y creo que yo también lo he pillado. La cabeza me está matando.

Se pone una mano delgada y pálida contra la sien, tratando de calmar el dolor de cabeza que, al parecer, la acucia bajo la piel.

—Seguro que en la enfermería tienen aspirina —es mi brillante respuesta.

—Seguro —coincide Anna.

Tendría que haberme ofrecido a ir a buscarle una, pero es demasiado tarde. El profesor Lyons ya está empezando la lección, y he malgastado esos momentos preciosos hablando de Zoe y de la puta aspirina. Y ahora no nos queda otro remedio que quedarnos aquí a escuchar, a pesar de que yo no puedo dejar de pensar en que el cuerpo menudo de Anna está aquí, a mi lado, en que uno de los mechones de su pelo me hace cosquillas en el brazo, en el suave aliento que me acaricia los nudillos cada vez que ella suspira en silencio.

La clase se me hace interminable. Quiero mirar a Anna, no al profesor, pero no puedo volverme sin que ella se dé cuenta, no cuando estamos sentados así, el uno al lado del otro. No está

tomando apuntes, como hace siempre. Tiene la libreta cerrada delante de ella, con los bolígrafos ordenados al lado. No los ha tocado.

Lleva el esmalte de uñas negro descascarillado, algo poco propio de ella, que siempre cuida mucho de su aspecto. Debe de estar enferma de verdad. O disgustada por lo de Dean.

Se me hace un nudo en el estómago casi doloroso.

Cuando la clase termina por fin, le suelto:

—¿Qué tienes ahora?

—Contratos y Negociaciones.

—Te acompaño.

Alza la mirada azul hacia mi rostro y, por un instante, siento una pizca de aquella vieja chispa que nos unía, de aquella conexión entre los dos.

—Vale —responde.

Bajamos por las largas escaleras de caracol al sur de la torre del homenaje y luego salimos al exterior, donde nos recibe el sol de febrero. Todavía hace frío, pero ya se pueden saborear en el aire las primeras notas de la primavera. La hierba fresca ha empezado a brotar en la zona común y las nubes blancas y esponjosas que salpican el cielo son más amables que la densa niebla gris que nos ha acompañado durante todo enero.

El viento parece recordarle a Anna la última vez que hablamos.

—No te he devuelto la sudadera.

—No pasa nada. Tengo tres.

—Fuiste muy amable al prestármela. —Hay una parte de la frase que permanece muda: «Teniendo en cuenta que ya no somos amigos».

Me duele el pecho. Me pregunto cómo puedo mantener viva esta conversación sin estropearla de un modo u otro. Antes, qué decirle a

Anna no era nunca un motivo de preocupación. Ahora parece que no hago más que meter la pata.

—No fue nada.

Mal. Eso ha estado mal. Ha sonado a que no me importó darle la sudadera, a que lo habría hecho por cualquiera. He borrado el significado del gesto y le he dado a entender que no había ninguna emoción detrás, cuando la verdad era que ayudarla me resultaba ineludible, porque no soporto ver a Anna temblando, o con frío, o infeliz del modo que sea.

Frunce ligeramente el ceño y cambia de tema.

—Queda poco para la segunda prueba.

—Solo una semana.

—¿Estás emocionado?

Está hablando del antiguo Leo, del que amaba competir más que ninguna otra cosa.

Sigo sintiendo una parte de esa expectación, pero no soy ni por asomo tan fanfarrón como era antes. Ya llevo en Kingmakers el tiempo suficiente para comprender que los alumnos de los cursos superiores son brillantes, despiadados y experimentados, para comprender lo mucho que han aprendido aquí durante los años que yo no estuve.

—Me gustaría saber en qué consisten las pruebas con más tiempo, para prepararme mejor.

—Siempre se te ha dado bien improvisar.

Oigo rastros de la confianza que depositaba en mí. Me llena de luz y de calor, me anima más de lo que podría animarme cualquier otra cosa. Envalentonado, respiro hondo y le pregunto:

—¿Estás bien, Anna?

Me mira de reojo.

—Claro. ¿Por qué no habría de estarlo?

—He pensado que… Que igual había pasado algo entre Dean y tú.

Guarda silencio, sin dejar de caminar a mi lado. Casi hemos llegado a la intersección en la que nuestros caminos se separan para que vayamos cada uno a nuestra clase. Es ahora o nunca.

—¿Seguís saliendo juntos? —le pregunto.

Se vuelve para mirarme. Luce una expresión inescrutable.

—¿Por qué lo preguntas?

Me siento como si estuviera cruzando por una fina capa de basalto sobre lava caliente. ¿Cómo gestiono esto? ¿Cómo encuentro las palabras adecuadas?

—Yo… Solo quería disculparme. Por decirte con quién podías salir y con quién no. Es cosa tuya, por supuesto, y si querías salir con Dean… Yo no tenía derecho a decirte que no lo hicieras.

Anna me mira a los ojos. Los suyos son como el invierno, azules, y las mejillas, como nieve. No hay ningún color en ellas.

—Te alegras por mí, entonces —dice con voz inexpresiva.

No. No, hostia, no me alegro por ella. No estaré alegre nunca mientras Anna está con otra persona.

Pero no es mía. Pensaba que lo era. Me comportaba como un niño con un juguete, sin cuidado, sin pensar. Hasta que la perdí.

—Sí —miento—. Me alegro por ti.

No sé si le había mentido a Anna alguna vez. No me siento bien cuando la mentira sale de mi boca. Es más, me siento de puta pena.

Anna me mira con una expresión que no logro descifrar. Quizá sea pena. Quizá sea odio.

Se da la vuelta y se marcha sin mediar palabra.

Sé que la he vuelto a cagar, pero no tengo ni puta idea de cómo parar.

CAPÍTULO 23

DEAN

Anna pasa varios días sin aparecer por clase.

Casi no me ha dirigido la palabra desde esa noche en el nevero.

Estoy a la vez furioso con ella y desesperado por verla.

Después de la clase de lucha, me cuelo en la torre de su dormitorio con la intención de volver a entrar en su habitación. Sin embargo, no me da ni tiempo a poner la mano en el pomo de la puerta antes de que alguien la abra desde dentro, y me encuentro con la figura menuda pero testaruda de Chay Wagner.

—Está enferma y no quiere hablar contigo —dice.

—Déjame pasar.

Intento hacerla a un lado para entrar, pero ella me impide el paso y deja la puerta medio cerrada, para que no pueda ni echar un vistazo para ver si Anna está en cama o si está ahí siquiera.

—Quítate de en medio —le gruño.

—¿Qué te parece si mejor te largas de nuestro dormitorio antes de que llame a Pippa? —replica Chay—. No tienes permiso para estar

aquí.

Lo más probable es que sea una amenaza vacía. Pippa Portnoy debe de estar en clase, pero tampoco tengo muchas ganas de enfrentarme a la líder de cuarto, que es famosa por lo despiadada que es y no dudaría ni un segundo en informar a los profesores si la molestara. Ni en organizar un encontronazo incluso más inconveniente con alguno de sus muchos esbirros.

—¡Anna! —grito por encima de Chay.

Esta se limita a fulminarme con la mirada.

—Habéis roto. Supéralo de una vez —dice, y me cierra la puerta en las narices.

Técnicamente, Anna y yo no podemos haber roto porque, técnicamente, nunca fuimos novios.

Pero eso es irrelevante.

Decidí que Anna sería mía en el instante en el que la vi por primera vez.

Pensé que quizá volviera corriendo con Leo en cuanto huyó del nevero, pero no lo ha hecho. Al menos, no todavía.

Y tengo algunas teorías para explicarlo.

En primer lugar, aunque ella jamás lo admitiría, sé que ver a Gemma Rossi haciéndole una mamada a Leo se le clavó en lo más hondo. Y, desde entonces, la presencia constante de Gemma y su evidente interés por Leo han sido como echar sal en la herida. He observado que, cuando estamos juntos en clase, Anna se abstiene cuidadosamente de mirar a ninguno de los dos.

También evita al tropel de Espías de Gemma, por suerte para mí, porque esa pelirroja entrometida de Shannon Kelly es la única persona que podría hacerla sospechar sobre lo que ocurrió aquella noche. Evidentemente, Gemma no tiene ni idea, y parece que Leo tampoco. Solo piensa que estaba muy pedo y que la cagó.

Puede que Anna siga pillada por Leo, pero no por ello ha superado el resentimiento que le provocó aquella fiesta. Mi estratagema tuvo más éxito del que me habría atrevido a soñar.

Doy por hecho que no fue la primera vez que Leo se enrollaba con una tía cualquiera, pero, por lo que tengo entendido, sí fue la primera vez que lo hizo aquí, en Kingmakers, y al parecer eso es importante para Anna. Debía de pensar que las cosas serían distintas cuando se marchasen juntos a la universidad.

Quizá habría perdonado a Leo si este se hubiese arrastrado y suplicado, pero, por lo que yo sé, no lo hizo. Supongo que es demasiado orgulloso, el muy idiota. O eso o sabe que no le serviría de nada.

Anna es intensa. Ama con fuerza y odia todavía con más fuerza. Y eso es justo lo que me gusta de ella.

Quiero coger todo ese afecto mal direccionado que siente por Leo y volverlo hacia mí.

A pesar de todo el placer que he obtenido de Anna, dándole la mano, paseando con ella, hablándole, acariciando esa piel sedosa y esa boca carnosa, apenas he logrado mojarme los labios. Y quiero bebérmela hasta que no quede ni una gota. La quiero toda, hasta el final. No quiero que a Leo le queden ni los restos.

Pero la noche que por fin me quedé a solas con ella cometí un error.

Estaba desesperado. Intenté hacer cuanto fuera necesario para robarle la virginidad. Pensé que eso la uniría a mí, lo quisiera ella o no.

Pero fue un error de cálculo.

Lo que tengo que conseguir es que elija. Debo demostrarle, sin dejar lugar a la discusión, que soy mejor hombre que Leo. Que soy más listo y más fuerte que él. He de humillarlo y destruirlo. Y

entonces, cuando se dé cuenta de lo patético que es en realidad, volverá conmigo. Convencida y por su propio pie.

Y esa es la razón por la que estoy esperando a que llegue la segunda prueba del Quartum Bellum casi con tantas ganas como el mismísimo Leo.

Se cree que es su oportunidad para redimirse.

Pero yo sé que está a punto de fracasar de la forma más pública y espectacular posible.

Al menos, si de mí depende.

Tras la humillante derrota de los de segundo en la primera ronda, los de primero nos enfrentaremos a los de tercero y a los de cuarto. Están convencidos de que serán capaces de acabar con nosotros, pero hay cierta tensión en el aire, la inquietante certeza de que la competición no está tan desequilibrada como esperaban.

Damari Ragusa me ha contado que Calvin y Pippa han forjado una alianza. Han acordado acabar con Leo cuanto antes para poder enfrentarse en la ronda final.

El problema es que, en realidad, Calvin no debería dejarle a Pippa el camino despejado para ventilarse la final. Con lo arrogante que es, debería saber que Pippa es más lista que él y que gobierna a sus alumnos de cuarto como un generalísimo. Utilizará a Calvin para librarse de Leo y luego se lo cargará en un combate uno contra uno.

Yo sé todas estas cosas. Me pregunto si Leo las sabe también.

Se ha atrincherado con Ares y Hedeon para urdir sus estrategias. A pesar de haberse convertido en un alma en pena por haber perdido a Anna, sigue siendo el ojito derecho de casi todos los de primero. Gracias a su amistad con Hedeon y Kenzo, tiene a los londinenses y a los Yakuza a su lado, trabajando codo con codo con

él con entusiasmo. También parece caer bien a la Bratva de París, a pesar de que en la primera prueba abandonó a Jules Turgenev en territorio enemigo.

Los únicos que lo desprecian casi tanto como yo son los míos, pero ni siquiera ellos son inmunes al atractivo de la posible victoria sin precedentes de los de primero.

—¿Crees que seremos capaces de ganar a Pippa si llegamos a la prueba final? —me pregunta Bram una noche con fingida despreocupación.

—No —contesto con voz inexpresiva—. Y tampoco importa. Superamos la primera prueba por los pelos. No vamos a ganar la segunda.

El tiempo parece estar de acuerdo conmigo. La mañana de la segunda prueba amanece con lluvias torrenciales y tormentas. El cielo está atravesado de rayos; los campos que rodean Kingmakers, empapados y enlodados. Tomamos posición en los tres vértices de un campo triangular trazado con pintura que gotea como sangre.

Todos llevamos camisetas con los colores de nuestro curso: blanco para los de primero, verde para los de tercero y negro para los de cuarto.

Al otro lado del campo, atisbo a Calvin Caccia, que nos está mirando con el pelo pegado al cráneo por culpa de la lluvia y su uniforme deportivo gris empapado, adherido al cuerpo musculoso.

Y el equipo de Pippa es todavía más amenazante. Los de cuarto, por norma general, son bastante más corpulentos y musculosos que nosotros. Pippa, que está delante, es la más menuda de todos, pero también la más espeluznante. Con ese pelo negro, voluminoso y alborotado, parece una bruja liderando a un ejército de gigantes.

Observo a Leo y trato de descifrar de qué humor está. Se está paseando de un lado a otro, no porque esté nervioso, sino más bien

como un animal acechando sus alrededores. Se parece a su padre. No veo ni rastro de mi tía en él.

Sé qué aspecto tiene Sebastian Gallo. No es lo bastante cuidadoso para dedicarse a borrar su presencia online. No se parece en nada a mi padre. No encontrarás una foto de Adrian Yenin en ninguna parte, ni siquiera en nuestra casa.

Antes, sobre la repisa de nuestra chimenea, había una foto de su boda. Mi madre salía bonita, esbelta y risueña con un vestido de novia corto estilo años cincuenta, y mi padre, también sonriente, mirándola a ella de forma que solo se viera el lado hermoso de su rostro.

Creo que quemó la foto cuando ella se marchó.

Se diría que debería tenerle miedo al fuego, pero no se lo tiene. Lo que le despierta es más bien fascinación. Lo he visto quemar muchas fotografías suyas de sus años de juventud, permitir que las llamas consumieran ambos lados de su rostro.

Las gotas de lluvia caen con fuerza sobre mi cabeza. Llevo el rifle colgado del hombro con una correa.

El profesor Howell ya nos ha explicado las normas de la segunda prueba.

Cada equipo tiene una bomba. No es una bomba de verdad, sino una esfera metálica cargada con pintura que se detona tirando de una anilla. Los rifles también son como los de un paintball, aunque la munición no es la habitual. Estas balas de pintura tienen el tamaño de un huevo de gallina y hacen un daño de cojones. Se parecen más a esas pelotas de goma que disparan a veces a los manifestantes. Con un disparo certero se podría fracturar una costilla, y no hay duda de que dejaría un moratón más grande que un puñetazo.

A diferencia de la primera prueba, que te disparen no quiere

decir que estés fuera de la competición. Puedes seguir adelante si eres capaz, aunque un balazo de paintball en el sitio menos adecuado —en las pelotas, por ejemplo— te dejaría fuera de combate bastante rápido.

Le dispararía una a Leo en todo el ojo si no lleváramos las gafas de protección. Con esta lluvia no sirven de mucho; yo casi no veo, y ni siquiera se han empañado todavía, que es lo que pasará cuando echemos a correr.

El objetivo es muy sencillo: cada equipo debe conseguir llevar su bomba a una de las esquinas opuestas y detonarla. Los primeros dos equipos que consigan hacerlo serán los vencedores.

Leo da órdenes a los miembros de nuestro equipo en voz baja, explicando su estrategia. Por lo que dice, parece que tiene intención de lanzar una ofensiva con una formación en punta de lanza para llevar la bomba a la esquina de los de tercero.

—¿Por qué la de los de tercero? —pregunta Hedeon—. ¿No sería mejor esperar para ver qué lado es más fácil?

—Ese será el más fácil —afirma Leo con una confianza suprema.

Hedeon asiente, aceptando como cierta la obvia suposición de que los de cuarto serán el rival más duro de batir. Pero yo no estoy tan seguro de que tenga razón. Pippa Portnoy es agresiva a más no poder, y sus armas preferidas son la velocidad y la intimidación. Creo que es muy posible que cargue contra nosotros otra vez, como hizo en la prueba de capturar la bandera.

—Cuando crucemos, nuestro pequeño batallón se partirá en dos explica Leo—. Necesito que los corredores más rápidos se queden conmigo. Erik, Kenzo, Thomas, vosotros tres os quedaréis delante de todo. Hedeon, Silas, vosotros nos flanquearéis. Embestid a sus defensas si es necesario. Quiero que los mejores tiradores de largo alcance se queden atrás. Chay, una de ellos eres tú, es evidente.

¿Por qué no te llevas a Anna, Ares y Zoe contigo? Sé que trabajáis bien juntos.

Anna mira a Leo y asiente rápidamente, pero no dice nada. Su pálida piel parece casi translúcida bajo la lluvia, y el tatuaje botánico de su antebrazo destaca sobre ella, como si fuera una marca. Se niega a mirarme a los ojos, la muy terca, aunque sé perfectamente que sabe que la estoy mirando.

—Cuenta con nosotros —le dice Ares a Leo. Se está abrazando a sí mismo porque, a pesar de la lluvia, solo lleva una fina camiseta blanca. No se ha puesto la sudadera, probablemente porque no puede permitirse la mitad de las cosas que teníamos que traer a la universidad. Puede que pertenezca a una de las familias fundadores, pero, hoy en día, los Cirillo son una deshonra. Me cabrea que su nombre siga teniendo peso siendo él un puto indigente, cuando yo tuve que pagar mi asistencia a esta universidad con dos años de mi vida.

—Dean, Bram, Valon —dice Leo, mirándome directamente a los ojos—. Mantened aquí a los vuestros como defensas para repeler los ataques. Jules y el resto de los de París harán de francotiradores desde los extremos. Recordad que no podéis saliros de las líneas.

Cree que si deja con nosotros a la Bratva de París se asegurará de que no dejemos pasar a nuestros atacantes. El honor de la mafia dictamina que debes obedecer las órdenes de tu jefe, a prescindir de lo que opines o sientas acerca del asunto en cuestión. Aunque no hayas elegido a ese jefe en particular. Aunque lo odies a muerte.

Lo que a mí me gustaría es descargar toda mi munición en la espalda de Leo en cuanto se dé la vuelta.

Pero es cierto que no puedo permitir que nadie me vea sabotear al equipo. Para empezar, la mayoría de los alumnos de primero quieren ganar de verdad. Hasta la Bratva y los Penose, que no

tienen a Leo en mucha estima.

El otro problema es que, ahora mismo, el nombre de Yenin no va precisamente sobrado de honor.

Mi abuelo perteneció al KGB antes de entrar en la Bratva, y lo que Leo dijo en el barco que nos trajo a la isla no es del todo incierto: mi abuelo rompió su juramento de sangre con los Gallo. Es una ofensa muy grave. Una ofensa que habría provocado, sin duda, que las demás familias de la mafia le dieran la espalda hasta el día de su muerte, si ese día no hubiese llegado de forma tan prematura.

La parte que Leo quiere olvidar es que su puta familia se lo merecía. Nos mintieron, asesinaron y robaron en nuestras narices durante años. Transgredieron todas y cada una de las normas de nuestro pueblo, incluida la que impedía que Sebastian Gallo desflorara a la única hija de mi abuelo. Así que ellos se lo buscaron.

Sin embargo, eso sigue siendo una mancha negra sobre mi nombre. Lo que quiero conseguir en Kingmakers es reconstruir mi reputación, no quedar otra vez como un traidor.

Pero eso no significa que vaya a ayudar a Leo a ganar.

Pienso hacer lo mínimo sin que los demás se den cuenta.

Y si se me presenta la oportunidad de apuñalarlo por la espalda en secreto, sin que nadie se entere, la voy a aprovechar.

Leo sigue mirándonos a Bram y a mí, esperando una respuesta. Bram contesta con un gruñido, accediendo a regañadientes, y yo me limito a dedicarle una media sonrisa que podría significar cualquier cosa. Leo me mira con los ojos entornados y se da media vuelta, con la bomba bajo el brazo, como si fuera una pelota de fútbol americano.

Los tres equipos nos preparamos en nuestras respectivas esquinas. Nuestras zapatillas empapadas chapotean contra el barro.

El profesor Howell está en el centro del triángulo, apuntando al

cielo con la pistola que anunciará el inicio de la prueba. Las gotas de lluvia explotan al colapsar contra la dura superficie de su poncho; su revólver tiene un aspecto pulido y reluciente. Dispara, marcando el inicio de la partida.

Casi todos los de cuarto y un tercio de los de tercero echan a correr de inmediato hacia nuestro extremo. Salta a la vista que estaban compinchados de antemano, que tenían pensado ir a por nosotros antes de atacarse entre ellos. Supongo que Pippa tuvo que ceder y mandar al grueso de sus fuerzas para que Calvin conservase a la mayoría de las suyas en posiciones defensivas, porque, de lo contrario, él no habría confiado en ella. En cualquier caso, no importa. Si colaboran entre ellos, nos harán pedazos.

Convergen en el centro del triángulo y cargan contra nosotros todos juntos, como un solo ejército. Su plan es abrumarnos superándonos en número y en tamaño.

—¡Juntaos! —grita Leo a su grupo de alumnos de primero para que formen la punta de lanza. En lugar de rendirse a la tentación de correr hacia los otros equipos, Leo le ordena al suyo que se mantenga firme, que todos se queden bien pegados los unos contra los otros—. ¡Apuntad y disparad!

Los alumnos que hay en la parte delantera de la formación empiezan a disparar a sus atacantes de tercero y cuarto. Como los agresores están corriendo y los de primero se quedan quietos, el equipo de Leo tiene mejor puntería. Además, al encontrarse en una formación cerrada, los equipos rivales solo pueden acertar a los de primero que están en el exterior del grupo.

Leo ha posicionado a sus mejores tiradores justo en el vértice de la lanza, y están causando estragos en los grupos agresores, ayudados por los francotiradores. Las bolas de paintball les estallan en el pecho, los brazos, las piernas e incluso en el rostro, dejando

estridentes manchurrones de vívida pintura roja que gotea y se extiende a medida que se mezcla con la lluvia.

Los miembros del equipo de Pippa se quedan rezagados a propósito pero con sutileza, para que sean los de tercero los que se lleven la peor parte de los disparos. Una docena de estos últimos tropieza y cae, y los demás vacilan y miran a Calvin, esperando que les dé nuevas instrucciones.

—¡Seguid adelante, idiotas! —les grita.

Lleva la bomba en las manos y tiene pinta de que quiere dejarla en nuestra esquina. Sin embargo, me he dado cuenta de que Liam Murphy, el lugarteniente de Pippa, también lleva encima la suya. Sospecho que Pippa se asegurará de ser la primera en detonar su bomba, pase lo que pase.

Y, por descontado, Pippa silba con fuerza y su equipo se divide en dos, tratando de flanquear la formación de Leo, que aprovecha la oportunidad para cargar hacia delante desde el centro. Él está a la cabeza de la lanza y el resto del grupo se mantiene bien pegado y se mueve con rapidez. Lleva la bomba bien protegida bajo la sudadera para que la lluvia no la moje.

Esperaba que Leo tratara de cruzar el campo hacia el vértice de los de cuarto, ya que está poco protegido. Sin embargo, Pippa se ha encargado de forzarlo a ir hacia el otro lado, hacia la esquina de los de tercero. Es una misión imposible. Leo no tiene forma de llegar al otro lado. Estoy convencido de que dará media vuelta, aunque tenga que recorrer más terreno; sin embargo, sigue corriendo hacia el muro de alumnos de tercero. Se cree que podrá abrirse paso entre ellos.

Cuando Leo cruza el centro del campo, la retaguardia de su formación se divide. Se agachan y alzan sus rifles para cubrir a Leo, que sigue hacia delante. Veo a Anna, Ares, Chay y Zoe a lo lejos, en

un extremo, tratando de abrirle camino a Leo por ese lado. Están fuera de la formación, así que no resultan muy útiles.

Leo sigue adelante con los soldados que le quedan, agachando y esquivando a los rivales, tratando de evitar a tantos jugadores defensivos de tercero como puede, pero no está funcionando. Le disparan bolas de paintball una y otra vez en el pecho y las piernas; es el objetivo de casi todos sus disparos. Mientras tanto, sus compañeros hacen todo lo posible por disparar, embestir y placar a todos los guardias que pueden.

Los equipos de Pippa y Calvin continúan con su ataque a nuestro vértice. Disparo a un par de tercero que se nos acercan solo por diversión, por ver cómo se tambalean cuando las enormes bolas de paintball explotan, manchándoles las camisetas de rojo chillón.

Me mantengo alejado de los de cuarto. No me gusta ganarme enemigos de cursos superiores, así que no tengo ningún inconveniente en dejar que Pippa coloque su bomba. Hasta le ayudaría yo mismo a detonarla si no mirase nadie.

Se está acercando sigilosamente por un costado, justo detrás de Liam.

Calvin Caccia, sigue abriéndose paso por el centro, convencido de que tiene posibilidades de llegar a nuestra esquina. Es él mismo quien lleva la bomba, igual que Leo; la diferencia es que no está tan dispuesto a soportar los disparos de nuestras defensas. Por esa razón, progresa más despacio, ya que se ve obligado a cobijarse en el centro de su grupo de protectores. De todos modos, avanza hacia nosotros sin pausa, en una línea recta.

Yo sigo disparando de vez en cuando para guardar las apariencias, casi sin acertar. No me importa mucho quién llegue antes a nuestro vértice, Pippa o Calvin. Lo único que quiero es que Leo fracase.

No lo pierdo de vista. Sigue adelante en su ataque demencial y desesperado hacia el vértice de los de tercero. Le disparan una y otra vez; en el hombro, en el muslo y, al final, en mitad de la barriga. Se dobla hacia delante, tambaleándose, y está a punto de caerse. En ese momento, acusa un balazo en la pierna derecha, justo encima de la rodilla, y, esta vez sí, se cae.

Los de tercero se echan a reír, burlándose de él. Están encantados de dispararle a ese capullo creído que se ha atrevido a pensar que sería capaz de ganarle a la universidad entera. Incluso algunos de los de cuarto que están protegiendo su esquina se acercan un poco a mirar.

Leo se abalanza hacia su objetivo una vez más, pero esta vez se enfrenta a un auténtico muro formado por los de tercero. Es imposible que llegue a esa esquina. Debería rendirse de una vez.

Pero suelta un rugido y carga contra ellos de todos modos. Ellos alzan sus rifles y le disparan en masa.

La descarga de bolas de paintball sofoca los gritos que se oyen desde el otro lado del campo. Entre la lluvia torrencial, el estruendo de los rifles y los gritos y berridos, no entiendo qué está pasando hasta que un chillido agudo se eleva por encima del resto del ruido:

—¡Tienen la bomba!

Nos giramos todos hacia la esquina de los de cuarto, como a cámara lenta. Ares está corriendo hacia el vértice a toda velocidad con la bomba bajo un brazo. Anna, Chay y Zoe van tras él, disparando a los defensas que quedan por allí. Apuntan a las manos de los de cuarto y les aciertan en los dedos, así que dejan caer los rifles y, entre aullidos de dolor, sacuden las manos manchadas de pintura.

Incrédulo, miro a Leo Gallo, que está tirado en la hierba empapada, cubierto casi de pies a la cabeza de pintura roja. Suelta

un gemido, rueda para ponerse boca arriba y, con una sonrisa, se saca una sudadera arrugada de debajo de la camiseta.

Los dos últimos jugadores de cuarto que quedan tratan de impedirle el paso a Ares, pero ni siquiera los del último curso tienen nada que hacer contra alguien de su envergadura. Se abalanza entre ellos y los aparta con un golpe de hombro tan fuerte que salen despedidos hacia los lados. Pone la bomba justo en la esquina y tira de la anilla. Explota como un volcán, lanzando una columna de pintura blanca por los aires.

Calvin Caccia se queda mirando a Pippa Portnoy con cara de bobo durante un instante, mientras trata de asimilar lo que acaba de ocurrir. Solo entonces se da cuenta de por qué Pippa accedió a mandar a casi todo su equipo en posición de ataque, dejando su zona desprotegida.

Casi todos los de tercero están arracimados en su propia esquina, mientras que los de cuarto casi han llegado a su objetivo. Calvin tiene unos veinte hombres a su alrededor, mientras que Pippa cuenta con cincuenta. Corren hacia nosotros como sombras oscuras y veloces, y nosotros los dejamos pasar. El desenlace ya está escrito.

Los de cuarto detonan su bomba y la columna de pintura negra como el abismo les garantiza su puesto en la final. Calvin observa el transcurso de los acontecimientos con el rostro deformado de furia.

Los de primero se lanzan hacia el centro del campo y levantan a Leo del suelo para que pueda cojear hacia Ares y unirse a la demencial celebración. Están dos veces más eufóricos que en la primera prueba. La primera victoria pareció cosa de suerte; esta es mucho más real.

Se dan palmadas en la espalda, aunque Leo hace una mueca cada vez que ponen una mano sobre su carne amoratada y magullada. Todos gritan y ríen. Todos y cada uno de ellos.

Todos menos yo.

Yo contemplo, mudo e inmóvil, cómo Anna y Leo se abren paso poco a poco entre la multitud, el uno hacia el otro.

Se quedan de pie cara a cara; la lluvia cae sobre ellos con más fuerza que nunca. Se miran a los ojos. Leo gotea pintura, teñido de rojo casi por entero; Anna solo tiene dos manchas brillantes, una en el brazo y la otra en la cadera.

Leo dice algo y Anna responde. Estoy demasiado lejos para oírlos, incluso para leerles los labios.

Pero veo claramente cómo Leo levanta a Anna, estrechándola con fuerza, y cómo ambos se funden en un abrazo.

CAPÍTULO 24

ANNA

Todas las duchas del castillo están ocupadas.

Chay y yo bajamos corriendo a la armería, pero incluso allí hay dos y hasta tres chicas debajo de cada alcachofa de ducha, tratando de quitarse la pintura roja de la piel.

Nuestra carne es un mapa de cortes, hematomas y verdugones. En el bíceps me ha salido un bulto enorme de color púrpura. Parece que esté creciendo algo por debajo de la piel y esté a punto de reventarla. Y las caderas me duelen aún más. Voy por ahí cojeando como una abuela; no sé si me la habré roto.

—¿Por qué coño han utilizado bolas de paintball de calibre bélico? —le pregunto a Chay mientras me enjabono el pelo con el champú, tratando de quitarme los pedacitos de pintura seca enganchados en el pelo.

—Porque les gusta vernos sufrir —replica ella mientras se despoja de la sudadera gris, que tiene una manga casi arrancada por completo—. ¿Has visto a Erik? ¡Le han dado en la boca y ha

perdido dos dientes!

—Leo estaba hecho un cristo. —Niego con la cabeza al recordar su rostro magullado. Tenía un ojo morado, un chichón en la frente, el labio partido, dos cortes en las mejillas y un moratón gigantesco en un lado del cuello, y eso solo en las partes que no estaban cubiertas de ropa. Y, de todos modos, cuando he ido corriendo hacia él, sonreía de oreja a oreja.

—No sé —dice Chay con gesto astuto—. A mí me parecía bastante contento mientras te abrazaba.

Me vuelvo hacia el agua para no tener que mirarla.

En la euforia posterior a nuestro triunfo, la incomodidad que había entre Leo y yo se ha desvanecido. He corrido hacia él gritando: «¡¡¡Ha sido la hostia!!!», y él ha contestado: «¡Sabía que podías!», y los dos nos sonreíamos como si nunca hubiera pasado nada malo entre nosotros, como si volviéramos a ser los viejos amigos de siempre. Y antes de que ninguno de los dos pudiera llegar a decir nada para estropearlo, me ha abrazado con todas sus fuerzas. Su cuerpo era un horno encendido comparado con la lluvia congelada.

Y entonces los demás alumnos nos han rodeado de repente y ya no hemos tenido tiempo para nada más. Leo solo ha podido gritarme: «¿Vendrás esta noche a la fiesta?» y yo le he contestado: «¡Sí!», aunque no sé si me ha oído.

En realidad, no sabía nada de ninguna fiesta, pero estaba segura de que se celebraría una. Hacía veinte años que los de primero no llegaban a la ronda final del Quartum Bellum. Todos tenemos ganas de celebrarlo.

—¿Te había contado Leo lo que tenía pensado hacer? —me pregunta Chay.

—Se lo dijo a Ares, luego, Ares me lo dijo a mí y yo te lo dije a ti.

Tenía que parecer creíble que era él quien iba hacia el objetivo. Todo el mundo tenía que estar mirando al lugar equivocado; si no, la distracción no habría funcionado.

—Yo pensaba que estábamos jodidos. —Chay se frota los brazos con la esponja—. No habría salido bien si Ares no estuviese hecho todo un monstruo. ¡Qué calladito se lo tenía!

—Puede que sea un encanto, pero no es ningún blando —digo.

—No, no es blando en ningún sitio, eso está claro. —Chay esboza una sonrisa lasciva—. ¿Lo has visto con esa camiseta mojada? Joder, vaya cuerpazo tenía escondido debajo de la ropa.

—No te vengas arriba —la advierto—. Lo último que necesita Ares es que le rompan el corazón.

—¿De qué hablas? ¡Yo jamás haría algo así!

Tiene tela que se ofenda así.

—Ya lo has hecho. Al menos tres veces en lo que llevamos de curso.

—¿Cuándo?

Enumero a las víctimas con los dedos jabonosos.

—Sam…

—Sam es un idiota. Pensaba que los narvales eran animales fantásticos. ¡Como los unicornios!

—Reggie…

—Le apestaba el aliento. Ni con un chicle se le arreglaba.

—¿Y qué pasó con Thomas York?

—Se enfadó cuando le gané en clase de tiro.

—Bueno, las razones no importan. El caso es que los tres se pasaron meses como almas en pena después de que les dieras la patada. No creo que Ares pueda sobrevivir a eso. Por muy grande y fuerte que parezca, sé que tiene un lado vulnerable.

—Ya lo sé —contesta Chay sin arredrarse—. Eso es lo que me

gusta de él, que es humilde, no como los demás pavos de esta universidad, que son unos capullos arrogantes.

—Incluida tú —la chincho.

—¡Por supuesto que incluida yo! —exclama ella—. Pero yo tengo derecho a ser arrogante. Porque soy fantástica.

Me echo a reír.

—Eso no te lo puedo discutir.

Volvemos a los dormitorios a cambiarnos de ropa. Al pasar junto a la puerta de Zoe, me asomo y le pregunto:

—¿Vas a venir a la fiesta?

Niega con la cabeza.

—No creo que deba.

Todavía no se ha duchado, y tiene el rostro salpicado de una fina neblina de pintura que parece una capa de pecas de color escarlata.

Hay una carta abierta sobre su cama y, por la pinta que tiene esa caligrafía rígida y formal y por su expresión de infelicidad, doy por hecho que es otra píldora de dicha cortesía de su padre en la que la reprende por lo que le hayan chivado sus espías.

—A la mierda con él —mascullo—. Está en España, y tú estás aquí. No puede evitar que te diviertas.

—Solo quedan dos meses para el final del semestre —repone Zoe con un suspiro—. Dentro de poco tendrá ocasión de castigarme.

Chay y yo intercambiamos una mirada de tristeza. Queremos que Zoe venga con nosotras, pero no que se meta en líos de verdad.

—Entonces ¿por qué no nos tomamos algo en nuestra habitación? —propone Chay—. Allí no te verá nadie.

—Vale. —Zoe esboza una pequeña sonrisa y se levanta de la cama, dejando allí abandonada la indeseable carta; después, nos sigue a nuestro cuarto.

Esta semana, Chay y yo no hemos sacado tiempo para ordenar,

así que tenemos un montón de zapatos y de ropa que quitar de encima de la cama antes de poder sentarnos.

Me encanta nuestra habitación, hasta cuando está desordenada. Por fin me siento como en casa. Sin embargo, Zoe me ha recordado que el curso se está pasando volando, y me ha provocado una punzada de añoranza por mi verdadero hogar, que está al otro lado del océano. Nunca había estado tanto tiempo lejos de mis padres y mis hermanos. Me pregunto si, cuando vuelvan a verme, me encontrarán cambiada.

Leo ha cambiado.

No me había dado cuenta en el fragor de la competición, pero, ahora que lo pienso con detenimiento, pasarle la bomba a Ares y confiar en que la llevase hasta el objetivo mientras él se encargaba de procurar la distracción ha sido muy poco propio de él. Ha hecho lo que tenía que hacer por el bien del equipo, sin importarle que fuese Ares quien se llevase toda la gloria. Y encima se ha llevado una paliza por ejecutar el plan. Ha sido el líder que realmente necesitábamos.

Hace un año no lo habría hecho.

Me pregunto si él se habrá percatado del cambio.

Chay está sacando la botella de vodka que vino en su paquete de Navidad.

—¿No registran los paquetes? —pregunta Zoe con curiosidad. Sus padres solo le enviaron tres uniformes nuevos de la universidad y una copia de *La rebelión de Atlas*. No se les ocurriría nunca enviarle material de contrabando.

—Que tu madre te mande una botella les da igual, siempre que esté sellada —responde Chay con gesto despreocupado—. Lo único que les importan son las cosas turbias de verdad. Cuchillos, pistolas, venenos y cosas así. Es bastante gracioso, porque tenemos todo eso

en el campus.

—Pero lo cierran con llave cuando no hay clase —apunta Zoe.

Chay pone los ojos en blanco.

—Claro, como si ninguno de nosotros supiera forzar una cerradura.

Abre la botella de Iordanov, que tiene una calavera rosa delante y de la que solo queda un cuarto, porque no es la primera vez que nos tomamos una copita por la noche. Sirve tres chupitos en los vasos de agua que hemos robado del comedor.

—Por nuestra operación encubierta —dice Chay con una sonrisa mientras levanta su vaso.

Me bebo el vaso de vodka entero, prometiéndome que será la única copa que me tome esta noche. Quiero hablar con Leo, si se me presenta la oportunidad, y no quiero arriesgarme a estar achispada y decir alguna tontería.

—Hemos hecho un equipo genial —dice Zoe con una sonrisa—. Nosotras y Ares. Como los Ángeles de Charlie y Bosley.

—¿Quiénes? —pregunta Chay con el ceño fruncido.

—Son… No importa. —Zoe niega con la cabeza.

Zoe es una fan apasionada de las series de televisión antiguas. Su mayor decepción la tuvo el día que Chay le confesó que no tenía ni idea de quién era Lucille Ball.

—Sigo pensando que deberías venir a la fiesta —insiste Chay.

Zoe niega con la cabeza con una expresión sobria.

—Me voy a quedar aquí a estudiar. Me he perdido demasiadas clases de Química y ahora no sé absolutamente nada sobre los explosivos secundarios.

Sin embargo, se queda con nosotras mientras nos arreglamos.

Me pongo una blusa de seda negra y unos pantalones de terciopelo. Es un atuendo menos agresivo y más romántico de lo que

acostumbro a llevar, sobre todo después de que Zoe me cepille el pelo y me lo peine en una trenza larga e intricada con un lazo negro entretejido en el pelo.

—Eres preciosa —me alaba Zoe sin envidia alguna.

—Y tú también —contesto.

Es cierto. Con esa melena negra como el carbón y esos ojos verdes, Zoe posee una belleza etérea que no hace sino intensificarse cuando se entristece, como en este momento. Parece una princesa élfica atrapada en un cuento de hadas oscuro. Y, en cierto modo, lo es. Tendrá que quedarse encerrada en su torre toda la noche por decreto de su padre mientras los demás somos libres de ir adonde gustemos.

—¿Y yo qué? —pregunta Chay, más para interrumpir nuestro humor melancólico que porque tenga interés en nuestros halagos. La autoestima de Chay es como una máquina en perpetuo movimiento que no necesita ningún tipo de combustible.

Echo un vistazo a sus pantalones rojo cereza y a su top corto.

—Pareces Mick Jagger.

—Jo —contesta haciendo un puchero—. Mi objetivo era David Bowie.

Le doy un abrazo a Zoe antes de despedirnos, en la puerta.

—Baja luego si cambias de opinión —le sugiero—. Cuando la gente esté demasiado borracha para chivarse.

Chay y yo cruzamos el patio a toda prisa con las americanas del uniforme encima de nuestras cabezas a modo de paraguas. Vamos a los establos, donde se oye ya el caos de la fiesta que se está celebrando en la planta de abajo, a pesar del sonido de la lluvia.

Los establos están en el extremo oeste del campus y son un sitio muy popular para las fiestas cuando hace mal tiempo. Hace ya mucho tiempo que no hay animales, pero todavía se pueden

encontrar restos de heno entre los tablones de madera que forman el suelo.

Un lado de los establos se usa como almacén de todo tipo de cosas: escritorios y sillas rotos, libros de texto mohosos, mopas y escobas gastadas, cajas y cajas de archivadores que contienen el historial de estudiantes que llevan mucho tiempo muertos… Los estudiantes que siguen vivos, por su parte, han limpiado el lado opuesto para poder reunirse allí sin llamar la atención.

Repararon los muebles rotos más funcionales para que pudiéramos usarlos para sentarnos. Entre ellos, hay un sofá que, al parecer, solía estar en el despacho del rector, hasta que se le rompieron dos patas. Ahora, el tapizado de terciopelo verde está manchado y roto, y gime bajo el peso de media docena de Sicarios.

La música resuena a través de un altavoz que parece el mismo que Dean trajo la noche que me encontré con él en el nevero del castillo. La calidad del sonido no es muy buena, pero a nadie le importa. Suena Mac Miller a todo volumen.

A Dean no lo veo por ninguna parte, lo que es un alivio. Dudo que venga. Lo último que querrá es encontrarse a Leo celebrando su victoria. Quien sí está es Bram, mezclando unos licores en una sandía vaciada que hace de cuenco. Tiene una pinta horrorosa.

Sigo buscando con la mirada hasta encontrar a la persona que más ganas tengo de ver: Leo. Está rodeado de una multitud de eufóricos alumnos de primero, y les está diciendo que está convencido de que tenemos más posibilidades que nunca de ganar el Quartum Bellum.

Como si notara el peso de mi mirada, levanta la vista y esboza una sonrisa que de inmediato se transforma en una mueca, porque se le ha vuelto a abrir el labio partido.

En la vida lo había visto tan hecho polvo. Tiene el ojo derecho

tan hinchado que casi no puede ni abrirlo, y todo su rostro es un mapa de cortes y moratones. Sin embargo, sus ojos brillantes y su sonrisa resplandecen de todos modos, demostrando que no hay nada en el mundo entero que pueda hundir a Leo por mucho tiempo.

Ojalá no hubiera tanta gente. El olor del alcohol, el ruido de la fiesta y la presión de los estudiantes emocionados que se han congregado a su alrededor me traen malos recuerdos. Se parece mucho a la noche en la que se convirtió en nuestro capitán, hace tres meses.

Una noche a la que me enfrenté llena de esperanza y expectación.

Tengo miedo de volver a permitirme sentir esas emociones.

Leo y yo hemos ido recuperando nuestra amistad poco a poco, pero no sé si algún día lograremos volver al punto en el que estábamos.

En realidad, estoy segura de que eso no es posible. Han pasado demasiadas cosas. Es lo que estaba pensando antes en mi habitación: Leo ha cambiado. Y yo también.

La noche de aquella otra fiesta, mientras recorríamos el sendero que nos llevaba a la playa de la Luna, lo único que deseaba era que Leo me besara. Quería ver si aquello que yo sentía podía adoptar una forma física. Quería ver si la atracción que sentía florecía si sus labios se encontraban con los míos.

Ahora… Ahora lo que deseo es muy distinto.

Ahora pienso en la confianza y la conexión que teníamos, en cómo nos acompañábamos. Deseo todo aquello pero en forma de amor, no de amistad.

Pero no sé si eso es posible. ¿Cómo podríamos Leo y yo entregarnos el uno al otro después de todo lo ocurrido? Me hizo

daño y luego yo le hice daño a él. Se folló a una chica casi delante de mis narices y yo salí con su peor enemigo.

Sé que yo también he cometido errores; Leo no ha sido el único. Este año he tenido que madurar mucho.

Pero me sigue doliendo cada vez que lo pienso. Esa noche tenía tantas esperanzas… Y acabaron despedazadas contra las rocas cuando vi a Leo con Gemma.

¿Es posible perdonar de verdad algo que te ha hecho tanto daño?

¿Acaso quiere Leo perdonarme a mí, o estar conmigo?

El otro día, casi dio el visto bueno a mi relación con Dean. Parecía que ni siquiera le importaba que saliera con él.

Sea como esa, eso ya se ha terminado. Se lo dije a Dean unos días después de su desastrosa intentona de follarme. Me arrinconó en la entrada de los dormitorios y le dije que habíamos terminado. Él entornó los ojos y dijo:

—Ni hablar.

—No depende de ti. —Me temblaban las manos, aunque intentaba con todas mis fuerzas que no fuera así—. No quiero seguir contigo.

Se me quedó mirando sin responderme, y, al final, dijo:

—Eso ya lo veremos.

No sé qué coño se suponía que significaba eso, y me da igual.

Quizá debería haberle contado a Leo que Dean y yo habíamos roto, pero me volvió a hacer daño cuando se comportó como si ya no le importase una mierda. Casi parecía animarme a seguir con él.

Por eso ahora mismo no voy corriendo a los brazos de Leo, por eso no me abro paso a través de la multitud de gente que lo rodea. Porque, después de todo este tiempo, sigo sin saber lo que siente por mí.

Quizá lo único que quiera sea recuperar a su amiga. Y, por mucho que lo eche de menos, no sé si puedo seguir siendo una amiga para él. No mientras sienta lo que siento. Sería una tortura.

—¡Eh! —me llama Chay al ver mi expresión de tristeza—. ¡Ven a bailar conmigo!

Tira de mí hacia la pista de baile antes de que me dé tiempo a responderle, abriéndose paso entre el montón de chicos que saltan y cantan las canciones sin saberse la letra, frotándose los unos contra los otros y haciendo cualquier cosa menos bailar.

Chay sí que sabe moverse. Tiene una sensualidad natural que hace que todas las miradas se detengan sobre ella, no solo las de los chicos, también las de muchas chicas. Sabe cómo mover las caderas y las manos, cómo morderse el labio y sacudir la melena de tal forma que cuatro o cinco tipos diferentes se acerquen a ella en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No! ¡Quitad, coño! Estoy bailando con Anna —grita, apartándolos sin contemplaciones.

Sin embargo, veo que su mirada se desliza hacia Ares, que está en el extremo opuesto de la sala, apoyado en una pared con las manos en los bolsillos. Mucha gente quiere acercarse a él para felicitarlo, pero él se los quita de encima con toda la amabilidad posible. Casi puedo oírlo decir:

—Yo no he hecho nada. Ha sido idea de Leo.

Ares es alérgico a la atención de los demás, probablemente porque la mayoría de las veces que la recibe por parte de idiotas como Bram es negativa. Además, creo que no le gusta y ya está. Si no fuese amigo de Leo, lo más seguro es que no saliese nunca de su cuarto.

Para Chay es un desafío. Ahora se ha girado para estar de cara a Ares, para enseñarle sus mejores pasos de baile. Le guiña un ojo y

le pide con un gesto que venga a unirse a nosotras. Ares se sonroja y niega con la cabeza antes de volver la mirada hacia otra parte con determinación.

—¿Cómo es posible que rechace esto? —protesta Chay con el ceño fruncido mientras señala su cuerpo de gimnasta.

Me echo a reír.

—Se habrá dado un golpe en la cabeza durante la prueba.

—¿Quién no querría bailar con las dos chicas más guapas de la universidad? —dice una voz profunda.

Me doy la vuelta y veo que Leo se las ha arreglado para acercarse hasta nosotras. Ha sido un piropo tonto, podría no significar nada en absoluto, pero solo con lo cerca que estamos el uno del otro ya siento que me arde la piel.

—Madre mía, ¡estás hecho un cristo! —exclama Chay mirando la cara magullada de Leo. Luego suelta una carcajada.

—A mí me lo vas a decir. —Sonríe—. Pero ha merecido la pena. Vosotras habéis estado de puta madre. Todas esas prácticas de tiro han servido de algo.

—Ha sido idea tuya. —Hago acopio de coraje y añado—: Estoy orgullosa de ti. De que hayas confiado en Ares. De que hayas confiado en todos nosotros en lugar de hacerlo todo tú mismo.

Leo baja la vista para mirarme. Tiene el ceño fruncido en una expresión que no logro descifrar.

—A veces, lo más difícil es dejar algo atrás.

Se me cae el alma a los pies.

¿Se refiere a nosotros dos?

¿Ha dejado atrás lo que podría haber habido entre nosotros dos?

Podría haber pasado página hace meses, de hecho. Podría haberlo dejado ya muy atrás. A kilómetros.

En ese momento, la música cambia. El pop alegre da paso a los

tristes compases que abren «Wicked Game».

—¡Necesito una copa! —anuncia Chay, y nos abandona en la pista de baile.

Leo y yo nos miramos, incómodos.

Pero deja de ser incómodo en cuanto me rodea la cintura con los brazos y yo alargo los míos hacia su cuello. Encajamos, igual que lo hemos hecho siempre. Leo me supera en altura lo justo, incluso cuando llevo tacones.

Me abraza, y es fácil, muy fácil, moverse al compás de la música como si fuéramos uno.

Lo miro a los ojos. Dorados y claros, en contraste con su piel profundamente bronceada. Veo la avidez que resplandece en ellos, la expresión que pone Leo siempre que ve algo que desea con desesperación. Cuando hay un premio que daría cualquier cosa por ganar.

Siento el corazón hinchado y ardiente en el interior del pecho. Me arden las mejillas y estoy luchando contra las lágrimas.

Leo traga saliva con dificultad, contrayendo con fuerza la garganta. Entreabre los labios y, de repente, me aterroriza lo que vaya a decir, pero también lo espero con una salvaje expectación. En este momento, mi mundo entero pende de un hilo.

—Te he echado de menos, Anna —confiesa con voz gruesa—. Te he echado muchísimo de menos.

Parpadeo y dos lágrimas ruedan por mis mejillas, marcando mi piel con dos caminos paralelos.

—Toda la luz en mi vida se apagó —susurro—. Sin ti, he estado completamente a oscuras.

—¿De verdad? —pregunta Leo con la voz rota.

Asiento y dejo que las lágrimas caigan al suelo.

Él me abraza con fuerza, apretujándome contra su pecho. Aspiro

su aroma, que es lo que más me gusta en este mundo. No quiero pasar ni un solo día más sin él.

Y entonces alguien nos separa de un violento empujón.

—Quítale las putas manos de encima a mi novia —ruge Dean.

CAPÍTULO 25

LEO

Dean se enfrenta a mí con los puños ya levantados. Bram y Valon Hoxha están detrás de él.

Dean nunca se pone rojo cuando se enfurece. La piel le empalidece más que nunca, y se le pone tan rígida como una máscara. La única luz de su rostro es el destello de sus incisivos, ya que tiene el labio superior arrugado en una mueca.

—Yo no soy tu novia —le espeta Anna, enfadada.

Dean no le hace caso. Tiene los ojos fijos sobre mí. Solo sobre mí.

Así que repito lo que ha dicho, para asegurarme de que lo haya oído.

—Anna no te pertenece.

—Y una mierda —replica entre dientes—. Como te atrevas a mirarla siquiera, te corto el puto cuello.

—Leo… —dice Anna en tono de advertencia.

Debe de tener miedo de que Dean haya perdido la cabeza,

porque la verdad es que ahora mismo parece estar lo bastante loco como para intentar matarme. O igual le preocupa que sean tres contra uno. En ese momento, Ares se materializa a mi lado. Guarda silencio, pero mira al Penose de un modo que deja muy claro que me apoyará pase lo que pase.

—No pasa nada, Anna. —La miro a los ojos con una expresión tranquilizadora.

Pero, al parecer, Dean iba en serio con eso de no mirarla siquiera, porque no necesita nada más. Se abalanza sobre mí con los puños en alto, como un boxeador. Apenas tengo tiempo de levantar las manos antes de que me aseste una retahíla de puñetazos en la cara.

No estoy en condiciones de empezar una pelea. Esas bolas de paintball no eran ninguna broma, y ya me dolía la cabeza mucho antes de que Dean me atestara un potente derechazo, haciendo que el cerebro me retumbara contra el cráneo.

Atisbo vagamente que Bram y Valon, a su vez, se han abalanzado sobre Ares. Los tres ruedan por el suelo, a patada y puñetazo limpio. Sin embargo, no puedo hacerles mucho caso, porque Dean sigue atacándome con furia. No es un rival fácil, ni siquiera lo sería si mis facultades estuvieran intactas.

Me clava un puñetazo en las costillas, que tal vez ya estén fracturadas después del montón de balazos de paintball que me han disparado. Se me escapa un grito ronco y estrangulado.

Pelearme con Dean cuando él está fresco y yo hecho polvo no es una buena idea. Debería seguir el ejemplo de Ares y lanzar a este cabrón contra el suelo.

Me agacho para esquivar el siguiente puñetazo y le golpeo en el pecho con el hombro para lanzarlo hacia atrás. Cae con fuerza y yo me lanzo sobre él con todo mi peso. Trata de rodar para zafarse de

mí, pero ya le he agarrado de la camiseta, y me aprovecho de ello para mantenerlo contra el suelo y asestarle un puñetazo con la mano derecha. La posición me da ventaja, así que le pego tres o cuatro veces en la cara. Sus puñetazos apenas me rozan.

Valon se libra de Ares y me da un fuerte puñetazo en la oreja izquierda, quitándome de encima de Dean. Anna, furiosa, le da un rodillazo a mi nuevo atacante en la cara, pero otro de los Penose la agarra de la cintura y la aparta de la pelea.

Llegados a este punto, ya se está peleando todo el mundo. El espíritu de celebración se ha convertido en una docena de reyertas distintas, casi todas entre los Penose y la Bratva de Dean y algunos de mis amigos más íntimos, incluidos Kenzo y Hedeon.

No veo a Anna. Mientras la busco, distraído, un gancho izquierdo de Dean me hace ver las estrellas. Se lo devuelvo golpeándole en la nariz y la mandíbula, y enseguida estamos otra vez rodando por el suelo, asestándonos rodillazos, golpetazos y codazos en cada parte del cuerpo del otro que logramos alcanzar. Nuestra sangre salpica el suelo de madera; una parte es de Dean, pero casi toda es mía.

Dean trata de meterme el pulgar en el ojo, pero me lo quito de encima de una patada en el pecho. Los dos nos ponemos de pie al instante. A Dean le sangra profusamente la nariz; yo estoy inclinado porque mis costillas se han convertido en una bola de fuego y agonía.

Cuando estamos a punto de abalanzarnos de nuevo el uno contra el otro, oigo gritar a Anna:

—¡Parad! Por favor, ¡parad!

Dean y yo nos miramos a los ojos por un momento, jadeantes, ambos goteando sangre.

No quiero parar. Lo que quiero es matarlo, joder.

Pero haría cualquier cosa por Anna.

—Está bien. —Levanto las manos—. Paro.
Me vuelvo para mirarla.
Y entonces el puño de Dean se estrella contra mi mandíbula.

CAPÍTULO 26

DEAN

Anna nos pide a gritos que dejemos de pelear, y Leo alza las manos, indicando que está dispuesto a parar.

Pero no será él quien decida cuándo paramos.

Esto no termina hasta que yo lo diga.

Leo mira a Anna, a mi Anna, joder, justo después de que le haya advertido de que no lo haga. Así que tomo impulso y le doy un puñetazo a traición en un lado de la cara, el puñetazo más fuerte que le he dado a nadie en toda mi vida. Le infundo toda la furia y la amargura que hay en mi interior.

Pierde el conocimiento en cuanto lo toco. Ha sido demasiado para él en un único día. Le tiemblan las piernas y se desploma. Se habría estrellado contra el suelo de no ser por Hedeon Gray, que lo sostiene desde un lado, tambaleándose bajo el peso muerto de Leo.

Solo dispongo de un segundo para disfrutarlo antes de que Anna me cruce la cara de un bofetón. Un bofetón fuerte de cojones: me pitan los oídos y se me llenan los ojos de lágrimas. He de parpadear

para volver a ver su rostro pálido y furioso con nitidez.

—¡Cabrón! —me espeta entre dientes, furiosa.

Está que echa humo. Casi veo las chispas de indignación que saltan de su piel.

Y yo me siento exactamente igual. ¿Por qué no se da cuenta de que, en el fondo, ella y yo somos iguales? Sé que tiene la misma capacidad de obsesión, extremismo y violencia que habita en mi interior. Si combinásemos nuestras fuerzas seríamos imbatibles.

Pero insiste en volver junto a Leo Gallo una vez tras otra.

¿Qué tengo que hacer para demostrarle que soy mejor hombre que él?

—Sí, soy un cabrón. Un bruto. Un asesino. Hago cuanto es necesario para ganar una pelea. Y nunca dejaré de pelear por ti. —Miro a Leo, al que Hedeon Gray todavía sostiene en pie—. Él es un blando. Y tiene la traición en la sangre. Mereces algo mejor.

Y me marcho, seguido de Bram y Valon.

Bram se aguanta la risa mientras salimos de los establos.

—Qué puto idiota. ¡Esa no se la ha visto a venir!

A mí, la euforia que he sentido pegándole a Leo no me ha durado mucho. Ya me siento de nuevo anegado de amargura; tengo la imagen de Leo y Anna bailando grabada a fuego en el cerebro. Veo cómo lo miraba a los ojos. Veo una expresión que nunca había puesto cuando me miraba a mí. Ni una sola vez.

Si he noqueado a Leo ha sido porque él se ha distraído con ella. Porque le ha hecho caso cuando le ha pedido que pare.

Así es como se queda como un idiota. Así es como se cometen errores que pueden acarrearte la muerte, permitiendo que una mujer te nuble el juicio. Que te haga débil.

Y yo ya he quedado como un idiota por culpa de Anna. Sé que Bram y los Penose lo piensan, y eso está erosionando mi autoridad.

Todavía me obedecen, pero no respetan la fijación que tengo con ella.

No puedo dejar que otro hombre me la quite.

Y el puto Leo Gallo menos que ninguno.

¿Qué tengo que hacer para vencerlo?

Ese tipo es mi cruz. La lanzada en mi costado. El arsénico que envenena todo aquello que quiero saborear.

El origen de todos los males de mi vida son los Gallo.

Si Sebastian Gallo no hubiese asesinado a mi abuelo, me habría criado en Chicago y no en Moscú.

Si no hubiese quemado y mutilado a mi padre, mi madre jamás nos habría abandonado.

Y si mi tía no hubiera traicionado a nuestra familia casándose con el enemigo, Leo Gallo ni siquiera existiría.

El mejor amigo y aliado de Mikolaj Wilk sería mi padre. Y habríamos sido Anna y yo quienes habríamos crecido el uno al lado del otro. Quizá incluso se hubiese firmado una alianza de matrimonio para cuando hubiéramos llegado a la pubertad. Ya habríamos estado comprometidos al empezar en Kingmakers.

Anna y yo estábamos destinados a estar juntos. Lo que nos separó fue una mera desviación del azar.

Yo lo veo con claridad. ¿Por qué ella no?

Por Leo. Él tiene la culpa. Está cegada por él. La ha confundido. La ha seducido y la ha alejado de mí.

El único modo de enmendar los errores del pasado es hacer que las cosas vuelvan al curso que deberían haber seguido desde un principio.

Leo Gallo no debería existir.

Bram está ocupado cavilando, obcecado con las cosas que le molestan a él.

—¿Quién coño se ha creído que es ese campesino griego? ¿Cómo se atreve a intentar pegarme a mí?

A mí me parece que Ares ha hecho algo más que intentar pegarle. La nariz de Bram no está ni por asomo tan recta como estaba antes, y ya se le ha empezado a poner un ojo morado. Y Valon no tiene mucho mejor aspecto.

—Supongo que habrían hecho falta tres como vosotros para controlarlo —les digo con desdén.

—Es un puto ogro —protesta Valon.

—¿Y tú qué eres? ¿Un principiante?

Los dos me fulminan con la mirada.

Me importa una mierda. Necesitan que se les recuerden sus carencias. Me cabrea que los amigos de Leo sean mejores que los míos a la hora de pelear. ¿Por qué coño tiene él que tenerlo todo cuando lo que tengo yo es una mierda?

—No va a ganar la última prueba —dice Bram, que, al parecer, ha decidido que su odio contra Leo y Ares es más fuerte que su deseo de que los de primero ganemos el Quartum Bellum.

—No va a sobrevivir a la última prueba —respondo en silencio.

Bram y Valon intercambian una mirada decididamente incómoda.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Valon.

—Lo que quiero decir es que voy a matarlo.

Se hace un largo silencio que se alarga y se alarga. Lo único que se oyen son nuestras pisadas sobre la hierba empapada y la lluvia, que sigue cayendo a nuestro alrededor. El patio está oscuro y vacío, y la lluvia elimina la posibilidad de que alguien nos oiga. Jamás confesaría esto en voz alta, salvo ante mis dos aliados más cercanos.

—¿Lo vas a hacer aquí? —pregunta Bram—. ¿En Kingmakers?

Asiento a modo de respuesta.

—¿Y qué hay del santuario? —pregunta Valon—. ¿Qué hay de la

ley de la compensación?

Se refiere a que, si nos pillan, nos ejecutarán.

—No hay compensación si no nos pillan.

Es evidente que a Valon la idea no le gusta ni un pelo, pero no tiene ni una gota de rebeldía en la sangre. Puede que sea Heredero por título, pero es un soldado por naturaleza. Hará lo que Bram y yo le digamos que haga.

Bram se lo piensa unos instantes. Veo en su rostro que lo acepta, que incluso tiene ganas de que llegue el momento, en cuanto se le curva la boca en una sonrisa.

—No es raro que haya algún accidente. Sobre todo en el Quartum Bellum.

—Exacto. —Asiento—. Has dado en el clavo.

CAPÍTULO 27

ANNA

Hedeon Gray y Ares me ayudan a llevar a Leo a la enfermería. Está bastante hecho polvo, y no solo por culpa de la paliza que le ha dado Dean. Estoy bastante convencida de que ya tenía un traumatismo considerable antes de pelearse con él. Ahora va recuperando la conciencia de forma intermitente, mientras sus labios murmuran frases inconexas que carecen de sentido.

Y, aunque estamos empapados tras cruzar el patio bajo la lluvia, está ardiendo.

La enfermería está situada en un edificio largo y bajo que se solía utilizar como matadero de los cerdos, las reses y las aves de corral que proporcionaban carne para el castillo. Cuesta decir si el olor metálico que permea el aire proviene de aquellas criaturas que mataron hace tanto tiempo o de la sangre que los estudiantes han derramado sobre los suelos de madera desde entonces.

Aporreamos la puerta para despertar al doctor Cross, que tiene su despacho y su apartamento en el fondo del edificio. Pasa mucho

tiempo desde que veo que se enciende la luz hasta que abre, porque el hombre debe de tener unos cien años. Por fin la puerta se entorna y asoma él, vestido con una bata de estampado de cachemir y unos zuecos, y nos mira desde detrás de sus gafas de culo de vaso.

—¿Por qué siempre os tenéis que meter en líos a estas horas de la noche? —pregunta a modo de saludo.

—Lo sentimos —contesta Hedeon—. Pero Leo ha acabado hecho polvo después de la prueba. Y luego… se ha caído por las escaleras y se ha dado otro golpe en la cabeza.

Hedeon no está encubriendo a Dean para protegerle. Aunque se metería en un lío por haberle hecho daño a Leo, a este también lo castigarían por participar en la pelea. Entre los alumnos hay un pacto no escrito para cubrirnos las espaldas cueste lo que cueste, siempre que ninguno de los implicados pierda la vida.

El doctor Cross pone los ojos en blanco y abre la puerta del todo para dejarnos pasar. Ha oído demasiadas excusas inverosímiles para molestarse siquiera en fingir que se cree la nuestra. La verdad salta a la vista, ya que tanto Ares como Hedeon tienen pinta de haberse peleado. Ares tiene los dientes ensangrentados y Hedeon lleva un jirón en el cuello de la camiseta que deja al descubierto el tatuaje que tiene en el pecho.

—Pasad —dice el doctor Cross con voz ronca mientras se aparta de la puerta arrastrando los pies.

Ares y Hedeon meten a Leo en la enfermería. Como el techo es bajo, el primero se golpea la cabeza contra la lámpara, que empieza a balancearse con fuerza, haciendo que las sombras de la habitación oscilen violentamente de lado a lado.

—¡Cuidado! —le advierte el doctor Cross—. Ahora mismo no necesito más pacientes.

Señala la camilla donde quiere que Ares y Hedeon dejen a Leo.

El segundo lo suelta encima con tanta brusquedad que el paciente emite un gemido.

—¡Cuidado! —le regaño.

—No es un peso pluma, precisamente —replica Hedeon. Este año ha aprendido a moderar su temperamento, pero sigue siendo gruñón y de mecha corta.

Trago saliva para mantener mi irritación a raya y contesto:

—Gracias por traerlo, chicos. Podéis iros, si queréis. Ya me quedo yo con él.

—Pues sí, si no te importa. —Hedeon se echa hacia atrás el pelo empapado de la lluvia—. Había una Contable muy guapa que no me quitaba el ojo de encima. Seguro que se ha largado durante la pelea, pero si no…

Me da la sensación de que Ares va a ofrecerse para quedarse, pero entonces nos mira a Leo y a mí y cambia de opinión.

—Yo me voy a la cama —dice—. Nos vemos en el desayuno.

Los chicos se van, dejándome sola con el doctor Cross y Leo.

—¿Dónde están los demás? —pregunto.

Después de la prueba he visto a un montón de alumnos cojear hacia aquí.

—Los he curado y les he dado puerta —contesta el médico malhumorado—. Por eso estoy tan cansado. Hace solo una o dos horas que he terminado con el último. Estaba justo yéndome a dormir cuando me habéis interrumpido, maleducados.

—Lo siento —me disculpo avergonzada.

El doctor está mirando si Leo tiene algún hueso roto y revisando los arañazos y moratones que tienen peor pinta. Le presiona en el costado derecho y Leo hace una mueca, gime y murmura alguna incoherencia.

—Están rotas —sentencia el doctor Cross—. Y esto necesita

puntos. —Señala un corte profundo que tiene en la frente.

Coge los materiales que necesita, se lava las manos con cuidado en el lavabo industrial y trae un carrito de acero en el que tiene antiséptico, vendas, ungüentos, hilo de nailon y una aguja curva que tiene una pinta espantosa.

Presenciar cómo intenta enhebrar el hilo en esa aguja se convierte en una de las experiencias más desquiciantes de mi vida. Las manos le tiemblan tanto que no veo el modo de que consiga introducir el hilo por el agujerito casi invisible, y mucho menos de que cosa el corte de Leo. Sin embargo, tras el tercer intento, logra acertar en el agujero y ensartar el hilo.

Limpia el corte de Leo con yodo y luego, sin molestarse en anestesiar la herida en modo alguno, le clava la aguja, uniendo los bordes separados de la piel desgarrada.

Eso despierta a Leo al instante.

—¡Ay! ¡Joder! —grita dando un respingo.

—Aguántalo, que no se mueva —me ordena el doctor Cross con desgana.

Le empujo con suavidad contra los cojines y le digo:

—Estate quieto. Será solo un minuto.

Dura mucho más de un minuto, ya que el doctor Cross trabaja con una lentitud exasperante, pero, cuando termina, he de reconocer que los puntos están sorprendentemente bien hechos y que el corte está limpio y cerrado.

—¿Por qué me has traído aquí? —murmura Leo.

—Porque estabas hecho una desgracia —contesta el médico, adelantándose a mi respuesta—. Tienes las costillas rotas, muchacho, y con eso no puedo hacer nada, así que tendrás que portarte bien las próximas seis semanas. No puedes volver a caerte por las escaleras.

Leo sonríe al oír el tono contrariado del médico.

—Me ha empujado ella, doctor —dice.

—Si eso es verdad, seguro que te lo merecías. —El doctor corta el hilo y deja la aguja—. Esta noche puedes dormir aquí. Tú solo; la chica no. Vendré a ver cómo estás por la mañana. Y tú, jovencita, avisa a esos gamberros de que me voy a quitar el audífono y a meterme en la cama, así que no tengo intención de abrir por mucho que me aporreen la puerta.

—Vale —contesto—. No hay problema.

Antes de que el doctor Cross me eche, mientras limpia su bandeja y se lava las manos otra vez, aprovecho para intercambiar unas palabras más con Leo.

—¿De verdad estás bien? —le pregunto. Lo cojo de la mano y escudriño sus ojos, buscando señales del traumatismo.

Como respuesta, Leo me coge de la nuca, me atrae hacia él y me besa con brusquedad. Tiene el labio hinchado y partido, y noto el sabor de la sangre en la boca.

Pero también noto el sabor de Leo, ese aliento cálido y dulce que he sentido en el rostro miles de veces, cuando nos reíamos y hablábamos con las cabezas muy cerca la una de la otra.

Está caliente, increíblemente caliente, a pesar de la lluvia y del frío que hace esta noche. Los labios son carnosos y suaves, aunque firmes a la vez, y se mueven con fuerza contra los míos. Ha pasado ya mucho tiempo desde que se ha afeitado esta mañana y la barba incipiente de su labio superior me rasca la piel, ejerciendo un contraste delicioso con la suavidad de su lengua, que se desliza en mi boca para frotarse contra la mía.

Estoy besando a mi mejor amigo. Después de tanto tiempo, por fin sé qué se siente al besar a Leo.

Es impactante y maravilloso. Me devuelve la vida, joder.

Me siento como si dos piezas de un rompecabezas acabasen de encajar. Me siento como si por fin hubiera recordado algo que había olvidado. Como si hubiera vuelto a casa.

Y, a pesar de todas las veces que lo había imaginado, esto es aún mejor.

Es perfecto.

Leo me suelta, apartándose de mí los centímetros justos para que pueda mirarlo a los ojos.

Me sonríe y dice:

—Nunca había estado mejor.

El doctor Cross carraspea. Quiere que me vaya para poder irse a dormir.

—Volveré mañana por la mañana —le prometo a Leo.

—Más te vale.

Salgo de la enfermería con el corazón dándome saltos mortales.

Tengo los sentidos aguzados al máximo, exacerbados y febriles. Siento cada una de las gotas de lluvia que explotan contra mi piel. Son frescas y efervescentes, como si estuviese nadando en agua carbonatada. La hierba huele a vida y a naturaleza, y hasta las paredes de piedra caliza del castillo parecen despedir el aroma del océano antiguo que las formó.

El sabor de Leo permanece en mis labios. Todavía siento el tacto cálido y fuerte de sus dedos agarrándome de la nuca.

Estoy flotando sobre el suelo, ingrávida. Si ahora mismo fuese a la catedral a bailar, creo que haría la mejor actuación de toda mi vida. Creo que podría, literalmente, volar.

Sin pararme a pensar, giro en esa dirección y cruzo el campus oscuro, dejando que sea mi memoria quien me guíe. Abro con fuerza las pesadas puertas y entro en esa sala que hace semanas que no visito, porque me sentía demasiado deprimida, demasiado pesada.

La oscuridad es completa. Busco las velas que dejé en el viejo altar y trato de encenderlas, a pesar de que las cerillas están mojadas por culpa de la lluvia y la humedad. Las dos primeras se me rompen, pero la tercera sí prende, y la uso para encender la media docena de velas cilíndricas desiguales y medio derretidas que robé en la torre del homenaje. Las dispongo por la nave y luego me quito la blusa mojada y los pantalones, quedándome en ropa interior. No me importa. Aquí no me ve nadie.

No tengo altavoz, pero eso tampoco me importa, pues oigo con claridad la música que suena en mi mente, «Love Chained», una canción que conozco tan bien que incluso en sueños la oigo.

Y, en cuanto empiezo a bailar, vuelvo a sentir esa ligereza, esa sensación de que me elevo, de que floto, de que vuelo sobre el suelo de piedra. Mi cuerpo y mi cerebro se separan y casi puedo verme a mí misma danzar, girar, brincar y saltar mientras mi mente flota, libre, sobre el espacio cavernoso, desanclada de la tierra.

Lo echaba de menos casi tanto como a Leo.

Ahora comprendo que ambas cosas están unidas. Bailar es mi forma de conectar con mis pensamientos y emociones más profundos, y la mayoría de ellos están centrados en Leo. Cuando intentaba negarme a mí misma lo que sentía por él, era incapaz de bailar.

Incluso esta canción, mi canción preferida…, fue siempre sobre él.

Estoy encadenada a Leo. Lo estoy y siempre lo he estado. Estamos unidos el uno al otro desde que nacimos. E, incluso cuando muramos, los átomos de su cuerpo y los del mío hallarán siempre el modo de encontrarse.

Bailo hasta que el sudor gotea por mi piel, igual que las gotas de lluvia se deslizan por las cristaleras que hay por encima de mí.

Y entonces me tumbo en el suelo de la iglesia y escucho los latidos de mi corazón, que reverberan en mitad del silencio.

Las velas casi se han consumido por completo, y sus mechas se ahogan en los últimos charcos de cera derretida. Deben de ser las dos o las tres de la madrugada. La hora de las brujas. Esa hora en la que casi todo el castillo está dormido.

Sin duda, Leo lo estará, en su camilla de la enfermería, pues su cuerpo estará tratando de curarse los daños que ha sufrido hoy, uno tras otro.

Casi veo su rostro resplandeciente ante la luz de las velas. Ante mí. Quiero verlo en persona, aunque solo sea un instante. Y es un deseo tan intenso como inmediato.

Cojo mi ropa empapada y salgo de la catedral.

Todas las ventanas del castillo están a oscuras. No se oye ni un sonido sobre la lluvia implacable.

No, en realidad, no es cierto. Hay una luz encendida en lo alto de la torre de la biblioteca, en el ático. En la habitación de la señorita Robin. Debe de estar leyendo, insomne. Sin embargo, su luz se me antoja amable, como si la hubiera encendido para ayudarme a encontrar el camino en los terrenos oscuros de la universidad.

Es un largo camino hasta la enfermería. He de pasar junto al palomar, el horno, los establos y la vieja bodega. Cuando estoy cerca del comedor, veo algo extraño: Hedeon Gray descendiendo las escaleras que llevan a la bóveda donde se encuentra el dormitorio de los Espías. Estoy segura de que es él porque lleva la misma camiseta que se ha roto durante la pelea.

¿Qué se le ha perdido a Hedeon ahí abajo?

Dijo que iba a encontrarse con una chica, pero era una Contable. Y su hermano tampoco duerme ahí. Silas es un Sicario, cuyas habitaciones están en las puertas del castillo.

¿Habrá quedado Hedeon con otra chica?

En ese momento, llego a la enfermería, así que el chico desaparece de inmediato de mi mente. Me muero de ganas de entrar, pero vacilo antes de abrir la puerta. No me preocupa despertar al doctor Cross; antes hemos tenido que aporrear la puerta mucho rato para sacarlo de la cama. Es Leo quien me preocupa. No debería despertarlo; necesita dormir. Pero tengo tantas ganas de verlo…

Me quito una horquilla del pelo, la meto en el cerrojo y manipulo los viejos engranajes de la puerta hasta que oigo el «clic». Empujo la puerta, estremeciéndome al oír el chirrido de las bisagras.

Y, en cuanto pongo un pie en el interior, me embarga el cálido aroma de la piel de Leo, el sonido pesado de su respiración.

Cruzo la estancia con sigilo. Siento la misma expectación que sentía de pequeña las mañanas de Navidad, cuando iba corriendo hacia el árbol.

Ahí está. Dormido de lado, con ese cuerpo tan ancho estirando al máximo la fina manta de la enfermería, los pies casi colgando del borde de la cama y los rizos oscuros y despeinados sobre la almohada. Mientras me acerco, mi intención es solo mirarlo; no quiero tocarlo y arriesgarme a despertarlo. Sin embargo, cuando por fin llego al lado de la cama para contemplar su rostro veo el brillo de sus ojos cuando me mira y el destello blanco de sus dientes al sonreír.

Con la voz ronca y soñolienta, dice:

—Mira que has tardado. Te estaba esperando.

Me río en voz baja.

—Si no sabías que iba a volver… ¡No lo sabía ni yo!

—Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma. —Su tono de voz es serio. No bromea; lo piensa de verdad. Y tiene razón—.

Métete en la cama —gruñe.

—Estoy mojada y fría.

—Me la suda. —Levanta la manta y me enseña el huequecito cálido que hay debajo, el espacio que tiene guardado para mí.

Me vuelvo a quitar la ropa mojada, la tiro al suelo y me deslizo en el huequecito más suave y acogedor que he encontrado jamás, con el ancho pecho de Leo pegado a mi espalda y sus muslos largos y poderosos acunándome las piernas. Leo me rodea con los brazos, me apretuja contra él y presiona la cara contra mi cuello.

—Mmm… —Suspira—. Esto es justo lo que necesitaba.

Me inunda una oleada de sueño y calor. Nunca me ha resultado fácil dormir; es como librar una batalla cada noche. Sin embargo, en este instante sería capaz de sumirme en el olvido, en el descanso más profundo y cómodo de toda mi vida.

Pero Leo está frotando la cara contra la piel de mi cuello e inhalando con fuerza para embargarse de mi aroma. Está respirando mi olor. Y, mientras lo hace, noto un cuerpo duro que me presiona la parte baja de la espalda. La polla se le engrandece y se le yergue más con cada respiración.

Arqueo la espalda solo un poco, presionando el culo contra él para comprobar si, efectivamente, es su polla lo que noto en mi espalda, y Leo suelta un gemido grave y profundo que resuena en todo mi cuerpo. La polla se le pone el doble de dura; es como una barra de hierro candente entre los dos.

El sueño que sentía se esfuma en un instante y la sangre corre por mis venas a toda velocidad. Leo me da la vuelta de golpe para que estemos cara a cara, y ahora su miembro se me clava en el vientre.

Estamos el uno frente al otro, mirándonos a los ojos. Poco a poco, Leo desliza la lengua sobre mis labios para saborearme. Y

entonces me besa con pasión, dejándose llevar por completo. Nunca había besado a nadie así, con las bocas abiertas, con las lenguas explorándose, los alientos mezclándose. Me siento como si me estuviese fundiendo en él, y él se estuviese fundiendo en mí. Nunca me había sentido tan conectada a otro ser humano; es como si nos estuviésemos convirtiendo en una sola persona.

Conozco tan bien a Leo que sé lo que está sintiendo. Sé lo que está pensando. Me siento como si me estuviese convirtiendo en él y él se estuviese convirtiendo en mí; como si nuestras conciencias se estuvieran fusionando.

Es surrealista, casi espiritual. Qué coño, es espiritual, es la experiencia más iluminadora de toda mi vida. Esto es el nirvana. Es como si me estuviera elevando por encima del plano terrenal. Es la máxima representación de la existencia humana: dos almas uniéndose en una sola.

Y solo con un beso.

Dura mucho, mucho rato. Casi una hora. Hasta que tengo los labios tan hinchados como los de Leo y más sensibles de lo que los he tenido nunca, porque todo lo que recibe mi cuerpo está concentrado en los labios, la lengua, la boca y mis manos, que se agarran con fiereza al rostro de Leo.

Al final nos separamos, aunque apenas nos alejamos un centímetro o dos el uno del otro. Leo me mira a los ojos. Toda la confusión, el resentimiento y los malentendidos que había entre nosotros se han convertido en polvo. Lo he dejado todo atrás. No tengo nada que reprocharle. Lo veo, lo comprendo, a él al completo: una persona que es joven y está madurando, que comete errores, pero que es la mejor persona que conozco, un ser humano que no puede sino ser cada día mejor que el anterior.

Espero que él vea lo mismo en mí, porque haré cualquier cosa

con tal de hacerlo feliz.

—Lo siento —dice.

—Yo lo siento más —contesto—. Pero no importa. No tienes que ser perfecto para ser la persona perfecta para mí.

—Pero lo jodí todo, Anna. Quiero que sepas que nunca me importó ninguna otra chica. Ni Gemma ni nadie. Solo he sentido esto por ti.

—Lo sé. A mí me pasa lo mismo.

—Y me da igual que te hayas acostado con Dean. No importa que…

—No lo hice —le corrijo de inmediato, interrumpiéndolo—. Nunca me he acostado con Dean. No llegamos a… ya sabes. Hasta el final.

—No pasa nada si lo hiciste —insiste él—. Me da igual.

Cree que estoy tratando de no herir sus sentimientos.

—Pero no lo hice —le aclaro con vehemencia—. Estuvimos a punto una vez, pero no fui capaz. Solo pensaba en ti.

Leo se queda en silencio un instante. Varios instantes. Y entonces confiesa:

—Eso es lo que me pasaba a mí.

Me lo quedo mirando. Contemplo su expresión seria y sobria, a pesar de que apenas puedo verla en la oscuridad de la enfermería.

—¿Qué quieres decir?

—Cada vez que estaba a punto de hacerlo… Simplemente no era capaz.

Esta vez soy yo la que frunce el ceño, confundida. No lo acabo de entender.

—Leo, ¿estás tratando de decirme que eres virgen?

Se queda en silencio unos segundos, avergonzado, y entonces, en voz baja, admite:

—Sí.

Casi me entran ganas de echarme a reír. Me parece imposible, incluso ridículo. Pero jamás me reiría de él en un momento como este, en el que es evidente que se siente muy incómodo.

—¿Cómo es eso posible? —pregunto, recordando la retahíla interminable de chicas que se lanzaban a sus brazos en el instituto.

—A ver, me he enrollado con muchas chicas, pero cuando llegaba el momento de llegar hasta el final… Nunca me parecía lo correcto. Nunca sentí que se tratase de la chica adecuada. Y tampoco quería darle muchas vueltas. Nunca fui capaz de admitirme a mí mismo que la chica adecuada… tenías que ser tú.

Creo que, si pudiera ver a Leo con claridad, se estaría sonrojando por primera y única vez en su vida.

—Yo me sentía igual —confieso en voz baja—. También soy virgen.

—¿Sí? —pregunta Leo, y creo que ahora oigo otro matiz en su voz: un profundo alivio.

Y, en ese preciso instante, caigo en la cuenta.

Estoy a punto de tener algo que jamás creí que podría tener.

Leo y yo vamos a experimentar el sexo por primera vez juntos.

CAPÍTULO 28

LEO

No me puedo creer que Anna también sea virgen.

En serio, no me lo puedo creer.

El corazón me martillea contra el pecho; trato de no apretujarla demasiado con los brazos.

Nunca me había permitido imaginarme esta situación.

Sin embargo, ahora que está sucediendo, tengo la sensación de que jamás podría haber sido de otro modo. De que era inevitable.

Ha sido el destino quien ha orquestado cada malentendido, cada vacilación, cada relación fallida que vino antes, para que Anna y yo pudiéramos experimentar juntos este preciso momento, para que pudiéramos encontrarnos cuando estuviéramos completamente preparados.

Está tumbada en mis brazos, vestida solo con las bragas y el sujetador mojados. Aquí, en la enfermería, solo estamos nosotros dos. El doctor Cross es demasiado viejo y está demasiado lejos para oírnos, y en el resto del campus todo el mundo está dormido.

No hay nada que me impida hacerla mía en este preciso instante, en este preciso lugar. Nada, salvo el miedo de volver a joderlo todo.

En la vida había estado tan asustado.

Sé lo que tengo que hacer, pero nunca he llegado a hacerlo de verdad. Sé cómo funciona el sexo, por supuesto. He visto mucho porno. Pero eso no es lo mismo que tener experiencia.

También es la primera vez de Anna, así que todo debe ser perfecto para ella. No quiero cagarla, joder. No quiero decepcionarla.

Ella siente la presión de este momento tanto como yo. Noto su pulso acelerado en un lado del cuello, donde la acaricio; palpita salvajemente bajo las puntas de mis dedos. Quiero ayudarla a relajarse, así que deslizo la mano hacia abajo y empiezo a masajear los músculos tensos donde su cuello se une a sus hombros. Voy bajando las manos a medida que la rigidez se va desvaneciendo y le masajeo los deltoides, presionando con los pulgares en el músculo rígido que hay justo encima de sus pechos.

Debe de estar dolorida de tanto correr, pelear y disparar durante el día de hoy. Y, como esperaba, no puede resistirse a mis caricias. El cuerpo se le torna dócil y fláccido entre mis brazos, como un conejo panza arriba. Y, por extraño que parezca, pensar en Anna indefensa entre mis brazos me resulta muy erótico. Anna es testaruda y feroz. Nunca se queda indefensa. Pero, de repente, soy muy consciente de que, por muy fuerte que sea ella, yo lo soy más.

Esto es lo que significa dominar a una mujer. Significa que, cuando la tocas de la forma adecuada, cae, literalmente, presa de tu control. Que su cuerpo se convierte en algo blando y moldeable en tus manos.

Llevo las manos detrás de su espalda, le desabrocho el sujetador, se lo quito y lo tiro al suelo. Maldigo la oscuridad que

reina en la enfermería, porque me muero de ganas de verla desnuda. La única luz es un resplandor mortecino y azulado que emana del reloj digital que hay colgado en la pared, pero me basta para atisbar el resplandor plateado de su piel y la forma carnosa y firme de sus pechos perfectos.

Veo también sus pezones erectos, ligeramente inclinados hacia arriba, ansiosos por ser tocados.

Le acaricio un pecho con la mano con suavidad, perdiéndome en la vasta sedosidad de su piel de mantequilla, interrumpida solo por la dureza del pezón, que noto bajo la palma de mi mano. Anna gime y arquea la espalda para presionar su pecho contra mi mano. Lo cubro por completo y deslizo los dedos para acariciar el pezón, para ver cuánto puede endurecerse.

Y esa señal tan obvia de excitación es como una descarga eléctrica en mi polla. Salta hacia arriba, golpeándose contra el hueso de su cadera.

La rodeo con los brazos y la estrecho contra mi pecho para poder apretar mi polla contra su cuerpo, para sentir lo pequeña que es si la comparo conmigo.

—Me prometí que, si algún día conseguía recuperarte, no te soltaría jamás —gruño a su oído.

La estrecho con fuerza para que vea que soy fuerte, que la protegeré, que no la soltaré jamás. La estrecho hasta que siento que se relaja contra mí, que se rinde a mi abrazo porque no hay nada más que pueda hacer.

—Soy tuya, Leo —susurra—. Siempre he sido tuya.

Se está entregando a mí. Me está entregando cada parte de ella, incluso las partes que tanto tiempo han permanecido en secreto, prohibidas.

Y, con esa poderosa sensación de tabú todavía permeando mis

sentidos, bajo la mano por su vientre plano y la deslizo en el interior de su tanga para tocar la suave piel de su coño, tan sedosa y tan dulce. ¿Cuántas veces habré visto a Anna bailar con un maillot puesto y me habrá asaltado a traición la duda de lo perfecto y estrecho que debía de ser ese coñito perfecto, cubierto solo por la más delgada e ínfima tela?

Nunca había tocado una piel tan sedosa como la de los labios desnudos de su entrepierna. Deslizo los dedos por la superficie como satén y bajo un poco más, hasta la abertura estrecha que hay entre sus labios, hasta encontrar la humedad que rodea su entrada. Meto la punta del dedo y lo lubrico para seguir deslizando los dedos arriba y abajo, recorriendo su abertura.

Y luego me llevo el dedo a los labios para saborear su humedad. Nunca había probado a qué sabía una chica. Me han hecho muchas mamadas, pero nunca había devuelto el gesto. Nunca lo había deseado.

Esto es completamente distinto.

No solo quiero comérselo a Anna. Lo necesito.

Lo necesito más de lo que necesito respirar.

Bajo, deslizándome sobre su cuerpo, agarrándole las caderas con las manos. Le quito el tanga y lo tiro al suelo, encima del sujetador.

Y las piernas de ella se abren como lo haría una flor, con las rodillas apuntando hacia fuera, porque Anna es muy flexible. Me encanta cómo abre su coño para mí. Veo los pliegues rosados de su interior, el bultito de su clítoris expuesto encima de todo y su abertura, que no parece abierta en absoluto. Es más, tiene aspecto de no poder ni siquiera acomodar mi dedo meñique, lo que me provoca una punzada de preocupación. No sé cómo encajaremos juntos.

Pero, de momento, hago lo que sé que puedo hacer. Le chupo el

coño con suavidad, con cuidado, deslizando la lengua por la raja a la que espero que sea la velocidad adecuada. La lamo como lamería un helado, saboreándola con mimo, tratando de llegar hasta el último pedacito de ella. Y ella responde de inmediato: gime y retuerce las caderas sobre las sábanas. No se aleja de mí, sino que presiona el clítoris contra mi lengua cuando la aplano. Supongo que eso le gusta.

Mis instintos más competitivos se encienden al instante. Me dejo llevar por mi deseo de perfeccionar mi técnica; quiero ver qué es lo más efectivo. Así que empiezo a mover la lengua de modos distintos, a aplicar más o menos presión, y analizo con cuidado los sonidos que hace y cómo se mueve, asegurándome de seguir solo con lo que provoca en ella los gemidos y respingos más dulces de placer, y de no hacer nada que le resulte demasiado intenso o incómodo.

Las respiraciones de Anna no tardan en convertirse en unos jadeos rítmicos, como si estuviera corriendo. Empieza a gimotear y comprendo que sus sensaciones se están intensificando. La penetro con un dedo con cuidado, y me impacta la firmeza de la carne de su interior, la fuerza con la que parece aferrarse a mi dedo, como si fuera una mano.

No me puedo creer lo poco que falta para que la penetre con la polla. Estoy desesperado por hacerlo, pero no quiero precipitarme. Quiero que esto dure para siempre.

Y, por supuesto, quiero que Anna se corra antes de metérsela. Si no logro controlarme, si estallo en un segundo, quiero asegurarme de que ella haya llegado antes al clímax.

Porque, a juzgar por lo estrecha que está y lo que me aprieta el dedo, no confío nada en mi capacidad de posponer el orgasmo.

He encontrado el ritmo adecuado. Le meto y le saco el dedo con suavidad y, al mismo tiempo, sigo chupándola. Ella jadea cada vez

con más intensidad; me agarra del pelo, me sostiene la cabeza y la lleva a donde la quiere mientras frota con fuerza el coño contra mi lengua, pidiéndome de forma muda que me mantenga quieto mientras ella ejerce justo la presión que necesita.

Estoy obsesionado con su olor. He oído a hombres criticar el aroma de las mujeres… Deben de estar mal de la cabeza. Yo respiro su aroma a propósito, es tan rico y tan dulce como el de su cuello cuando está dormida. Es como las feromonas de su piel, pero con una amplitud y un alcance mucho mayor, mucho más profundo. Es un olor natural, como el de la hierba en verano cuando la calienta el sol.

Devoro su coño. No tengo nunca suficiente. No me canso.

Anna empieza a correrse, lo que me excita más de lo que me he excitado en la vida. Su orgasmo me resulta más erótico que nada que haya experimentado en mis propias carnes. Y, mientras se estremece y se sacude, dejándose caer sobre la cama, me pongo de rodillas y me erijo ante ella para contemplarla. Quiero ver su cuerpo hermoso y desnudo en todo su esplendor.

A pesar de las veces que he visto e imaginado partes distintas de su cuerpo, nada me había preparado para la perfección de su figura desnuda. Si fuese un cuadro, sin duda sería la obra de arte más famosa del mundo entero.

Me agarro la polla gruesa y palpitante. Casi me falta mano para rodearla por completo. Arrodillado entre las piernas de Anna, me inclino hacia delante y froto la cabeza gruesa y pesada contra su clítoris, que todavía está sensible. Anna gime y se retuerce; apenas es capaz de soportarlo. Es increíble sentir la parte más sensible de mí frotándose contra la más sensible de ella.

Mientras le restriego la polla, le toco los pechos con la mano que tengo libre y le tiro de los pezones. Son tan sexis que no puedo

evitar meterme uno en la boca, maravillándome con lo sedosa que es también su piel. Toda ella es más suave que nada que pudiera haber imaginado.

Le acaricio el cuello con la nariz, se lo beso e inhalo su aroma.

—Quiero estar dentro de ti.

—Sí —contesta con un jadeo.

Me coloco encima de ella, apoyado en los codos, y muevo las caderas de forma que la punta de mi polla presiona contra su coño. Esperaba que se hubiese dilatado un poco al llegar a este momento, gracias a mi dedo, a lo mojada que está y a que acaba de tener un orgasmo. Sin embargo, al presionar su abertura con la polla, veo que nada ha cambiado. Es casi como si no hubiera ningún agujero. No sé muy bien qué hacer.

Anna me apremia. Abre más las piernas y frota las caderas contra mí para ayudarme a penetrarla.

—No cabe —le digo, un poco avergonzado—. ¿Quieres que empuje más?

—¡Sí! —exclama.

La empujo y la embisto, aunque siento culpa, porque debo de estar haciéndole daño. Pero funciona. Siento que un calor intenso me envuelve mientras la punta de mi polla se va deslizando en su interior, milímetro a milímetro.

Y esa sensación me embarga. Va mucho más allá de la mera excitación; es como si liberase un monstruo en mi interior, una bestia que no viera más allá de la lujuria. Ya no me es posible detenerme, ni contenerme. Lo cierto es que estoy disfrutando de la sensación de su coño abriéndose alrededor de mi polla, del aumento del calor y la humedad, y me da igual si es sangre o su propia lubricación.

Le muerdo el cuello y el monstruo en mi interior ruge:

—Te voy a agujerear con la polla. Voy a esculpir ese coñito estrecho para que solo sea yo el que encaje dentro, y voy a abrir un camino para que quepa.

Y entonces la penetro del todo de una sola embestida, enterrándome en su interior hasta la empuñadura. Anna suelta un grito que despertaría al doctor Cross si no estuviera ya con un pie en la tumba.

Me detengo solamente un poco; en parte para darle a Anna una tregua, pero sobre todo porque quiero saborear esta sensación tan exquisita: su interior aferrado con fuerza a mi polla, desde la punta hasta su nacimiento.

Y entonces empiezo a follármela otra vez, penetrándola cada vez más rápido, metiéndosela hasta el fondo y provocándole una sacudida cada vez que la embisto.

Cuando veo que empieza a sentirse más cómoda, me vuelvo a poner de rodillas, la cojo de los tobillos para abrirle las piernas todo lo posible y se la meto hasta el fondo. Pienso en todas las veces que la he visto estirar y doblarse en el suelo, en todas las veces que la he visto abrirse de piernas con el cuerpo totalmente doblado hacia delante. Recuerdo la lujuria que me reconcomía cada puta vez, lo imposible que me resultaba mantenerla a raya.

No. No puedo seguir pensando en eso. Si me imagino apartándole el maillot y follándomela me voy a correr en un puto segundo. Me voy a correr ahora mismo si no dejo de clavársela a este ritmo.

Cambio de postura enseguida para cortar las ganas de correrme.

La cojo en brazos y me la siento en el regazo, para luego hundirla en mi polla como si se estuviera deslizando por una barra. Aunque Anna es alta, en mis brazos es menuda y ligera. Es tan fuerte que es capaz de aguantar su propio peso solo rodeándome el

cuello con los brazos, y yo puedo moverla encima de mi polla agarrándola del culo. El control que tengo sobre su cuerpo, sobre su total vulnerabilidad, me excita en sobremanera. Ya empiezo a notar que estoy de nuevo al borde del orgasmo. Casi no puedo controlarlo; es como un perro rabioso tirando con todas sus fuerzas de la correa.

Trato de mecerla sobre mi regazo, sin sacársela, solo golpeando su cérvix de forma superficial. Ella se frota el clítoris sobre mi vientre, justo encima del nacimiento de mi polla. Presiona el rostro contra mi cuerpo e inhala con fuerza, respirando hondo, igual que hacía yo antes. Le encanta mi olor tanto como a mí el suyo; hace que se mueva sobre mí más rápido, montándome como si yo fuera un caballo de carreras. Pasa del trote al galope encima de mí.

Y entonces me embiste sobre la cama y me muerde y me chupa el cuello.

Tiene un efecto extraño sobre mí. Ya la tenía dura al noventa y siete por ciento, y, de repente, noto que lo está al ciento diez. Siento que tengo la polla más grande que nunca y, aunque sea extraño, eso parece hacer retroceder mi orgasmo hasta el punto de partida, aunque sea solo un instante. Enseguida empieza a intensificarse de nuevo, como si hubiera pisado el freno para luego acelerar de golpe.

Anna se sienta sobre mí, extendiendo las palmas de las manos sobre mi pecho y clavándome los dedos en la piel. Sigue montándome, moviendo las caderas con desesperación. Jamás me habría atrevido a imaginar lo erótico que podría llegar a ser esto, tener a esta chica preciosa follándome con tanta desesperación. Me siento como un puto billonario con ella deseándome así, dándose placer con mi polla.

He metido canastas sobre la bocina en un estadio lleno de gente, pero nunca antes había sentido un subidón como este. La atracción animal que Anna siente por mí es mejor que cualquier victoria, que

cualquier triunfo, que cualquier gloria. Anna es felina, y mis feromonas son una droga para ella. Abandonada a su lado más salvaje, me muerde y me araña el pecho.

Entre nosotros hay años de frustración acumulada, de una tensión sexual que no podíamos admitir siquiera, y mucho menos liberar. Cuanto más duro nos follamos, cuanto más nos abandonamos a estos mordiscos y arañazos, mayor es la catarsis. Estamos follando con todo nuestro dolor y frustración, con todo este tiempo de espera, con la agonía de nuestra separación. La opresión era insoportable.

Cada vez que Anna empieza a bajar un poco el ritmo, se inclina hacia delante, inhala el aroma de mi piel y me ataca de nuevo, aún más desatada que antes.

Mi polla palpita y palpita. No me puedo creer que todavía no me haya corrido. Lo único que lo impide es la confusión que aún siente mi cuerpo, porque yo sería incapaz de contenerme solo con la fuerza de mi voluntad.

Me muerde y me succiona el cuello y, entonces, me lame la oreja con suavidad.

Dios mío, no había sentido algo así en mi puta vida. De entre todo lo que ha hecho, son las putas orejas la gota que colma el vaso. Ya no puedo aguantar más. Voy a estallar, joder.

La agarro de las caderas, clavándole los dedos en las nalgas, y la acerco a mí hasta que su pecho desnudo queda apretado contra el mío.

Y, sin pretenderlo, le digo con un gemido:

—Solo quiero correrme dentro de ti.

Y me dejo ir por completo.

Es como si llevase horas colgado del borde de un acantilado.

El orgasmo es la liberación más perfecta e instantánea; el dolor

palpitante que me causaba aguantarlo se anega al instante con un alivio intenso.

Es una liberación extrema de feromonas. Las sustancias químicas fluyen a través de mi cerebro y de mi cuerpo, emanan por los poros de mi piel, y golpean a Anna como una oleada. Como respuesta, su cuerpo entero vibra como una nota musical, y empieza a correrse, temblando y palpitando encima de mí. Nuestros cuerpos se estremecen juntos hasta la última terminación nerviosa.

Sentir cómo su coño se contrae y palpita alrededor de mi polla mientras yo expulso chorro tras chorro de semen en su interior es la dicha más pura que he experimentado jamás.

Nada puede compararse a este momento. Y nada podrá jamás.

CAPÍTULO 29

DEAN

Los últimos dos meses en Kingmakers son como vivir en una pesadilla.

Veo cada día cómo Leo y Anna se enamoran más y más.

Van juntos a todas partes, de la mano, el uno al lado del otro. Se podría derrumbar la universidad entera a su alrededor y no se darían cuenta. Solo tienen ojos el uno para el otro.

Anna ya no siente el peso de mi mirada, ni siquiera cuando no le quito los ojos de encima. Ya no repara en mí. Ha dejado de percibir nada que no sea Leo.

Y él es todavía más insufrible que antes. Oigo el eco de sus carcajadas por el campus, sus bromas estúpidas y las respuestas serviles de esos amigos que siempre están a su alrededor.

El odio que siento por él está vivo y lo alimento día tras día.

Cada día es más intenso y poderoso.

No creo que pueda recuperar a Anna. Tampoco la tuve nunca, a decir verdad. Pero hay algo que sí estoy decidido a hacer: arrancar

este puto cáncer que es Leo Gallo de mi vida.

Mi abuelo merece su venganza. Y mi padre también.

Tres semanas antes de que acabe el semestre, llamo a mi padre con uno de los teléfonos para estudiantes que solo se pueden usar los sábados y los domingos. El teléfono suena y suena sin que nadie responda. Podría estar en una reunión con el *pakhan*. No es que la Bratva respete la sacralidad de los días de descanso, precisamente. También podría estar recluido en su habitación y no responder porque no le da la gana.

Oigo su voz ronca justo cuando estoy a punto de colgar.

—¿Qué?

—Hola, padre.

—Dmitry.

Un escalofrío me recorre la piel.

Así me llamaba él. Cuando llegué a Kingmakers, decidí usar el nombre que me dio mi madre. Quizá fuese un error.

—¿A qué debo el gusto? —pregunta.

Necesito una razón para llamarle. Entre nosotros no hay lugar para una simple charla, no es posible querer simplemente saber cómo está el otro. Y, sin duda, no hay lugar para un «te echo de menos» o un «tenía ganas de oír tu voz». Eso no son más que ridículos conceptos occidentales.

Mi padre sigue esperando mi respuesta.

Respiro hondo y le pregunto.

—¿Qué es más importante? ¿El honor o la venganza?

Se hace un largo silencio en el que lo único que oigo es la respiración de mi padre, que tiene una cualidad vacía y reverberante. Fue deportista en el pasado. Nadador, jugador de polo, atleta. Ahora, en cambio, se ahoga solo con subir las escaleras.

Al final, responde:

—No hay honor. Y no hay venganza.

Agarro con fuerza del auricular y lo aprieto contra la oreja, como si así pudiera obligarlo a explicarse, a guiarme de algún modo.

—Entonces ¿qué? —pregunto, desesperado—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Se hace otro largo silencio y entonces oigo un sonido me casi no puedo creer.

¿Mi padre se está riendo?

La débil y extraña carcajada se transforma en tos.

—¿Crees que yo lo sé, Dmitry? —replica con un profundo desprecio.

Cuelgo de un golpe. Me arden las mejillas.

Que se vaya a la mierda mi padre. Es débil; siempre lo he sabido. Es débil, está perdido y roto.

No pienso ser como él.

No seguiré recurriendo a él.

Solo mi abuelo veía las cosas tal y como son. ¿Qué haría él si estuviera aquí?

Haría cuanto fuera necesario para conseguir su objetivo. Sin importar los riesgos, sin importar los costes.

No puedo planificar nada hasta que no sepa a qué nos enfrentaremos en la tercera prueba. Es un secreto, por supuesto. Se supone que ninguno de nosotros debe saberlo con antelación. Ninguno de nosotros debe tener ventaja.

Pero puedo dar por hecho que será el profesor Howell quien la organice, ya que fue él quien estuvo a cargo de las dos primeras pruebas.

Así que, durante las últimas semanas del semestre, Valon, Bram y yo lo seguimos allá donde va, como sombras. Esperamos y observamos.

Por fin, tres días antes de la competición, veo que empieza con los preparativos. Lo sigo cuando sale del campus para explorar las localizaciones. Y luego lo sigo de nuevo cuando baja al sótano de la armería y empieza a llenar las botellas de buceo.

CAPÍTULO 30

ANNA

Salir con Leo es tan fácil como sumergirse en una bañera caliente.

Me preguntaba si se me haría extraño darle la mano, besarlo o ser abiertamente romántica con él. Sin embargo, resulta lo más natural del mundo.

Ni siquiera a Miles le parece raro.

La primera vez que nos ve de la mano, se limita a poner los ojos en blanco y a decir:

—Ya era hora, joder. ¿Vais a dejar ya de ir por ahí como dos almas en pena, como si se hubiera muerto alguien?

—¿No se te hace raro? —le pregunto, nerviosa.

—Odio ser yo quien te lo diga, pero no es que seáis muy sutiles —replica—. Os lleváis un rollito a lo *Sweet Home Alabama* desde que teníais unos doce años.

—¿Y por qué nunca nos dijiste nada? —pregunta Leo.

—Por mi exquisito sentido de la delicadeza. Y porque me la suda. Follad o no folléis, me da igual. Pero dejaos de tragedias.

—Eso me hace sentir un poco mejor —contesto. Si a Miles le pareciera asqueroso, no se mordería la lengua. Es tan delicado como una estampida de bisontes.

—Entonces ¿crees que a todos les parecerá bien? —pregunta Leo—. Todavía no se lo hemos contado a nuestros padres.

—Ah, no, ni de coña. Papá Miko no se lo va a tomar precisamente bien. Te va a asesinar, Leo. Pensaba que lo tenías claro.

—¿De verdad? —Leo se ha puesto un poco verde.

—Ya lo creo. Despacio y con dolor. Vamos a encontrar pedacitos de Leo por todo Chicago, así que más te vale que disfrutes de tu última semana de universidad. No creo que te quede mucho más.

Leo está viendo pasar su vida ante sus ojos. Se ha quedado mirando a Miles paralizado, sin ninguna intención de reírse.

Lo cojo del hombro y lo zarandeo.

—Está de broma, Leo.

—No estoy de broma.

—Miles…

—Lo digo completamente en serio.

—¡Córtate un poco!

—Eso de cortar es justo lo que va a decir papá Miko. Pero se referirá a tu hígado, Leo.

Le doy un puñetazo en el brazo, pero él se echa a reír y se larga. Mira atrás una última vez y añade:

—¡Me pido tu Jeep, Leo! ¡Déjamelo en el testamento!

Miro a Leo, que tiene los ojos tan abiertos que ocupan casi la mitad de su cara.

—Está de broma, cariño. Mi padre te adora.

—Me adoraba. Hasta que desfloré a su hija.

—Yo también te he desflorado a ti. ¿Crees que el tío Seb se va a

enfadar conmigo?

—No, está de un humor demasiado bueno para enfadarse por nada.

—¿Y eso?

—Ah, claro, no te lo he contado. Se me había olvidado —dice Leo. Se le ha iluminado la cara.

—¿Qué pasa?

—No, es demasiado bueno. No te lo puedo decir.

Está tan alegre como un niño con zapatos nuevos. No hay nada que a Leo le guste más que chincharme en las escasas ocasiones en las que sabe algo que yo no sé.

—¡Cuéntamelo!

—¿Qué me das a cambio?

Me muerdo el labio para tratar de contener una carcajada.

—No negocio con terroristas.

—¿Y qué te parecería un trueque?

Miro a mi alrededor. Íbamos camino de mi clase de química y estamos en la tercera planta de la torre del homenaje. Por aquí hay muchas aulas vacías.

—Está bien —accedo—. Haré que te merezca la pena. Y ahora dímelo antes de que ponga en práctica todas esas técnicas de tortura tan socorridas que hemos estado aprendiendo.

—Mi madre está embarazada.

Me lo quedo mirando con la boca abierta.

—¡No me jodas!

—Es verdad. Me lo dijeron en enero, pero estaba… Bueno, ya sabes. Un poco deprimido.

No sé qué decir. Sé que esto es un cambio muy grande para Leo. Un cambio que nunca supe muy bien si le gustaría de verdad.

—Y ¿estás… contento?

—Sí, la verdad es que sí —contesta, y veo en su rostro que es sincero—. Mi madre siempre había querido tener otro hijo. Quizá si lo hubiese tenido antes yo no sería un capullo malcriado. —Se echa a reír, pero entonces se pone serio y añade—: Se lo merece. Y yo estoy muy contento. Me encantaría tener un hermanito o hermanita.

—¡Es genial!

—Sí, sí que lo es —coincide Leo, y entonces me coge de la mano y me arrastra hasta el aula del profesor Holland, que ahora mismo está desierta—. Y ahora págame —gruñe.

—Vamos a llegar tarde a química.

—Me la suda.

Me embiste contra la pizarra, sin que le importe que nos manchemos el uniforme de tiza, y me besa con violencia. Mientras tanto, me desabrocha la camisa.

Tiene todo el cuerpo apretujado contra mí y me aplasta contra la pared. Me encanta que Leo sea así de enorme, porque me hace sentir menuda a su lado.

¿Qué es lo que tendrá el sexo, que es capaz de borrarme todo el feminismo de la mente?

En la vida real, me gusta ser fuerte y capaz, pero en cuanto me excito un poco, lo que quiero es que un hombre mucho más corpulento que yo me coja en volandas, me ponga a cuatro patas y me folle.

Bueno…, al menos, un hombre en concreto.

Me arrodillo ante Leo. Me encanta lo gigantesco que se le ve cuando estoy en esta posición. Su espalda parece tener un ancho de un kilómetro; su altura, erigido ante mí, es casi imposible. Y la polla… Ya está enorme y dura como una piedra, presionando contra la cremallera de los pantalones.

Se los desabrocho y dejo que su miembro caiga sobre la palma

de mi mano con un golpe sordo.

Leo tiene una polla preciosa, joder. A ver, no tengo mucho con qué compararla, pero es tan suave, morena y de aspecto tan sano como el resto de su cuerpo, y está atravesada por gruesas venas, igual que sus antebrazos. El capullo es pesado y vigoroso. No podría ser más viril. Deslizo la lengua a lo largo, hasta llegar a la punta suave como el terciopelo. Saboreo esa piel, más delicada que ninguna otra parte de su cuerpo.

Dejo que la cabeza de su polla me llene toda la boca, que descanse sobre mi lengua con todo su peso. Siento cómo palpita y me deleito con su temperatura, varios grados más cálida que el resto de su cuerpo.

Así, arrodillada, estoy en una postura servil, pero el poder que ostento sobre Leo cuando tengo su polla en la boca es incomparable. Puedo hacerlo gemir y temblar. Puedo hacer que me suplique que no pare. Y puedo hacer que estalle cuando me dé la gana.

Me gusta lamerle y chuparle hasta que llega al borde del orgasmo y entonces apartarme, bajar a sus huevos para juguetear con ellos y provocarlo. Luego vuelvo a meterme la polla en la boca para llevarlo al borde del clímax otra vez.

Es un juego de control y sumisión, de dar y recibir. Podría pasarme horas haciendo esto, pero la puerta del aula no está cerrada con llave y sé que podría pillarnos alguien de un momento a otro.

Además, me da la sensación de que, hoy, Leo no tiene paciencia para eso. Está ávido de mí, como si estuviera muerto de hambre. Tenía pensado chupársela hasta llevarlo al orgasmo, pero me parece que no está muy de acuerdo. Cuando solo llevo un minuto o dos en ello, me pone de pie y me inclina sobre la mesa del profesor. Y

entonces me levanta la falda hasta la cintura y me aparta las bragas.

Me penetra de golpe con la polla aún humedecida de mi saliva, clavándomela en el coño anhelante y palpitante.

Estoy empapada solo de chupársela. Hacerlo me excita casi más que cuando él me lo hace a mí, así que estoy más que lista para que me folle, para sentir cómo me penetra esa polla gruesa y dura que me proporciona una satisfacción tan intensa como inmediata.

Con cada embestida, me golpeo los muslos contra la mesa. Seguro que mañana estarán llenos de moratones, pero me da igual. No serán precisamente los primeros moratones relacionados con el sexo que me salen en las últimas semanas, pero cada uno de ellos me ha merecido la pena con creces.

Todo lo que hago con Leo parece terminar en sexo. Cuando nos toca pelear en clase de lucha, después me lo tengo que follar. Cuando nos reímos y nos chinchamos, hay ahora cierta agresividad añadida, una tensión que solo puede disiparse de una forma. Y nos hemos escondido en cada rincón del campus para satisfacer esta compulsión que ya no tenemos que esconder.

Y el tiempo cálido de la primavera nos ha ayudado. Podemos ir a buscar sitios tranquilos fuera del campus, en el campo o en la playa, donde podemos poner una manta y desnudarnos bajo la luz del sol para lamernos, besarnos y tocarnos durante horas.

Fue en una tarde como esa cuando Leo encontró mi último tatuaje, el que nunca le había enseñado a nadie.

Una constelación en mis costillas, justo debajo de mi corazón.

Leo lo acarició con un dedo y preguntó:

—¿Este cuál es? No me lo habías enseñado.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no? ¿Qué significa?

—Es Leo —confesé—. El león. Me lo hice el año pasado, cuando

pensaba que no vendrías conmigo a Kingmakers. Para tenerte conmigo igualmente.

Leo me miró a los ojos. Los suyos se veían dorados bajo la luz del sol.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Yo… No lo sé. Ya había empezado a darme cuenta de que sentía algo por ti… y pensaba que tal vez no fuese mutuo.

—Pero sí lo era —respondió con fervor—. Yo sentía lo mismo. Desde mucho antes de ser consciente de ello. —Al cabo de unos instantes, me preguntó—: ¿De qué signo eres tú?

Yo me eché a reír.

—Ya sabes que no creo en estas cosas. Solo me lo hice porque es el nombre que te puso tu madre, no porque crea en la astrología.

Leo me miró con ojos penetrantes.

—Pero el destino existe —dijo—. Estamos tú y yo, juntos en este momento y en este lugar, de todos los billones de años y los infinitos kilómetros de espacio en el universo. ¿En eso crees?

—Sí —respondí en voz baja—. En eso sí.

—Entonces, dime.

—Soy acuario.

—Pues ese es el primer tatuaje que me haré. En cuanto volvamos a casa. Solo tienes que decirme dónde quieres que me lo haga.

Ahora, Leo me da la vuelta sobre la mesa del profesor Holland, para que le rodee la cintura con las piernas y estemos cara a cara, para poder besarme mientras me folla.

Tiene mi larga melena enrollada en una mano y me devora los labios con los suyos, metiéndomela con tanta fuerza que el escritorio tiembla, y me da miedo que se le rompan las patas.

Cuando empiezo a correrme, se me ocurre que le pediré que se

haga el tatuaje en el mismo sitio que lo llevo yo. Para que se toquen cuando nuestros cuerpos estén pegados, como ahora.

CAPÍTULO 31

LEO

Ha llegado la última prueba del Quartum Bellum y la última semana de clase.

Dentro de tres días, subiremos a bordo del barco que nos llevará a Dubrovnik, el punto en el que los estudiantes de Kingmakers se separarán para volar hacia los rincones más alejados del mundo.

Anna y yo cogeremos un vuelo a casa, a Chicago, juntos, para contar a nuestras familias en persona que estamos enamorados y que queremos estar juntos. Estoy deseando que llegue ese momento, y vivir un verano sin nada que hacer más que pasar junto a Anna cada segundo posible.

Pero, antes de hacer eso, tengo que ganar esta puta prueba.

Mi deseo de ganar ha resurgido con todas sus fuerzas. Es más fuerte que nunca, pero distinto a como era antes. Ya no lo hago por mí. Ahora quiero que Anna se sienta orgullosa. Me dijo que no le importa si ganamos o perdemos, y añadió:

—Ya lo has hecho mucho mejor de lo que nadie podía esperar.

Pero Anna merece un campeón.

Los de tercero están fuera. Solo quedamos los de primero contra los de cuarto.

Como ocurría con las pruebas anteriores, no tengo ni idea de a qué nos enfrentaremos hoy. De todos modos, no estoy nervioso. No tengo miedo. Anna estará conmigo, a mi lado, así que soy capaz de enfrentarme a lo que sea.

Los de primero nos reunimos en el campo que hay justo al sur de Kingmakers, el mismo lugar en el que se celebró la segunda prueba. Esta vez no hay ningún campo triangular delimitado con pintura. Es más, no hay señal alguna que indique que hay una prueba a punto de comenzar, más allá de una simple caja de madera sobre la hierba, una caja de esas que pueden contener material deportivo, como camisetas, o cualquier cosa, en realidad.

El profesor Howell, vestido con su ropa de trabajo habitual verde oliva y un cronómetro de plata colgado del cuello, parece expectante y entusiasmado cuando los de cuarto se unen a nosotros.

Pippa Portnoy encabeza su equipo, y Liam Murphy va a su lado. Este también es un Heredero de pleno derecho, alto y en forma, con una llamativa barba pelirroja y una maraña de pelo del mismo color que lleva recogida con una goma. Es un tipo muy respetado por sus soldados del IRA. Es rápido y competente y uno de los mejores tiradores de la universidad, pero, aun así, obedece a su prometida, Pippa. Lo que te dice todo lo que necesitas saber sobre lo lista y lo despiadada que debe de ser.

Me está observando con unos ojos tan oscuros y brillantes como los de una urraca. No da muestras de estar en absoluto molesta por enfrentarse a nosotros en la ronda final de la competición, ni porque les robásemos la bandera en la primera prueba. Se limita a sonreír, expectante.

—Bienvenidos, alumnos de primero. Bienvenidos, alumnos de cuarto —dice el profesor Howell con amabilidad—. Es un día perfecto para la prueba final.

Tiene razón. El cielo está despejado y el sol brilla; no hay ni una sola nube. Solo nos acompaña un atisbo de suave brisa que acaricia la hierba, meciéndola a nuestros pies.

—Para la prueba final no necesitaréis al equipo al completo. Tendréis que seleccionar a seis alumnos de primero y seis de cuarto para este examen final.

—¿Seis contándonos a nosotros? —pregunta Pippa.

—Seis además de vosotros —aclara el profesor Howell con una sonrisa que deja al descubierto sus afilados incisivos.

—¿Nos dirá antes en qué consiste la prueba? —pregunto. Los parámetros de la prueba, por supuesto, influirán en mi selección.

—No —responde el profesor Howell con una sonrisa todavía más ancha—. Primero tendréis que escoger.

Pippa y yo nos volvemos hacia nuestros respectivos equipos e inspeccionamos los rostros nerviosos y dispuestos que hay ante nosotros. Me siento dividido, porque mi inclinación natural sería elegir a los individuos más rápidos, fuertes y bien dotados físicamente. Pero ¿y si la prueba consiste en fabricar una bomba de tubo o descodificar algo encriptado? Si ese es el caso, me conviene más alguien con habilidades técnicas.

—Haced vuestra selección —nos apremia el profesor.

—Liam, Sam, Johnny, Sven, Mikhail y Marcelline —anuncia Pippa sin dudarlo ni un segundo.

—Excelente. ¿Leo?

—Ares, Hedeon y Anna —digo. Esos tres son fáciles, pero los otros tres… Como no sé en qué consiste la prueba, creo que debería seleccionar a un alumno de cada especialidad: un Sicario, un Espía y

un Contable—. Silas. Isabel. Y… Matteo, supongo.

Matteo parece sorprendido de que lo haya elegido, y no especialmente complacido. Espero no estar cometiendo un grave error.

En cambio, el rostro de Dean se ensombrece en cuanto ve que lo he ninguneado. Tiene razón en cabrearse: su desempeño práctico y académico tendría que haberle garantizado un puesto entre los elegidos sin lugar a duda. Pero si cree que voy a confiar en que nos ayude a conseguir la victoria en la prueba final debe de estar mal de la puta cabeza. Saber que no tiene que participar es la mejor noticia que me podrían haber dado.

De todos modos, mi confianza en los últimos tres elegidos es moderada. He elegido a Silas porque si hay una prueba que requiera fuerza bruta, no creo que haya nadie que le pueda vencer. Por otro lado, es extremadamente violento y no muy estratégico. Haberlo elegido podría volverse en mi contra con bastante facilidad.

Isabel Dixon tiene las notas más altas de todos los Espías, y sé que también es habilidosa con las manos, sobre todo a la hora de construir bombas y montar armas y maquinaria.

Y Matteo es brillante en cualquier cosa que tenga que ver con números, códigos e investigación. Lo malo es que es torpe y débil físicamente. Si termina en una prueba de lucha, estamos jodidos.

—Los demás podéis volver al castillo —anuncia el profesor Howell a los alumnos que no han sido seleccionados, que se marchan. Algunos están claramente molestos por no haber sido elegidos, mientras que otros charlan y se ríen, contentos, ahora que son libres para disfrutar del resultado sin acusar la presión que supondría participar.

Cuando nos quedamos solos los siete alumnos de primero, los siete de cuarto y el profesor Howell, este último se frota las manos

en un gesto de expectación y anuncia:

—Excelente. Bien, esto es lo que vamos a hacer. La prueba se divide en siete partes. Cada miembro del equipo deberá completar una tarea. Al final, recibiréis la pieza de un puzle. Debéis reunirlas todas y resolverlo, y entonces sabréis dónde encontrar el premio final.

—O sea, es una yincana —dice Pippa.

—Más o menos. —El profesor Howell sonríe de un modo que me hace pensar que no va a ser tan fácil como lo pinta.

Se arrodilla para abrir la caja de madera y saca un montón de mapas escritos y dibujados a mano. Le da siete a Pippa y siete a mí.

—Estos son los mapas en los que se encuentra la localización de cada una de las pruebas. Dadle uno a cada uno de los miembros de vuestro equipo. Tenéis cinco minutos para dividirlos.

—Esto es la biblioteca —dice Matteo señalando el primer mapa.

—Sí, es evidente. —Hedeon pone los ojos en blanco.

—Esto es el campo de tiro, así que supongo que allí la prueba será de tiro —digo mirando el segundo mapa.

—Este es de la armería. Seguro que es un combate —dice Isabel.

—Y este de aquí parece el lecho del río —añado—. ¿Qué clase de prueba podría haber allí?

Ares se encoge de hombros, desconcertado.

—Y este es del pueblo —dice Hedeon frunciendo el ceño.

Es difícil saber cómo dividir los mapas sin saber cuáles serán las pruebas correspondientes. Casi puedo oír cómo pasan los segundos en el cronómetro del profesor Howell.

—Matteo, tú irás a la biblioteca. —Le pongo el mapa en la mano con la esperanza de que no haya ningún truco oculto y la biblioteca no sea en realidad la ubicación de una prueba de fuerza—. Hedeon,

tú irás al campo de tiro; Isabel, tú, al río, y tú, Silas, a la armería.

Silas responde con un gruñido, con el rostro más pétreo e imperturbable que nunca.

—Ares, tú irás al pueblo —decido, pensando que es posible que la prueba que haya allí tenga algo que ver con navegar. Ares es el único que estoy seguro de que sabe capitanear un barco.

—¿De dónde son los últimos dos mapas? —pregunta Isabel.

—Eso son las cuevas marinas —dice Anna.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he estado allí —responde, sonrojándose.

—¿Quieres hacer esa prueba, entonces?

Vacila.

—No, prefiero esta…, la que está en los acantilados.

Cojo el último mapa.

—Pues yo iré a las cuevas.

Las elijo, más que nada, porque están justo al lado de los acantilados y prefiero estar cerca de Anna si es posible. Por si necesita mi ayuda.

—¡Tiempo! —anuncia el profesor Howell, parando el cronómetro.

Estaba tan concentrado dividiendo los mapas que no he prestado atención a qué hacía Pippa. Quizá eso haya sido un error. Quizá tendría que haber tratado de emparejar a mis jugadores con los suyos. No es conveniente que Matteo tenga que enfrentarse a Liam o Silas a ella.

Aprieto los dientes, reparando en que la mayoría de los miembros del equipo rival parecen mayores, más sabios y preparados que los del mío. No importa cómo los empareje. Ellos ya parten con ventaja.

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas. Esa no es la mejor forma de pensar. Lo consigamos o no, no tardaremos en descubrirlo.

—A ellos no les hagáis caso —aconsejo a mi equipo—. No competimos contra ellos. Competimos contra nosotros mismos. No vaciléis, no os pongáis en duda y, hagáis lo que hagáis, que ni se os ocurra rendiros.

—No lo haremos —contesta Ares con decisión.

El profesor Howell apunta al cielo con su pistola.

—Preparados…, listos…, ¡ya!

Ni siquiera oigo el disparo. Ya he echado a correr, con Anna a mi lado. Nos dirigimos al este a toda velocidad, al lugar marcado en el mapa: el lugar donde ella tendrá que trepar por los escarpados acantilados de piedra caliza y yo tendré que ir en dirección contraria, bajo la tierra, a las cuevas marinas.

A Anna se la ve fresca y entusiasmada. Corre por el campo con la agilidad de una gacela, con el pelo ondeando tras ella, dorado bajo la luz del sol. Me siento como si estuviésemos los dos solos, compitiendo el uno contra el otro en una carrera.

A nuestra derecha, veo a Johnny Hale y a Mikhail Agapov corriendo en paralelo. Deben de haber recibido los mismos mapas que Anna y yo.

—¿Qué desafío crees que habrá elegido Pippa? —le pregunto, jadeando.

—¡A saber! —contesta ella, jadeando igual que yo—. ¿Cómo es posible que dé tanto miedo, con lo pequeña que es?

—¿Tú también le tienes miedo? —contesto con una carcajada—. Pensaba que, como estáis en el mismo dormitorio, ya te habrías acostumbrado a ella.

—¡Ni de coña! —exclama ella—. Es cada vez peor. El otro día dijo que el perfume de Angelique apestaba y tiró el frasco por la ventana.

—¿Y apestaba? —pregunto, riéndome y presionándome el

costado con la mano para aliviar el dolor.

—La verdad es que sí —admite—. Supongo que nos hizo un favor. Pero no era necesario que la hiciera llorar.

Hemos llegado al punto en el que tenemos que bajar por un sendero escarpado hacia la playa que hay más abajo. Le tiendo la mano para ayudarla, pero ella pasa de mí. Se echa a reír y baja deslizándose con los talones mucho más rápido de lo que yo soy capaz.

—¡Venga, tortuga! —me grita.

Bajo tras ella. Me da igual si me rompo los pantalones cortos con la gravilla; al fin y al cabo, solo tengo que usarlos un par de días más.

Cuando llegamos a la playa, Anna y yo tenemos que separarnos. Ella debe trepar por los acantilados y yo, bajar a las cuevas.

Miro hacia arriba. Las paredes me parecen imposiblemente abruptas y verticales.

—No veo ninguna cuerda.

—No las necesito. —Anna se echa la melena por detrás de los hombros.

—Anna…

—¡Puedo hacerlo, Leo! —insiste, negando con la cabeza—. ¡Vete!

Siento una extraña aprensión a dejarla sola, pero sé que Anna no tolerará que la trate como a una niña solo porque ahora estemos juntos. Además, Johnny y Mikhail nos están pisando los talones. He de darme prisa.

—Nos vemos dentro de un rato.

Echo a correr hacia las cuevas de piedra caliza, chapoteando sobre las aguas superficiales que, cuanto más avanzo, más profundas se hacen. En el mapa no había ninguna indicación de qué encontraría aquí abajo. Aunque estemos a pleno día, la luz del sol se

desvanece por completo a unos veinte metros de la entrada a la cueva. A partir de aquí, he de avanzar a tientas, hasta que me doy cuenta de que la tenue luz que hay arriba no es el sol, sino el resplandor de una lámpara.

Sigo la luz. Oigo los jadeos y chapoteos de Mikhail, que va justo detrás de mí.

Llegamos a la lámpara casi a la vez.

Allí, en el borde de la poza profunda y oscura, hay dos equipos de submarinismo.

—Mierda —se lamenta Mikhail.

En lugar de responderle, me siento y empiezo a ponerme las aletas, el cinturón de lastre y la botella de aire. Mikhail está visiblemente nervioso, pero me imita enseguida.

—¿Crees que tenemos que meternos ahí? —me pregunta.

—Supongo.

—Pues… no me agarres —dice.

—El profesor Howell no ha dicho que tengamos que pelear por las piezas del puzle. Si tú no te entrometes en mi camino, yo no me entrometeré en el tuyo.

—No hay problema —accede él, aliviado.

Espero que la pieza esta no sea tan pequeña como las de los rompecabezas normales. Si no, no sé cómo coño la vamos a encontrar en una cueva negra como la tinta, por mucho que llevemos una linterna en la cabeza.

Me pongo la máscara de buceo y me meto en el agua.

Está fría, sobre todo porque no llevamos traje de neopreno. El frontal ilumina solo una estrecha columna de agua ante mí, y las paredes de piedra caliza de la cueva tienen un aspecto pálido y fantasmal, como si estuviesen talladas en hueso.

No sé en qué dirección he de ir; no me queda más remedio que

adivinar. Mientras nado hacia delante, pateando con cuidado con las aletas, me doy cuenta de que no se trata de una única cueva. Hay ramales que se abren hacia todas partes. Es como una colmena de cavernas y pasadizos, todos ellos interconectados y terriblemente parecidos.

Algunos de ellos son muy estrechos. He de apretujarme para pasar, y luchar contra la horrible sensación de claustrofobia que me provocan y la certeza de lo que me ocurrirá si me quedo atrapado en un hueco del que no puedo salir. Solo tengo una botella de aire.

Nado y busco, tratando de confiar en mi sentido de la orientación. Esto es un laberinto. Si no voy con cuidado, buscaré en las mismas cavernas una y otra vez y el lugar donde está escondida la pieza del puzle se me pasará por alto. He de confiar en que no sea diminuta, en que tenga un tamaño razonable para que una persona pueda encontrarla solo con una hora de aire.

Mientras nado a través de una caverna especialmente grande, veo a Mikhail haciéndolo en dirección contraria. Me mira las manos para ver si he encontrado algo, y niego con la cabeza. Hace un gesto de irritación, como diciendo que ya está harto de buscar, y seguimos adelante, pasando el uno junto al otro.

En dos ocasiones, me golpeo en la cabeza sin querer mientras busco la pieza. La segunda vez, doy un respingo, sorprendido, y mi cabeza asoma por la superficie, aunque sigo bajo tierra. Comprendo entonces que algunas de las cuevas tienen aire en la parte superior, aunque solo sean unos centímetros, entre el agua y la piedra. Busco también en esa zona, por si es ahí donde está escondido lo que busco, aunque sospecho que estará más bien en el fondo.

Nadar me ayuda a mantener el calor en los músculos. De todos modos, a medida que pasa el tiempo, me muevo de forma cada vez más lenta y con mayor rigidez. Estoy muy lejos de la entrada. Si no

encuentro la pieza pronto, volver será muy difícil.

Las cuevas se me están empezando a mezclar unas con otras. He de confiar en el mapa imperfecto que tengo en la mente, y pensar que es la primera vez que entro en esta.

Justo cuando me giro, veo un destello dorado.

Ahí… Ahí, en el fondo, donde sospechaba que estaría…

Nado hacia el suelo arenoso de la caverna y cojo un pedazo de metal del tamaño de mi puño. Es liso, curvo por un lado y desigual en los otros. Tiene pinta de que el rompecabezas será una esfera cuando esté completo.

Me meto la pieza en el bolsillo y doy media vuelta para salir de las cavernas. No me queda mucho aire, pero tendré unos diez o veinte minutos, según lo rápido que nade. Es tiempo de sobra para salir de aquí.

Solo he visto una pieza, lo que significa que o bien Mikhail ya ha encontrado la suya, o bien estaban escondidas en cavernas distintas. Mientras pondero cuál de las dos opciones tiene más sentido, me equivoco de pasillo y llego a un callejón sin salida.

—Mierda —mascullo en el regulador. No puedo permitirme errores como este. Cada segundo cuenta.

Cuando estoy a punto de girarme, algo me coge desde atrás. De repente, me arrancan el regulador de la boca, cegándome con un estallido de burbujas plateadas.

Me doy la vuelta, pensando que Mikhail se habrá chocado conmigo o que, por alguna razón inexplicable, ha decidido atacarme. En las profundidades de mi cerebro, mi lado menos racional imagina monstruos marinos.

Pero lo que veo es mucho peor: un chico con un traje de neopreno, gafas de buceo y el pelo rubio casi blanco flotando sobre su cabeza, como si fueran algas blancas. Lleva un cuchillo en la

mano.

Dean Yenin.

Me va a atacar. Me va a apuñalar con ese cuchillo.

En lugar de eso, lo que hace es cortar el tubo de aire. Lo corta delante del regulador con un único movimiento y luego patea rápidamente con las aletas y se marcha.

Voy tras él, a sabiendas de que posee lo único que me mantendrá con vida: su botella de aire.

Sin embargo, nada con todas sus fuerzas para escapar de mí. Yo hago lo mismo, braceando y pateando con las aletas, a pesar de que ya me arden los pulmones por la falta de aire.

Por fin, lo agarro de la pierna, pero él me da una patada, golpeándome en la nariz con el talón. Consigo atraparlo otra vez, negándome a rendirme, y empezamos a pelearnos y a girar en el agua violentamente, acompañados de los círculos de luz gemelos de nuestros frontales. Los puñetazos que tratamos de darnos bajo el agua son lentos, como si estuviéramos sumidos en un sueño. Veo, tras su máscara de buceo, los ojos de color violeta enloquecidos de Dean. Veo sus dientes blancos aferrados al regulador. Estoy convencido de que intentará apuñalarme con el cuchillo, pero, por extraño que parezca, se lo mete en el cinturón para poder pegarme y sacudirme con las dos manos. Comprendo, con una certeza que me hiela la sangre, que es porque no quiere que haya heridas de arma blanca en mi cuerpo. Quiere que, cuando me encuentren ahogado, parezca un accidente.

Mis pulmones chillan de dolor, convulsionándose, forzándome a una inhalación que no conseguirá más que llenarlos de agua de mar.

Consigo arrancarle a Dean el regulador de la boca, pero me da otro puñetazo antes de que logre respirar, se zafa de mí y se aleja con la única botella de aire que funciona.

Podría intentar agarrarle la pierna una última vez, pero sé que solo me quedan unos pocos segundos, así que opto por darme la vuelta y nadar lo más rápido que pueda hacia lo único que tal vez me salve.

Ahora ya no me queda tiempo para equivocarme de camino. Un sinfín de puntos negros me nubla la visión, y no podré resistirme mucho tiempo a las insistentes ansias de aire mis pulmones.

Me quedan cinco segundos como mucho.

Cuatro…

Tres…

Asomo la cabeza en la superficie y me golpeo contra el techo de la caverna. Aprieto la cara contra la piedra y cojo aire con todas mis fuerzas.

He encontrado cinco centímetros de espacio arriba de todo. Puedo respirar, pero solo si me quedo aquí, con la cara inclinada hacia el pedacito de aire que hay entre la piedra caliza y el agua.

Estoy atrapado.

Podría tratar de respirar hondo y aguantar el aire mientras nado hacia la caverna siguiente, pero sé que está demasiado lejos. No puedo avanzar ni retroceder.

No tengo ni idea de cuánto durará este aire. No hay más que unos centímetros. ¿Cuánto oxígeno necesita una persona por minuto? ¿Y por hora? No me he salvado, solo he pospuesto lo inevitable. El aire se agotará y me asfixiaré, igual que me habría asfixiado bajo el agua.

El agua salada me lame la cara, más fría que nunca. He de alzar más la barbilla para mantenerla fuera del agua.

Otra ola fría me golpea las piernas, y me obliga a subir la barbilla todavía más.

El espacio se está encogiendo.

Está subiendo la marea.

CAPÍTULO 32

DEAN

Salgo de las cavernas lo más rápido que puedo y miro a mi alrededor con atención para asegurarme de que Mikhail Agapov no esté cerca.

No puedo permitir que nadie me vea.

Me he puesto guantes. He tirado el regulador de Leo en uno de los pasadizos. Parecerá que se le rompió mientras lo cruzaba a nado, que se dejó llevar por el pánico y se ahogó.

Cuando salgo del agua, lo único que veo al lado de la poza es la lámpara. No hay ni botella de aire ni chanclas: Mikhail todavía no ha salido.

Vacilo. Me pregunto si cabe la posibilidad de que encuentre a Leo ahí abajo. No… Leo ya casi se había quedado sin aire. Lo encuentre Mikhail o no, ya está muerto.

Me llevo mi traje de neopreno, mis chanclas y mi botella de aire conmigo. He de meterlos de nuevo en el castillo, devolverlos al almacén que hay junto a la piscina subterránea. Es de suma

importancia que esconda bien todas las pruebas. No puede faltar nada del equipo de la universidad, no puede haber nada que haga sospechar que lo que le ha ocurrido a Leo no ha sido un accidente.

Tengo a Bram y a Valon apostados en el campo de tiro y en el lecho del río. Eran nuestras únicas oportunidades de atacar a Leo en secreto. Si hubiera ido a la armería, a la biblioteca o incluso al pueblo habríamos tenido demasiados testigos.

Que haya elegido esta tarea de la prueba ha sido cosa del destino. Que lo haya encontrado en las cavernas subacuáticas ha sido cosa del destino.

Por fin se alinean los astros para mí.

Está muerto. Leo está muerto.

Presiono la palma de la mano contra mi pecho, esperando notar cómo el corazón me late a mil por hora.

Pero no lo noto. No lo siento. No encuentro los latidos; no encuentro el pulso.

No siento nada en absoluto. Solo un espacio oscuro y vacío en el lugar donde antes estaba mi corazón.

Supongo que así es mejor.

Estaba cansado de sufrir.

CAPÍTULO 33

ANNA

El punto de inicio y el del final de mi parte de la prueba están claramente delimitados en el mapa, así que sé que tengo que escalar este acantilado.

Y, como ha observado Leo, no hay cuerdas para ayudarme. No hay anclas ni arneses de seguridad.

No me importa. Nunca me han dado miedo las alturas.

Me gusta estar en el aire, ya sea bailando, escalando o volando. La sensación de ingravidez es liberadora.

Es lo opuesto a bucear, cuando el agua te aplasta y te empuja hacia el fondo. Nunca me gustó esa clase; me alegro de que ya haya terminado.

Empiezo a escalar en cuanto llego al pie del acantilado.

Johnny Hale está justo a mi lado. Es un tipo fuerte, bajo, fornido y musculoso, y empieza a subir con rapidez, impulsándose con las manos.

Debería usar más las piernas. Los brazos se cansan antes.

Yo no escalo tan rápido como él, pero mantengo un ritmo constante. Leo solía decirme que es como si yo tuviera un motor que no se apaga nunca. Nunca he sido la más rápida ni corriendo ni nadando, pero es cierto que puedo seguir casi para siempre.

Así que no me sorprendo cuando, tras haber recorrido un tercio de la subida, Johnny empieza a bajar el ritmo y yo empiezo a recortar distancias.

No he acelerado. Simplemente, sigo subiendo, sigo adelante, valiéndome de todo mi cuerpo. Clavo las puntas de los dedos en las grietas de la roca y me impulso con los fuertes músculos de mis cuádriceps y mis gemelos.

Cuando llegamos a la mitad, ya casi lo he alcanzado. El sol abrasador cae sobre nosotros, implacable, reflejándose sobre sus piercings. Tiene el rostro cubierto de sudor, y también el pecho y los brazos. Dudo que eso le esté ayudando a aferrarse mejor a la roca.

—Qué divertido, ¿verdad? —le grito con malicia.

—Que te follen —me espeta con un gruñido.

—¡No está tan mal! A menos que mires hacia abajo.

E, incapaz de resistirse, Johnny baja la vista hacia las rocas golpeadas por el mar. Se pone pálido y sus ojos empiezan a ir de un lado a otro a toda velocidad.

La altura no se siente hasta que no miras hacia abajo. Entonces es cuando te golpea el vértigo y entras en una espiral de la que no puedes salir.

A mí no se me ocurriría mirar abajo. Solo arriba.

—¡Nos vemos en la cima! —le digo con una carcajada mientras trepo más rápido que nunca.

Me arden los hombros y llevo las palmas de las manos en carne viva, por tener que agarrarme de las ásperas rocas una vez tras otra. En una ocasión, un puñado de la endeble piedra caliza se me

desmorona en la mano izquierda y, al tropezar, todo mi peso cae sobre la derecha y siento un doloroso tirón.

Pero sacudo el brazo y sigo adelante. Es un viaje solo de ida: cuando llegue arriba, puedo volver al castillo corriendo por los prados donde pastan las ovejas. La distancia es mayor, pero creo que seré más rápida que si trato de bajar por las rocas.

Cuando solo me queda una quinta parte que escalar, atisbo un nido de albatros en un estrecho saliente de la roca. Es enorme; las diligentes aves deben de haberlo agrandado año tras año hasta que ha alcanzado más de un metro de diámetro.

Se me acelera el corazón. Estoy segura de que el premio está ahí.

Cojo impulso para subir al saliente y echo un vistazo al nido toscamente tejido de ramitas y barro. Y, tal y como esperaba, descubro dos pedazos dorados, idénticos en forma y tamaño. Me meto uno por la camiseta, dentro del sujetador deportivo, donde forma un bulto un poco más pequeño que una pelota de béisbol, y dejo el otro ahí para Johnny.

Me había prometido que no miraría hacia abajo, pero no puedo evitar comprobar cuánto le falta para llegar.

Se ha parado tras trepar unas tres cuartas partes del acantilado y está intentando calmar un calambre que le ha dado en el brazo. Tanto músculo le está ralentizando. Por eso los mejores escaladores son esbeltos y fibrosos.

Estoy a punto de girarme y empezar a trepar de nuevo por las rocas cuando veo un destello en la entrada de las cuevas marinas: el sol reflejándose en el metal. Por un instante, pienso que debe de ser Leo, que ya sale, pero entonces me doy cuenta de que no es así: es alguien que entra. Alguien que lleva una botella de aire. Alguien con el pelo rubio, casi blanco.

Se me para el corazón de golpe.

Desaparece en un instante, tan rápido que se me ocurre que tal vez me lo haya imaginado.

Dean no tiene ninguna razón para estar ahí. Ni siquiera participa en la competición.

Oigo los gruñidos y los resoplidos de Johnny, que está justo debajo del saliente. Va a llegar de un momento a otro. No le saco mucha ventaja.

Se supone que tengo que coger esta pieza y volver corriendo al castillo para completar el rompecabezas. Esa es la tarea que me ha confiado Leo. Cuenta conmigo.

Pero tengo la piel cubierta de sudor y un sabor ácido en la boca. Este estallido de adrenalina me dice que algo no va bien.

Bajo las piernas del saliente y empiezo a bajar.

—¿Qué coño haces? —pregunta Johnny—. ¿Estaba ahí? ¿Está en el nido?

No le contesto. Sigo descendiendo, tratando de no perder de vista la entrada de la cueva, por si veo a alguna otra persona entrar o salir.

Bajar es mucho más difícil que subir. He de buscar a tientas dónde poner el pie, y más de una vez elijo el sitio inadecuado y me resbalo.

El agotamiento de las manos y los brazos es espantoso. Se me agarrotan los dedos, y me aterroriza que en cualquier momento, de repente, dejen de aguantar mi peso. No tenía pensado bajar por aquí. No me he guardado ni una gota de fuerza para la bajada.

Ya no puedo tener controlada la entrada a la cueva y, en algunos momentos, el acantilado me la tapa por completo debido a la forma de la roca. No sé si Dean ha salido, ni tampoco si lo ha hecho Leo. Por lo que yo sé, podría estar ya de vuelta en el castillo. No puedo

mirar todo el rato porque tengo que prestar atención a lo que estoy haciendo, si no, me resbalaré, me estrellaré tras una caída de treinta metros y no ayudaré a nadie nunca más.

Me saca de quicio lo lenta que voy. Estoy tardando en bajar el doble que en subir; los minutos van pasando y, mientras tanto, mi cerebro sigue diciéndome a gritos que está ocurriendo algo malo y que he de darme prisa.

El tiempo se alarga y se alarga; me duelen los hombros y la espalda y tengo las manos tan en carne viva que ya casi ni me las siento. El sol es demasiado abrasador y me escuecen los ojos por culpa de las gotas de sudor, y la cabeza me da vueltas, no sé si por el vértigo o por un golpe de calor.

Por fin atisbo el suelo, debajo de mí.

Me da miedo soltarme por si resulta ser solo una ilusión y sigo en lo alto. No me atrevo a soltarme hasta que no siento que toco tierra firme con las suelas de mis zapatillas.

Presiono los pies contra la tierra lisa para asegurarme de que lo he logrado, y entonces echo a correr hacia la entrada de las cuevas. Las piernas me tiemblan con tanta violencia que me resbalo y me tropiezo con el suelo rocoso.

Cuando entro, me doy de bruces contra alguien que sale. Los dos nos caemos de culo.

—Pero ¿qué coño…?

Me pongo de pie de nuevo. Solo es Mikhail. Lleva un par de gafas de bucear encima de la cabeza.

—¿Dónde está Leo? —grito.

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—¿Lo has visto? ¿Está ahí dentro?

Mikhail está intentando pasar para correr hacia el castillo, pero le impido el paso.

—¿Está Leo en el agua? —insisto.

—Eso de ahí abajo es un laberinto. No tengo ni idea de adónde ha ido.

—¡Dame eso! —Le quito de golpe las gafas de la cabeza.

Me da un empujón para pasar. Tiene un bulto dorado en la mano: ha encontrado su pieza del puzle.

Entro corriendo en la cueva, siguiendo un resplandor distante que espero que sea una linterna. Sin embargo, lo que veo es una lámpara y el resto del equipo de buceo de Mikhail, empapado y desordenado. No hay ni rastro de Leo. Ni tampoco de Dean.

Cojo la botella de Mikhail. No queda mucho aire dentro; quizá me dé para unos diez minutos.

Me la sujeto a la espalda de todos modos.

Puede que esté cometiendo un terrible error, pero no pienso irme de aquí hasta que no haya encontrado a Leo.

Me meto en la poza, que es mucho más profunda y fría de lo que esperaba. Enciendo el frontal de Mikhail y me enfrento a la terrible verdad que estaba tratando de comunicarme: sí, esto es un laberinto. Una maraña gigantesca, enredada e imposiblemente confusa de túneles y cavernas.

No tengo ni idea de hacia dónde ir.

Tengo el pecho rígido de puro terror. Si me pierdo entre estos pasadizos, no me quedará suficiente aire para encontrar el camino de vuelta.

Pero me da igual. Estoy segura de que he visto a Dean entrar aquí abajo, y sé que tiene que ser por algo.

Nado con todas mis fuerzas, mirando en cada caverna junto a la que paso, tratando de no desorientarme en la penumbra. Estoy buscando a Leo, pero también a Dean. O, quizá, a los dos juntos.

El tiempo avanza velozmente. Ya he gastado la mitad del aire

que me quedaba. He de nadar más rápido, aunque eso también me hace respirar más deprisa.

Mientras pateo por un estrecho pasillo de piedra caliza, veo algo que me hace detenerme, algo negro y metálico. Nado hacia el fondo para cogerlo.

Es un regulador y un pedazo de tubo.

Un terror vasto y sofocante se adueña de mí.

Hay alguien aquí abajo sin aire.

Sigo nadando, tratando de contener un sollozo. Sé, en mi fuero interno, que lo único que podré encontrar aquí es un cadáver, o bien el de Leo, o bien el de Dean. Doblo otra esquina y lo veo: un cuerpo que sube y baja contra el techo de la caverna en una postura incómoda, con la cara girada hacia arriba. Alguien alto, moreno y con largos brazos y piernas. Alguien a quien amo más que a nada en este mundo.

Nado hacia él, atragantándome con mi propio regulador y sollozando tras la máscara, convencida de que Leo está muerto. Cojo su cuerpo.

Y él me coge a mí. Las manos que se aferran a mí están vivas y cálidas. No puedo creer lo que estoy sintiendo hasta que Leo mete la cabeza debajo del agua y me mira a los ojos. Me quita el regulador de la boca con suavidad y se lo lleva a la suya para dar una larga bocanada de aire. Luego me lo vuelve a poner entre los labios y me abraza con fuerza.

El dial de la botella de aire pita con furia. Casi no nos queda aire y ahora somos dos.

Pero sabemos adónde ir. De la mano, pataleando con fuerza, Leo y yo nos dirigimos a nado hacia la entrada de las cavernas. Solo nos paramos para irnos pasando el regulador, para poder compartir las últimas gotas de oxígeno. Cada vez cuesta más respirar. La botella

pita sin descanso; el dial hace rato que ha pasado de la línea roja.

Leo y yo seguimos nadando. Se me están agarrotando los músculos y empiezo a marearme. No creo que estemos cerca de la última poza. Está imposiblemente lejos. No llegaremos a tiempo.

Voy cada vez más lenta. Es como una pesadilla: por mucho que nade, mi progreso es nulo. El agua me parece tan densa como el aceite. Casi no puedo ni mover los pies.

Le indico a Leo con un gesto que coja la botella.

En lugar de eso, me coge de la mano y patea con todas sus fuerzas. Tira de mí, arrastrándome con él. Ya no veo la luz de mi frontal. Ya no veo nada. Todo se ha tornado negro…

Leo me saca del agua y me deja sobre la piedra caliza. Me presiona el pecho con fuerza para que expulse el agua y luego cubre mi boca con la suya para respirar aire en mis pulmones.

Me pongo de costado y vomito agua del mar.

Leo me cubre con su cuerpo, tratando de calentarme, pero enseguida se lo piensa mejor y me coge en brazos para sacarme de la cueva y llevarme a la luz del sol.

Las gaviotas graznan y nos sobrevuelan dibujando círculos en el cielo. Las olas del mar rompen en las rocas de forma rítmica.

Miro a Leo a los ojos, contemplo las gotitas brillantes de agua del mar que resplandecen en sus pestañas.

—¿Has encontrado la pieza? —le pregunto.

—Por Dios. ¿Eso es en lo que estás pensando ahora mismo?

—Yo tengo la mía. —Me la saco del sujetador—. Todavía puedes ganar, Leo.

Se saca la pieza del bolsillo y la levanta, de forma que resplandece bajo los rayos del sol.

—¿Tienes fuerzas para correr?

CAPÍTULO 34

LEO

Cuando Anna y yo llegamos al prado al sur del castillo, con las piernas temblorosas y los pulmones ardiendo tras correr, cojeando, desde las cuevas marinas, nos encontramos con Silas y Hedeon, que nos están esperando, cada uno con su pieza. Hedeon estaba mirando hacia todas partes, ansioso por la llegada de los demás miembros del equipo, mientras Silas aguardaba sentado sobre la hierba, tan taciturno e inexpresivo como siempre.

En el lado opuesto del campo están Johnny y Mikhail, por supuesto, tras haber completado sus tareas mucho antes que Anna y yo. Sam y Liam también parecen haber encontrado sus piezas.

—He llegado antes que él —gruñe Silas mientras señala con la cabeza a Sam, que está en el lado opuesto del campo—. Hemos tenido que luchar contra tres rivales cada uno. Cuando he ganado al tercero él ni siquiera había terminado con el segundo.

Silas lleva las pruebas de sus batallas escritas en el rostro. Tiene el ojo izquierdo tan hinchado que casi no puede ni abrirlo, y su nariz

emite un extraño silbido al respirar. Sin embargo, sus heridas no parecen molestarle lo más mínimo. No estoy del todo seguro de que Silas sea humano.

—Liam ha terminado antes que yo —admite Heron—. Tiene una puntería de puta madre.

Hedeon es un buen tirador, pero no está ni siquiera entre los cinco mejores de nuestro curso. Si hubiera sabido en qué consistían las pruebas de antemano, habría elegido a alguien como Chay o incluso a Gemma Rossi, por incómodo que hubiera sido eso.

—No pasa nada —contesto—. No pueden montar el puzle sin el resto de las piezas.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —pregunta Hedeon con el ceño fruncido—. Mikhail ha llegado hace un buen rato, y Johnny mucho antes que él.

—Vaya, siento haberte hecho esperar —salta Anna—. Solo nos estábamos ahogando mientras Liam te daba una paliza en el campo de tiro.

—No eran dianas estáticas —empieza a protestar él, pero yo alzo una mano para interrumpirlo antes de que Anna y él comiencen a discutir. Rodeo a Anna por los hombros y la atraigo hacia mí, por si acaso. Todavía está pálida y temblorosa; no se ha recuperado del todo de la odisea que acabamos de vivir.

—Da igual —contesto—. Dadme las piezas. A ver si podemos juntarlas.

A juzgar por lo que hacen Mikhail, Johnny, Sam y Liam, que están en círculo con las cabezas juntas en el otro extremo del campo, ellos están trabajando en lo mismo.

—¿Qué es esto? —dice Hedeon, dando vueltas a los pedazos irregulares de metal—. ¿Cómo se supone que encajan?

—No lo sé.

En ese momento, veo a Marcelline saliendo de las puertas de Kingmakers. El sol se refleja en algo dorado que lleva en las manos.

—Ha conseguido la suya —observa Hedeon.

—¿Dónde está Matteo?

Miramos la puerta fijamente, con la esperanza de ver a nuestro compañero siguiéndola de cerca. Cada segundo que pasa se me antoja interminable. Ya comprendo por qué Hedeon estaba tan tenso cuando nos ha visto llegar por fin.

Tres o cuatro minutos después, Matteo llega resoplando, con esa cara redonda roja de tanto correr.

—Lo siento —dice, jadeando, mientras me pone la pieza dorada en las manos—. Teníamos que resolver un código. Joder, qué difícil. Nunca había visto nada igual. La tal Marcelline es un puto androide.

Antes de añadir la pieza de Matteo a las demás, aparece Pippa, corriendo desde el río. Le lanza su pieza a Liam con aire triunfal.

—Mierda —masculla Hedeon entre dientes—. Si Pippa ya ha vuelto, se acabó.

—Todavía les falta una pieza —le recuerdo, pero tengo la misma sensación de que la derrota es inminente. Todavía no hay ni rastro de Isabel, y si Sven le gana a Ares, dudo que Pippa tarde mucho en resolver el rompecabezas.

—Déjame ver eso. —Matteo le quita las piezas a Anna y empieza a girarlas, examinando todos los lados—. ¡Oh! —exclama en voz baja al conseguir encajar dos de ellas.

Sin embargo, es un primer logro engañoso. Al cabo de cinco minutos, no ha conseguido encajar ninguna de las otras.

Yo sigo mirando a mi alrededor, en busca de Isabel y Ares. Pensaba que ella sería la primera en llegar, dado que Pippa ya ha vuelto, pero es Ares quien aparece cojeando por la carretera que lleva al pueblo, encorvado y más pálido que un muerto. Corro hacia

él, impactado al ver su rostro grisáceo y macilento.

—¿Qué coño te ha pasado?

Como respuesta, se inclina hacia delante y vomita un montón de agua. Se seca la boca con el dorso de la mano y gime:

—Nos han hecho el puto submarino. Hemos tenido que aguantar dos minutos. Sé que no parece mucho, pero…

Convulsiona y vuelve a vomitar, aunque esta vez no expulsa nada.

Le echo un brazo sobre el hombro para ayudarlo a mantenerse en pie mientras volvemos con los demás.

—Nos han dicho que podíamos parar en cualquier momento y descansar si queríamos. Pero teníamos que hacer dos minutos seguidos para conseguir la pieza. Siento…, siento haber tardado tanto.

—Sven todavía no ha vuelto. Quizá no lo consiga.

—Yo he estado a punto —confiesa apesadumbrado. Me pone la penúltima pieza en la mano—. Espero que esta cosa sea de oro de verdad, con lo que he tenido que hacer para conseguirla, joder.

Lo ayudo a llegar junto a los demás. Anna mira horrorizada el cuerpo sudado y tembloroso de Ares.

—¿Qué te ha pasado? —exclama.

—Nada… La peor tarde de mi vida. —Ares se ríe débilmente.

—¡Dame eso! —grita Matteo. Coge la pieza de Ares y la encaja enseguida—. Me faltaba esa.

Sigo mirando hacia el río, esperando ansioso a que aparezca Isabel. Es la única que falta de nuestro equipo y, por lo tanto, tiene la última pieza. Si consigue llegar antes que Sven, tal vez lo logremos. Tal vez ganemos.

Anna está ayudando a Matteo con el rompecabezas. Consigue encajar la cuarta pieza, pero entonces llegan de nuevo a un punto

muerto agonizante. No parecen encontrar el modo de encajar las otras dos.

—¡No debería ser tan difícil! —protesta Anna exasperada.

—¿Por qué parecen todas iguales pero, aun así, no encajan? gruñe Hedeon.

Silas no intenta ayudar. Está fulminando con la mirada a los de cuarto, que tratan de resolver el puzle bajo la atenta mirada de Pippa, que les va dando unas órdenes que no acierto a oír.

Entonces atisbo un movimiento al final del campo. Me da un vuelco al corazón al ver que es Isabel, que se está abriendo paso a través de los árboles. Sin embargo, en ese mismo momento, aparece Sven cojeando y dando tumbos por la carretera con un objeto dorado en la mano.

—Maldita sea —mascullo.

No necesito decirle a Isabel que corra: ya está haciéndolo, a la mayor velocidad posible, más de la que Sven es capaz en estos momentos. Está hecha unos zorros. Tiene el pelo enredado y lleno de barro, las uñas rotas y los brazos y las manos llenas de rascadas y arañazos. Me lanza la pieza y dice:

—Dios, lo siento mucho. Puta Pippa…

Matteo y Anna cogen la última pieza, pero tampoco les aclara cómo terminar el puzle. Lo que están construyendo tiene una forma extraña. Matteo quita una de las piezas que ya habían colocado, ya que no está seguro de que sea la correcta.

Todavía jadeando, Isabel me cuenta:

—Teníamos que pasar por una maraña de cepos y cables trampa, y ella hacía que me saltaran a mí propósito.

La estoy escuchando a medias. Al otro lado del campo, Sven ya ha añadido su pieza al montón y los de cuarto están trabajando de forma frenética para completar su rompecabezas. No tengo forma de

saber si van más avanzados que nosotros o no. Lo único que sé es que cada segundo que Matteo pasa dando vueltas a las piezas irregulares doradas se me antoja tortuoso e interminable.

Estamos a punto, joder. Si perdemos por culpa de este maldito rompecabezas…

—No, así está mal —dice Anna, quitándole a Matteo la pieza de la mano—. Va así, estoy segura.

Anna consigue encajar otra pieza.

—¡Un momento! —exclama Isabel. Coge la última pieza y empieza a girar y retorcer el puzle como si fuera un cubo de Rubik. Dos de las piezas rotan, dejando un espacio en el que ella desliza la última. Lo gira por última vez y las dos mitades del rompecabezas por fin encajan, convertidas en un solo objeto.

Nos quedamos mirando la calavera dorada.

—¿Qué coño significa esto? —dice Hedeon.

Un torbellino de imágenes pasa por mi mente en un milisegundo. El rector, los estandartes, el anuncio de Quartum Bellum…

—¡La torre del homenaje! —digo entre dientes, con cuidado de no gritar—. ¡El gran salón!

Cojo la calavera y echo a correr. Los demás me siguen a toda prisa. Cuando pasamos junto al equipo de Pippa, veo que es ella quien tiene el puzle en la mano.

Solo les falta una pieza.

Cuando paso por su lado, me mira con los ojos muy abiertos. No se lo puede creer, y la sorpresa no tarda en convertirse en furia.

Pero no me paro a mirarla. Sigo adelante; cruzo las puertas corriendo y paso entre los invernaderos como una flecha en dirección a la torre del homenaje.

Mi equipo y yo entramos en el gran salón todos a la vez, sudados y jadeantes, con la esperanza de haber llegado al lugar

adecuado…

Y, en cuanto veo a Luther Hugo de pie frente a la chimenea, sé que lo es. Está bajo su propio estandarte negro, con la calavera dorada y sonriente flotando sobre su cabeza como una corona.

Nos sonríe.

Sus ojos oscuros resplandecen en el rostro arrugado.

Es de esa clase de sonrisas que te dedicaría el diablo mismo si lograras vencerle en su propio juego.

—Vaya, vaya, vaya… —dice en voz baja—. ¿Acaso me engañan mis ojos? ¿O estoy ante los alumnos de primero?

Le pongo la pesada calavera dorada en la mano.

CAPÍTULO 35

DEAN

Observo desde la ventana de la sala común cómo Leo y su equipo entran corriendo en la torre del homenaje. Cinco minutos después, llegan los de cuarto. Salta a la vista, por la expresión de furia y la poca prisa que se dan, que ya saben que Leo ha ganado.

Para mí, es como ver la resurrección de un demonio que tiene el único propósito de torturarme de nuevo.

Lo he matado, joder. He ahogado a ese cabrón. ¿Cómo coño sigue vivo?

Lo dejé atrapado en las profundidades de esas cavernas sin aire.

Es imposible.

Pero ahí está, no solo vivo; también convertido en un triunfador.

Me encierro en mi habitación y me siento en la cama.

Oigo el jaleo que se monta cuando los demás se enteran de que los de primero hemos ganado el Quartum Bellum por primera vez desde que nadie recuerda. Están todos de celebración. Primero, el escándalo está aquí, y luego el ruido se apaga, pues salen de la

Torre Octógona en dirección al campus, para que les cuenten toda la historia.

A mí no me importan los detalles, sino lo que significa.

Por un lado, puede que esté metido en un lío de cojones. Leo sabe que he intentado matarlo. Si se lo cuenta al rector, si tiene pruebas… No sé qué me harán exactamente, pero no será agradable.

Esa debería ser mi mayor preocupación. Pero no lo es.

Lo que ocupa mi mente es algo completamente distinto.

Estoy sentado en la cama, solo, reviviendo todo lo que me ha ocurrido este año. Lo que he intentado conseguir y mis repetidos fracasos.

Me equivoqué pensando que en el mundo hay gente buena y gente mala.

El bien y el mal no existen.

Solo existe gente a la que el destino sonríe o maldice.

Y el destino, a Leo, le sonríe. Le da todo lo que quiere. Lo he matado, sé que lo he hecho. Pero, de algún modo, se ha salvado. Yo quería a Anna, pero ella quiso a Leo en lugar de quererme a mí.

La gente buena, simplemente, es la gente a la que el destino favorece.

Y la gente mala entendemos que el mundo va en nuestra contra. Así que lo que hagamos no importa. Hemos de sobrevivir cueste lo que cueste. Hemos de luchar con uñas y dientes para conseguir aunque solo sea una pequeña parte de lo que el destino nos niega.

Pensé que podría tener amor, pero era imposible. Lo fue desde el principio. El universo no quiere que yo tenga amor. Nunca lo he recibido, ni de mi padre ni de mi madre, ni de mis amigos ni de mis amantes.

Renuncio al amor. Renuncio a la bondad, a la amistad, a la

integridad y a la compasión.

Si lo único que puedo ser es cruel, despiadado y violento, si eso es lo que se espera de mí, entonces seré el más cruel. El más despiadado. El más violento.

En cierta forma, es un alivio.

Estoy cansado de luchar contra ello.

Ha llegado la hora de ser quien soy de verdad.

CAPÍTULO 36

ANNA

La fiesta que se celebra esa noche en la playa de la Luna es la más épica de todo el curso. Están casi todos los alumnos de primero, la mayoría de los de segundo e incluso buena parte de los de tercero. Los de cuarto no aparecen por allí, por supuesto. Están furiosos después de que su humillante derrota haya estropeado su última semana en Kingmakers.

Leo se ríe todo el rato y cuenta las mejores partes de la historia a cualquiera que tenga ganas de escucharlo, es decir, a una ristra interminable de alumnos. Hace que todo parezca divertido e intrigante, incluso las partes que han sido una mierda. Pero hay un detalle clave que omite cada vez.

No le ha contado a nadie que Dean ha intentado matarlo. Ha reconocido que el regulador se le partió y que tuve que bajar a ayudarle, pero finge que ha sido un accidente.

Así que, en cuanto surge la ocasión, me lo llevo aparte y le pregunto:

—¿Qué coño estás haciendo?

Él me sonríe, me rodea la cintura con el brazo y me apretuja contra él.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿Estás enfadada porque todavía no he bailado contigo? Vamos… Todavía me queda energía de sobra. Pienso hacerte girar y girar toda la noche.

Tira de mí para llevarme hacia la masa de estudiantes que bailan alrededor del fuego, balanceándose ya al ritmo de la música.

—No es eso —replico, pero tiene las manos sobre mis caderas y el cuerpo presionado contra el mío, y me hace frotarme contra él. Leo se mueve de una manera tan fluida y tentadora que me descubro rodeándole el cuello con los brazos y bailando con él antes siquiera de comprender lo que está ocurriendo.

—¿Ves? —me dice al oído con voz ronca—. ¿No es mucho mejor así?

Me río y le acaricio el cuello con la nariz, respirando su aroma, deleitándome con el calor de su mejilla. Leo irradia calor por todos los poros de su cuerpo, un calor que fluye en mí, que me calienta hasta en lo más profundo.

—Ahora ya me puedes preguntar lo que querías preguntarme —dice.

Se lo digo en voz baja, al oído, para que nadie nos oiga, a pesar del ruido de la música.

—¿Por qué no le has contado a nadie lo que ha hecho Dean?

Me mira a los ojos. Los suyos están vivos y brillantes por el reflejo de las llamas.

—¿Crees que debería hacerlo?

—¡Pues claro que deberías! Ha intentado matarte, ¡y seguramente lo vuelva a intentar! —Leo frunce ligeramente el ceño, no por rabia, sino por otra cosa—. ¿Qué pasa?

—Es solo que… me siento mal.

Lo miro como si hubiera perdido la puta cabeza.

—¿Te sientes mal por una persona que ha intentado asesinarte?

Se ríe en voz baja.

—Bueno…, sí. Un poco.

Justo cuando pensaba que no era posible que Leo volviera a sorprenderme.

—La compasión es una emoción peligrosa —le advierto—. No será recíproca.

—Lo sé. Y no estoy diciendo que vayamos a ser amigos o que vaya a bajar la guardia, Anna, pero… Si te hubiera perdido y ahora mismo fuese él quien estuviera bailando contigo… Estaría hecho polvo, joder. Tal vez yo también hubiese tratado de matarlo a él.

—Se lo tienes que contar al rector de todos modos. No puedes dejarlo pasar.

—He ganado, Anna. Te he ganado a ti. Eso es castigo suficiente.

No me acaba de gustar su respuesta. Sigo teniendo miedo de lo que Dean sea capaz de hacer. Tal vez Leo crea que no va a haber rencillas entre los dos, pero dudo mucho que Dean esté de acuerdo.

Leo se da cuenta de que no estoy convencida. Se enrolla mi melena en la mano y tira con suavidad para obligarme a mirarlo a los ojos. Manteniéndome así, inmovilizada con un brazo alrededor de mi cintura y el otro en mi nuca, clava en mí su mirada, con toda su intensidad.

—Anna, él no supone una amenaza para mí —insiste—. Ni él ni nadie. Cuando te tengo a ti soy invencible, hostia.

Todo su poder y su determinación llamean en esos ojos dorados. Su rostro es tan hermoso que resulta aterrador; la fuerza le palpita en el cuerpo. Cuando se pone así, no me queda más remedio que creerlo.

—Está bien —accedo—. Confío en ti.

Leo me dedica una sonrisa traviesa.

—No sé yo… Creo que voy a tener que hacer algo más para persuadirte.

Me coge de la mano y se abre paso a través de la multitud de estudiantes que bailan sobre la arena. Me lleva hasta la playa.

Por un instante, temo que tenga intención de llevarme a esos árboles entre los que a la gente le gusta esconderse para follar y me paro en seco. Siento una aversión irracional hacia ese lugar, en el que no hace tanto tiempo lo pillé con Gemma Rossi.

—Ahí no —le pido.

—Claro que no.

En su lugar, me lleva al sendero que se aleja de la playa de la Luna y conduce a los campos que están más arriba. Es una noche cálida; la hierba es alta y aromática, y está salpicada de flores salvajes de color azul pálido. La brisa nocturna nos envuelve, como si susurrara con suavidad a nuestro alrededor.

Hasta que no estamos lejos de todo y de todos, Leo no me tumba en la hierba y me quita con ternura toda la ropa.

Nunca había estado completamente desnuda al aire libre, no desde que éramos pequeños y nos bañábamos en pelotas. Por extraño que parezca, esto me hace pensar en aquellos tiempos en los que no existían ni el miedo ni la vergüenza, cuando Leo y yo parecíamos ser una sola persona y nunca nos habíamos separado.

Lo he amado en cada uno de los capítulos de nuestras vidas. Y hoy lo amo más que nunca. Estoy maravillada con el hombre en el que se está convirtiendo, con cómo se sobrepone a sus debilidades y hace crecer sus fortalezas.

—Eres una diosa —me alaba, contemplando mi cuerpo desnudo bajo el resplandor de la luna.

Me levanta un pie, al que acaba de despojar del zapato y el calcetín, y me presiona el arco con el pulgar para masajearlo. Me gusta tanto que suelto un gemido.

Entonces me besa el pie y desliza la lengua desde el talón hasta casi llegar a los dedos.

—¡Para! —protesto con una carcajada. Intento apartar el pie, pero lo tiene agarrado con fuerza, y me mira con esa avidez, con ese fuego que me dice que está a punto de hacerme algo perverso.

—¿Crees que me molesta lamerte el pie? Recorrería con la lengua cada puto centímetro de tu cuerpo.

Y, para demostrarme que es cierto, empieza a chuparme los dedos.

Suelto un gritito, porque es una sensación muy extraña. Nunca había metido los dedos de los pies en la boca de nadie. Me hace estremecer y retorcerme. Sin embargo, hay algo erótico en la sensación que me provocan los labios y la lengua calientes de Leo en una parte tan sensible de mi cuerpo, y, lo que es todavía más sexy, prueba lo desesperado que está por mí. No hay nada en mí que pueda disgustarle. Me desea entera.

Leo empieza a lamerme, besarme y mordisquearme la pierna. Sube poco a poco por el gemelo hasta llegar a la cara interna del muslo. Ya casi no puedo soportarlo. Quiero que siga subiendo. Las sensaciones que me provoca con la boca me están volviendo loca, y quiero sentir esa lengua en el coño. La necesito, joder. Abro las piernas, suplicándole que me alivie.

Él me sigue provocando. Se acerca, pero con una lentitud tortuosa.

—Por favor… —gimo.

—Por favor ¿qué?

—Por favor, fóllame.

Entierra la cara en mi coño y me lame en todas las partes que tanto deseo. Usa la lengua y los dedos con maestría; me toca como si fuese un instrumento. Me abre los muslos del todo y me penetra con la lengua, me folla con ella, y me gusta tanto que grito de placer. Le restriego el coño en la cara mientras me anega una ola de placer tras otra, repentinas e implacables.

Podría sollozar de tan poderosas que son estas sensaciones. Me dan ganas de echarme a llorar como un bebé.

Pero no hay tiempo para eso, porque Leo ya está encima de mí y se ha liberado la polla de los pantalones con una mano mientras con la otra me agarra de la nuca para besarme con furia.

Puedo notar mi propio sabor en su boca, y me encanta. Me encantan todas las formas en las que nos mezclamos, en las que nos combinamos.

Ansío el momento en el que me embista con su polla. Lo estoy esperando, pero me coge desprevenida de todos modos. Siempre me pasa. Me penetra de un golpe y la sensación es tan brutal, tan intensa, tan a caballo entre el placer y el dolor, aguda y poderosa como podría ser.

Leo se siente enorme encima de mí. Tapa la luna y las estrellas del cielo; me envuelve en su calor y su aroma. Siento su fuerza en los músculos que flexiona con cada embestida.

No me canso nunca de él.

Estoy obsesionada.

—No hay nada mejor que esto —digo entre jadeos—. Es mejor que bailar.

Leo se ríe. Me estrecha entre sus brazos y me folla aún más duro.

—¿Así? —gruñe—. ¿Te gusta así?

—Me encanta, joder.

Me estruja con tanta fuerza que no me puedo mover. Me la mete tan hondo que no puedo sentir nada más. Me encanta cómo me hace suya, cómo consigue arrancarme tanto placer.

Siento que el clímax se acerca de nuevo, y no he de hacer nada para alcanzarlo. Tampoco podría detenerlo si quisiera.

—¿Estás lista? —pregunta con voz ronca.

—Sí. ¡Sí!

Nos corremos a la vez. Yo soy la primera en acercarse al precipicio, y Leo viene justo detrás. Ambos gritamos a la vez, aferrados el uno al otro, exprimiendo el placer del otro con la mayor fuerza posible.

Y luego nos quedamos tumbados el uno al lado del otro en la hierba aplastada, y reparo en lo profundo que es el silencio cuando se acallan nuestros jadeos y la sangre que me palpitaba en los oídos. Me siento como si Leo y yo fuésemos las únicas personas sobre la faz de la tierra.

A la mañana siguiente tenemos que hacer la maleta. Hoy viene el barco para llevarnos a todos a Dubrovnik.

Chay está preguntándose cómo narices se las va a arreglar para que le quepa todo en la maleta.

—¿Cómo conseguiste meterlo todo para venir? —le pregunto.

—¡No lo sé! Para empezar, no tenía esta manta, pero quiero quedármela. Que le den. Voy a tirar los uniformes; ya me compraré otros nuevos para el curso que viene.

—Yo también debería, quepan o no —comento, contemplando las faldas y las blusas, que han ido adquiriendo un estado más deplorable a medida que pasaba el curso. Del dobladillo de mi falda de cuadros verdes no queda más que un borde deshilachado.

Lo que seguro que tengo que tirar son las zapatillas de ballet. Están hechas polvo de tanto bailar en el suelo de piedra áspera de la catedral. Tengo más en casa.

No me puedo creer que vaya a volver a ver mi casa, a mis padres, a mi hermano y a mi hermana.

Todavía no les he contado que estoy saliendo con Leo, no sé si por cobardía o porque pienso de verdad que se lo tomarán mejor si les doy la noticia en persona. Espero que entiendan que Leo y yo siempre hemos estado destinados a estar juntos, pero tengo miedo de que no sean capaces de ver más allá del tabú de enamorarte de alguien con quien te has criado como si fuera parte de tu familia. Las familias de la mafia pueden ser obstinadamente tradicionales. Tratamos a nuestros primos como si fueran parientes cercanos, haya lazos de sangre o no.

—Si doblases la ropa, cabría mejor —le dice Zoe a Chay, que está sentada en el borde de mi cama. Ella ya ha terminado con su maleta y ha dejado su diminuta habitación limpia y reluciente, así que nos está mirando mientras recogemos.

—Me la podrías doblar tú —sugiere Chay haciendo aletear las pestañas. Zoe la mira con gesto severo, pero se levanta de la cama y se acerca a ayudar—. Gracias, cariño. —Chay le rodea la cintura con el brazo y le apoya la cabeza en el hombro.

Zoe suspira. Su expresión es de tristeza. A diferencia de Chay y de mí, ella no tiene ningunas ganas de volver a casa.

—Tendrías que venir a Berlín a visitarme —le dice Chay con tono comprensivo—. Ven a verme este verano.

—No sé si mis padres me lo permitirán —responde Zoe. Creo que preferirán pasar los tres meses al completo presionándome para dejar la universidad y casarme con Rocco antes de lo pactado.

—No lo vas a hacer, ¿verdad? —le pregunto.

—No tengo ninguna intención. —Niega con la cabeza—. Me da igual lo que digan.

Lo que digan no me preocupa. Lo que me preocupa es lo que puedan llegar a hacer.

—Vamos —la tienta Chay—. Estoy segura de que Anna también viene a verme.

—Seguro. —Asiento—. A Leo le encantaría un viaje así.

—Si te vas a traer a Leo, más te vale traer a otro tío bueno para mí. —Chay esboza una sonrisa traviesa—. ¿Qué hay de ese primo tuyo? ¿Crees que a Miles le gustaría ir de viaje a Alemania?

Zoe resopla con altivez.

—¿Qué pasa? —Me río—. ¿No te cae bien Miles?

—No especialmente —responde.

—¿Por qué no?

—Sin ánimo de ofender, pero me parece arrogante e imprudente. No me cabe en la cabeza que alguien se meta en líos de forma voluntaria. Se cree que todo es un juego, que nunca tendrá consecuencias.

—No me ofendes. —Me encojo de hombros—. Has dado en el clavo.

—Pero es divertido —repone Chay—. Y sexy de cojones. —Zoe niega con la cabeza en silencio. Esas dos cualidades en particular no le parecen gran cosa—. Vaya, que no me importaría probarlo. Antes de que consiga que lo expulsen.

—Le hablaré bien de ti —le aseguro—. Pero no puedo prometerte nada. Miles me hace tanto caso a mí como al resto del mundo. Es decir, ninguno.

—No pasa nada. —Chay se encoge de hombros—. En casa tengo varias opciones esperándome. —Esboza una sonrisa al imaginar a esos amigos con derecho a roce que lleva casi un año sin follarse—.

Son como encontrarte en el fondo del armario un vestido bonito del que te habías olvidado… Como estrenarlo otra vez.

Me echo a reír.

—Me alegro por ti.

Termino de hacer mi maleta. No está tan ordenada como la de Zoe, pero me sobra más sitio que a Chay. Cuando acabo, la llevo a la planta baja para dejarla en los carromatos que han aparcado en la muralla exterior y que nos llevarán, a nosotros y a nuestro equipaje, hasta el puerto.

Cuando tiro mi maleta encima de las demás, oigo un golpe sordo a mi lado. Me vuelvo y descubro a Dean, que también está dejando su maleta.

No hemos hablado desde la noche que se peleó con Leo. Y no lo había visto desde el día de la prueba final.

Nos enderezamos despacio, mirándonos fijamente. Siento que me hierve la sangre, que por ella circula la furia más absoluta.

Cuesta saber qué está pensando él. Tiene los hombros encorvados, los ojos tan entrecerrados que parecen poco más que rendijas. Está pálido y tenso.

—Sé lo que hiciste —le digo en voz baja—. Y tengo pruebas. Tengo el regulador que cortaste.

—¿Tienes un regulador roto? —responde con frialdad—. ¿Y qué demuestra eso exactamente?

—No te acerques a nosotros —le amenazo entre dientes—. Porque si decido matar a alguien, yo sí que lo conseguiré.

Dean se limita a reírse de nuevo.

—Serás tú quien venga a buscarme, Anna. En cuanto te des cuenta del error que has cometido.

—Preferiría volver a Dubrovnik a nado.

—Quizá se te presente la oportunidad —responde en voz baja—.

Ten cuidado en el barco.

Doy media vuelta y me alejo de él, irritada e insatisfecha. Tiene razón: el regulador no es una prueba nada sólida. Es mi palabra y la de Leo contra la suya, y estoy segura de que alguno de los capullos de sus amigos se prestará a servirle de coartada.

Entro en el comedor para tomar algo rápido antes de que llegue la hora de embarcar. Las opciones son más simples que de costumbre: solo hay bocadillos de beicon, fruta fresca y leche no pasteurizada; nada más. No me parece mal: el beicon que se cura en esta isla es el más rico que he probado nunca.

Cojo dos bocadillos y me siento a comer con Matteo y Paulie. Hedeon se acerca también un instante después con un plato lleno hasta los topes de comida. Ni Matteo ni Paulie le caen muy bien, pero parece que prefiere sentarse con nosotros antes que comer solo.

—¿Tienes ganas de volver a casa? —me pregunta con la boca llena tras dar un mordisco enorme a su bocadillo. De los otros dos chicos pasa olímpicamente.

—Sí —contesto.

En realidad, ahora mismo no estoy pensando en volver a casa. Estoy recordando la noche que fui a ver a Leo a la enfermería, cuando vi a Hedeon bajar a escondidas a la bóveda.

—¿Llegaste a quedar con aquella chica después de la segunda prueba? —le pregunto con aire despreocupado—. ¿La Contable?

—Sí, sí quedé con ella —responde él con naturalidad—. Menuda gatita salvaje. Que no os engañen esos tímidos Contables. Son los más guarros en la cama.

Es extraño verlo mentir así. Si no estuviera segura de lo que vi, me habría engañado sin problema. Su expresión es tan tranquila y segura como siempre, y responde sin vacilar.

Insisto un poco más.

—Es que me pareció verte aquella noche bajar a la bóveda.

Esta vez sí me doy cuenta. Un movimiento ínfimo y fugaz en la comisura del ojo derecho. Sin embargo, sonríe todavía con más ganas.

—Debía de ser otro hombre alto, misterioso y atractivo —responde—. Ahí no he bajado nunca.

—Ah —contesto como si lo creyera—. Bueno, estaba muy oscuro.

Hedeon cambia de tema y se pone a hablar de las notas finales, una conversación a la que Matteo y Paulie no pueden resistirse.

Termina en cuestión de segundos.

No he logrado enterarme qué se traía Hedeon entre manos, pero he descubierto una cosa muy interesante…

Es un experto mentiroso. Y esconde algo.

Cuando subimos a los carromatos, la sensación que parece flotar en el aire es de nervios y emoción, pero también hay una tristeza extraña. Kingmakers ha sido nuestro hogar durante casi un año y, aislados como estábamos en esta isla, marcharnos se nos hace raro.

Muchos alumnos están intercambiando sus números de teléfono a última hora. Tenemos que anotarlos en papel, ya que todavía no nos han devuelto los móviles.

Llegamos al puerto, donde nos espera un barco mucho más grande que ninguna de las embarcaciones pesqueras que hay atracadas a su lado.

—Me había olvidado de lo grande que era —comenta Leo. Está sentado a mi lado en el banco lateral, rodeándome la espalda con el brazo para protegerla del traqueteo del carromato.

Ares, que está sentado frente a nosotros, mira el barco con una

expresión extraña. Pensé que estaría emocionado por volver a ver a su familia, pero, por la cara que pone, más bien parece que aborrezca que haya llegado el momento.

Leo también se da cuenta.

—¿Vendrás a Chicago a vernos? —le pregunta.

—Me gustaría, pero durante el verano trabajo.

—Tengo un montón de millas —sugiere Leo, tratando de ofrecerse a pagarle el vuelo sin avergonzarlo.

—Gracias —contesta Ares, sin comprometerse a nada—. ¡Os voy a echar de menos!

—Bueno, no nos eches de menos todavía —dice Leo—. Todavía tienes que aguantarnos durante la larga travesía de vuelta a la civilización.

Cuando embarcamos, la cubierta principal ya está abarrotada de alumnos. A diferencia del viaje de ida, todos volvemos a casa el mismo día. La red que cuelga entre los mástiles ya está llena de los escandalosos alumnos de tercero y casi no hay sitio para apoyarse, así que ni hablemos de sentarnos. Terminamos apretujados en la proa con unos Espías de primero.

Todo el mundo charla sobre sus planes para el verano. Oigo a Shannon Kelly contarle a su amiga Jean Hamilton que tiene pensado parar en España antes de ir a su casa, en Dublín. Durante el primer semestre coincidí con Shannon en una clase sobre contratos, pero como estamos en divisiones distintas no nos cruzamos mucho. Además, es muy amiga de Gemma Rossi, a la que prefiero evitar, aunque no le guarde rencor.

Shannon se echa le melena rizada por encima del hombro y, al verme detrás de ella, me dirige una extraña mirada de culpabilidad.

—Espero que ahora no se maree tanta gente como durante la ida —le digo—. No cabemos todos en la barandilla.

—Como alguien me vomite encima, lo tiro por la borda —responde ella. Con cierta vacilación, deja a su amiga y se acerca a mí. Echa un vistazo a Leo, que está enfrascado en una conversación con Ares—. Bueno, ahora estás con Leo, ¿no?

—Sí. Estamos juntos.

Asiente y se muerde el labio inferior.

Es evidente que hay algo que le preocupa. Mi padre siempre me ha dicho que el mejor método de interrogación es el silencio. Si quieres saber lo que alguien tiene que decir, lo mejor es cerrar la boca.

Así que me limito a mirarla, tranquila y en silencio.

—No quise decir nada cuando estabas con Dean… —dice en voz muy baja, para que no la oiga nadie más. Yo sigo en silencio y escucho—. Ni siquiera sé si vi algo o no. —Respira hondo y se pone el pelo detrás de las orejas. Es una maniobra fútil, porque los rizos se le salen, libres, inmediatamente después—. ¿Te acuerdas de aquella noche que celebramos aquella fiesta en la playa de la Luna? La primera de todas.

—Sí —contesto en tono inexpresivo.

—Bueno, pues estaba allí hablando con Gemma… A ella le gustaba Leo, y lo acababan de nombrar capitán, así que se estaba preguntando si ir a felicitarlo o no. Entonces se nos acercó Dean, lo que fue un poco raro, porque nunca habla con nosotras. Llevaba dos copas en las manos. Y le pasó una a Gemma, solo una. Y le dijo que se la diera a Leo.

Trago saliva. Tengo la garganta tan seca que se oye un chasquido.

—¿Y lo hizo? —pregunto—. ¿Se la dio?

—Sí. —Shannon asiente—. Leo se la bebió. Y luego, un rato después, Gemma me dijo que iba muy pedo… —Se interrumpe—. No

quise entrometerme. Gemma es mi mejor amiga y ella no tenía intención de hacerle daño a nadie. Así que decidí que no era asunto mío, sobre todo después de que empezases a salir con Dean. Pero ahora que estás con Leo…

—Gracias por contármelo —contesto débilmente.

—De nada —contesta Shannon. Se ha puesto roja. Da media vuelta a toda prisa y vuelve junto a su amiga.

El barco ya ha empezado a alejarse de la orilla, rumbo al mar abierto. La cubierta se mece con suavidad al compás de las olas, pero yo siento que me balanceo más de lo que justificarían los movimientos del barco. Siento que podría caerme por la borda.

Perdoné a Leo por lo ocurrido aquella noche. Sin embargo, ahora me encuentro frente a una posibilidad mucho más siniestra: que tal vez Leo no necesitara mi perdón. Que tal vez lo drogaran.

Que tal vez lo drogara Dean.

La historia de Shannon suena cierta. Tiene más sentido que lo que pensaba que había ocurrido. Al fin y al cabo, no es propio de Leo emborracharse hasta perder el control, sobre todo tan rápido. Si no me hubiese disgustado tanto y no me hubiese dejado llevar por las emociones, si me hubiese parado un momento a analizar la situación, quizá me habría dado cuenta de cuál era la verdad. Perdí los nervios. Y Dean estaba allí para aprovecharse del momento.

Tengo ganas de encontrarlo y arrancarle la puta cara de cuajo.

Ya lo estoy buscando por la cubierta, tratando de atisbar un destello de esa cabeza rubia, casi blanca.

Debo de tener la furia escrita en la cara, porque en cuanto lo veo, en el extremo opuesto del barco, y echo a andar directa hacia él, Leo me impide el paso y me detiene, agarrándome de los hombros.

—¿Adónde te crees que vas?

—A rajar a ese hijo de puta —gruño.

—¿A quién? —pregunta él, confundido.

—¡A Dean, ¿a quién va a ser?!

—¿Qué ha pasado?

Leo trata de llevarme a un lado para tranquilizarme. Le cuento, brevemente y no sin esfuerzo, la historia que Shannon me ha contado a mí, con la garganta atenazada de culpa. Con cada minuto que pasa, más claro tengo que Leo no fue más que una víctima, que nada de lo ocurrido fue culpa suya. Y eso significa que la culpable de todo lo que pasó entre nosotros fui yo.

Me siento tan avergonzada que apenas consigo pronunciar las últimas palabras. Siento que me arde la cara; no soy capaz de mirar a Leo a los ojos.

—Lo siento —susurro.

Leo me rodea con sus brazos y me atrae contra su pecho. Me apretuja con todas sus fuerzas, y noto que el cuerpo le tiembla ligeramente.

—¡Qué alivio! —dice.

—¿Qué? —Me aparto un poco para poder mirarlo a la cara.

—Que es un alivio —repite—. Ni te imaginas el peso que me he quitado de encima.

—¿No estás cabreado?

—Sí, claro que estoy cabreado, joder. Es un cabrón retorcido. Pero, Anna, pensaba que esa noche había cometido el peor error de mi vida. ¡Y así fue! Porque debería haberte besado en cuanto me quedé a solas contigo en el sendero que lleva a la playa. Y en esa fiesta no debí perderte de vista ni un solo instante. Debería haberte dicho lo que sentía por ti mucho antes de que ocurriera nada de todo aquello, pero, al menos, no me enrollé con Gemma a propósito. No soportaba la idea de haberlo hecho. No soportaba el dolor que te

había causado.

Lo miro, sin apenas creer lo que oigo.

—¿No estás enfadado conmigo, Leo?

—Dios, claro que no. —Me da un beso rápido. Todavía estamos dentro del terreno de Kingmakers y no podemos mostrar nuestro afecto en público.

—No entiendo cómo puedes perdonar las cosas tan rápido.

Yo soy rencorosa. Cuando alguien me agravia, no lo olvido nunca. Y me reconcome no hacer nada al respecto.

—Todo lo que me ha pasado antes del día de hoy me ha traído hasta aquí —dice Leo—. Hasta este preciso momento y este preciso lugar, en el que estoy contigo entre mis brazos. No cambiaría nada. Porque me arriesgaría a no estar ahora aquí contigo.

No puedo evitar echarme a reír.

—Igual te estás haciendo budista. Estás sorprendentemente zen.

—Pues sí —contesta con voz ronca, mirándome con una ceja enarcada—. A no ser que alguien se meta con mi niña.

El vuelo de vuelta a casa con Leo es la experiencia más dichosa de mi vida. Estoy volando a unos nueve mil metros de suelo, flotando por encima de las nubes y acurrucada en los brazos del hombre al que amo.

Estamos tan cansados después del curso escolar que dormimos durante casi todo el vuelo. Solo nos despertamos cuando los azafatos nos traen comida y bebida.

Miles viaja en el mismo avión que nosotros de Dubrovnik a Viena, pero luego tiene una escala distinta. Hace una parada en Los Ángeles antes de volver a Chicago.

—¿Qué hay en Los Ángeles? —pregunta Leo con curiosidad.

—Muchas cosas —responde Miles. Le encanta hacerse el misterioso.

—¿Has quedado con alguien? —le pregunto yo.

Miles levanta su móvil.

—Tengo que enseñarle una canción a un tío. Solo una canción.

—¿Y por qué no se la envías y punto? —pregunta Leo.

—Se le llama aprovechar la ocasión. Los tratos se hacen cara a cara, cuando las emociones están a flor de piel.

—Bueno, no te olvides de avisar a tus padres —le recuerdo—. No me gustaría ver la carita triste de tu madre esperándote en el aeropuerto.

—Ya los he avisado —nos asegura—. Y le voy a llevar a mi madre un bizcocho de calabaza del monasterio de Los Ángeles, así que no te comas la cabeza por ella. Prefiere mil veces el bizcocho antes que a mí.

Por fin, Leo y yo llegamos a Chicago en las últimas horas de la tarde. Sabemos que nuestros padres habrán venido a recogernos.

No hemos hablado de cómo darles la noticia. Teníamos demasiado sueño y estábamos demasiado felices como para estresarnos por eso durante el viaje. Así que, al final, hacemos lo que más natural nos resulta: salimos de la recogida de equipaje de la mano, como si siempre hubiéramos sido amantes.

Mi padre y el de Leo están de pie esperándonos el uno al lado del otro. Son un gracioso estudio de contrastes. El tío Seb lleva una americana de lino y unas gafas muy estilosas de montura negra. Está muy bronceado y tiene las sienes salpicadas de gris. Se le ve relajado y feliz, aunque esté apoyado en su bastón. A su lado, mi padre tiene una complexión más clara y pálida que nunca y, además, lleva un atuendo negro en el que no hay ni una pizca de verano. Está buscando entre la multitud, atento, a ver si nos ve. Tiene las

manos juntas delante del cuerpo y la piel tatuada se asemeja a unos guantes estampados.

Cuando nos ven y reparan en cómo caminamos juntos, rozándonos y con los dedos entrelazados, sus reacciones son igual de opuestas.

El tío Seb se queda con la boca abierta. Parece confundido por un instante, pero, poco a poco, esboza una sonrisa que le ilumina la cara, en la que luce una expresión de lo más complacida.

Mi padre, en cambio, lo comprende al instante. Su expresión se torna rígida y furiosa; los ojos le llamean, contrastando con la piel pálida.

—Anna —me dice con los dientes apretados—, ¿qué significa esto?

Respiro hondo y mantengo la cabeza bien alta. Es un momento crucial. No puedo dar muestras ni de una pizca de debilidad si no quiero que mi padre me haga pedazos.

—Leo y yo estamos enamorados —le comunico con calma—. Y hemos decidido estar juntos.

El tío Seb tiene la sabiduría suficiente para guardar silencio. Conoce a mi padre lo bastante para saber que necesita un tiempo para asimilarlo.

—Leo es tu primo —me recuerda en un tono que hiela la sangre.

—Papá —respondo mirándolo a los ojos, tan azules y fríos como los míos—, sabes tan bien como yo que, a pesar de que podemos elegir a nuestra familia, no podemos elegir de quién nos enamoramos.

Se hace un largo silencio. Leo me coge la mano con una intensidad que me dice que, pase lo que pase, no piensa soltármela jamás.

Y entonces, en voz baja pero firme, le dice a mi padre:

—Nadie la va a querer mejor que yo. Nadie la va a adorar y proteger como yo.

Se produce un interludio aterrador. Es como si dos balanzas cargadas de peso se mecieran de un lado al otro. Un suave soplo de aire en la dirección equivocada podría bastar para que todo se derrumbase.

El tío Seb aúna la valentía necesaria para romper el silencio. En tono sincero y amable, dice:

—Vamos, Miko. ¿Dónde pensabas encontrar a alguien lo bastante bueno para Anna?

Estamos haciendo piña en su contra, aunque eso tampoco importa. Mi padre es capaz de luchar contra mil personas a la vez si cree que tiene la razón.

Pero, en este caso en particular, no está seguro.

—Ya lo hablaremos en casa —concluye mi padre cogiendo mi maleta. Su espalda negra parece un reproche dirigido a los tres. Sin embargo, mientras se dirige al coche, se para un instante y se vuelve para preguntarle al tío Seb—: ¿Vienes a cenar esta noche con toda la familia?

Él intenta disimular la sonrisa.

—Por supuesto. Yo llevo el vino.

—No traigas ese cabernet de mierda —replica papá.

—El cabernet nunca, siempre el merlot —responde Seb mientras me guiña un ojo.

EPÍLOGO

LEO

DOS MESES DESPUÉS

Me despierto temprano porque noto que Anna no está en la cama conmigo. Se coló a hurtadillas en mi habitación después de la medianoche y se pasó horas acurrucada entre mis brazos, respirando hondo y en paz.

Aunque nuestros padres por fin han aceptado que estamos enamorados y queremos estar juntos, todavía no están preparados para que compartamos habitación durante las vacaciones familiares.

Esta cabaña le pertenece al tío Miko. Eso, por descontado, significa que está situada en el rincón más oscuro y recóndito del bosque que uno pueda imaginar, escondida entre las montañas. Estamos en una pequeña lengua de tierra, rodeados por tres lados por un lago tan negro y brillante como un espejo y por el otro por enormes y oscuros pinos.

Esta cabaña bien podría ser la casa de una bruja, con sus paredes de toscos troncos, su tejado puntiagudo y esa chimenea de

la que sale humo sin cesar. Es lo bastante grande como para alojarnos cómodamente tanto a los Wilk como a nuestra parte de los Gallo.

De todos modos, Anna y yo nunca llegamos a encontrarnos del todo cómodos cuando estamos separados. Por eso, cada noche logra colarse en mi habitación, buscando el descanso que tanto necesita dormida en mi pecho.

Casi aborrezco la idea de volver a Kingmakers. Le pregunté a Anna si no deberíamos simplemente casarnos y empezar nuestra vida juntos. Reflexionó bastante sobre mi propuesta.

—Quiero casarme contigo —respondió al fin, con esos ojos azules y cristalinos clavados en los míos—. No sabes cuánto lo deseo. Pero también quiero ser la mejor esposa posible para ti, la mejor compañera. El imperio que construiremos juntos… eclipsará cualquier cosa que nadie haya hecho hasta ahora. Siempre que antes terminemos nuestra educación.

Sabía que tenía razón, aunque odiaba admitirlo.

—Tres años más… —Suspiré.

—Pero estaremos allí juntos —repuso Anna, entrelazando sus dedos con los míos.

Hoy se ha marchado antes de que salga el sol, y sé que eso significa que algo le preocupa. Mi inquieto amor no puede estarse nunca tranquila cuando tiene algo en mente.

Salgo de la cama, me pongo un grueso jersey sobre el torso desnudo y me calzo unas deportivas gastadas. Bajo a la planta inferior y salgo al porche que rodea la casa, desde donde veo a Anna, sentada en el borde de las rocas cubiertas de musgo y mojando los pies descalzos en el lago.

Está tan pálida como un fantasma. No se ha puesto nada encima del camisón y las puntas de su larga melena entre rubia y plateada

acarician la superficie del agua.

Cojo la manta de lana que descansa sobre el columpio del porche y se la llevo. Cuando le rodeo los delgados hombros con ella, alza la cabeza y me besa. Noto el frío de sus labios en mi boca caliente.

—Dentro de unas semanas volveremos a la universidad —me recuerda.

—¿Has cambiado de opinión?

—No. —Niega con la cabeza—. Solo me estaba preguntando qué ocurrirá.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué tienes miedo?

—No lo sé. —Otea el agua negra cubierta por una manta de neblina—. Creo que este año será distinto. Cuando empezamos en Kingmakers el año pasado, fue difícil, pero todo era nuevo y emocionante. Tengo el pálpito de que las cosas se van a poner bastante más tétricas.

—¿Más tétricas que estar a punto de ahogarme la última semana del curso? —Me echo a reír.

Ana me mira con el semblante sombrío y serio.

—Sí.

La beso de nuevo, y esta vez me tomo mi tiempo.

—Estaré a tu lado ten todo momento —le aseguro—. Te protegeré siempre.

—Lo sé. Nada me da miedo si te tengo a ti, Leo.

Me quedo sentado junto a ella, abrazándola, hasta que la primera luz de la mañana consume la neblina y el lago negro se tiñe primero de azul marino y luego de rosa, y el cielo se ilumina con franjas anaranjadas. Los pájaros emiten extraños y tristes graznidos mientras sobrevuelan el agua.

Huelo el beicon que chisporrotea en la cocina. Mi madre debe de

estar despierta y le habrá entrado hambre al instante.

Cuando Anna y yo volvemos a la cabaña de la mano, mi madre tiene las tortitas en la sartén, el café filtrándose y los huevos en el fuego.

—Buenos días —saluda Anna, abrazándola a su espalda. Tiene que alargar los brazos mucho más que de costumbre, porque la barriga de mi madre la mantiene ya bastante alejada de los fogones —. ¿Cómo está la pequeña Frances?

—No le gusta este colchón —contesta mi madre—. Pero se muere de ganas de desayunar.

—Pues ya somos dos —intervengo.

—Para ti no hay desayuno hasta que no pongas la mesa —me advierte mi madre con severidad.

—No me queda más remedio que ponerla —respondo—. Soy el único que llega a los platos.

Los bajo de las estanterías que hay encima del fregadero, que tienen una altura muy poco práctica, y se los voy pasando a Anna para que los disponga sobre la mesa. Luego cojo los vasos y la ayudo con los cubiertos. Cuando se inclina sobre la mesa para llegar al otro lado, el camisón se le tensa encima de ese culito tan mono que tiene. No puedo resistirme a pellizcarle una nalga.

Y lo hago en el momento más inoportuno, porque justo entonces entran mi padre y el tío Miko, cuya expresión pasa de serena a homicida en un segundo.

—Ah, ¡el amor de juventud! —exclama mi padre alegremente. ¿Quieres un zumo de naranja, Miko? —Baja la voz y añade—: Por favor, no asesines a mi hijo.

—¡Sentaos todos! ¡Las tortitas están listas! —anuncia mi madre.

Nos sentamos a la mesa, y Anna y yo nos aseguramos de elegir los sitios lo más alejados posible de su padre. Mi madre deja un

plato enorme de tortitas doradas y crujientes en el centro de la mesa y, un segundo después, mi padre trae el beicon y las tostadas.

Oigo a Whelan antes de verlo, cuando baja las escaleras como una exhalación. Se oye un golpeteo y un estruendo que pinta a que no ha bajado derecho los últimos cuatro escalones, pero cuando entra corriendo a la cocina parece completamente recuperado.

—¿Dónde está tu hermana? —le pregunta Miko.

—Ahora viene —contesta, jadeante, mientras se sienta a la mesa. Coge un puñado de beicon con la mano y añade—: Se tiene que poner guapa primero.

—Usa las pinzas —le reprende Miko en tono cortante, y le da un golpe en los nudillos con ellas.

—Vale —contesta el niño, y coge otro montón de beicon con ellas.

La tía Nessa entra en la cocina casi flotando. Es tan grácil como Anna y no parece mucho mayor que ella, aunque vaya con una camiseta vieja, una cola de caballo y nada de maquillaje. Le quita a Whelan la mayor parte del beicon del plato y lo reparte en el suyo y el de Miko.

—¡Pero me muero de hambre! —se queja el niño.

—Cómete eso primero y luego ya veremos.

Cara aparece unos instantes después de Nessa, vestida con una camisa de cuadros limpia y unos vaqueros cortos y el pelo oscuro cepillado y peinado en dos trenzas. Se sienta al otro lado de Anna y le da un apretón en la mano.

—Qué bonito que estemos todos juntos —dice mi padre—. Es posible que no se repita pronto, una vez nazca el bebé. Viajar con un bebé es horroroso.

—¿No te da miedo empezar otra vez de cero? —le pregunta Nessa a mi madre.

—No —responde ella con su franqueza habitual—. Nunca me sentí del todo bien teniendo solo un hijo. Nunca sentí que hubiese terminado.

—Siento haber sido tan poco satisfactorio —bromeo.

Hace un año o dos me habría molestado escuchar que mi madre no era feliz conmigo como hijo único. Y lo más probable es que ella tampoco lo hubiese reconocido. Sin embargo, ahora se da cuenta de lo feliz que soy y de lo poco que necesito ese tipo de halagos.

—No tardarás en comprenderlo —me dice mi padre—. El deseo de tener hijos con la persona que amas puede ser abrumador.

—Mejor que tarde un poco —interviene el tío Miko con el ceño fruncido.

—No te preocupes, papá —dice Anna—. No tenemos prisa.

Me pone la mano sobre el muslo, por debajo de la mesa. Y luego, la muy traviesa la desliza un poco hacia arriba, metiéndola por dentro de la pernera de mis pantalones cortos. Me pongo rígido, tratando de que mi expresión no revele ni la más mínima muestra de disfrute. El tío Miko me está atravesando con los ojos gélidos, como si supiese lo que está haciendo su hija por debajo de la mesa.

—Quizá podríamos ir preparando el contrato de matrimonio —sugiere mi padre, sonriéndole a su amigo—. ¿Habrá dote o un precio por la novia?

Está de broma. Mi padre y Miko gestionan sus imperios de forma generosa y ecuánime codo con codo. No hay ninguna diferencia entre el «valor» de Anna y el mío, al menos, no desde una perspectiva comercial.

—Acabarás arruinado, amigo mío —replica el tío Miko sin dejar de mirarme.

Los dedos de Anna se aventuran más arriba, hacia mi entrepierna. Intento detenerla sin que se note que me muevo, pero

ella me esquiva y continúa hasta rozar un lado de mi polla. Por perverso y absurdo que parezca, estando bajo la implacable mirada de su padre, noto que toda la sangre se me va ahí y que se me empieza a poner dura. Juro por Dios que ese hombre sabe exactamente lo que está pasando. Miko siempre se entera de todo.

Tratando de mover los labios menos que un ventrílocuo, mascullo:

—Anna…

Ella sonríe tranquilamente, da un trago de café con una mano y sigue provocando a mi polla con la otra.

Me entran ganas de levantarme de un salto e irme corriendo al cuarto de baño, pero ya es demasiado tarde. Ya se me ha puesto dura del todo. Así que estoy aquí atrapado mientras el amor de mi vida intenta que toda la furia del demonio recaiga sobre mi cabeza.

Solo puedo hacer una cosa.

Me tiro mi propio vaso de zumo encima.

Cojo una servilleta, me la pongo en la entrepierna y me levanto.

—¡Ay! —exclamo—. ¡Voy a limpiarme!

Corro a la planta superior a ducharme y cambiarme. No me atrevo a volver a desayunar hasta que no esté seguro de que el tío Miko está bien lejos, ocupado en algún otro sitio.

Poco después, cuando ya estoy en mi habitación, oigo que Anna sube a ducharse. Va por las escaleras y el pasillo dando saltitos, supongo que riéndose de lo que acaba de hacer.

Me parece estupendo. Quiero que esté contenta y desprevenida cuando la castigue.

No es fácil atrapar a Anna. Es rápida y desconfiada. Y sabrá que, después de lo que acaba de hacer, se lo ha buscado.

Así que me marcho en cuanto estoy vestido, tras decirle a mi madre que voy a ir a cortar leña para la estufa. Cojo el hacha, que

está apoyada en la pared del porche, y me voy al bosque, hacia una arboleda de abedules con la que hemos estado abasteciendo la leñera.

Esta parte del bosque es muy espesa y el silencio es casi total. Se diría que estoy a horas de distancia de cualquier otro ser humano. Ya ni siquiera se oyen los colimbos en el agua, solo el suave zumbido de las abejas y los ocasionales crujidos que causa la brisa al hacer que las ramas de los árboles choquen entre sí.

Coloco los troncos de abedul sobre el que tenemos preparado para cortar la leña y empiezo a cortarlos. Es un trabajo relajante cuando lo haces a un ritmo agradable y constante. Blandir el hacha, el golpe sordo que hace cuando golpeo el tronco con ella, el crujido de la madera al partirse en dos… Luego recojo los pedazos y los tiro al montón, que llevaré a la leñera cuando haya terminado.

A pesar de que estoy a la sombra y la mañana es fresca, pronto empiezo a sudar. Me desabotono la camisa y me la quito para disfrutar de la brisa sobre la piel desnuda.

¡Fiu… crac!

¡Fiu… crac!

¡Fiu… crac!

Escucho el chasquido de la madera. Escucho el ulular del viento. Y escucho los ruidos que hace Anna al acercarse.

Sabía que me seguiría. No puede resistirse a mirarme mientras corto leña. Le encanta observarme cuando hago cualquier cosa atlética. Siempre le ha encantado.

Es sigilosa y silente, pero yo he aprendido a oír hasta sus pasos más ligeros sobre la tierra más suave y fangosa.

Oigo el crujido de una ramita al partirse, y, al instante, suelto el hacha y echo a correr hacia ella.

Intenta huir, tan veloz como un cervatillo en el bosque, pero la

agarro de la cintura y me la echo al hombro. Ella empieza a darme puñetazos en la espalda.

—Te has pasado de la raya, pequeña.

Anna no pierde el tiempo discutiendo. Se guarda las fuerzas para retorcerse y luchar contra mí.

—¿Sabes para qué se usaban antes las leñeras? —le pregunto mientras la llevo dentro, agachándome con cuidado para que no se golpee la cabeza contra el marco de la puerta—. Es donde llevaban a los niños cuando se portaban mal. Y tú te has portado muy mal, pequeña.

Intenta huir de nuevo en cuanto la suelto, pero yo ya me lo esperaba. La cojo de las manos y me quito el cinturón para atarle las muñecas. Paso uno de los extremos por la hebilla y lo aprieto todo lo posible. Después, le levanto los brazos por encima de la cabeza y ato el otro extremo a una viga.

—¡Suéltame! —me exige Anna, con las mejillas ya teñidas de rosa y los ojos azules y brillantes en la penumbra.

—Esto te pasa por ir siempre provocando. —La rodeo despacio. Está de puntillas en el centro del cobertizo. Anna es capaz de aguantar mucho rato en esta postura—. Creo que te gusta ver lo mucho que puedo enloquecer cuando me provocas.

Anna reprime una sonrisa. Está disfrutando un poco demasiado con esta situación, así que voy a tener que castigarla con más severidad que de costumbre. Es muy dura; si no, casi ni lo sentirá.

La cojo por la pechera de la camiseta y se la rompo, exponiendo su pecho desnudo. No lleva sujetador. Los pezones se le ponen duros de inmediato, como si quisieran defenderse de lo que estoy a punto de hacerles.

—¡Era mi camiseta preferida!

—Cállate o tendré que amordazarte.

Al ver que abre la boca para contestar, le meto los retazos de camiseta que quedan en la boca a modo de mordaza y le ato los jirones detrás de la cabeza. Mi decisión la enfurece tanto que oigo varios gritos amortiguados.

—De todos modos, es mejor así. Tu padre ya tiene bastantes ganas de matarme. Imagina si te oyera chillar en mitad del bosque…

Deslizo la lengua por sus labios indefensos, abiertos a la fuerza con la mordaza. Anna se retuerce y se aparta, girando, casi colgada del cinturón. Le cojo un pezón y se lo pellizco con fuerza, provocando que suelte un grito todavía más agudo.

—¿Puedes decirme por qué te gusta tanto esto, nena?

Le meto la mano por los vaqueros y meto el dedo del medio en el interior de su coño suave y apretado. Cuando lo saco, está empapado hasta el segundo nudillo. Se lo pongo delante para enseñárselo. Ella entorna los ojos azul claro, que pasan del miedo a la rabia. En eso consiste. En agudizar todas sus sensaciones y que sienta cómo se mezclan con su excitación.

Sé muy bien lo que mi chica necesita. No es ninguna princesita que quiera que la mimen y la lleven entre algodones. Anna es una reina de la mafia. Eso significa que jamás toleraría a un civil o a un soldado. Solo se rinde ante el puto rey.

Necesita al Don.

Al único hombre capaz de domarla.

Me necesita a mí.

—¿Sabes lo que es una vara? —le pregunto.

Me observa en silencio, aún con los ojos entornados. Se niega a asentir o negar con la cabeza.

Descuelgo la vara de la pared. La corté de un abedul y la lijé para quitarle la resina. Es larga y flexible, ideal para azotar.

Deslizo lentamente los dedos de un extremo a otro,

comprobando su flexibilidad, y luego me azoto con fuerza en la palma de la mano. Anna se estremece al oír el sonoro chasquido.

—Cuando hay que castigar a una niña que se ha portado mal, se la lleva a la leñera y se coge la vara —le digo en voz baja—. Y tú te mereces un castigo, pequeña.

La rodeo de nuevo, deslizándole la vara por la espalda con suavidad. Le tiembla la carne; aprieta los puños apresados con el cinturón.

Alargo una mano, le desabrocho los vaqueros y se los bajo hasta las rodillas, arrastrando con ellos la ropa interior. Miro las suaves esferas de sus nalgas, perfectas e ilesas.

Aunque no por mucho tiempo.

La azoto con fuerza en las nalgas, dibujando en ellas una fina línea roja que las cruza ambas. El grito amortiguado de Anna es el más alto hasta el momento.

La azoto una vez tras otra, hasta que tiene el culo plagado de líneas rojas y las nalgas rosa brillante; ya no hay rastro alguno del habitual color cremoso de su piel.

Deja de chillar, pero sigue estremeciéndose con cada golpe. Tiene los pezones tan duros que se le han alargado más de un centímetro.

Estoy sudando más que cuando cortaba leña.

Alargo una mano para ver cómo tiene el coño. Se le ha mojado hasta el interior de los muslos. Gime, indefensa, cuando deslizo los dedos por encima del clítoris caliente y palpitante.

Me pongo ante ella, dejando que sus pezones se rocen contra mi pecho desnudo. Le arranco la mordaza y le meto la lengua en la boca, besándola como un animal, sin ternura ni técnica. Le muerdo los labios, le succiono el cuello y la follo con los dedos hasta que empieza a sollozar y a suplicarme que la alivie.

Le quito los vaqueros del todo y los tiro a un lado. Ella se agarra del cinturón y se impulsa hacia arriba para rodearme la cintura con las piernas, y yo libero mi polla y se la clavo de una sola embestida.

Tiene el coño ardiendo. A mil grados centígrados. Nunca lo había notado tan caliente. Y mi polla es como un hierro de marcar recién salido del fuego. La cojo de las caderas y me la follo con violencia, con intensidad, hasta que tengo el pecho empapado en sudor.

Es justo lo que necesita. Se corre en apenas segundos, gritando tan fuerte que, por primera vez, temo que la oigan hasta desde la cabaña. Le tapo la boca con la mano y la dejo así mientras me corro dentro de ella, expulsando un chorro de semen ardiente que me quema en la polla. Le muerdo el hombro con fuerza para amortiguar mis gritos.

Cuando se desploma sobre mí, desabrocho el cinturón y los dos caemos al suelo, con las piernas demasiado débiles para sostenernos. Estoy cubierto de polvo y sudor, pero a Anna no le importa. Me apoya una mejilla en el pecho, todavía jadeante, con el corazón acelerado como el de un conejito.

—Este ha estado muy bien —dice cuando recobramos la voz.

Presiono la cara contra su pelo e inhalo su aroma.

—El mejor con diferencia —contesto.

—El mejor… de momento.



Echa un vistazo a Miles y Zoe en
KINGMAKERS: SEGUNDO CURSO

CAPÍTULO 1

ZOE

Esta noche se celebra mi fiesta de compromiso.

Y nunca había estado menos emocionada por una celebración.

Mi madrastra, Daniela, me ha mandado a su equipo de especialistas para asegurarse de que tenga el mejor aspecto posible, para que Rocco y su familia estén seguros de que lo que han comprado merece la pena.

Entran en mi dormitorio a las tres en punto de la tarde y dedican las cuatro horas siguientes a frotarme, exfoliarme, depilarme, hidratarme, maquillarme y preparar con mimo cada centímetro cuadrado de mi cuerpo.

La pelea empieza en cuanto exijo saber por qué es necesario depilarme las ingles.

—Es una fiesta de compromiso —le recuerdo a Daniela—, no la noche de bodas. No creo que nadie vaya a mirar qué tengo debajo de la falda.

Fulmino con la mirada a mi madrastra, que también está

enfrascada en sus agotadores preparativos para la velada que nos espera. Lleva una mascarilla de barro en la cara y unos rulos del tamaño de latas en el pelo. Sin embargo, no por ello está ridícula; nada más lejos de la realidad: esos cilindros que lleva alrededor de la cabeza, como una corona, solo le confieren un aspecto más imponente, y la mascarilla esconde las contadas sombras de emoción que pocas veces delatan a Daniela. No sé si carece de cualquier sentimiento humano o si se le da extremadamente bien disimularlos.

Solo me saca diez años.

Yo tenía nueve cuando murió mi madre y nueve y medio cuando mi padre se volvió a casar.

Utilizó a mi madre como a una esponja vieja. La sometió a catorce embarazos, diez abortos, dos partos de bebés que nacieron muertos y la vergonzosa llegada de mi hermana Catalina y de mí, ninguna de las cuales fuimos un heredero varón.

El último parto, en el que también dio a luz a un bebé muerto, acabó con ella. Se desangró en la camilla. Mi lado más oscuro sospecha que mi padre retuvo al médico para que la vida terminase de abandonar su cuerpo, como castigo porque incluso aquel último bebé sin vida hubiese sido también una niña.

Mi padre montó en cólera.

No hubo ningún consuelo para Cat y para mí; no tuvimos tiempo de llorar a nuestra madre. En lugar de darnos eso, encargó dos vestidos de damas de honor.

Ya estaba en conversaciones para casarse con Daniela, la hija menor del jefe del clan rival gallego. Sus hermanas habían tenido dos hijos cada una para sus maridos, una prueba, a ojos de mi padre, de que Daniela sería igual de fértil y útil.

Se quedó embarazada en la luna de miel, pero la ecografía

reveló que el feto volvía a ser una niña. Mi padre la obligó a abortar.

Solo lo sé porque lo oí gritarle durante horas, reprendiéndola para que accediera. Después de aquello, ella pasó varias semanas enferma, pálida e incapaz hasta de caminar recta de una habitación de la casa a otra.

No sé cuántas veces más la obligó a hacer lo mismo.

Al final, mi padre dejó de confiar en el destino y recurrió a la ciencia.

Fueron a ver a especialistas de fertilidad. Daniela se sometió a varios ciclos de fecundación in vitro, extrayéndose antes los óvulos con el único propósito de seleccionar el sexo del bebé.

Ninguno de esos intentos tuvo éxito. Daniela no engendró ningún varón.

Lo sentiría por ella, pero mi empatía no sería correspondida.

Daniela me odia. Y a mi hermana también.

Solo le es leal a mi padre, por mucho que él la maltrate. Es su espía a tiempo completo, ejerce de carcelera con Cat y conmigo y le ayuda a llevar a cabo todos los pérfidos planes que traza para nosotras.

Como este compromiso.

Fue Daniela quien hizo de intermediaria en el acuerdo con Rocco Prince y su familia. Le contó a la madre de Rocco que yo era inteligente, estudiosa, obediente y sumisa. Y hermosa, por supuesto.

Cuando yo no tenía más que doce años, le mandó a los Prince fotografías mías en la piscina, en bañador. Los Prince no tardaron en venir a visitarnos. Rocco tenía trece años —apenas uno más que yo —, pero ya entonces me di cuenta de que había algo malo en él.

Salió al jardín, donde yo estaba sentada en un banco bajo los naranjos leyendo un libro. Al verlo llegar, me puse de pie y me alisé la falda del vestido de muselina blanco que Daniela había elegido

para mí. En aquel entonces, todavía era lo bastante ingenua para albergar fantasías de una vida mejor. Había visto películas como *La bella durmiente* y *La princesa y el cisne*, en la que eran los padres del príncipe y la princesa quienes acordaban su compromiso pero en las que el amor entre los dos era sincero. Así que, cuando me enteré de que Rocco venía a conocerme, me lo imaginé guapo y dulce, y pensé que tal vez nos escribiríamos cartas.

Cuando lo vi acercarse a mí, en el jardín, me gustó que fuese alto, delgado, pálido y con el pelo oscuro. Tenía pinta de artista.

—Hola —saludé—. Soy Zoe.

Me dirigió una mirada evaluadora. Al principio no me contestó, pero luego preguntó:

—¿Por qué estás leyendo?

Me pareció una pregunta extraña. No me había preguntado qué estaba leyendo, sino por qué. Ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo, sin sonreír.

—¿Qué quieres, impresionarme? —añadió.

Negué con la cabeza, confundida y descolocada.

—Los sábados, cuando no hay colegio, siempre leo.

No le dije que en mi casa no había nada más que hacer. A Cat y a mí no nos dejaban ver la televisión ni jugar a videojuegos.

Cogió mi novela del banco, examinó la cubierta y luego la volvió a tirar con desdén, haciéndome perder la página. Me molestó, pero traté de disimularlo. Al fin y al cabo, era mi invitado, y ya estaba enterada de que nuestros futuros se entrelazarían.

—Eres guapa —dijo con poco entusiasmo, mirándome otra vez de arriba abajo—. Aunque demasiado alta.

No supe si eso significaba que no querría casarse conmigo, pero empezaba a pensar que quizá eso no fuese del todo malo.

—¿Vives en Hamburgo? —pregunté yo, intentando disimular que

cada vez me gustaba menos.

—Sí —contestó Rocco, moviendo el pelo oscuro de un modo que podría haberse interpretado como orgullo o como desdén. Todavía no estaba segura—. ¿Has estado?

—No.

—Ya me lo imaginaba.

Atisbé unas motitas negras en el azul de sus ojos, como si le hubieran salpicado los iris de tinta.

—¿Qué es ese ruido?

Una cotorra estaba chillando en uno de los naranjos. Bajó volando sobre nuestras cabezas y luego volvió a su rama.

—Está enfadada porque ahí arriba tiene un nido lleno de polluelos —le expliqué—. Quiere que nos vayamos.

Rocco se metió la mano por dentro de la chaqueta y sacó una pistola de balines. Era pequeña, del tamaño de un revólver. Di por hecho que era de juguete, y me pareció infantil que fuese por ahí con eso.

Apuntó al pequeño pájaro verde y empezó a seguir la trayectoria de su vuelo. Pensé que estaba fingiendo, tratando de impresionarme. Pero entonces apretó el gatillo, oí un golpe de aire y la cotorra se quedó en silencio de repente, quedando su chillido interrumpido, y cayó como un saco sobre las flores.

Grité y corrí hacia ella.

La recogí de la tierra y contemplé el pequeño agujero oscuro que tenía en mitad del pecho.

—¿Por qué has hecho eso? —chillé.

Estaba pensando en sus bebés, que la esperaban en el nido. Ahora que la cotorra ya no podía chillar, se oían sus débiles gorjeos.

Rocco se cernió sobre mí y miró al pájaro del color de la hierba. Era una imagen patética entre mis manos, con las alas plegadas y

sucias.

—Los polluelos esperarán y esperarán —dijo—. Y al final se morirán de hambre.

Su voz era plana y sin expresión.

Lo miré a la cara. No había rastro de culpa ni de piedad. No había nada.

Salvo por una de las comisuras de sus labios, curvada casi imperceptiblemente hacia arriba.

Aquellas motitas negras de sus ojos me recordaron al moho, como si hubiera algo rancio en él, algo que se estaba pudriendo por dentro.

—Eres horroroso —le espeté. Solté el pájaro y me limpié las manos en los lados del vestido.

Entonces Rocco sonrió por fin, mostrándome unos dientes rectos y blancos.

—Solo nos estamos conociendo.

Pero Rocco no ha mejorado ahora que lo conozco más. Cada vez que lo veo, lo aborrezco más.

Esta noche tendré que bailar con él, cogerlo del brazo, mirarlo como si estuviéramos enamorados. Una actuación para nuestros invitados.

Él no me quiere más de lo que yo lo quiero a él.

Lo único que le gusta de mí es lo mucho que lo desprecio. Eso le encanta.

Ese ese el hombre para el que Daniela quiere que me depile el coño.

La miro con profunda desconfianza, preguntándome qué sabe que yo no sé. ¿Por qué le parece importante que esté perfecta de barbilla para abajo? ¿Qué espera que pase?

—No lo voy a hacer —insisto—. Esta noche no me va a tocar.

Daniela ladea la cabeza y me mira con los ojos entornados.

Es muy guapa, no puedo negarlo. Tiene el aspecto austero de una santa en un cuadro. Y, como una santa, adora a un dios cruel y vengativo: mi padre.

—Será mejor que aprendas a complacerlo —me advierte en voz baja—. Será mucho más difícil si te resistes. No sabes las cosas que puede hacerle un hombre a su mujer cuando ella está atrapada con él, sola en una casa enorme como esta, rodeada solo por sus soldados… —Parpadea despacio, de un modo que me recuerda a un reptil—. Deberías aprender a halagarlo. A asistirle. A servirle con tu cuerpo…

—Prefiero morirme —le contesto con voz inexpresiva.

—Ah, sí, desearás estar muerta…

Le hace un gesto con la cabeza a su equipo de esteticistas. Con algo parecido a la fuerza, me tumban en la camilla, me abren las piernas y me extienden cera caliente por todo el coño, hasta el ano. Luego arrancan la cera tira a tira, hasta que tengo la piel como el culito de un bebé en absolutamente todas partes.

Daniela observa toda la escena y luego examina el resultado final. Estudia mi coño desnudo buscando cualquier pequeña deformidad que estropee sus planes y luego asiente, dando su aprobación.

—Cuando me presentaron ante tu padre, me desnudaron delante de una docena de sus soldados. Me examinaron igual que a un caballo en una subasta. Da gracias porque tú solo tengas que impresionar a Rocco.

Y me deja con las esteticistas para ir a acabar su propio ritual de embellecimiento.

Daniela ya ha elegido la ropa y las joyas que luciré hoy. Las esteticistas cumplen sus órdenes y me embuten en un vestido

sofocante que me realza los pechos y me ciñe la cintura hasta que alcanza una fracción de su tamaño habitual. El vestido es largo, dorado y brillante, con ese tipo de mangas que en realidad no lo son, que no son más que un poco de tela drapeada bajo los hombros. Me recogen el pelo en lo alto de la cabeza y me ponen una diadema dorada a modo de tiara.

Es precioso, no se puede negar. De un gusto exquisito.

Soy un regalo dorado y resplandeciente.

Un sudario negro me parecería más apropiado, porque siento que voy camino de mi propio funeral.

Soy como esas doncellas que los incas sacrificaban ante los dioses, las Vírgenes del Sol. Se las alimentaba con exquisiteces durante todo el año. Con maíz y carne de llama. Se las bañaba y embellecía con tocados de plumas y exóticos collares de conchas. Y luego las llevaban a las tumbas que había en la cima de la montaña y las encerraban dentro, convirtiéndolas en una ofrenda a un dios que ansiaba su muerte.

Catalina entra en mi habitación, también vestida para la velada.

El nombre de «Cat» le va que ni pintado. Es menuda y ágil, y se mueve con tanto sigilo como un gato negro. Tiene una carita preciosa en forma de corazón, los ojos grandes y oscuros y una constelación de pecas sobre la nariz. Lleva un vestido lavanda claro.

Aunque solo le saco un año, parece mucho más joven que yo.

Siempre ha sido tímida. Salta a la vista que está nerviosa por la fiesta, porque habrá mucha gente mirándonos. Por suerte para ella, la mayor parte de la atención estará destinada a mí. Además, ella no tiene que preocuparse porque la obliguen a aceptar un odioso contrato de matrimonio, al menos por el momento. Eso fue parte del acuerdo con mi padre: Cat no tiene que casarse hasta que no termine la universidad, y yo tampoco.

Mi padre y mi madrastra me permiten asistir a Kingmakers durante los cuatro años del programa de estudios, siempre que me case con Rocco justo después de la graduación.

Fue mi último y más desesperado ardid por posponer lo inevitable.

Y ellos solo accedieron porque Rocco también va, igual que muchos de sus primos y los míos, que siempre están dispuestos a espiarme, a asegurarse de que no beba, no salga con nadie y no infrinja ninguna de las normas de mi compromiso.

Kingmakers no es una universidad normal.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, he de dar gracias a Line, por las ilustraciones increíbles que hizo para la reedición de *Kingmakers*.

Kingmakers fue lo que nos unió. En aquel momento, Line tenía un trabajo en medios de comunicación en Dinamarca que odiaba, y se sentía bastante infeliz. Una amiga en común le recomendó mis libros para escapar de la realidad, y Line se sintió plenamente identificada con mi bailarina gótica y así fue como empezó a dibujar a Anna y a Leo y a Miles y Zoe.

Cuando vi sus retratos de Zoe, me quedé impresionada. Nadie había capturado la esencia de mis personajes con tanta perfección. No era solo un retrato; estaba lleno del simbolismo de la historia.

Compré varias de las ilustraciones de Line para incluirlas en el libro, y no tardé en contratarla para que hiciera más. Poco después estaba trabajando para mí a tiempo completo, ilustrando cada uno de mis nuevos lanzamientos. Y así fue como nació una preciosa colaboración.

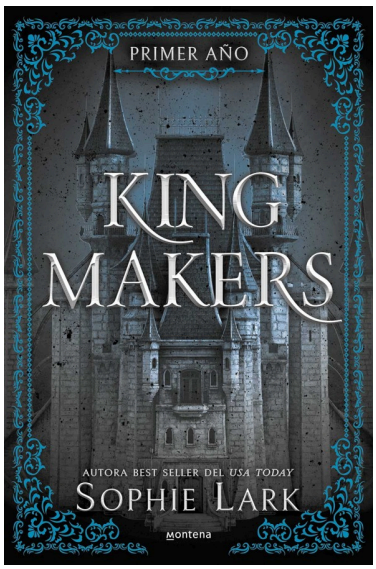
Siempre me hará increíblemente feliz que la ilustración que Line hizo de Zoe escapando de la realidad a través de la lectura fuese lo que la ayudó a ella a conseguir escapar del trabajo que tanto odiaba

y a labrarse una carrera haciendo lo que más ama en este mundo. Estoy emocionadísima por tener las nuevas ilustraciones de *Kingmakers* para celebrar lo mucho que ha crecido como artista durante todo el tiempo que hemos trabajado juntas.

Gracias también a los otros miembros a tiempo completo del equipo Sophie, a Maya, a Brittany y también a Emily Wittig, que ha diseñado las preciosas portadas nuevas.

Y, para acabar, gracias a BD por ser el amor de mi vida, mi mejor amigo y mi alma gemela. Mi tropo favorito siempre será el de *enemies to lovers*, pero las relaciones más fuertes siempre se dan entre los amigos más íntimos.

La autora *bestseller* de USA Today, conocida por la saga Herencia brutal, nos trae ahora una nueva serie dark college *mafia romance*, el género que arrasa en BookTok.



Bienvenidos a Kingmakers, la universidad más violenta del mundo.

Unidos por la sangre, separados por amor…

En los oscuros pasillos de Kingmakers, la despiadada universidad de la mafia, los descendientes de las familias más temidas del mundo han venido a aprender cómo imponer su poder y el miedo.

Leo, amigo incondicional de Anna desde que ambos era niños, se

adentra con ella en un mundo donde el amor es un arma, la confianza es una víctima y la supervivencia es la única victoria que importa.

Pero el mayor peligro lo representa Dean Yenin, heredero de la Bratva con una sed de venganza tan despiadada como su corazón. Dean quiere destruir a Leo y arrebatarle todo lo que ama… empezando por Anna.

¿Podrá recuperar Leo a su alma gemela? ¿O habrá perdido a Anna para siempre?

Sophie Lark escribe romances intensos e inteligentes con heroínas fuertes y capaces y con hombres que harán lo que sea por conseguir sus corazones. Su universo contiene personajes potentes que tienen derecho a cometer errores. Vive en las montañas del oeste con su marido y sus tres hijos.



Título original: *Year One (Book 1 in the Kingmakers series)*

Primera edición: marzo de 2026

© 2021, 2024, Sophie Lark
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Mariola Cortés-Cros y Elena Martínez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño de Sourcebooks / Emily Wittig y Nicole Lecht

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún

fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87924-23-2

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Kingmakers. Primer año

Prólogo

1. Leo

2. Dean

3. Anna

4. Leo

5. Dean

6. Anna

7. Leo

8. Dean

9. Anna

10. Leo

11. Dean

12. Anna

13. Leo

14. Dean

15. Anna

16. Leo

17. Dean

18. Anna
19. Leo
20. Dean
21. Anna
22. Leo
23. Dean
24. Anna
25. Leo
26. Dean
27. Anna
28. Leo
29. Dean
30. Anna
31. Leo
32. Dean
33. Anna
34. Leo
35. Dean
36. Anna
Epílogo. Leo
1. Zoe
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Sophie Lark
Créditos